





LITERATURA
INFANTO-JUVENIL PARAGUAYA
DE AYER Y DE HOY

TOMO II



TERESA MÉNDEZ-FAITH

*Literatura
Infanto-Juvenil
Paraguaya
de Ayer y de Hoy*

**Tomo II
(K - Z)**

INTERCONTINENTAL

E D I T O R A

Asunción, Paraguay
2011

2011

© **TERESA MÉNDEZ-FAITH**

© **INTERCONTINENTAL EDITORA S.A.**

Caballero 270 c/ Mcal. Estigarribia

Teléfonos.: 496 991 - 449 738; Fax: (595-21) 448 721

Pág. web: www.libreriaintercontinental.com.py

E-mail: agatti@libreriaintercontinental.com.py

Composición, diagramación y armado: Gilberto Riveros Arce

Corrección: A cargo de la autora

Ilustración de tapa: “Leyendo con mi Mami”, Arte digital. 2011.

Obra de Edward P. Faith.

Todas las pinturas reproducidas en este volumen fueron cedidas para esta edición por gentileza de sus respectivos autores –Catita (Amalia) Zelaya El-Masri, Enrique Collar, Edward P. Faith, Graciela Nery Huerta, Andrea Piccardo, Chester Swann, Nico Espinosa, Carmen Mendoza, Miriam Cabrera, Lourdes Espínola–, de Editorial Lina y/o de Editorial Servilibro.

Hecho el depósito que marca la Ley N° 1328/1998

ISBN: 978-99953-



“Cuando mis hijos eran chicos 2”, Óleo, 61 x 61 cms. 1999.
Colección privada (Paraguay).
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



SARA KARLIK

(Asunción, 1935)

Narradora y dramaturga. Residente en Chile desde hace muchos años, prolífica escritora, Sara Karlik ha sido varias veces galardonada con premios nacionales e internacionales. Su producción narrativa incluye, hasta la fecha, ocho libros de relatos breves y cuatro novelas. En el género cuentístico son suyos los siguientes títulos: *La oscuridad de afuera* (1987), *Entre ánimas y sueños* (1987), *Demasiada historia* (1988), *Efectos especiales* (1989), *Preludio con fuga* (1992), *Presentes anteriores* (1996), *El Arca de Babel* (2002) y *La inquietud de la memoria* (2005). En novela, es autora de *La mesa larga* (1994), *Nocturno para errantes eternos* (1999), *El lado absurdo de la razón* (2002) y *La conciencia indefensa* (2004). En teatro, es de su autoría *No hay refugio para todos* (1993), obra finalista del XXIII Premio Teatral “Tirso de Molina” 1993. En cuanto a distinciones en torno a su obra, sobresalen dos internacionales y una nacional: en España, su novela *La mesa larga* obtuvo el Accésit (2º Premio) del XVIII Premio de Novela Corta “Gabriel Sijé” 1993 (Alicante); en Chile, su novela juvenil *Desde cierta distancia* (a publicarse en 2009) recibió Mención Honrosa en los Juegos Florales de Vicuña 1991; y en Paraguay, *Nocturno para errantes eternos* fue la ganadora del Primer Premio del Primer Concurso de Novela “Premio Gabriel Casaccia” convocado en 1999 por la Cooperativa Universitaria del Paraguay y la Editorial El Lector. Sara Karlik tiene además numerosos cuentos y relatos incluidos en revistas, suplementos culturales y antologías literarias nacionales y extranjeras. De reciente aparición es *Cuatro ensayos literarios* (2008).

LA MUÑECA DE MALO

Malo lloró desconsoladamente cuando Alicia le despojó de su muñeca al decidir regresar al País de las Maravillas. Tal vez ella habría reconsiderado su acción si el llanto de Malo hubiese salido húmedo, como a todo el mundo. Pero como estaba acostumbrada a otro tipo de lágrimas, la vista de Malo llorando en seco no logró cambiar su actitud. Difícilmente podría hacerlo, pues llevaba varios siglos de conocer la verdadera forma de llorar, esto es, a ojos hinchados, con lágrimas resbaladizas y nariz ruidosa, chorreante, sembrando un afluyente de los ojos.

Sus amigos lo conocían como “Malo, el de la muñeca”. Hasta su madre a veces le decía, en tono arrebatado, que había nacido con la muñeca pegada a su cuerpo, algo así como un doble nacimiento trunco en el que él había llevado la mejor parte. En verdad, nada era para Malo tan importante como tener a su lado a la muñeca. Cuando algunas niñas lo observaban en medio de risas entrecortadas y ocultas, tentándolo con sobrenombres que no comprendía muy bien, él la escondía para que las burlas no la alcanzasen.

En medio de la desesperación por su sequía de lágrimas, Malo dijo que quizás podrían llegar a un acuerdo, reconsiderar posiciones, meditar sobre avances o retrocesos y en una de esas recurrir a la historia para intentar cambios favorecedores. Pero Alicia estaba bastante herida por eso de llorar en seco, algo que consideró una farsa, un carnaval del que Malo se había aprovechado para disfrazarse.

De modo que abrió la puerta del País de las Maravillas y la cerró tras de sí para internarse en su propio mundo, un mundo capaz de equilibrar hechos presentes y deshechos anteriores, y mantener la imaginación en vuelo con la esperanza de encontrar mejores terrenos donde hacerla aterrizar.

El Mago de Oz estaba sacándose su traje de hojalata justo cuando Alicia hizo su entrada. Sorprendido, porque no estaba enterado que la niña había resuelto regresar, intentó volver a ponérselo para evitar que el

gris brillante del traje se ruborizara ante la vista de la niña. Pero Alicia hizo un gesto como indicando que estaba bien así, lo que el Mago agradeció, ya que hacía un tiempo que las juntas metálicas de la hojalata le estaban produciendo una irritación imposible de calmar con ungüentos proporcionados por las hadas madrinas que siempre estaban en constante alerta.

Alicia alabó la suavidad de la piel del Mago de Oz y le preguntó por qué la había mantenido tanto tiempo cubierta con un traje de hojalata, soportando el calor del verano y un frío tan intenso en invierno que llegaba a alterar sus colores normales.

El Mago de Oz sólo atinó a encogerse de hombros y dejar la respuesta para más adelante, quizás para nunca jamás.

Malo quedó afuera, escuchando a través de la puerta cerrada ruidos de hojalata y sonidos de voces, imaginando un mundo que creía estar reservado solamente para Alicia.

Golpeó con los puños la puerta para que por lo menos ella se diera cuenta de su deseo e interés de participar en lo que ocurría del otro lado. Pero la puerta era mágica y sólo podía ser accionada del mismo modo, y Malo no sabía cómo. Recurrió a la fuerza de golpes más contundentes, pero sin resultado. Entonces tomó una piedra, probablemente de las dejadas por antepasados cavernarios, y con ella dio de golpes contra la puerta.

Estaba en lo mejor de su cometido cuando sintió una presencia no observada antes. Lo reconoció de inmediato. Era el Lobo Feroz, quien, convertido en presentador de todos los bosques, le preguntó si acaso había visto a una niña llamada Caperucita Roja, con quien habían quedado en encontrarse en el claro número uno del bosque.

Malo vio la oportunidad de cobrárselas a Alicia. Y sus razones no le faltaban, porque le había despojado de su muñeca y desaparecido con ella, además de culparlo de falso llorador. Tal vez debía contar al Lobo Feroz sus penas, hablarle de la muñeca heredada de su hermana, a quien había prometido cuidar hasta que él, a su vez, la entregase a quien le sucediese en edad.

El Lobo Feroz, a pesar de su nombre, tenía aspecto de bondadoso y, además, de estar verdaderamente interesado en Caperucita. Sin embargo, antes de molestarlo con su problema, tenía que empezar por demostrarle su preocupación por lo que le estaba afectando. Se le ocurrió preguntarle cómo marchaba su relación con Caperucita y por qué necesitaba encontrarse con ella.

El Lobo Feroz recurrió a su caudal de lágrimas (que siempre llevaba consigo) y, al tiempo que formaba todo un lago con tanta lágrima derramada, respondió que la estaba buscando porque deseaba hacer con ella un viaje submarino, ya que había escuchado que recorriendo una distancia de 20.000 leguas podrían llegar hasta el borde mismo del horizonte y de ahí saltar sobre la luna, sin importar en qué fase pudiera encontrarse. Agregó que sólo desde la altura lunar era posible observar plenamente lo que ocurría en la tierra.

Malo no pudo dejar de pensar que si Alicia tuviera una pizca de la bondad del Lobo Feroz, no estaría él golpeando puertas infranqueables para recuperar su muñeca.

Ya entrando en confianza con el Lobo Feroz, le puso al tanto de su pena. El Lobo, aparentemente olvidado de su propio problema, preguntó a Malo si le gustaría acompañarlo en su recorrido para encontrar a Caperucita, agregando que, si no lograba recuperar su ansiada muñeca, quizás podría convencer a Caperucita de reemplazarla en el proyectado viaje para que él pudiera recuperar al menos su alegría.

Decidieron atravesar el lago de lágrimas, montados sobre el lomo de una tortuga. Pero ésta exigió por adelantado el pago del viaje, que consistía en dos peces recién pescados y de determinado color y sabor para calmar el hambre que venía arrastrando ya por varios días.

El Lobo Feroz preguntó si desde cuándo las tortugas se alimentaban de peces, pues siempre había sabido que más bien eran afectas a brotes nuevos de plantas, levemente teñidos de verde. La tortuga respondió que sus congéneres del lado femenino tenían necesidad de proveer a sus huevos de mejores nutrientes para aliviar sus dolores y proporcionarles ma-

por vitalidad, que se habían visto obligadas a cambios en la alimentación como método de autodefensa en vista de la agresividad del medio ambiente.

Por lo tanto, antes de salir en busca de Caperucita se vieron obligados a sentarse en el borde del lago y esperar que asome algún pez, lo cual no era fácil. Fue preciso armarse de bastante paciencia y hacer fuerza para que algunos peces se desviaran desde algún río y distraídamente se internaran en el lago.

La espera puso nervioso al Lobo Feroz.

A Malo se le ocurrió que la tortuga podría estar aprovechándose de ellos, es decir, prorrogando el encuentro entre el Lobo Feroz y Caperucita y que ella, cansada de esperar y sola en medio del claro número uno del bosque, se marchara sin más ni más, dejando al Lobo Feroz sin la buena acción que pretendía hacer en beneficio de Malo.

Las cosas se estaban poniendo complicadas.

Malo seguía preocupado por la muñeca. Tal vez Alicia no la estaba cuidando de buen modo o dándole el cariño al que él la había habituado. Por otra parte, no se le hacía fácil la idea de reemplazar a Caperucita en el viaje submarino, claro que siempre que llegasen a encontrarla y ella estuviese de acuerdo. El no conocerla le produjo cierto recelo y le entraron algunas dudas. ¿Sería Caperucita tan bella como su muñeca? ¿Tendría los ojos abiertos día y noche, siempre dispuesta a agradarle? Y el color de su cabello ¿sería igual? Por otra parte, se dijo que no debería ofender al Lobo Feroz con preguntas de esa naturaleza, aunque para él fuesen importantes. Además, se estaba haciendo tarde y postergándose el encuentro con la demora.

Como si una varita mágica hubiera tocado la superficie del lago, de pronto varios peces saltaron al aire para después caer y perderse en el agua. Tenían las características deseadas por la tortuga. El Lobo Feroz adelantó un manotazo que cubrió una parte del agua, luego intentó en otra parte y en otra, pero sin resultado. Adujo su falta de experiencia en materia de pesca y, además, que su gran sensibilidad no le permitía alejar a los peces de su medio natural, porque eso los iba a condenar a morir.

Malo no pudo menos que admirar la franqueza del Lobo Feroz. De modo que, palmeándole la espalda para tranquilizarlo, fue a buscar una rama de árbol, la peló de hojas, ensartó en una punta un trozo de pan que llevaba en su bolsillo y lo apoyó en la superficie del agua. No tardó en tentar primero a un pez y luego a otro. Los tomó rápidamente y se los entregó a la tortuga. Fue masticando los peces de a uno, con lentitud para hacer más duradero el placer o prorrogar lo que ahora era su obligación de transportarlos al otro lado del lago.

El Lobo Feroz y Malo aguardaron que terminase de comer. Cuando la tortuga pareció satisfecha, dijo que ahora le era preciso tomar una siesta para digerir lo que había comido, puesto que aún estaba en proceso de asimilación de esa nueva forma de alimentarse. La modorra y el cansancio de la espera hicieron que el Lobo Feroz y Malo la imitaran.

Soñar no estaba dentro de los planes de Malo. Sin embargo, no pudo evitarlo. Las imágenes del sueño se le abalanzaban encima en un intento por llamar su atención. Eran muchas y todas diferentes. Aún así, Malo se inclinó por la imagen que, en sueños o fuera de ellos, siempre lo perseguía: la muñeca siendo secuestrada por Alicia. Porque lo que hizo ella fue un verdadero secuestro y él no tuvo el ánimo o el valor para impedirlo. Siempre le ocurría lo mismo: reaccionaba tarde, fuera de tiempo, cuando ya nada podía ser cambiado.

Soñó también que la muñeca discutía con Alicia, que lloraba pidiendo que la devolvieran. Malo pensó, siempre en sueños, cómo es que una muñeca podía llorar. Tal vez el recuerdo de las cosas se le estaba distorsionando. Tuvo miedo de despertar, pero algo en su interior le instaba a hacerlo, porque le esperaba una larga jornada y quizás algo podría ocurrir en el camino que le devuelva la alegría opacada por la falta de su muñeca.

Fue preciso que ahuyentara las imágenes con toda la fuerza de su mente para despertar. Le pareció que extendía las manos para separar los velos en los que estaban envueltos los sueños, hasta que finalmente pudo abrir los ojos.

La tortuga estaba ya lista y esperándolos. El Lobo Feroz tenía cara de no haber dormido bien, pues unas profundas ojeras le colgaban debajo

de los ojos, los que, quizás por la falta de sueño, habían adquirido un brillo que hacía desviar los ojos de Malo. Así de fuerte era.

Montados sobre la tortuga, atravesaron el lago. El tiempo corría en la misma dirección que el agua del lago. Malo opinó que era un tiempo que, al igual que el agua, casi podía tocarlo con las manos. El Lobo Feroz dijo que poco sabía de la dirección del tiempo y que sólo se guiaba por el rumbo que tomaban algunos olores que le interesaban. La tortuga parecía embarcada en su cometido, pues no adelantó palabra. Sólo cuando estuvieron en la otra orilla dijo “que les sea leve”, sin que pudiesen precisar el verdadero significado de sus palabras.

Era otro bosque el que se alzaba en esa margen del lago, uno de un verde diferente. Los árboles parecían querer abalanzarse sobre Malo y el Lobo Feroz, como si quisieran hacerles pagar la osadía de internarse en un bosque que no era de ellos.

El Lobo Feroz, molesto, puso pie de conquistador en el suelo, con tal fuerza que remeció la tierra, ahuyentando a los pájaros, dejando el terreno hundido a su paso.

La atmósfera era completamente distinta en ese bosque. El viento soplabla en sentido contrario y algunas luciérnagas, en vez de alumbrar con luces intermitentes, parecían haberse apoderado de velas, pues una llama pequeña oscilaba en el centro de sus cabezas.

Malo pensó, equivocadamente o para su fortuna, que a lo mejor habían llegado al País de las Maravillas y que no tardaría en encontrar a Alicia para rescatar su muñeca.

En realidad, su esperanza se frustró cuando, en medio de su recorrido por el bosque vieron aparecer algunos animales y seres de piel oscura que los miraban con curiosidad. Era evidente que el cruce del lago los llevó a un lugar totalmente extraño y pensó que no les sería fácil encontrar a Caperucita en medio de tal entorno.

El Lobo Feroz los saludó, cortésmente, para que entendiesen que venían como amigos. Los seres de piel oscura comenzaron a caminar, indicándoles que los siguieran. Eran de estatura baja, más pequeños que Malo.

El tiempo parecía haberse detenido en medio de las sombras del bosque. Sólo después de mucho andar pudieron darse cuenta de que habían traspasado las sombras y ahora se encontraban en medio de un claro que de ningún modo podía ser el número uno mencionado por el Lobo Feroz, pues en él no estaba Caperucita.

Uno de los seres oscuros les dio a entender que ese claro en el cual se encontraban no era el más apropiado para Caperucita, debido a los cambios de temperatura que se experimentaba a raíz de las veleidades del tiempo. Los llevaron a una choza donde, sentada en una especie de trono, estaba una niña, también de piel oscura.

El Lobo Feroz estuvo a punto de decir que esa niña no era Caperucita, pero no quiso ofender a los seres oscuros. Se acercó a la niña y raspó la piel con la uña para comprobar si era verdaderamente oscura o si se trataba de una complicidad con las sombras o una tintura aplicada por los seres oscuros para convertirla en sujeto de adoración.

La piel de la niña estaba cubierta con un tinte sólo conocido por los seres oscuros. Así lo descubrió el Lobo Feroz al examinar la planta del pie de la niña, único lugar difícil de mantener teñido.

Era preciso rescatarla. Así lo entendió Malo al encontrarse frente a una situación que era parecida, de cierto modo, a la que él y el Lobo Feroz estaban pasando, uno con respecto a su muñeca y otro en relación con Caperucita.

Sin embargo, había una diferencia: por lo menos sería posible dialogar con esos seres oscuros, pues estaban cara a cara con ellos y no detrás de una puerta implacablemente cerrada como le ocurrió a Malo con Alicia. No obstante, apenas el Lobo Feroz intentó iniciar una conversación con miras a recuperar a la niña que resultó ser Caperucita, los oídos de los pequeños seres parecieron cerrarse.

Malo también quiso hablarles para exponerles su problema, pero su intento fue mal interpretado y un montón de ojos chispearon en anuncio anticipado de ruidos de guerra. Aunque había ojos de diferentes calibres, pues unos tenían el aspecto de ser mansos y obedientes, otros de fuertes,

los del costado izquierdo parecían más bien débiles, mientras que los de la derecha reflejaban cargas ancestrales, pero todos dispuestos a defender lo que consideraban propio.

Era evidente que el sentido de propiedad se había adueñado de la voluntad de esos seres oscuros, aunque podía intuirse que eran de inclinación pacífica y que no así no más caerían en el absurdo de mostrar armas.

El Lobo Feroz se mantuvo tranquilo, de acuerdo con su carácter. Ni siquiera le preocupó que, en alguna parte, la abuela de Caperucita estaría esperándola ansiosamente. Malo, en cambio, arrastrando su propio problema, mostró una garra poco conocida en él. Tan enojado estaba que su boca parecía echar espuma y la lengua colgarle en un largo poco normal, casi como si hubiese adquirido otra personalidad y otro ser se hubiera adueñado de él.

Amparados por la noche, finalmente lograron rescatar a Caperucita y huir con ella. No obstante, nada podían hacer con el color de su piel, puesto que sólo los seres oscuros conocían el método de teñirla o desteñirla.

Temiendo que la abuela no pudiese reconocer a la niña a causa del color oscuro de su piel, que siempre había sido blanca como la nieve, Malo dijo que se quedaría temporalmente con Caperucita.

El Lobo Feroz sintió que una situación similar, experimentada en otro momento de su vida, volvía a recrearse, con la diferencia de que Malo intentaba ahora cambiar lo sucedido, insistiendo en que era cosa de los vientos, de los astros, culpando a la tortuga por haberlos transportado a ese lugar.

Todo se aquietó cuando, en su generosidad máxima, prometió a Malo que iba a ayudarle a encontrar a Alicia, y que de ahí a recuperar su muñeca sólo habría un paso.

Pero Malo no estaba muy convencido del ofrecimiento del Lobo Feroz y el recelo formó entre ellos una corriente negativa que nada tenía que ver con la corriente de los ríos o de los vientos.

Pero todo volvió a la normalidad cuando Caperucita dijo que no deseaba volver a ver a su abuela porque estaba cansada de ser dominada

por ella y que con mucho gusto les acompañaría en la aventura del rescate de la muñeca de Malo.

El regreso no fue fácil. Una lluvia había borrado las huellas que habían dejado en el trayecto de venida y un sinnúmero de atajos dificultaba la identificación del camino correcto. El Lobo Feroz, como buen conocedor de bosques, dijo que era preciso conseguir una llave que estaba a buen resguardo en las cuevas del Sésamo, la que les iba a permitir reconocer el camino que debían tomar.

Ni Caperucita ni Malo conocían el lugar donde pudiesen estar las mentadas cuevas. El Lobo Feroz dijo que no había motivo para preocuparse, ya que él los llevaría al lugar exacto sin pedir nada como retribución. Pero sugirió la conveniencia de separarse de Caperucita por haber una disparidad notoria entre su resistencia física y la de ellos, lo que haría más lento su desplazamiento con quien sabe qué consecuencia.

Malo no estaba muy convencido de aceptar la sugerencia del Lobo Feroz, temiendo que la repitiese al rescatar su muñeca. Para no despertar las sospechas de Caperucita, insinuó al Lobo Feroz que iniciasen juntos el camino y después se separaran de ella en algún atajo. El Lobo Feroz guiñó ambos ojos en acuerdo tácito.

A poco andar, y viendo Malo una trampa para animales a cierta distancia, orientó al Lobo Feroz directamente hacia ella, donde quedó atrapado. Malo dijo que lo iba a liberar si le indicaba el camino correcto que los llevaría a las cuevas de Sésamo. A pesar de que el Lobo Feroz le dio la información deseada, Malo no mantuvo su palabra, dejándolo atrapado.

La lengua se le hacia agua a Malo al pensar que podría ser el poseedor de dos muñecas en caso de encontrar el camino de regreso, pues quizás la misma llave serviría para orientarse y también para abrir la puerta del País de las Maravillas.

La Caperucita de tez oscura se mantuvo a su lado. Había levantado la cabeza y erguido el cuerpo, dando la sensación de que una fuerza desconocida se hubiese adueñado de ella. Parecía una amazona, aunque

sin caballo, arremetiendo contra el verde bosque que la llevaría a aperturas tal vez desconocidas.

Al llegar a las cuevas de Sésamo, encontraron que estaban cerradas. Caperucita, impaciente, gritó y llamó para que alguien acudiera a abrir la puerta de la cueva principal. Al no obtener respuesta, tomó una piedra, golpeó la puerta con ella para hacer más retumbante su llamado.

El sonido del golpe produjo un eco que se repitió varias veces como si la piedra hubiese echado a rodar por alguna cuesta. Cuando el último eco se apagó, Malo intentó por las buenas, usando palabras suaves, acariciando la puerta hasta que ésta cedió al impulso leve de su mano. En medio de la cueva principal, durmiendo quien sabe qué sueños pasados o presentes, estaba la llave. La tomó en sus manos y salió.

Por el camino parecía que los senderos iban formándose para darles paso. Antes de que se dieran cuenta, se encontraron al borde del lago. De nuevo tuvieron que repetir la escena de la tortuga. Sólo que esta vez ella exigió un pago doble para transportarlos de vuelta a la otra orilla: cuatro peces en vez de dos.

De modo que la espera hasta que los peces picasen fue también doble. Cuando por fin se encontraron en tierra firme, el lago desapareció como si nunca hubiese existido, como si el Lobo Feroz, de una sola aspirada, hubiese recuperado su caudal de lágrimas.

El temor de que la recuperación de sus lágrimas le diera más fuerza y lo ayudara a salirse de la trampa, apuró los pasos de Caperucita y Malo en su camino de regreso.

De nuevo el asunto del tiempo cobraba validez. No estaban seguros de si éste iba o venía, o si había decidido estancarse para no dar el gusto a nadie.

Pero debían apurarse.

Corrieron para atravesar parques y plazas, lugares hermosos que parecían abrirse a su paso, tal vez anunciando tiempos benévolos y un final feliz que pusiese término a todas las tribulaciones por las que habían tenido que pasar.

Esta vez fue Malo quien se impacientó frente a la puerta cerrada del País de las Maravillas y, desesperado, cayó en un lamento incesante que sólo podía causar irritación a quien estuviese del otro lado.

Preocupada, la Caperucita de tez oscura hizo uso de un lenguaje recuperado de sus tiempos de nieta buena y preocupada por su abuela. Sus palabras tuvieron el efecto de abrir la puerta de entrada del País de las Maravillas, lentamente, mostrando de a poco su esplendoroso interior. Y vieron a Alicia que, de mano de la muñeca, vagabundeaba por los jardines colgantes, subiendo a los árboles hasta alcanzar el horizonte, entrando y saliendo de él, pero sin soltar la muñeca.

Malo hizo señas a Alicia, quien, descendiendo de un árbol, aterrizó junto a él. La muñeca de Malo estaba más linda que nunca, con colores diferentes y mejillas que brillaban de satisfacción.

Malo la reclamó de vuelta, pero antes de contestar Alicia se dirigió a la muñeca, dándole a entender que era ella quien debía decidir. La muñeca, con movimiento de ojos y pestañas y también de cabeza, dio a entender a su vez que, habiendo pasado tanto tiempo separada de Malo, creyó que la espera iba a prolongarse indefinidamente. Agregó que, al haberse acostumbrado al nuevo lugar, prefería quedarse a vivir en el País de las Maravillas, junto con Alicia.

Caperucita estaba deslumbrada. Si bien había pasado algún tiempo con Malo y le estaba reconocida por haberla rescatado del mundo de los seres oscuros, pensó que su lugar estaba entre gente como ella y resolvió quedarse también con Alicia. Apuró a Malo para que traspusiese la puerta antes de que volviera a cerrarse, porque entonces ya no le sería posible salir.

Malo quedó en la calle, solo. Estaba apenado, pues la aventura parecía haber llegado a su fin y, además, se había quedado sin su muñeca. Fue cuando apareció el Principito, quien también estaba solo y muy deseoso de encontrar compañía. Traía una rosa en la mano.

Malo no sintió deseos de continuar comprometiéndose. Una rosa entre él y el Principito podría dar lugar a nuevas fricciones, a querer

apoderarse de ella por la razón o por la fuerza, dependiendo de quién tuviera más razón o más fuerza.

El Principito hizo un gesto para tranquilizarlo. “No temas”, le dijo. “Mi rosa está armada con púas, lo que le permite defenderse ante cualquier situación y también de decidir por sí sola. No será mía ni tuya hasta que ella se pronuncie. Es cuestión de tiempo”.

“¿Otra vez el tiempo?”, preguntó Malo, incrédulo.

“Es otra clase de tiempo, pues se trata de uno que le permita decidirse por el mejor de los dos”, señaló el Principito.

“¿Es un trato?”, preguntó Malo.

“Es un trato”, aseguró el Principito.

Malo rió. No recordaba haber reído últimamente. Fue tanta la risa que llegaron a saltársele las lágrimas. Con ellas dio de beber a la rosa, quien mostró su agradecimiento llenando la atmósfera con su perfume. El Principito dijo que él reiría más adelante, para que ambos, por turno, puedan contribuir a saciar la sed de la rosa.

Después se prepararon para cruzar el desierto. Al fondo, muy al fondo, donde los ojos encuentran espejismos salvadores, vieron a bosques entremezclados, seres oscuros, Caperucitas extrañas, Lobos Feroces atípicos, cuevas sin nombre y la tierra de Nunca Jamás. Malo se había lanzado, una vez más, a una aventura que podría ser eterna, con promesa de eternos retornos.

* * *

EL HIPOPÓTAMO ESTUDIOSO

Eso de estar tirado todo el día entre tantos en el mismo pantano, chocando unos contra otros con esos cuerpos tan pesados, sin poder pelear siquiera por no tener suficiente espacio y porque con tanto peso no dan muchas ganas, tenía un poco cansado a Kolín.

La verdad es que estaba cansado todo el día, tanto que fácilmente caía en un sueño tan pesado como él mismo. Según decía su mamá, sus

ronquidos se escuchaban como truenos de los grandes, de esos que sue-
nan a muchos kilómetros de distancia y vienen montados en vientos que
escapan, perseguidos por luces que se prenden y se apagan con gran
ruido.

Mamá Cándida todavía se asusta cuando esas luces se quiebran y
aparece el relámpago. Dice que el corazón ya no lo tiene tan fuerte para
tanta bulla.

El pantano suele estar fresco y nunca habían tenido problemas por
falta de agua. Pero en los últimos días el sol se fue quedando más de lo
acostumbrado, hasta que Kolín y los otros hipopótamos se sintieron afie-
brados, sobre todo los menores.

En su desesperación, chapotearon y chapotearon en la laguna hasta
que casi llegó a secarse, así como también la piel, tan gruesa que parecía
impermeable. Y el agua les resbalaba, rodando como en un trampolín y
caía antes de que llegaran a refrescarse.

Cuando salían del pantano, en su deseo por absorber la humedad del
pasto y de las plantas bajas, acabaron por comer toda la vegetación que
encontraron a su alrededor, quedándose sin alimento para después. Esto
causó un problema tan inmenso como los cuerpos de los mismos hipopó-
tamos.

Las enormes bocas empezaron a colgar y las ganas de comer fueron
acumulándose, haciéndoles gotear la lengua.. Al parecer, como ya la
situación se había hecho insoportable, mamá Cándida decidió llamar a
una reunión general.

Con voz gruesa que nadie se animaba a discutir, dijo que era preciso
comenzar la marcha para buscar algún pantano más profundo y pastos
que pudieran llenar sus estómagos acostumbrados a muchos, muchos
kilos diarios de comida.

Kolín estaba a punto de caer dormido nuevamente por culpa de su
exceso de peso. En la última consulta médica, el Dr. Pánfilo le había dicho
que era muy peligroso para su salud comer todo el día enormes paladas
de pasto. Pero él era muy joven aún, y con todos los años que todavía le
esperaban por delante, privarse de alimento era para él un gran sacrificio.

Mamá Cándida restregó el hocico contra el cuerpo de Kolín para removerlo y hacerle levantar.

Con la luna adelante como indicando el camino del cansado grupo, encabezados por mamá Cándida, abandonaron el lugar que les había pertenecido durante mucho tiempo.

Eso de caminar no les hacía mucha gracia y menos a Kolín que iba lanzando refunfuño tras refunfuño hasta que mamá Cándida le dijo que dejase de protestar y el silencio se llenó solo de pisadas fuertes y pesadas.

El camino iba a ser largo, porque no así no más era posible encontrar un pantano del tamaño que necesitaban para toda la manada de hipopótamos.

Kolín se iba retrasando del grupo, removiendo los brotes nuevos del pasto que iba encontrando a su paso, pero sin comerlos. Solamente los miraba como si quisiera desarmarlos para ver qué tenían adentro. Se le ocurrió también, revisar los troncos de los árboles e intentó levantar una pata para sentir la forma de los nudos salientes, que se parecían a los granos que a veces les salían justo sobre las patas de adelante.

El Dr. Pánfilo, acercándose a él hasta casi tocarlo, porque sus ojos ya estaban tan arrugados como la misma piel y no veía muy bien, le recordó que los granos eran causados por la alergia que sufrían los comilones. Kolín, bajando la cabeza, prometió, como siempre lo hacía, que iba a controlarse con la comida.

La manada ya estaba bastante lejos, casi tocando el borde de la tierra con el cielo donde se forma el horizonte y, a mamá Cándida se le podía notar fácilmente el enojo por el retraso de Kolín, porque cuando se ponía así, una baba espesa le caía de la boca.

Pero Kolín no podía saberlo por la distancia que había entre él y la manada, porque se había quedado muy atrás. Siguió mirando el campo, parte por parte, cuando encontró un pedazo de vidrio.

Estaba encantado, porque al mirar a través del vidrio, todo parecía más grande. Lanzó una carcajada tan fuerte que llegó a sacudir las ramas de los árboles y el suelo a llenarse de hojas que Kolín las fue observando cuidadosamente a través del pedazo de vidrio.

Dejó de pensar en el calor o en la falta de agua o de barro donde revolcarse. Ahora estaba demasiado ocupado con su nuevo juguete.

Una planta en forma de paraguas le llamó la atención. Estuvo a punto de comérsela, pero se acordó del Dr. Pánfilo al sentir una fuerte picazón un poco más arriba de lo acostumbrado. Se acercó a un árbol y se restregó hasta sacarse la picazón.

De repente se dio cuenta de que la manada de su familia de hipopótamos se había alejando tanto, que ya parecía una mancha oscura en el horizonte. Quiso apurarse para alcanzarla, pero recordó que el apuro era extraño a los hipopótamos porque su enorme peso y sus cortas piernas no se los permitían.

Así que siguió haciendo lo que hacía sin detenerse tanto como lo había hecho hasta ese momento, aunque lo necesario para continuar mirando a través del vidrio, todo lo que parecía saltar de la tierra, y crecer a su paso.

Kolín dejó de ver la manada que se había alejado de él, pero no se sintió solo. Los árboles parecían hablar con tantos pájaros adentro, haciendo un ruido que, sin embargo, no le era molesto.

La tierra misma parecía correr, pero eran otros pobladores del bosque, animales como él y aves que se espantaban ante su figura demasiado grande. Quedó mirando una cigüeña que estaba en posición de descanso como suelen hacer levantando una pata y guardando la otra debajo de su cuerpo.

Le hubiera gustado tener alas para volar y ver desde arriba las cosas que le estaban interesando y, a lo mejor, poder ajustar el pedazo de vidrio a uno de sus ojos, lo que no era nada cómodo hacerlo con sus patas, aunque fuesen las de adelante por ser un poco más fáciles de manejar que las de atrás.

Pero cada uno está hecho como es, pensó. Y siguió quedándose en el lugar para ver a la cigüeña que no tardó en mover las alas y levantó vuelo, porque ellas sí que tienen mucho trabajo llevando y trayendo bebés para que las mamás estén contentas con sus críos, y las cigüeñas, de tanto

llevar esos encargos necesitan recobrar sus fuerzas porque recorren todo el mundo haciendo su trabajo.

Kolín conocía el oficio de las cigüeñas y el empezó con que ellas contestaban los llamados que recibían de cualquier lugar, algunos muy alejados, como había escuchado contar a mamá Cándida.

Estuvo a punto de soltar de nuevo una carcajada porque mamá Cándida pensaba que Kolín no sabía cuál era en verdad el trabajo de las cigüeñas. No lo hizo por temor de que volvieran a caer las hojas de los árboles y en una de esas también los pájaros que estaban parados en las ramas.

Lo que más le impresionaba eran las hojas de colores con rayas en el medio y, saliendo del centro, otras más pequeñas.

No podía agacharse para tocar las flores que iba encontrando a su paso, porque era preciso hacerlo con suavidad. Y sus patas no eran nada suaves. Pero las observaba con el trozo de vidrio hasta el mismo fondo de donde hacía un tallo para abrirse arriba en pequeños pétalos de colores.

Una tarde el cielo se puso oscuro, como si estuviese enojado. Cayeron gotas inmensas de lluvia que reventaban sobre el lomo de Kolín, que se sintió en el colmo de la felicidad al sentir el agua sobre su cuerpo, enfriándolo.

Al día siguiente se le quitó la modorra que en un momento casi le había hecho perder el equilibrio porque se le había recalentado mucho la piel por el calor y tanto ejercicio que estaba haciendo. Habría sido muy peligroso para él y podía hacerle caer muy fácilmente sin tener a nadie que lo ayudara a levantarse del suelo.

Kolín aprovechó para lavar su trozo de vidrio ya que, con tanto resoplido, había perdido su transparencia.

Durante su lento y pesado caminar se dedicó al aprendizaje, pasado muchas veces mucho susto, sobre todo cuando probaba cosas extrañas que veía por primera vez y que le provocaban las tan terribles picazones, sin tener al Dr. Pánfilo a su alcance para que lo atienda.

Así fue conociendo las diferentes plantas y calidades de pasto, el

néctar que brota de las flores y que las abejas usan para fabricar la miel. Además, es agradable como postre para mariposas y colibríes.

Con el tiempo, la piel de Kolin fue poniéndose dura porque en el largo camino que le había tomado mucho tiempo, había también cumplido más años. Cuando empezó a extrañar los roces de cuerpos que antes le habían molestado, decidió que ya era tiempo de juntarse con la manada.

Pasó por muchos pantanos donde chapotear, pero ahora lo único que deseaba era estar en compañía de los suyos.

Kolín ya no era tan joven y el peso de los años le hizo demorar muchos días y muchas noches hasta, después de intentarlo varias veces, logró enganchar al fin el pedazo de vidrio en su ojo derecho y, con aire de hipopótamo importante, hizo su entrada en el lugar donde se había instalado la manada.

Todos se sorprendieron de todo lo que había aprendido en su recorrido por el bosque y le pidieron que ocupara el lugar del Dr. Pánfilo, quien, tenía ya tantos años que ni siquiera podría ver las cosas aunque Kolín le prestara el pedazo de vidrio.

Kolín abrió una escuela para enseñar lo que había aprendido en tanto tiempo. Ya no volvió a sentirse inútil o cansado como cuando, en su edad joven, solamente comía y dormía por no saber hacer otra cosa. Hasta le cambió la cara, y se lo veía contento, pero sus risotadas continuaban haciendo caer las hojas de los árboles. Aunque decía que no era siempre por su culpa, ya que los árboles a veces también se resfrían y sus estornudos hacen caer las hojas. Kolín sabía tanto, que nadie podía ser capaz de contradecirlo.

* * *

LA PRINCESA INDIA

La fogata parecía dar más brillo a los ojos, un brillo en forma de círculo que parecía hipnotizar a las llamas, obligándolas a saltos altos

como si entre ellas se hubiera declarado una verdadera competencia. Las chispas explotaban a mitad de camino en distintas direcciones, una verdadera fiesta para los ojos y oídos de los boy scouts sentados alrededor del fuego. Nadie miraba a quien estaba enfrente. Era mucha la atracción del juego. Los duendes salían convertidos en lenguas danzantes y escapaban hasta que una nueva oleada de lenguas de fuego volvía a salir. Nadie hablaba porque estaban emocionados, pensando en quien sabe qué historias, cada uno imaginándolas a su manera

De repente, como si la voz saliera del fuego, alguien preguntó por Alejandra. Mario sostenía el largo y pesado palo con que se identificaba a los scouts y la cola de conejo que colgaba de una punta parecía una oreja enorme, atenta, que obligaba a estar en silencio. Rosa, la jefa del grupo, empezó a cantar: “prende fuego, prende, no te dejes esperar, levanta tus llamas y hazlas danzar”. Una detrás de otras, las voces se agregaron hasta que la fuerza del conjunto hizo que se levantaran llamas altas. Todos aplaudieron. Daba la impresión de que las llamas respondían al canto. Algunos niños, entusiasmados por tanta luz que se veía a pesar de la noche, se levantaron y se pusieron a bailar. El contento era general. Mario, responsable del palo con la cola de conejo, se mantenía en su puesto. Rosa dirigía el baile. Los niños saltaban para imitar a las llamas y seguir el ritmo del canto. Pero les preocupaba la falta de Alejandra. Sobre todo a Rosa, que era la que dirigía el grupo. Aunque en algún momento, entusiasmados con el baile y el fuego tan alto, pensando solo en lo que hacían, dejaron de preocuparse. De repente, las llamas empezaron a hablar. Mario quedó convertido casi en una piedra y la cola de conejo empezó a temblar.

“Soy la princesa india, Anahí”, dijo la voz. “Hace tiempo que busco a mi tribu, desde que me perdí durante una cacería. Yo era muy pequeña aún, y desobedecía al gran cacique. Quise buscar otros caminos y, cuando me di cuenta y quise regresar, había pasado tanto tiempo que la selva cubrió los caminos hasta desorientarme y ya no pude reconocer el camino de regreso. Desde entonces, ando buscando a mi gente. El pájaro de la

noche, el que sopla sueños en los oídos, me dijo que me arrime a cualquier hoguera que encuentre, que cuente mi historia y, aunque no pueda encontrar a mi familia, esa familia enorme donde todos son parientes, habrá gente que me acepte y que escuche mi historia para que nadie olvide a la princesa india, a Anahí, quien desde entonces es espíritu o fantasma, vive solo de noche porque la luz del día la enceguece. Este es mi castigo por haber desobedecido”.

La princesa estaba vestida con una túnica roja o de color fuego, parecido al de las llamas de la fogata. Alguno de los niños se restregaron los ojos, porque lo que estaba sucediendo no parecía real. Tal vez los ojos estaban demasiado acalorados por el fuego y habían imaginado lo sucedido. Pero no era posible que a todos les pasara lo mismo.

Mario se mantenía fiel a su responsabilidad de tener en alto el palo con la cola de conejo. Rosa estaba callada. Aníbal, el más pequeño del grupo, dijo:”mi mamá suele contar historias como esas cuando me porto mal. Dice que es para que no vuelva a hacerlo”. En ese mismo momento. Mario gritó:”¡es Alejandra, es Alejandra!” con tal fuerza, que el palo estuvo a punto de caerse. Rosa lanzó una carcajada. Los demás no sabían qué hacer.

“Es pura sabiduría de indios”, dijo Mario.

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó Aníbal. Mario se quedó pensando. “Lo había leído en alguna parte”, respondió. “Ellos, los indios, no tenían libros donde buscar conocimientos. Aprendían en forma natural observando la naturaleza, la luna, las estrellas, el sol. Tuvieron una vida difícil, siempre moviéndose de lugar para poder alimentarse o encontrar mejores lugares para vivir. Conocían mejor que nadie el comportamiento de los astros, las cualidades de las plantas para curar algunas enfermedades, el comportamiento de los animales. Menos mal que lo que se cuenta de ellos mantiene viva su forma de vida. Mucho de lo que nosotros sabemos lo hemos aprendido de ellos. Sabían que la tela de araña, por ejemplo, hacía parar el sangrado de una herida”.

Alejandra apareció de repente, sin llevar el vestido de princesa india.

“¿Tú inventaste lo que había pasado con Anahí?”, preguntó María.
“En parte”, contestó Alejandra. “El resto lo escuché de mis abuelos. Parece que algún antepasado nuestro tuvo sangre india”.

Aníbal abrió los ojos tan grandes como pudo. No lo podía creer.

“No es extraño”, dijo Alejandra. “Es el resultado de las mezclas de españoles, los conquistadores, con los nativos. ¿Ven que yo tengo los pómulos sobresalientes? Los indios también los tenían. La mezcla muchas veces nos trajo beneficios, porque sobre todo en las mujeres, las hizo más bellas”.

María sintió la satisfacción de haber programado algo diferente para los niños. “A lo mejor en verdad eres una princesa”, continuó Aníbal. “Todo puede ser”, dijo Mario. “Siempre me pareció que eras diferente”, dijo Aníbal “Durante la actuación te vi como una verdadera india”.

“¿Qué significa eso de “verdadera india”?”

“Diferente, no como somos nosotros. Yo no tengo los pómulos salidos ni la piel oscura. Mario tampoco. Rosa sólo está tostada por el sol”.

“Tienes mucho que aprender todavía, Aníbal. Cuando lo hayas hecho, te darás cuenta de que los colores de la piel o las formas de las caras no tienen por qué hacernos diferentes. Así como los países tienen distintas formas en los mapas, también nosotros somos diferentes, pero debemos estar orgullosos de nuestras diferencias. Imagínense si todos tuviéramos las mismas caras, los mismos cuerpos... Ay, ¡sería terrible! No sabríamos quien es quien a pesar de tener nombres diferentes”, alguien dijo. Todos se miraron para saber quién lo había dicho, pero cuando se señalaba a alguno, éste decía que no había sido él, y así hasta que todos dijeron lo mismo. Al final, alguien empezó a reír y los demás hicieron lo mismo. Fue como si se hubiera dado la orden. “¡Hora de dormir!”. Estaban tan cansados que como duendes, se metieron dentro de sus sacos de dormir.

DE: Cuentos inéditos (fechados alrededor del año 2001).





“Ojalá juegue en la selección”, Óleo sobre lienzo, 160 x 120
cms. 2005. Colección privada (Francia).
Obra de Enrique Collar.

NILA LÓPEZ
(Concepción, 1954)

Periodista, actriz, poeta y narradora. Diplomada en Psicopedagogía por la Universidad Católica de Asunción, Nila López fue columnista y entrevistadora en *ABC Color*, jefa del área de Artes y Espectáculos del diario *La Tribuna* y directora de la revista dominical de *El Diario Noticias*. Durante mucho tiempo presentadora de televisión y conductora de diversos programas culturales en el Canal 9 (SNT), dirigió además dos colecciones de libros para niños: “Libros para comerlos” y “Gusanitos de biblioteca”. Actualmente se dedica a escribir y ordenar sus textos aún inéditos. Su obra publicada incluye los poemarios *El brocal amarillo* (1985), *Artificios naturales* (1987) y *La condición amorosa* (2001). En teatro, es autora de *¿Quién dejó pasar el tren?* (1987), pieza infantojuvenil galardonada con el Primer Premio de Radio Cáritas en 1977. También ese mismo año (1977) obtuvo el Segundo Premio de la Municipalidad de Asunción por “Ciudadalma”, texto ecológico escrito en co-autoría con Raquel Chaves. En 1995 apareció *Señales - Una intrahistoria* (relatos; 1995), su primera incursión en el campo narrativo, y en 1998 dio a luz su primera novela: *Madre, hija y espíritu santo* (Premio Municipal de Literatura 1998), collage textual en prosa y verso donde confluyen a un mismo tiempo poesía, mito y realidad, teoría y práctica, lo vivido y lo soñado, lo personal y lo universal, desde una perspectiva inconfundiblemente femenina. De posterior publicación son *Tántalo en el Trópico* (2000), su segunda novela, y *El bosque sagrado* (2007; narrativa).

ENCUENTRO CON LA BRISA

Cuando llegamos a la estancia de San Pedro, los chicos estaban cansados y, a la vez, alborotados. Traían, entre las cosas que no se veían en sus mochilas, las mismas ilusiones de todos los años y algunos inventos *craneados*, como nuevos juegos, truculentos, algunos, y otros perversillos, de esos que asustan y te hacen recordar a duendes maléficos de cuentos antiguos y a otros seres oscuros de la naturaleza, no sólo al más famoso del lugar, que es el pombero, sino a bichos y árboles que se

convierten en cualquier cosa y te enredan con su encanto macabro, hasta conseguir que te extravíes sin posibilidad de retorno a un sitio conocido.

La primera acción era descargar el equipaje y ubicarlo en cada habitación con discusiones seguras porque a uno le faltaba una cosa, y a los demás, otras.

Padres y tíos parecían inmunes a los fenómenos mágicos que muy astutamente empezaban a manifestarse con una brisa que no era suave ni intranquila y había decidido ser una moradora más, una compañera del grupo, emitiendo efluvios que para los niños de doce años, por ejemplo, eran evidentes portadores de un signo codificado, ultraterreno.

Para no exagerar, sólo les confirmo que todos los chicos y jóvenes ven y sienten la brisa con más potencia que los adultos. Se les pone la piel de gallina y se miran tratando de que uno de ellos tenga la pista que aclare el hecho.

Mía Sol se acercó sigilosa y comentó que justo, justito al tercer día, cuando se dirigieran a buscar las hojas de los bananos para colocar las chipas sobre ellas, antes de introducirlas en el *tatakua* (horno), en vez de expandirse sin ton ni son por los alrededores, la brisa formaría un conjunto que llegaría serenamente al lugar que ellos estaban usando, y crearía un halo fosforescente sobre toda espesura visible. Y tendrían una sensación de tibieza, de gran paz.

Sorpresivamente una risa que parecía haber estado prisionera en alguna cárcel lóbrega durante muchos siglos, confirió a los perfiles de la brisa un espacio brillante.

Con un sonido nunca antes percibido por los oídos de los jóvenes, fue penetrando en sus organismos.

Después, muy despacio, despacio, despacio, se manifestó con un susurro, en un lenguaje propicio para ser descifrado.

Mucho verso el mensaje contenía:

*¿Por qué durante inviernos pasajeros
vanamente
os detuvo la ignorancia?
¡Nunca notasteis que existimos!
¿Cómo entender que
tal visión
negara el aire en movimiento
y sólo en un tornado se fijara?
¿Habrá que comprender
la indiferencia,
tanta mordacidad,
engaño y disimulo,
tal vez como vacío,
como aplastante vulgaridad?
¿Por qué nuestros arrullos no sentisteis?
En vuestras tiernas frentes
hubo llamados ciertos,
paseamos por las gargantas
y también por vuestras piernas,
sin excluir los pies,
donde es frecuente que anidemos.
¿Cómo contar verazmente
la ausencia de algún vínculo,
mientras la bella forma
de tocaros los cabellos
era para informaros
que en cada poro,
llenos de luz,
mil secretos se agolpaban?
¿Y que con otras brisas
más distantes
teníamos poderes*

*para imprimir en cada piel
vastos murmullos, ruidos, silencios
que pasarían muy lentamente
al fondo mismo de cada espíritu,
para ampliarse
con fuerza ardiente
en otra esfera,
ya protegidos
por el imperio de la brisa?*

Tendremos la ocasión de oír vuestras respuestas. Buenas o malas, allí estaremos, en esa cita tan postergada cuya fecha y lugar vosotros escogeréis.

Y del modo apacible en que apareció... la brisa se disipó.

Nadie volvió a verla ni a sentirla, y empezó una disputa horrorosa sobre la agenda: qué día escogerían para escuchar y sentir una vez más la brisa y qué interpretaciones expondrían que de verdad fueran verdaderas.

Y no es repetición: la verdad verdadera es difícil de encontrar, porque aún si estuvieses mudo, de manera exacta y precisa los delicados músculos faciales cantan su canción, cuyo contenido no se puede desmentir, pues habla por sí mismo, y la boca cerrada puede expresar todas las cosas con gestos que son irreprimibles. De la mirada, ni hablemos. La mirada sí que es una cuentera consumada.

Lo que ocurrió en el encuentro entre la brisa y los muchachos fue determinado como oculto hasta cierta ocasión en que se hallaran seres humanos que merecieran saber lo que clandestinamente crece a nuestro alrededor.

Los tres días anteriores

Amanecía y las ramas de los árboles eran dueñas de los primeros rayos de sol, azules, amarillos y rojos. Todo estaba en silencio, pero los

chicos se despertaban furtivamente para ir a ordeñar las vacas en el corralón, y tomar allí mismo la leche nueva, atentando contra su salud. ¡Ah, la canela jamás faltaba, ni el azúcar! Se sentían en el paraíso bebiendo la leche fresca, y había uno más arriesgado, Juanjo, que lo hacía desde la propia ubre de la vaca.

Y luego sentenciaba:

—¡Es un néctar cósmico!

A los demás les parecía repugnante. Y se burlaban:

—¡Es un néctar cósmico!

—¡Cónico!

—¡Cólico!

Juanjo, muy ufano y como gran mamífero, decidió defenderse explicando en su favor:

*De un mismo sitio venimos:
somos especies contiguas.
Nadie puede desmentir
que nos une algo recóndito
y que hay magnéticos reinos
que muy pocos estudiamos.
Así es fácil deducir
que hacemos ganar dinero
a quienes sólo comercian
con leche pasteurizada
o engordan con falsedad
a unos pollos que comemos
a sabiendas bien sabidas
de hormonales consecuencias.
¿Qué más os puedo decir?
De todo un poco hay que saber.
Así ocurre en muchas cosas
y tendremos que adiestrarnos*

*para dejar de engañarnos
por los rufianes.
El agua de manantial
es clarísima y más limpia
que la que avanza por tubos.
Usos y modas
vendrán y se irán.
Por eso es tan importante
entender
exactamente
que nuestra actividad nace
aquí mismo, en la energía,
y que la nuestra procede
de alimentos necesarios:
así, químicos compuestos
desde el estómago inician
un paseo peculiar
que nos obsequia gentil
cómo entender, y la fuerza.
También concurre feliz
la energía en movimiento
cuyo nombre, bien sabemos,
se denomina cinética.*

–Podemos ponerla en práctica con mi hermanito Matías. Él será el comandante general.

Todos se miran atónitos, ya que Juanjo se dedica mucho al fútbol, siempre se muestra muy calladito y lo consideran tímido.

Luego de examinar la propuesta durante escasos minutos, los chicos y las chicas exclaman grupalmente:

–¡Síiiii! Hecho está y aceptamos la idea de Juanjo.

* * *

LA ENERGÍA CINÉTICA

Matías pidió carraspeando que se acomodaran bajo la sombra de un antiquísimo árbol donde no tendrían calor ni les molestarían los mosquitos y otros insectos muy allegados a la zona, ubicada en el departamento de San Pedro, con un arroyo allí nomás, enfrente, tan grande que parecía un río y estaba habitado por patos silvestres, garzas e inmensos yacarés con sus crías, además de peces de tantas variedades, que sería cansador nombrarlos en esta oportunidad.

Todos corrieron hacia el árbol y adoptando posturas de *yoga* decidieron ser parte de la función, que era dominar las especificidades de la energía cinética.

Matías, con una seriedad espeluznante y cara de maestro sabio, inició de esta manera su exposición:

–Buenos días, queridos participantes, a este ciclo sobre la energía cinética. Veamos: si las partículas de los objetos tienen más energía, es porque se encuentran a más temperatura. El calor es la energía cinética total de las partículas en movimiento de los objetos. Calor y temperatura, entonces, son dos elementos que debemos tener muy presentes cuando nos referimos a la energía cinética, que luego podremos explorar, por ejemplo, en nuestro arroyo Mbutu'y. Pero vayamos a temas anteriores:

–¡Que no sea muy largo, excelentísimo señor profesor! –pide Giuliano, que no sabe quedarse quieto más de diez minutos, aunque el tema le interese.

–Seré breve –contesta Matías–, si dejáis de interrumpirme.

–¡De acuerdo! –dicen todos.

Y de esta manera prosigue Matías:

–No podemos ver la fuerza, pero sí sentir sus efectos. Empujan, tiran, estiran, hacen girar un objeto. Algunos tipos de fuerza son los que utilizando la flexión doblan los objetos. La fuerza centrípeta mantiene los objetos en un círculo y los esparce en sus alrededores, como, por ejemplo, los vientos huracanados.

—¿Cómo podemos saber si lo que explicas es cierto? Seguro que lo viste en la televisión —dice Giuliano.

Todos se ríen a carcajadas.

El profesor hace caso omiso al comentario desagradable y a las burlas. Prosigue tranquilamente:

—A la fricción se opone el movimiento. El empuje hacia arriba actúa sobre los objetos sumergidos. La fuerza de la gravedad nos mantiene firmemente sujetos al suelo. Un ejemplo de movimiento que va superando la inercia es que cuesta más pedalear al principio, porque se necesita vencer la inercia de la bicicleta, más la nuestra. Una vez que estamos en marcha, la inercia nos ayuda a mantenernos en movimiento.

Exactamente en ese momento llega la abuela Carmen, y con tres palmadas da por concluida la función y los obliga a acompañarla a recoger las verduras de su huerta ecológica para luego dirigirse hacia el huerto de frutas.

—¿Quién es esta bruja maleducada? —pregunta al oído de Felicia un recién llegado a la estancia.

—Ni la cites. Aquí todos la reverencian.

—Adelante. Arriba. Agacharse, levantarse, bien erguidos, como yo, hasta que todas las canastas rebocen.

—Pasa que tú infaliblemente quieres tantas cosas. Nunca te das por satisfecha —arguye Berta con voz muy fina y bajita.

Carmen la mira de esa forma indiscutiblemente indiscutible que la define y da su opinión sobre el asunto:

—Porque una parte lo consumiremos aquí y lo que sobra lo llevaremos a casa, en Asunción, como ya es tradicional en nuestra familia y en nuestra casa de puertas abiertas. Nosotros compramos eligiendo las semillas en distintos países y también en el nuestro. Nosotros escogemos los climas y los terrenos propicios. Compartir es el lema. Y debe practicarse concretamente. La generosidad no puede ser una palabra sin firma, sin acepción bien determinada por cada gesto en acción.

—Abuela, ya estoy cansado —dice Leonardo, que es el más pequeño entre todos, y el más gracioso.

—Pues creo que después te cansarás mucho más, porque la recolección apenas está comenzando. Imagínate si tú mismo hubieses tenido la obligación de sembrar y regar y darles los cuidados culturales, todos los días y todas las nohcecitas a cada plantita, así, planta por planta. ¡Cómo harías para andar por el jardín con sus estanques en laberinto, sus variadas especies, los vegetales frágiles o rozagantes en oasis umbríos donde hay grutas y pérgolas, terrazas, parques y glorietas. Pero mi jardín es muy sutil, lo dejo para mañana.

—No me importa, no me importa. Quiero mi teté. No me importa lo que tú quieras. Yo quiero lo que quiero por-que soy in-de-pen-dien-te.

—Pues no y no. Y no. Estamos en el tiempo más hermoso: el de la cosecha. Aguanta.

—Quiero hacer pipí —grita de nuevo Leonardo.

Impertérrita, la abuela le ordena:

—Bájate el cierre y entre esos yuyales lo harás reposadamente.

—Bueno, está bien, abuelita. ¿No me picará ningún bicho?

—Nada, nada. Te sentirás hermanado con los yuyos.

Muy pronto terminan de recogerlo todo, pero como las canastas son muy pesadas la abuela llama a unos operarios para que se hagan cargo de esta parte del *entretenimiento*.

Los hombres contestan al unísono:

—Con mucho gusto, señora Carmen. A su servicio para lo que desee.

Al alejarse del lugar el grupo va encontrando aguadas maravillosas, cientos de peces chicos y grandes, exóticas plantas, y piedras de colores en las que no pueden fijar los ojos sino por brevísimos segundos, pues los enceguecen y alucinan transportándolos a un mundo increíble que hasta hoy nadie conoce con certeza.

Sí, sí. Ellos llegaron de este modo fantástico al fondo del mar.

* * *

LAS PESADILLAS

Esa noche todos se hallan indispuestos, sin lograr conciliar el sueño. En uno de ellos, Alberto ve cómo un volcán en erupción se desparrama sobre él. Pide socorro al quedar enterrado bajo rocas ígneas de antiguas montañas y una inmensa formación de cristales que si los vieran en el cine les parecerían magníficos, pero en esta situación son horripilantes.

También lo aprietan contra el mundo minerales de aguas termales, y aparecen más y más cráteres. Él se envuelve en azufre y magma y cristales con extrañísimas gemas. ¡Como para hacerse millonario si alguien fuera joyero!

Lo más irracional es que Alberto no puede distinguir entre la ficción y la realidad, y como él habla ruidosamente describiendo su tragedia, todos los demás lo escuchan y se quedan en un estado tembloroso, acompañando al durmiente soñador de la manera más simple, que siempre es la imitación: convierten lo que ocurre en un delirio colectivo.

Por otro lado, Berta, que nunca descansa ni se desprende de su computadora portátil, cae de súbito en un sitio del ciberespacio desde donde le dicen: “*Lo que importa no son los años de la vida sino la vida de los años*”. Este concepto tan común, por lo menos en apariencia, la deja completamente turulata y ya no quiere conectarse ni revisar nada. ¡Pobre! A veces lo más sencillo nos complica en vano, como le ocurre a ella ahora mismo, que está dándole vueltas reiterativas a la oración: “*Lo que importa no son las vidas de los años sino los años de las vidas o viceversa*”. Y sigue, conflictiva y pensadora, borroneando y volviendo a empezar.

Nadie puede entender por qué ella permanece tranquila mientras la lava de los volcanes está a punto de invadir su habitación. Pero se pone bien horrorizada y patética cuando los sucesos dejan de manifestarse como mentiras de un soñador, pues la quema el intenso calor y ya siente magma deslizándose por sus piernas. Su hija Alison se despierta repentinamente sudando y abrazando su peluche predilecto.

Raquel, por su parte, sale al gran corredor yeré (corredor que rodea la casa) y dice fervorosa:

—¡Las pesadillas se pueden anular! Me han contado que la verdad es transferible y tiene *ideas núcleo*. El éxito está basado en las relaciones de uno con uno y de uno con otro o con otros. Hay que saber apoyar el valor que está en los demás. Tenéis que inventaros regularmente.

Y prosigue:

—Por ejemplo, Churchill dijo: *“Hay un momento especial en la vida de todo el mundo, un momento en que el ser humano encuentra su propósito. Y allí nace”*.

—¡Cállate ya Raquel y déjanos dormir luego del terrible sueño de Alberto, que por fin se ha calmado!

—Es justamente en ese estado en que estáis, que es de meditación natural y cósmica, de encuentro con el Ser Superior, que hablo para vosotros. Hay cincuenta y dos tipos de personas que nunca llegan a ser gran cosa en su vida.

—¿Cuáles son las razones? —inquire Sandra y otros la acompañan con ojos bien abiertos en la interrogación.

—Por varias razones. La primera envuelve a la persona que no hace lo que se le dice. Y la segunda es la que no hace más que lo que se le dice. ¡Que tengan buenos sueños!

—¿Alguien tiene chocolates? —pregunta Mía Sol.

Como respuesta sólo recibe un larguísimo ¡chiiisssssss!

No tienen ganas de hacer nada al amanecer, pues están rendidos después de una noche tan asombrosa que enriqueció la vida de todos. Y Raquel en Internet ya inicia su exploración de todos los temas sobre volcanes, en todos los buscadores. Después todos la atienden, pues su relato sobre los tres volcanes de Antigua Guatemala, es impresionante.

* * *

EL FÚTBOL MUEVE EL MUNDO Y LOS BOLSILLOS

¿Qué hacer?, piensa la abuela. Lo único que detesta con furia es el fútbol, con esos hombres que corren y se lastiman detrás de una pelota y al llegar a una edad determinada tienen que retirarse con gloria o sin ella. Y se los compra como si fueran animales o cosas utilitarias. El propósito concluyente es sólo y por último juntar dinero sobre dinero.

–¡Hurra! llegó el día del fútbol –gritan todos, inclusive las mujeres.
Mía Sol se defiende y defiende a los otros:

*Es que en la Tierra
poco se sabe de historia
mientras las nuevas mujeres
somos todas deportistas.
¡Tú no puedes entenderlo!
¡Tú no lo puedes saber!
Tanto olor y ese sudor
logran que seres humanos
en millones se acompañen
y así se atrevan también
a gritar su propia voz.
¡Es que tú no sabes,
no lo puedes entender!*

Entiendo y sé más de la cuenta. Pero si ya lo pusisteis en el programa entre las proezas, os respeto y me quedo leyendo a Marguerite Yourcenar.

–¿Qué es eso?

–Un folletín clásico para gente analfabeta por puro gusto, que te da cordura en vez de tomarte pastillitas de todos los colores que recetan los psiquiatras.

–¡Algún día ganaremos la COPA del Mundo!

La abuela Carmen replica:

—La cuestión es ganar. Qué ego tan exagerado. El fanático de un club, si su equipo obtiene una victoria, una de esas grandes y difíciles victorias, no siente sólo placer. Es todo. Es algo más grande que cualquier cosa maravillosa que la vida le pueda ofrecer.

—Ay, abuela, déjate de monsergas y deja de llamarme mi nieta alemana. ¡Soy paraguaya también, y más paraguaya que nunca si se trata de fútbol!

—Qué malcriada te pones, chiquita mía.

—Abuela, la malcriada eres tú.

Juanjo, el gran jugador de fútbol entre todos los presentes, exclama:

—¡El fútbol provoca un éxtasis comunitario!

La abuela Carmen prosigue:

—Nick Homby, un estudioso del tema, afirma con respecto al fenómeno de este deporte, que “La vida real es más tenue, más apagada, y contiene un potencial menor para entrar en un delirio inesperado”.

—Eso lo entendemos —afirma Juanjo—. El fútbol crea adictos y satisface muchas necesidades emocionales de la gente.

—A la cancha —dice la abuela— y después discutiremos en serio.

Se estructuran los equipos. Cada uno está vestido como si fuera profesional de este deporte.

Juegan largamente. Se escuchan gritos y hasta groserías dirigidas al árbitro, pero la abuela ni se inmuta. Sigue leyendo por undécima vez “Memorias de Adriano”. Y luego los ve regresar de la cancha, agotados y contradictoriamente plenos de alegría, capaces de comerse el universo completo de un solo bocado. Efectivamente, tal como expresó Mía Sol un rato antes, traen consigo un olor y un sudor incomparables.

* * *

EL BOSQUE SAGRADO

Agradecer en el bosque con toda el alma, es un ritual ya establecido. Es el ritual de la despedida. Es cuando con más intensidad tienen la capacidad de discernir. Por lo tanto, saben que todo lo vivido fue parte del bosque sagrado.

Cada uno de los chicos y chicas toma en sus manos un elemento significativo, y una vela blanca. Se friccionan los cuerpos con un aceite especial, natural, orgánico, contra los mosquitos grandes y pequeños, e inician la caminata espiritual bordeando el arroyo y buscando algún hueco que les permita entrar al interior del bosque.

El cielo azul los despoja de toda ansiedad. Se sienten frescos con el aire embalsamado de perfumes afrodisíacos.

La abuela Carmen los precede y es el instante en que descubren que los pasatiempos vanos les han robado la aptitud innata para la aventura, que crece en todo ser dispuesto a amarse y a amar a los demás y amar lo que le rodea, incluyendo a las cucarachas.

—A partir de ahora repetiréis lo que el bosque dice a través de mi presencia y de su alquimia inagotable. Llegará un tiempo, dentro de poco, en que cada paso que demos será celebratorio. Y seréis vosotros los que espontáneamente diréis las palabras bienaventuradas, los cánticos de todos los dioses que con Dios han sido y serán —aconseja la abuela.

De pronto ven una luz muy fuerte, y más luces como flechas, como antorchas. Hacia allí caminan, enfilados.

Encuentran en el sitio una boca que da amplio acceso al interior húmedo y tramposo del bosque más misterioso del que nunca se haya hablado.

Bajo los altísimos árboles hay capas de tres o cuatro tipos de especies vegetales. En la que ahora pisan, hay piedritas y helechos de entramados muy finos. No se divisa trecho alguno: sólo resalta el concierto de pájaros e insectos y de varios picaflores que parecen darles la bienvenida, ubicándolos en el tiempo supremo que transcurre. Las cáscaras de añosos tron-

cos de árboles tienen a seres enmascarados como habitantes de sus cientos de intersticios y sus movimientos aparentemente innecesarios.

–¡**Ábrenos todos los caminos, mariposa del cielo!** –dice la abuela.

–¡Ábrenos todos los caminos, mariposa del cielo! –repiten sus acompañantes.

–¡**Que la luz brille desde nosotros y acompañe al bosque!**

–Que la luz brille desde nosotros y acompañe al bosque!

–¡**Venimos a dejarte nuestra ofrenda sigilosa!**

Los chicos repiten cantando:

–¡Venimos a dejarte nuestra ofrenda sigilosa!

–**También hay oro fino en cada uno de nosotros.**

–También hay oro fino en cada uno de nosotros.

–¡**Ábrete, oh, divino bosque!**

–¡Abrete, oh, divino bosque!

De súbito aparece ante ellos un arroyito con un tronco para cruzarlo. Posteriormente cientos de tronquillos forman puentes sobre fugaces y delgadas corrientes de agua. Muchos se van quedando atrás por temor a cruzarlos. Berta está desesperada pues en cada lugar se alza el resplandor de una vela encendida, y ella siente miedo de que se incendie el bosque.

En un gran espejo de agua los pajarillos se dan picotazos pues al verse a sí mismos en el fondo, creen estar jugando con otro pajarito.

–¡Sígueme los buenos! –grita Mía Sol, firme al lado de su abuela.

–Oh, duendes del bosque, gnomos, diosas, venid a encender con nosotros la pira que todo lo avive para que brote otra vez cada ramita en su forma.

–Oh, Delfos, oh gente Guaraní de nuestro bello Paraguay, oh chamanes y chamanas, oh besos que os disteis, enamorados de los árboles y de su verdor, venid a compartir nuestra tarde de gloria. ¡Son sólo ocho rosas las que pedimos como entrada! Y que recuerden todo. Todo lo que han amado.

Así, llegan a oírse las voces queridas:

–Los Delfos os damos nuestra bendición.

—¡Los gnomos y druidas del bosque os damos nuestra gratitud! Siempre acompañaremos a los ángeles y arcángeles que cuidan vuestros pasos.

Así bendecidos por cada flor y sin ningún rugido malintencionado, el grupo va saliendo lentamente del bosque que en silencio ha depositado en sus vidas el dulce aliento de sabiduría que es refugio y auxilio de quienes los buscan.

Olga manifiesta su gratitud y dice:

—Esperamos con ansias el regreso a esta selva mágica que tiene el sentido de territorialidad, de espiritualidad de nuestros ancestros indígenas.

Maluli expresa juntando las manos como si se preparara para orar a los santos y santas y dioses de todas las religiones del mundo:

—Queremos volver una y otra vez a este reino mágico, a este bosque sacratísimo que se conservará siempre así, gracias a la abuela Carmen: salvaje y místico, maravilloso como un día de sol tibio que nos da fuerza y alegría.

La interrumpe Cherea, que nunca dijo nada, y ahora sí quiere dejar su testimonio. ¿Quién la impulsa? ¿Será un geniecillo que sabe muy bien que ella es poeta?

*Queremos volver y volver
como una noche de luna
sobre la Tierra nuestra
infinita en su ronda gentil,
perfecta en el éxtasis
que como un cascabel
danza en cada corazón.
Y es celestial el cariño.
Los nombres, los nombres
de todos los seres y cosas
resuenan ahora con su melodía,
cual gotas pequeñas*

*de nueva imaginación
que juntos estrenamos.*

La abuela Carmen alza sus brazos abiertos en círculo y luego los cierra sobre su plexo solar, y clama:

–En este bosque sagrado que en todo minuto cuidan los elementales, querida Epona, diosa de la abundancia agrícola, tú que pervives en las tradiciones de los antiguos celtas, yo te pido y te ruego que mi país florezca: que Paraguay exista para el mundo, y que sea ahora, desde el bosque sagrado.

DE: *El bosque sagrado* (Asunción: Editorial Servilibro, 2007)





“Pingüino Tolentino”, Ilustración incluida en *Bichomundo*
(Asunción: Criterio Ediciones, 2007).
Obra de Andrea Piccardo.

GLADYS GLORIA LUNA

(Charará [hoy Eugenio A. Garay], Guairá, 1939)

Poeta, narradora y artista plástica. Aunque enfermera de profesión, Gladys Gloria Luna se dedica también a la creación artística: poesía, narrativa y trabajo plástico en “collage”. Con respecto a la relación “enfermería-poesía” en su vida, comenta ella: “Si bien la enfermería me ha dado una muy especial cosmovisión, pienso que mi vocación poética me ha permitido calar la hondura del dolor ajeno. Ambas condiciones conjugaron para que yo hiciera mi opción de vida: a modo de una cruzada personal, dedicar mi obra y tiempo a los discapacitados de diversa índole”. Miembro de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA), hasta la fecha ha publicado tres poemarios: *Caminos en el tiempo* (1986), *La calesita azul* (2005), obra bilingüe (español-guaraní) para niños, y *Bichomundo* (2007), otro poemario infantil bilingüe.

EL LORO LORETO

El loro Loreto
prendido de su aro
silba unos requiebros.
Está enamorado
de una cotorrita
que está acatarrada
y tose sentada.
A su enamorada
la vio ayer el doctor,
le aplicó una inyección
y se puso mejor.
Loreto, sobrador,
se cuelga del aro
y dice a quienquiera:
¡No la curó el doctor,
la sanó mi canción!

* * *

EL PAVO REAL NARCISO

El pavo Real Narciso,
realmente está enojado,
en la peluquería,
en su muy Real plumaje,
¡usaron sin querer
el champú equivocado!
Graznaba de disgusto,
sus plumas y plumones
sin brillo y estropeados
¡dañaron su color!
Mirándose al espejo,
decía con rencor:
Señora peluquera,
¡esto sí es de terror!
¡Protesto! — repetía —
porque es cuestión de imagen,
¡no aguanto el papelón!
—No se dañó su imagen,
está usted en un error,
el universo sabe,
que en el mundo de las aves:
¡Real es su condición!
Con la chequera presta
fue al mejor colorista
y exigió solución.
—Mi fórmula es secreta,
por favor no se aflija—
dijo el gran estilista.

Sin chistar soportó
el tratamiento en cuestión
y pagó un dineral
para así recobrar
su alardeado esplendor.

* * *

FLORIANA Y LAS TEJEDORAS

Por San Miguel y San
Patricio
de las Misiones,
esquilada y muy liviana,
se pasea muy ufana,
la tierna oveja Floriana.
Ayer en horas tempranas
con gusto entregó su lana
para escaarpines y mantas.
A desenredar y lavar,
ya se aprestan Luisa y Juana.
Cardan, hilan sin demora,
porque al fin llegó la hora
de que manos hacendosas
con agujas y telares
tejan ropas primorosas.
*¡Abrigadas mañanitas,
mantas gorros y escaarpines
para niños y abuelitas!*
En ferias y exposiciones
ofrecen con sus pregones
las hacendosas tejedoras,

tejedoras de Misiones.
Pasea orgullosa Floriana
pues su muy preciada lana
¡está abrigando a una anciana!

* * *

LA TORTUGA PERPETUA

Perpetua, la tortuga,
está de cumpleaños.
¡arden cien velitas
sobre una tortota,
rosada, grandota!
Vienen de la China,
también del Japón
y del mundo entero
para compartir
la celebración.
Tigres, mojarritas,
vacas, piriritas
y un sapo cantor
son de la partida
en el gran salón.
Su amiga Manuelita*
vino de Peguajó.
Nadando aguas arriba,
un salmón y un dorado

* Personaje de fama mundial, creación de María Elena Walsh.

del río Pirapó.
El pájaro campana
dará brillo a la función.
Llegó una cacatúa,
y un representante
envió cada región.
Radiante luce Perpetua,
con su vestido azul,
guantes de seda lila,
y moñitos de tul.
Con secular sonrisa,
centañera y toda luz
celebra su cumpleaños
¡en plena juventud!

* * *

EL CARDENAL

En el naranjo de mi patio
se posó un cardenal.
Los chicos extasiados
no dejaban de admirar,
su cabecita roja
y su plumaje especial.
Sin embargo, confesaron,
les tenía preocupados
su airecito extraviado.
—No te asustes —le dijo,
el ave de San Francisco.
—Bienvenido a Asunción,
le pió cierto gorrión.

—Estoy sólo de paso,
no traje mi equipaje,
expresó a todas las aves
que agitaban el follaje.
Bebió un sorbo de agua,
picoteó un mamón,
se despidió de todos
y partió de Asunción.
Cuentan que ayer lo vieron,
allá por Concepción.

* * *

LA VACA DEL CHACO

Buenaza, se llama la
vaca
de este breve relato,
vive en una estancia
del lejano Chaco.
En un tacho enorme
la ordeña Tomasa.
La leche se mece
se mece y se cuaja
y sale un quesote,
redondo, grandote:
parece una luna,
una luna de plata.
Sonríe la vaca
mientras bebe Tomasa
riquísima leche
en su jarro de lata.
La mira su gato;

le da cuatro gotas,
Miauu... pide más,
le da siete tragos,
la leche se agota.
Qué azul se ve el cielo
y qué verde el pasto.
El sol está rojo,
la luna se asoma,
termina este cuento
¡adiós bello Chaco!

* * *

LA HORMIGUITA ENTRETENIDA

La hormiga Pelagia sin mucho aspaviento
lleva el alimento.
Su hermana Ernestina no sigue sus pasos
y por oír algún cuento para en cada esquina.
Pelagia la apura, la riñe, le da mil consejos.
La muy consentida dice fastidiada:
Consejos, consejos,
palabras de viejos.
Pelagia sin tregua, esquivando charcos
lleva la comida.
(Ser disciplinados es cosa de hormigas)
Parece mentira —en lo suyo Ernestina—
por dimes y diretes, para en cada esquina.
Se cierra la noche.
Sola y extraviada pregunta Ernestina:
¿Dónde está Pelagia?
Desierto el sendero.

No encuentra a su hermana,
tampoco a su prima.
Oculta en un hueco, se calla Pelagia,
y finge no oírla.
Espera que el susto
corrija a Ernestina.

* * *

DOÑA LAGARTIJA

Fina, delgadita,
coletea veloz,
va muy apurada,
—ella siempre en boga—
del gimnasio al yoga.
¡Qué tráfico loco!
Va al supermercado,
por pan y pescado.
El cole, los chicos,
la casa, las cosas.
Mucho por hacer:
lavar, cocinar,
planchar y barrer.
Los lagartijitos
tienen que cenar.
Tele hasta las nueve.
¡Y a dormir se ha dicho,
como buenos bichos!

* * *

SOL DE ENERO

Siesta calurosa,
viene una langosta,
salta por el pasto,
llega hasta una rosa.
Detrás de unas matas,
acecha don gato.
Astuto cranea,
cranea despacio
como echarle el guante
a este saltamontes.
Le dice meloso:
— Saltá, aquí te espero,
jugaremos mucho
bajo el sol de enero.
— ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
Estoy advertido,
nunca seas ingenuo,
dice mi mamá.
Yo no caigo michi,
tus tretas de gato
¡guardáte nomás!

* * *

EL PINGÜINO TOLENTINO

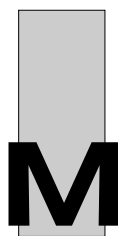
El pingüino Tolentino
usa bufanda borravino.
La pingüina Sinforosa,
perfumada, huele a rosas

y se mira presuntuosa
en su espejo de cristal...
De cristal también sus botas
y por eso,
pisa el hielo,
cautelosa, cautelosa.
Tolentino le hace guiños,
canturrea, dice cosas.
Sinforosa indiferente,
rompe hielos,
canta al sol
y hace añicos
el sufrido corazón
del pingüino Tolentino,
de bufanda borravino.

DE: *Bichomundo* (Asunción: Intercontinental Editora, 2007)



“Guiso para dos”, Óleo sobre lienzo, 80 x 80 cms. 1993.
Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar.



ELLY MERCADO DE VERA
(Encarnación, 1939 - Asunción, 1999)

Poeta, narradora, ensayista y docente. Dedicada especialmente a la literatura infantil y socia fundadora de la Asociación de Literatura Infanto-juvenil del Paraguay (ALIJPAP), Elly Mercado de Vera colaboró en varios periódicos de su ciudad natal y en suplementos infantiles de los diversos diarios de la capital. Distinguida como poeta con varios galardones que incluyen dos primeros premios en concursos realizados en Encarnación, también ha sido honrada con una mención de honor de la Liga Paraguaya de los Derechos de la Mujer por trabajos publicados en el Año Internacional del Niño. En 1972 apareció su primer poemario, *Vendimia de sueños*, especie de antología personal donde reúne cuarenta poemas vivenciales. Tres años después dio a luz *Alegría*, colección de más de cien poemas infantiles para el calendario escolar paraguayo. Posteriormente publicó otros dos libros para niños: *Ovillando versos* (poemas, 1983) y *La rebelión de las manchas y otras aventuras* (1986), miscelánea de cuentos, poemas, trabalenguas y “La rebelión de las manchas”, obra teatral en dos actos que da título al volumen. También es de su autoría *Plata Yvygui. Relatos de tesoros encontrados en el Paraguay* (1991). En 1993 viajó a Estados Unidos especialmente invitada para un Encuentro de Mujeres del Tercer Mundo en el Arte (organizado por Jersey City State College del Estado de New Jersey) y en 1995 Radio Nacional –emisora oficial del Paraguay– la distinguió con una plaqueta honorífica en reconocimiento por su aporte a la cultura paraguaya. Se debe mencionar, además, que algunas de sus poesías han sido musicalizadas –entre ellas la titulada “Lección de Guaraní”, con música del maestro Juan Carlos Moreno González– y que varios poemas y narraciones de su autoría están incluidos en los libros de lectura para la enseñanza primaria del nuevo currículum.

LAS JOYAS DE DOÑA NATÍ

En Belén, pequeña población situada al norte de la región Oriental del Paraguay, las fiestas del 8 de diciembre, si bien no eran las patronales (éstas últimas se celebraban el 24 de enero) eran particularmente animadas y pintorescas.

Hacían los honores en estas celebraciones, los esposos Cipriano Gómez y Natividad Paná.

Unos días antes, la casa de esta pareja, que no tenía hijos, se llenaba de movimiento; un ir y venir de niños y jóvenes, que blanqueaban el oratorio, lavaban la mantelería del Altar de la Virgen, preparaban manjares, como lechones adobados, maíz para la tradicional chipá y sopa paraguaya, masa para los pastelillos dulces, delicias de los niños, “coserevá” de naranja agria o asepú, miel fresca traída de los trapiches cercanos, quesos en distinto grado de elaboración, ya frescos, para acompañar el dulce o miel, ya más sazonados, para dar mejor gusto a la sopa y chipá.

El villorio entero, salvo los enfermos o con un grave impedimento, acudía en estos días al hogar de don Fermín y doña Natí.

Músicos venidos de lejanos lugares y de más cerca, acudían a animar la fiesta, que se prolongaba por tres o cuatro días.

Las jovencitas, púdicamente ataviadas, con el corazón lleno de esperanzas y prometedores sueños, encendían velas a la Virgen, rogando una gracia. Luego salían al patio en alborotados grupos, buscando de reojo, con la mirada ansiosa, la presencia del galán que las hacía suspirar.

Los jóvenes, no menos ansiosos y emocionados, tratando de disimular sus preferencias, se rendían al fin, ingenuamente, y se acercaban a las niñas de sus sueños.

Mientras en el oratorio, las mujeres casadas y las más viejas, solteras algunas rezaban con fervor el rosario de la novena. Aquí y allá, el refresco de naranja agria y limón circulaban entre la concurrencia, servidos, por la ocasión, en vasos de vidrio.

Esto, en las vísperas.

La tarde del 7 de diciembre, la Imagen de la Virgen, esmeradamente vestida con fino ropaje de raso y encajes, bordados por manos artesanas, era llevada en andas hasta la iglesia. Luego de rezarse el rosario los feligreses volvían a sus casas, esperando con emoción el día de la festividad.

Ya en la madrugada del día 8, la casa de doña Natí hervía de actividad. Allá eran los dos enormes “tatacuá” (hornos hechos de ladrillos y barro, ubicados generalmente en el patio, tradicionales del hogar paraguayo) que ya restallaban del calor de la leña encendida. Una vez a punto, en ellos se cocinarían las chipas y sopas en uno, y los pollos y lechones, en otros. En pozos especialmente cavados se encendía la leña para el asado a la estaca, que debía cocinarse lentamente para ser más sabroso. Llegaba gente de más allá del villorio, trayendo melones en sazón de aromado sabor, piñas y sandías, guayabas, que depositaban como ofrenda en un enorme ayacá (canasto) puesto especialmente para los efectos. Antes de las ocho, hora de misa, el frente de la iglesia iba llenándose de gente. Pequeñas niñas de blancas túnicas y alas confeccionadas en papel y cartón, tratando de sujetar la rebelde coronita de flores (igual que ahora, las mises de belleza) eran los ángeles del cortejo procesional.

Otras, cuyas madres mandaron promesas, en algún evento de grave enfermedad u otro problema, lucían la túnica blanca con el manto celeste. Hombres, mujeres, niños, todos los que podían, asistían a misa y posteriormente acudían a la casa de los Gómez.

En la misa, cantada, el sacerdote se esmeraba en el sermón. No eran sermones políticos, sino más bien, aquellos ministros del Señor trataban de inculcar en sus feligreses una vaga idea de la importancia de lo espiritual. Lo que no impedía que también no estuviese un poco más tarde en la fiesta, acompañando a los pobladores. Al terminar la misa se hacía la procesión alrededor de la iglesia, con las principales autoridades (juez, comisario, alguno que otro político influyente). Los monaguillos, los ángeles y las niñas vestidas con la tenida igual a la de la imagen y todo el resto de la feligresía.

La imagen era posteriormente devuelta a la casa de los Gómez y una vez ubicada en su oratorio, comenzaban con el día de la fiesta.

Los músicos llevaban una serenata y luego, en distintas secciones del patio, se ubicaban para seguir interpretando sus canciones. El asado era servido con mandioca y sopa paraguaya, en un ir y venir incansable de jóvenes y personas mayores, mientras que los demás manjares, despresados y finalmente rebanados eran ofrecidos directamente sobre la mesa, en bandejas enlozadas, en un sistema que hoy se denominaría “autoservicio”.

La dueña de casa, doña Natí, ostentaba este día, por única vez, sus joyas.

Que eran realmente impresionantes.

Llamaba la atención la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello, de la que pendía un enorme medallón con la efigie de la Virgen María.

Relatan quienes vieron estas joyas que el peso aproximado de ambas (cadena y medallón) estaría cerca de los 500 gramos.

Un gran anillo carretón, cuya protuberancia cubría dos dedos de la que lo llevaba, y sendos aros “nami chái” palomita, en la actualidad muy raros.

Cuentan los lugareños que don Fermín y doña Natí era una pareja de pocos recursos. Pero que en cierta oportunidad, ante los indicios que tenían, cavaron en compañía de Cipriano Gómez, en el lugar denominado Potrero Guazú (Potrero Grande). Al cavar unos metros, hallaron una olla de gran dimensión, de esas que hasta hoy se usan en las estancias, conteniendo las joyas y monedas de oro que allí se habían escondido.

El tal don Cipriano murió, casi a la semana, por efectos de haber inhalado los gases tóxicos que se desprendieron al abrir el recipiente que había estado escondido durante mucho tiempo bajo la tierra.

Y así, fueron don Fermín Gómez y su esposa, doña Natividad Paná, quienes quedaron a disfrutar de la riqueza. Y las grandes celebraciones que hacían, allá, en Belén, hacia los años 20, eran en cumplimiento de una promesa hecha a la Virgencita Inmaculada Concepción.

La olla pasó a formar parte del mobiliario que los esposos tenían en el dormitorio, como elemento decorativo.

Muy original, por cierto.

El dato interesante

Belén, población del norte de la región Oriental, conserva muchos apellidos guaraníes puestos por los jesuitas. Existen aún los Paná, Pachiguá, Paranderi.

Desaparecieron, por haber sido cambiados por otros más españoles, Arapiyú, Ñeenguiché, Cherembi, Tacuarí, Guachiré, Ivayurú.

* * *

TEMPESTAD EN EL BARRIO BELLA VISTA

La noche, bochornosa por el calor y la humedad, pesaba en el ánimo de la gente, que buscaba vanamente la forma de refrescarse y aliviar así la tensión, que los volvía irascibles, peleadores.

En el patio de don Nenito, los añosos y dadivosos árboles de mango oscurecían aún más, con la sombra de sus anchas copas, el patio, donde los niños jugaban insensibles al calor y la pesadez atmosférica.

Tras terminar de atender a los clientes, a eso de las nueve de la noche, el hombre dijo a su mujer:

–Hoy voy a dormir afuera. Es imposible soportar el calor de la habitación.

–¿Pero si llueve? –la mujer estaba segura de que así sería. Desde el día anterior le picaba mucho la cicatriz de su operación del apendicitis, síntoma seguro, para ella, de que habría una precipitación.

–Una buena mojadura, con el calor que hace, será un alivio –repuso el hombre.

Las cigarras, como desveladas, continuaban con su agudo canto. De vez en cuando, un golpe corto y seco ponía de manifiesto la caída de una madura fruta de mango, cuya pulpa fibrosa, bañada de jugo espeso, amarillo, dulce, es la delicia de los niños y tentación de los mayores.

–Voy a recoger esas frutas que van cayendo, porque mañana será un suplicio limpiar el patio, si llueve y, además, estas frutas quedan aquí.

—Si tienes ganas —respondió, indiferente, el hombre—. De aquí, hasta la mañana, yo no me muevo si no es para bañarme y dormir.

Acompañando la obra a la palabra, don Nenito fue a bañarse; tras secarse y ponerse un pantalón corto, sin camisa, sacó un catre de loneta y lo extendió lejos, al fondo, donde no habían plantas de mango.

—¿Por que no pones tu cama bajo el árbol, papá?

—¡Ni loco! Por allí una fruta cae sobre mí, y además del susto, ¡me llevo un golpe!

A las diez, los relámpagos encendían el firmamento con luminosos y zigzagueantes líneas, mientras un retumbar fragoroso venía desde arriba, cual la voz de un gigante encerrado en una caverna que bramaba enfurecido. Las gotas de lluvia, escasas al principio, empezaron a caer con más intensidad, haciendo huir al hombre, catre en hombros, hacia el amplio corredor de la casa.

—¡Gracias a Dios, llueve! —dijo su esposa, Lili, asomando desde el dormitorio—. Esta agua estaba haciendo falta, de veras.

Don Nenito volvió a tender el catre, y se desplomó prácticamente sobre el improvisado lecho.

—Con esta refrescante lluvia, voy a dormir como un mita-í —dijo.

Llovió toda la noche, en forma continua, sin parar.

Era como si el cielo hubiese abierto las compuertas de la represa y ésta cayera desde arriba, rompiendo ramas, arrastrando basuras, ramas, pequeños objetos como hojas, flores. En el patio, en los caminos vecinales, en la calle, el raudal formado por la lluvia era como una gran corriente fangosa, erosionando la tierra que parecía castigada ya por la torrencial lluvia.

Con las primeras luces del día, la lluvia pasó.

El tímido y humedecido canto de las aves empezó a alzarse, y poco a poco la vida se enseñoreó en las casas, en los patios, cuando los vecinos salían presurosos a mirar los efectos de la torrencial lluvia. Don Nenito seguía profundamente dormido. Lo despertó la voz de una vecina que decía a su esposa.

—El raudal llevó su cántaro, doña Lili. Está en el frente, tumbado.

En ese momento llegaba una cliente tempranera, que venía en busca de las “churas” (menudencias) que llevaba a revender al pueblo.

—Buen día, patrón —dijo la mujer—. Cómo amanecieron. Cómo les trató la lluvia —seguía expresando—. Pronto, antes que alguien lo rompa sin darse cuenta, rescaten el cántaro que el raudal arrastró de su casa.

Sorprendido, el hombre inquirió a su mujer qué era el cuento ese del cántaro, que ellos nunca habían tenido uno. Pero su esposa ya entraba en la habitación con un cántaro bajo el brazo.

Con un gesto de complicidad, dijo Lili a su compañero:

—No te preocupes, ya rescaté “nuestro cántaro”.

Comprendiendo, casi al momento, don Nenito cerró la habitación, mientras decía a uno de sus hijos:

—Abre la carnicería y dile a la mujer que está allí que enseguida voy. Tengo algo urgente que hacer.

Tras cerciorarse de que estaban solos, la pareja se abocó a investigar el hallazgo.

El “cambuchi” (cántaro) se hallaba herméticamente sellado, al parecer por una preparación de argamasa. Expectantes, solo atinaron a romper la vasija.

Su contenido les abrió las puertas a una nueva vida, llena de bonanza económica.

El dato histórico

Pirayú, hasta no hace mucho tiempo, famoso por su chipa (pan hecho de almidón, queso, grasa, huevo y anís) es una hermosa villa rodeada de vertientes y lagos. En la localidad se alzaba, antiguamente, una capilla denominada “Capilla Gayoso” en memoria del franciscano que la había levantado, y de sus familiares que posteriormente se hicieron cargo de ella. Esta capilla agrupaba en su entorno, según don Félix de Azara, unos quince a veinte ranchos, con un total de 300 casas. Posteriormente se

levantó en el lugar una hermosa iglesia, dedicada a la Virgen del Rosario, patrona de la localidad. La iglesia, una verdadera joya histórica, posee aún hoy el maderamen, puertas, altares, púlpito para los sermones, y coro, primorosamente tallados y pintados en oro. Las imágenes de la época, más o menos segunda mitad del siglo XVIII. Erigida como parroquia en el año 1767, fue, sin embargo, oficialmente fundada por el entonces gobernador Carlos Morphui, en 1769.

En Cerro Verá, compañía distante a pocos kilómetros de Pirayú, nació el general José Díaz, héroe de la batalla de Curupaity, gloriosa gesta de la Guerra Grande. Por el 22 de setiembre, aniversario de dicha batalla, los jóvenes desfilan con orgullo y pompa, en homenaje de aquel glorioso hijo de la zona.

DE: *Plata Yvygui, Relatos de tesoros encontrados en el Paraguay* (Asunción: Mediterráneo, 1991)

* * *

TIEMPOS DE PAZ

Bajo las estrellas,
o a la luz del sol,
muchas cosas bellas
puedes encontrar.
Más, toditas ellas:
las flores, el trigo,
la risa, el amor,
crecen y se expanden
con felicidad,
si viven los hombres
en tiempos de paz.

* * *

CORAZÓN DE NIÑO

Tal vez la rosa,
perfumada, hermosa,
no sea tan bella,
tan clara,
como la estrella.
pero, ni la rosa,
ni la clara estrella
tiene corazón,
ése, chiquitito,
rítmico, valiente,
que salta contento
con la sangre ardiente
que riega y esparce
la vida y razón.
Por eso, niño,
tú eres mejor
y más importante
que todas las rosas
y las mil estrellas
de la creación.

DE: *La rebelión de las manchas y otras aventuras* (Asunción: Mediterráneo, 1986)





“La ronda roja”, Óleo, 121 x 91 cms. 2000.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

LUISA MORENO SARTORIO

(Chaco, 1949)

Cuentista y poeta. Aunque tiene el título de Doctora en Ciencias Veterinarias (1976), se ha dedicado más a la creación literaria que a su profesión. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), socia fundadora de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA), también socia fundadora de PRONATURA e integrante de varios Talleres Literarios, Luisa Moreno Sartorio tiene cuentos publicados en libros colectivos del “Taller Cuento Breve” (dirigido por Hugo Rodríguez-Alcalá), en el diario *Hoy* y en revistas literarias locales y extranjeras. En 1992 publicó su primer libro, *Ecós de monte y de arena*, una colección de cuentos ecológicos, cuya segunda edición apareció dos años después en versión bilingüe (español-guaraní), traducida al guaraní por Mario Rubén Alvarez con el título de *Kapi’yva* (1994). Dos relatos de dicha colección han sido distinguidos en concursos literarios de cuentos breves: “Capibará” (2º Premio en el Concurso “Veuve Clicquot Ponsardin”, 1988) y “Réquiem para un dorado” (Mención de Honor en el Concurso de la Revista “Punto de Encuentro” de Montevideo, Uruguay, 1990). En 1994 apareció *Canela encendida*, su primer poemario y obra que incluye el poema “Panthera Onca”, ganador del segundo premio en el concurso de cuentos y poemas ecológicos organizado por el “Círculo Español de Puebla” (México) en 1993, y posteriormente *El último pasajero y otros cuentos* (1997), *Nardita en su paisaje* (2000), *Los rubios del quebrachal* (2003) y *La casa de los balcones azules* (2005), una novela corta. En el 2007 apareció *El tordillo Relámpago y otros cuentos* (2007), su libro de cuentos más reciente.

PINCHO Y CANELA

Era el día de las ánimas, cuando el cazador mató a la capibará, y quedaron cuatro carpinchitos de los cuales solo dos sobrevivieron. Fueron criados con leche de vaca y los sabios cuidados de Maruto, quien les dio el nombre de Pincho y Canela, por la pelambreira dura de color canela.

Viven en un tajamar cercano a la casa. Al atardecer, cuando el sol hiere el espejo del agua, los hocicos charolados rompen el cristal y enfilan con la rapidez de un torpedo hacia la costa. Acuden, solícitos, a mis

silbidos, asoman el lomo en la orilla y salen sacudiéndose millones de diamantes de sus largos espinos. Desmonto de mi alazán y les digo cosas cariñosas. Ellos entienden, me miran dulcemente y acercan la cabecita para que les acaricie las orejas. Canela ofrece el cuello, y, apasionados como son, se echan de costado para que siga con mis sobaditas en el vientre liso y rosado, mientras el poniente se dora, se tuesta, se quema, toma el mismo color de Pincho. “Me tengo que ir”, les digo. Ellos parecen entender, pero sé muy bien que les gustaría estar más tiempo conmigo. Pincho se incorpora y permanece con la cabeza gacha como los niños cuando simulan enojo. Subo de nuevo a mi caballo y me despido de ellos. Me siguen un corto trecho, se detienen, levantan la cabeza como para atrapar con el olfato ese algo del cual se impregna el aire que dejamos. Después nos borramos en la noche. Ellos vuelven a su hogar de agua y camalotes; yo, hacia donde sube una columna de humo azul que huele a azúcar quemada.

* * *

MIEDO EN LA NOCHE

Esa noche el sueño me era esquivo. No había viento, pero creía escuchar, en ese vago espacio mercurial, el temblor de los árboles. Pienso en mi madre; tal vez ahora sea una estrella, o nube, o brisa... A veces, la nostalgia se me hace intolerable, entonces evoco a Pincho, todo púas y ojitos de niño indio, y sonrío sin querer. Los insectos laten entre el pasto reseco, y el perro viejo aúlla a la luna. Es anciano y desvaría, y, desde tiempo atrás, declaró la guerra a la luna llena, y le ladra, y rezonga hasta dentro de sus pesadillas. Sin embargo, esta noche, su aullido es melancólico, siniestro, como si presintiera algo que él ya no puede remediar. El viento se arrastra en forma extraña, levanta serpientes de polvo que huelen a cosas infames y se aleja siseando entre el tupido palmeral. Las estrellas han subido al cielo, y están pálidas inquietas. Una bandada de

cotorras, chillando como viejas, huyen despavoridas. Cuando vuelve el silencio: un cara-bang, cara-bang, llena de estupor el campo dormido. Mi corazón se detiene en seco. Canela. Pincho... ¿estarán bien?

* * *

HUELLAS DE BOTAS

Las tortillas brincan en el aceite caliente y se llenan de globos en la cara dorada: son globos rellenos de queso. La machú trae la bandeja de frituras y sirve el cocido con leche en jarros enlozados de medio litro. Afuera, se insinúa un día brumoso y sombrío. No tengo ganas de ir al rodeo. Prefiero llevarle a Pincho una serenata con el organillo, mi flamante regalo de Navidad. Di la excusa de que mi alazán estaba enfermo: “tiene mal de la cruz y reposa en el potrero de pangolas”. Pero no me escucharon, y tengo que montar en esa mula caprichosa y pendenciera.

Cuando terminó el aparte de los desmamantes, regresamos. Liberé de los aperos a la mula y fui caminando hasta el tajamar. Enseguida vi las huellas de botas, y el olor a pólvora parecía adherido a los espartillos. Un nudo me apretó la garganta, corrí sollozando hasta la ribera. De nada sirvieron mis silbos, ni mis gritos. Desconsolado, me senté en una de las cabeceras del estanque. Una rabia sorda me agitaba el corazón. ¡Asesinos! –pensé. Los últimos rayos del sol viraban del rojo al violáceo, en el agua silenciosa, desolada, triste. De pronto, cuando estaba por volver a casa, escuché un suave rumor de pasos: ahí estaba Pincho con una grave expresión en sus ojitos de niño, dejó que le acariciara la cabeza, pero no me ofreció la barriguita. En la mirada, en la sobria actitud de su entrega, supe que sufría, que estaba de duelo. Los hombres habían matado a su hermanita, su única compañera. Lentamente me siguió hasta la casa. Comprendí que, por esa noche, él no deseaba estar solo. Al llegar la hora de dormir, aceptó otra vez mis caricias en las orejas, pero me negó la dulce ofrenda de su vientre rosado: continuaba pudoroso y digno en su dolor.

Tardé en dormirme, buscaba en el cielo una estrella nueva junto a mi madre para llamarla Canela.

* * *

LA IMAGEN

A Pincho se le ha ido la tristeza, o lo disimula igual que yo. Está con un nuevo entretenimiento: descubrió su imagen en el agua, y, creyendo que es su hermana, ¡hop, hop! ladra y se tira sobre ella, haciéndola pedazos. Después de una afanosa búsqueda, vuelve a salir desilusionado, confundido. Al cabo de un rato, la superficie líquida se aquieta, se juntan los pedazos y reaparece la fascinante figura como si surgiera del fondo del tajarar, y Pincho, alborozado, se lanza de nuevo, con más bríos aún, tras ella.

Hoy traje del monte una miel dorada tirando a rojo. Un metro de panal nuevo y perfumado a aromitas. Lo coseché del hueco de un guayacán. Al pasar frente a la casa de Pincho, me detengo a saludarlo. Pincho huele mis manos untadas de miel y lame con deleite y suavidad la punta de mis dedos. Corto un cuadradito y se lo dejo sobre una hoja ancha de camalote.

La negrura es completa, las estrellas han descendido: unas se mecen en las hojas de los árboles, otras estallan en millones de diamantes que se hunden chispeando en la tierra. El estanque estará bullente de ellas, y Pincho las debe de andar paseando sobre su lomo de fuego. Un grupo me vigila cerquita del techo del mosquitero, contengo la respiración para no asustarlas, y me duermo abrazado a una de las más brillantes, tan tibia, tan suave que me invade una honda ternura conocida. Despierto seguro de que era mi madre convertida en lucero.

* * *

DE CACERÍA

Pincho y el perro viejo se han hecho muy amigos. Ignoro qué se dicen, pero intuyo que el perro lo tomó bajo su protección. Pasan largas horas sumidos en profundas reflexiones, a veces veo que se detienen, y, grave el semblante, tensas las orejas, observan el vuelo de las libélulas, o de las pequeñas mariposas blancas, que inundan el campo después de la época de las lluvias. También les gusta escarbar bajo los troncos, olfatear huellas, curiosear escondrijos. Pincho es algo atolondrado y no entiende por qué se le da al viejo en perseguir yerutíes, perdices o conejos, y mucho menos, cuando el perro cree ver algo que no existe y se obstina en cazar el sueño. Entonces Pincho se queda sentado, y me parece que hasta se ríe, viendo a su amigo ladrar a alguna flor, que, asustada, tiembla y se deshace.

* * *

PINCHO ADOLESCENTE

¡Qué grande está Pincho! Hoy vino a saludarme, le toqué la pancita rosada y supuse que estaría rellena de lilas y verdolagas. En sus ojos hay un brillo extraño. Por primera vez percibo que huele a bicho silvestre. Fue un rato al galpón para ver a los peones, tal vez, a buscar la caricia avara del anciano. Después lo vi consultar largamente con su amigo el perdiguero. Volvió preocupado. Se acostó sobre mis pies, pero no quiso jugar conmigo. Me miraba como contándome algo importante; sin embargo, yo no logré captar su inquietud, y al parecer quedó resentido conmigo. Entonces, insistí en jugarle una broma, y, con gran sorpresa de mi parte, él reaccionó, malhumorado, agresivo, y se mandó a mudar a su casa. Pensé: “tal vez esté enfermo”, aunque deseché la idea porque nunca lo vi más vigoroso y saludable. Intrigado y triste por su actitud, tan inesperada e injusta, no sabía qué hacer. Podría averiguar el motivo de su enojo o simplemente esperar. Decidí lo último porque la noche ya se me había

metido en los ojos. En la cocina encontré al anciano. Las llamas del fogón nos separaban: “¿Qué le pasa a Pincho, Matías?”. Desde su orilla me miró sonriendo:

–Le llegó la primavera.

DE: *Ecos de monte y de arena* (Asunción: Editora Litocolor, 1992)



“El adiós 2”, Óleo, 91 x 121 cms. 2008.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



LENI PANE DE PÉREZ-MARICEVICH

(Asunción, 1946)

Docente, investigadora, periodista y escritora. Licenciada en Filosofía, doctorada en Ciencias de la Educación y especializada en Antropología de la Educación, Leni Pane de Pérez-Maricevich es conocida por su liderazgo en áreas de índole socio-cultural-gremial y su promoción de proyectos para el desarrollo socio-económico de comunidades indígenas, tema de investigación de su tesis doctoral. Ex directora de la Biblioteca Nacional y presidenta del Consejo del Instituto Paraguayo del Indígena, es autora de un libro ensayístico, *El control en la democracia* (1999), y de varios en co-autoría, entre ellos: *El mensaje en las culturas indígenas* (con su esposo, el escritor y crítico Francisco Pérez-Maricevich) (1981) y *Cartilla del ciudadano* (con Alaida González Ammatuna) (1997). De carácter más literario son sus libros *Siete cuentos Nivaclé* (1981) y *Todos los días la vida* (1993). Tiene además cuentos con otros autores en *Los fuegos de la noche* (1983). De más reciente aparición son *Album familiar* (2004; poemas) y *Los paraguayismos (El español en el habla del Paraguay)* (2005).

JUNCU'CLAI Y JIVECLÁ

Hace mucho tiempo, el hombre y los demás seres de la naturaleza vivían tan en armonía que hablaban el mismo idioma y habitaban todos un mismo mundo.

Sucedió que un mozo, inteligente y gran cazador, se enamoró de la hija de Juncu'clai (el Sol). Era ella una linda muchacha de ojos brillantes, tez resplandeciente y lacia y negra cabellera.

–Eres bella –le decía el mozo– y quiero casarme contigo.

—Mi padre lo permitirá si le demuestras que eres el mejor de los cazadores.

Al día siguiente el mozo tomó el arco y sus flechas y fue a cazar venados.

Como en el monte había muchos animales no le costó trabajo cazar un par de ellos, que llevó atados a regalálos a Juncu'clai.

Juncu'clai agradeció el regalo y ordenó asarlos inmediatamente, pues tenía hambre y quería comerlos.

—Muy bueno, muy bueno —comentaba Juncu'clai mientras engullía con avidez la carne asada, ante la mirada expectante de la pareja. Cuando terminó de comerse todo, el mozo le preguntó:

—¿Puedo casarme con su hija?

Juncu'clai pensó: “si tengo un yerno cazador, podré comer todos los días animales asados. Si le digo que no, se irá y no volverá”.

Así, pues, teniendo en cuenta estas consideraciones, dio su consentimiento.

Realizada la unión, la pareja amaneció en su choza. La joven esposa despertó al marido y le dijo:

—Ve a cazar dos animales para mi padre, pues él puede enojarse si no tiene qué comer, y puede matarte.

Salió el mozo a cazar y trajo dos jabalíes.

Juncu'clai, que estaba ya esperándolo, salió a recibirlo, recogió los animales, los asó y se los comió con ganas.

Pasaron los días, y estos eran todos iguales: el mozo cazando y Juncu'clai comiendo. De manera que la caza disminuyó en ese paraje, y el mozo cada vez tenía que ir más lejos para calmar la infinita hambre de su suegro Juncu'clai. Al año no quedaban más animales que cazar. Los venados, los jabalíes y demás animales, habían sido devorados por el Sol, quien cada día estaba más gordo. Solo quedaba la tortuga, y cuando ésta fue cazada y devorada, el mozo se desesperó:

—¡Qué haré! —se decía—. No hallo animal alguno y mi mujer me ha advertido que no llegue a casa sin nada, pues mi suegro me matará. Mejor

me refugiaré bajo la sombra de los árboles, mientras pienso alguna solución.

Buscó, pues, refugio bajo la sombra de los árboles y se quedó dormido.

Entretanto, el Sol, que ya había realizado la mitad de su jornada, sentía hambre y miraba anhelante el horizonte, esperando ver llegar a su yerno con la ansiada caza. Pero el yerno no llegó, y Juncu'clai, enojado, encendió sus más fuertes rayos castigando a la naturaleza y a los hombres con su enojo.

Estuvo el mozo durmiendo todo el día bajo la arboleda, que le protegió del enojo del Sol. Cuando despertó era de noche.

—No puedo volver, mi suegro me matará. Debo buscar refugio en algún lado, pero ¿dónde? —pensó. En eso levantó la vista y vio a Jiveclá, la Luna, que plácidamente se paseaba por el firmamento.

—Iré a él —se dijo—. Tal vez me proteja.

Caminó toda la noche y al amanecer llegó a la casa de Jiveclá. Salió a recibirlo la hija de Luna, quien era tan bella como la hija del Sol.

—Busco asilo —dijo el mozo.

—Aquí lo encontrarás, pero antes debes decirle a mi padre por qué has venido.

Encontróse el mozo frente a un hombre de plateadas y brillantes sienes. Díjole el mozo:

—Soy el yerno de Juncu'clai a quien le servía todos los días animales de caza para saciar su apetito. Pero hoy se han terminado todos, y mi mujer me ha dicho que no vuelva a la casa si no hallo animal alguno, pues el Sol me matará.

—Quédate aquí —dijo Jiveclá—; mi hermano es así.

Jiveclá era el hermano menor de Juncu'clai.

Quedóse el mozo y, a poco, casóse con la hija menor de Luna.

El mozo salía a cazar todos los días, y traía uno o dos venados, pero como Luna no era un señor hambriento como el Sol, pronto la despensa estuvo llena de carne seca, y alguien se lo contó al Sol.

Juncu'clai, que estaba hambriento desde la ida del mozo, decidió hacer una visita a su hermano.

Como los movimientos del Sol no pueden pasar desapercibidos, pronto se enteró Luna de que su hermano iba camino de su casa. Así que alertó a su hija para que escondiese a su marido, el mozo cazador.

Cuando llegó el Sol, Jiveclá lo invitó a comer. Saciada su hambre, Juncu'clai preguntó a su hermano:

–¿Está el mozo cazador aquí?

–No, no está aquí, no lo hemos visto –mintió Jiveclá.

Enojóse entonces el Sol y destellando fuerza y calor dijo a su hermano:

–Me voy y nunca más volveré aunque deba morir de hambre, pero así también si alguna vez te encuentro en mi camino te quemaré hasta consumirte.

Reaccionó Luna, que se sintió amenazado en su propia casa, y le contestó:

–Tampoco tú te pongas en mi camino, nunca, porque si así sucede lloveré sobre ti agua y heladas y te mataré de frío.

Salió Juncu'clai de la morada de su hermano Jiveclá, y desde ese día sus cursos han variado, por temor de la mutua amenaza: los hombres ya no hablan el mismo idioma que los elementos, y si alguna vez se acercan un poco uno al otro Juncu'clai y Jiveclá, en el curso de su infinito rodar, se oscurece el cielo, los habitantes del espacio se aprestan a la guerra, y los de la tierra miran temerosos hacia arriba esperando la victoria de uno de ellos o la llegada de otro mozo cazador que, como aquél, sea inteligente, bello y valiente, y desenoje a los hermanos Juncu'clai y Jiveclá.

* * *

MISCHA'ACHEI

La lluvia se abatía sobre las casas en las que sólo brillaba la luz de los fogones.

En una de ellas y acompañado por el monótono caer de las gotas, un hombre componía su arco, y soñaba con cacería brava y batallas victoriosas.

Era de tez morena y áspera, con las piernas demasiado cortas para unos brazos desmesuradamente largos, unas manos poco hábiles para el arco, y unos pies también muy grandes que no le hacían agraciado a los ojos de las mujeres. No era alto, pero sí fuerte. Era también muy tímido.

Las mujeres le rehuían por ello, y como la naturaleza no le había dotado de gracias ni habilidades, él se encerraba cada vez más en su timidez.

La noche era su amiga y la sombra su refugio.

En la edad de Pash'e se hacía más lacerante en esa noche lluviosa. Por eso cuando la lluvia cesó, el hombre salió de la choza. Ante su vista se extendía el cielo límpido, claro y brillante. Millares de estrellas destellaban en lo alto. Admiróse el hombre y fijó la vista en su preferida y suspiró.

Se tendió en la hierba húmeda y mirando fijamente a dos estrellitas, las Géminis, se dijo para sí:

–Si Mischa'achei fuese mujer, me casaría con ella.

El día se anunciaba hermoso. A la alborada había sucedido una tenue brisa que presagiaba alegría en la gente. Era día de carreras. Todos los mozos de la aldea debían participar y todas las mozas estarían allí para admirar al vencedor. Pash'e también iba a participar.

Un hombre dio las explicaciones de rigor. Irían por el camino de los algarrobos, para volver por el que bordea la laguna.

Se dio la orden de largada. Pash'e, con sus pies demasiado grandes y sus piernas demasiado cortas, pronto quedó atrás, y tan rezagado quedó, que se perdió en el camino. Dándose cuenta de que estaba extraviado, empezó a caminar cavilando cómo llegaría hasta la aldea. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no se percató de que se hallaba pisando un espinar, hasta que una enorme espina se le entró en los pies produciéndole un dolor tan agudo que tuvo que sentarse. Trató de extraerla y no lo pudo. Procuró una y otra vez, pero siempre en vano.

Ya desesperaba Pash'e cuando escuchó unas pisadas. Pensó entonces que serían de algún otro compañero de carrera que había errado el camino, pero se sorprendió muchísimo al encontrarse con una bellísima y radiante joven que, sonriendo, se le acercaba:

–¿Qué te pasa que te ves tan afligido? –le dijo.

–Me he clavado una espina en el pie y no puedo arrancármela –dijo Pash'e.

–Yo te la sacaré –dijo la joven–, Muéstramela.

Pash'e muestra la planta del pie en la que, como una aguja, estaba hundida la espina hiriendo la carne.

La joven, que era una aparición celestial y que a propósito había puesto esa espina en el camino de Pash'e, pasó su mano sobre el dolorido pie y la espina se desprendió fácilmente. Se admiró el joven y preguntó:

–¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

–¿No me reconoces? –dijo la joven–. Tú me llamaste.

Yo no pude llamarte, porque no te conozco –dijo Pash'e.

–Sí, tú me llamaste a la noche después de la lluvia. “Si fuera mujer la estrella me casaría con ella”, dijiste.

–¡Mischa'achei! –exclamó Pash'e.

–Sí –dijo la joven–, y he venido para llevarte conmigo, allá arriba.

–No puedo –dijo Pash'e–, no tengo ni armas ni vestido, ni adornos.

–No importa, yo te daré todo. Vámonos. Tengo un caballo esperándonos.

Y como era tímido y la joven hermosa, no se resistió.

Durante el trayecto le advirtió la joven:

–Cuando lleguemos a la aldea, vendrá a saludarte mucha gente, uno de ellos es el principal, él te dirá: “Bienvenido” y tú no debes contestarle, solamente bajar la cabeza, porque si no te matará. Por tres veces te dirá lo mismo, y tres veces harás el mismo ademán. la cuarta vez sí debes saludarlo.

La aldea de Mischa'achei era grande, pero diferente de lo que Pash'e conocía. Casi todos sus habitantes eran aves de extrañas formas y bellas.

Casóse Pash'e con Mischa'achei y un día quiso ir a cazar alguna presa para su mujer. Tomó el arco y la flecha, que Mischa'achei le había dado, y llegó a una laguna. Vio en ella un pato; lo apuntó con la flecha y dio en el blanco, pero quedó muy asombrado al oír que el pato, al sentirse herido, empezó a gritar como un ser humano. Y es que allí en la aldea de Mischa'achei los hombres eran como pájaros, como pájaros los hombres y las mujeres jóvenes, estrellas.

Pasó el tiempo y tuvieron hijos. Mischa'achei cuidaba de su marido y Pash'e se sentía feliz. Hasta que un día llegó a la aldea Jutsaj (el carancho), quien pidió permiso a Pash'e para comer maíz. Concedióle el hombre. Mientras el pájaro se hallaba en este menester, le comentó:

—He visto a tu madre muchas veces llorar y suspirar por ti.

Acordóse entonces el hombre de su madre y se entristeció. Se entristeció tanto que deseó volver. Le pidió a Mischa'achei que le llevase a visitar a su madre, pero la mujer pensó que, si Pash'e iba, ya no volvería. Y se negó. Así que cuando volvió el Carancho, el hombre le pidió que le llevase junto a su madre, pero al subirse sobre el lomo de Jutsaj sintió un terrible miedo y se bajó.

Su tristeza iba en aumento, y a medida que crecía, Pash'e iba perdiendo el miedo de viajar sobre el lomo de Jutsaj, pero el carancho no apareció.

Y fue así que, cuando llegó a la aldea celestial otro pájaro, el Yit'a, el hombre le pidió que lo llevase sobre sus hombros hasta la casa de su madre. Subióse sobre el Yit'a, pero éste, que sólo planea y se apoya, no en la tierra, sino sobre las ramas de los árboles, al llegar a una laguna cercana a la choza de la aldea de la madre de Pasch'e, le instó a que saltase, pero Pash' tuvo miedo. Volvió a subir Yit'a y volando sobre la laguna le volvió a instar al hombre que saltase, y de nuevo tuvo miedo. Después de varios intentos Pash'e saltó, pero con tan mala suerte que se ahogó.

Esa noche, los habitantes de la aldea vieron, admirados, cómo caía una lluvia de resplandores sobre la tierra. Era Mischa'achei que lloraba la muerte de Pasch'.

* * *

EL TIGRE QUE QUISO VOLAR

Un tigre habitaba en lo más espeso del monte.

Hermoso y fiero, temido y admirado era el señor. Se sentía feliz dentro de su piel lustrosa, con sus ojos rasgados y sus afiladas uñas. El Creador le había dotado, además, de sagacidad, fino instinto y ferocidad implacable. ¿Qué más podría desear?

Paseaba una mañana por sus vastos dominios cuando vio a lo lejos moverse la copa de un árbol. Era el único árbol que se movía, y ni siquiera soplabla la más leve brisa. Extrañado pensó para sí: ¿Quién será el individuo que mueve el árbol? E impelido por la curiosidad, se dirigió hacia él. Se sorprendió en extremo al encontrarse con el Jump'uvaay, un pequeño pajarito que se divertía jugando. Este volaba hasta la copa del árbol, y desde allí descendía en veloz vuelo. Lo hacía una y otra vez, con alegría contagiante.

–¿Qué haces? –le preguntó el tigre, Yiyööj.

–¿No ves? Juego con el árbol –replicó el Jump'uvaay batiendo las alas.

Intrigado volvió a preguntar el tigre. Y el pajarito, halagado por la atención que le dispensaba el amo, ensayó su mejor vuelo y su más peligrosa caída. Ya posado en una de las ramas del árbol, le dijo:

–¿Viste?

Yiyööj, que nunca jugaba, deseó ensayar el juego, y ya se disponía a subirse al árbol cuando Jump'uvaay le advirtió:

–Cuidado, Yiyööj, tú no tienes alas para sostenerte en el aire.

El tigre quedó desconcertado, él, que se tenía por el más perfecto de los animales, se veía impedido de ensayar el juego del humilde pajarito. Tendióse, pensativo y desalentado, al pie del árbol. Poco después, se irguió y dijo al pajarito:

–Jump'uvaay, préstame tus alas.

Y el pajarito, temeroso de desobedecer al tigre, sacóse las alitas y se las pegó al pecho del amo con cera de abeja.

–Ten cuidado –le advirtió–. Esta cera no sostendrá las alas por mucho tiempo.

Alborozado, el tigre subió al árbol y desde la copa ensayó la caída al vacío, y luego el movimiento de las alas. ¡Qué sensación de plenitud! ¡Qué distinto se veía el mundo desde ahí arriba! ¡Ahora sí era el amo absoluto! Subió y bajó una y otra vez. Dos, tres, cinco, quince y, tal vez, cien veces.

El pajarito, desde la rama de un árbol cercano, reclamaba con aflicción:

–¡Tigre! ¡Tigre! ¡Devuélveme mis alas, por favor!

Pero el felino no le escuchaba, absorto en su felicidad.

–No te servirán por mucho tiempo –insistió Jump’uvaay–. El creador nos hizo diferentes. A cada uno nos asignó un oficio y un lugar en la tierra. Corres peligro si lo desobedeces.

Pero el tigre, que no deseaba devolver las alas al pájaro, seguía con mayor entusiasmo con el juego. Cuando, de pronto, en uno de los más arriesgados vuelos, se desprendieron las alas y el tigre se precipitó a tierra, golpeándose la cabeza.

Jump’uvaay, al verlo, acudió con presteza, y le llamó:

–¡Yiyööj! ¡Yiyööj!

Pero el tigre que quiso ser pájaro dormía para siempre, soñando que volaba por encima de los ríos y montañas, sin poder detenerse, alejándose más y más.

DE: Francisco Pérez-Maricevich, *Mitos indígenas del Paraguay* (Asunción: Editorial El Lector, 1996)





“Porasy”, Técnica mixta, 80 x 60 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.

DIRMA PARDO CARUGATI

(Buenos Aires [Arg.], 1934)

Cuentista y periodista. Aunque nacida en la Argentina, es paraguaya naturalizada y vive en Asunción desde hace muchos años. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA), miembro de Número de la Academia Paraguaya de la Lengua Española desde 1996, socia fundadora y cinco veces presidenta del Club del Libro N° 1 (creado por Ana Iris Chaves en 1968), coordinadora y actual directora del Taller Cuento Breve que dirigió Hugo Rodríguez-Alcalá durante casi dos décadas (1983-2000), Dirma Pardo Carugati se ha desempeñado como docente en institutos secundarios y universitarios de Asunción durante tres décadas (1962-1992) y ha colaborado con la revista *Visión*. Ejerció también el periodismo en *La Tribuna* (1956-1976), donde fue comentarista de cine y estuvo a cargo de la página femenina de dicho periódico. Tiene más de veinte cuentos publicados en diversas antologías y suplementos literarios, incluso en los nueve tomos de la colección del Taller Cuento Breve. Varios de sus cuentos han sido premiados en concursos locales. Es autora de tres libros de cuentos: *La Víspera y el Día* (1992), *Cuentos de tierra caliente* (1999) y *Simplemente mujeres* (2008). También es co-autora (con Hugo Rodríguez-Alcalá) de la segunda edición, aumentada, de *Historia de la literatura paraguaya* (2000) y (con la pintora Graciela Nery Huerta) de *Cuentos, mitos y leyendas* (1999), librito collage de texto y pintura donde lo textual y lo visual dialogan y se iluminan mutuamente. Uno de sus relatos (“Baldosas negras y blancas”) fue adaptado al cine y sirvió de guión a la primera miniserie televisiva paraguaya (*El secreto de la señora*, 1989), dos veces distinguida en festivales internacionales: en La Habana, en 1989, y en Buenos Aires, en 1993. En el año 2006 fue galardonada con el Primer Premio Cuento del Congreso de la Nación.

SUEÑOS CONCÉNTRICOS

Había una vez una mujer que estaba soñando. En sueños ella creyó estar soñando con una mujer que soñaba el sueño de otra mujer que estaba soñando soñar con una mujer que soñaba estar soñando.

Cuando la mujer despertó, todas las mujeres despertaron y se dieron

cuenta de que sólo eran el sueño de una mujer soñada que soñaba que estaba soñando que soñaba.

* * *

ETAPAS DE LA VIDA DE LA MUJER PERFECTA

No llores tanto. No te mojes otra vez. No te chupes el dedo. Duérmete mi sol.

No seas una bebé malcriada.

No me desobedezcas. No contestes de ese modo. Eso no se dice, eso no se hace.

No seas una niña problema.

No escribas con la mano izquierda. No salgas del renglón de doble raya. No pintes de azul el caballito. No dejes de usar el uniforme.

No seas una alumna diferente.

* * *

CUENTOS DE HADAS Y PRINCESAS

Cuando yo era chica, mi abuela me contaba cuentos de hadas buenas, de princesas hermosas, de príncipes apuestos y solteros. Los príncipes siempre andaban en busca de doncellitas que hasta entonces, habían vivido esperándolos, ya que la meta y la razón de sus vidas era conquistar un galán azul (¿como un pitufo?)

Si las princesas habían sido buenas, el príncipe azul llegaba, sin falta, al final del cuento, antes del banquete de perdices; si los príncipes se habían portado mal, primero tenían que romper el castigo de estar convertidos en sapos. Pero nunca faltaba el encuentro en el desenlace (con un enlace), lo cual hacía bastante tolerable la espera, conociendo de antemano la recompensa.

Cuando tuve edad como para conocer a las verdaderas princesas y a los auténticos príncipes, aunque fuese a través de los medios de comunicación, me fui dando cuenta de que ellas eran bastante feas, salvo pocas excepciones. Algunas no querían esperar la llegada del galán prometido y se conformaban con cualquier guardaespaldas del séquito, o con algún fotógrafo de la corte o con un plebeyo cuidador de caballos de los haras reales.

Estos sucedáneos tampoco habían tenido mucha paciencia y ya por el camino al palacio habían desposado a muchachas de su misma condición, o estaban ayudando a sobrellevar la soledad de alguna otra princesa o esposa de otro príncipe quien, seguramente, por su lado también estaría ocupado en iguales menesteres.

En cuanto a las hadas madrinas descubrí que también existen. Cada tanto aparece alguna, en forma de esposa de mandatario—o de pretendiente a mandatario— que regala desde piernas ortopédicas hasta lápices y cuadernos, o frazadas en tiempos invernales o en tiempo de elecciones. Pero estas benefactoras modernas no surgen como visiones maravillosas al conjuro del llanto de las pobres ahijadas; no, ellas hacen su aparición tras un sondeo de probabilidades, en las áreas convenientes.

En fin; cuentos eran los de antes. Ahora la gente los llama *noticias del jet set*.

DE: *Simplemente mujeres* (Asunción: Editorial Servilibro, 2008)

* * *



CUENTOS, MITOS Y LEYENDAS

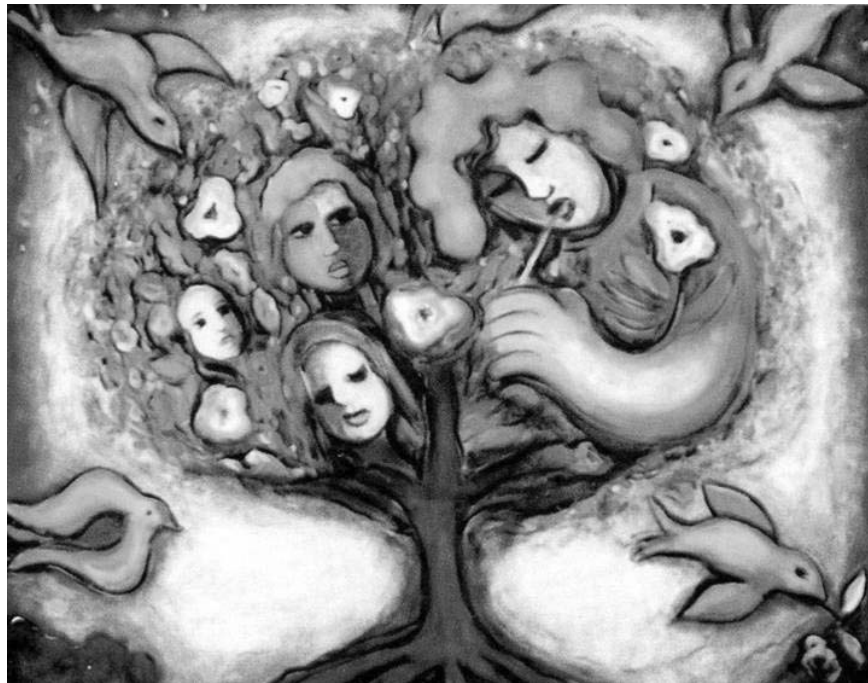
Reproducimos aquí 7 mitos/leyendas a dos voces: una visual, cuadros de la pintora Graciela Nery Huerta, y otra textual, micro-cuentos de Dirma Pardo Carugati.



RUPAVE y SYPAVE

Suenan las flautas del viento en el verde tacuaral; la selva entera florece en brioso despertar. La brisa lleva el aroma, el eco trae el rumor; un himno de gozo vibra en el idílico edén. RUPAVE halló a SYPAVE entre pétalos silvestres y en el éxtasis de un beso, el mundo cesó de andar.

“Rupave y Sypave”, Técnica mixta, 85 x 105 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.



JASY JATERE

Niño rubio, niño-duende del silbido misterioso, ebrio de sol corretea jugando a las escondidas. Dicen madres temerosas que los que no quieren dormir, no escapan a su hechizo y él los secuestrará. En las siestas furtivas de mi infancia, yo lo temía, y no obstante lo buscaba, entre el follaje de árboles floridos.

“Jasy Jateré”, Técnica mixta, 100 x 120 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.



ARASY

TUPÁ el Supremo Señor, creador del universo, todo lo hizo de la nada: selva, cerros, ríos, montes, luz y sombra; aves, peces, animales y Hombre y Mujer concibió para esa Tierra sin Mal. En su morada de sol, más allá de las colinas, TUPÁ nupcias celebró con su elegida ARASY.

“Arasy”, Técnica mixta, 100 x 80 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.



TUPÁ

Así comenzó la historia de la raza guaraní: TUPÁ Todopoderoso con sus manos modeló a RUPAVE y a SYPAVE en el jardín del edén. En la séptima jornada de toda la creación, de agua y arcilla los hizo, los templó al calor del sol, con un soplo les dio vida: Hombre y Mujer los creó.

“Tupá”, Técnica mixta, 100 x 80 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.



MBOI TU'Í

De escamas refulgentes como el oro, de corvo pico en la emplumada testa, raro reptil o ave, Señor de los esteros, duerme entre piedras cuando no se arrastra o vuela. De antaño viene su leyenda extraña y quienes para su desgracia lo encontraron, dicen que el hórrido monstruo asusta y no se olvida fácilmente.

“Mboi tu’í”, Técnica mixta, 80 x 60 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.



KERANÁ y TAÚ

La bella KERANÁ dormía en su hamaca cuando TAÚ la descubrió una siesta de verano bajo lapachos en flor. Quedó prendado de ella y con astucia la raptó. Tuvieron setemesinos –implacable fue el castigo maternal– siete hijos, siete monstruos que aún deambulan por los recodos del mal.

DE: Graciela Nery Huerta y Dirma Pardo Carugati, *Cuentos, mitos y leyendas* (Asunción: Edición de autor, 1999)

“Keraná y Taú”, Técnica mixta, 100 x 120 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta.



“Alicia en el país de las maravillas 1”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

LITA PÉREZ CÁCERES

(Asunción, 1940)

Periodista, cuentista y novelista. Aunque pasó gran parte de su juventud en la Argentina (1947-1965), sólo empezó a escribir sus primeros cuentos luego de regresar a su país natal en 1965. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), tiene, hasta la fecha, una docena de libros publicados: tres de cuentos –*María Magdalena María* (1997), *La pasión* (2006) y *Cuentos del 47 y de la dictadura* (2008)–, dos novelas –*Encaje secreto* (2002) y *Amalia al amanecer* (2004), obra en co-autoría con Mario Halley Mora–, y dos obras infantiles: *Rebelión en el jardín* (cuentos, poemas y teatro para niños, 2004) y *Cherea, la niñera y las luciérnagas* (2005). Tiene además cuentos incluidos en antologías y en varios suplementos literarios y culturales, y ha recibido distinciones importantes (como el Premio “Challenger”, 1990) en diversos concursos de cuentos. También ha publicado libros de contenido biográfico: *Mi vida con Herminio Giménez* (2005), inspirado en recuerdos y anécdotas de la viuda del gran músico paraguayo, *Luis Bordón, vida y obra* (2008), *El arpa soy yo* (2009), biografía de Nicolasito Caballero, y *Cantando voy como la cigarra* (2010), biografía de Wilma Ferreira Falcón. De más reciente aparición es *Cartas de amor y otros cuentos* (2010), obra por la que se le concedió el Premio Roque Gaona 2010 de la Sociedad de Escritores del Paraguay.

HISTORIA DE LA LOMBRIZ

Una lombriz se quejaba
en el fondo del chiquero
porque nunca fue elegida
para ir al extranjero
o para ser la carnada
de algún esbelto dorado
o de un humilde pacú.
Grr, grrr, grr, grrr
gruñía la lombriz flaca. Grr, grrr, grrr, grr, grr
y mordía la raíz

de una planta de albahaca.
Tengo un primo en Paraguay
que se llama seboí.
Él pudo entrar en el pie
de un terrible mitaí
y yo me paso encerrada
en el barro del jardín.
Ay, ay, ay, ay, ay de mí.
Grr, grrr, grr, grr, grr
se quejaba la lombriz.
Grr, grrr, grr, grr, grr
y asomaba la cabeza
cerca de un croto lozano.
Un domingo caluroso
a su ansiedad puso fin
un pescador apurado
que le atravezó el anzuelo
para pescar surubí.
Oh, ya no volveré a quejarme,
dijo la terca lombriz.
Por fin salí de aquel barro,
ahora viajo en un delfín
que se tragó al surubí
y llegaré hasta Miami,
a México y a París.

* * *

REBELIÓN EN EL JARDÍN

Una mañana de julio
de llovizna y humedad,
en el jardín de don Tulio
Hortensia quiso llorar.
Caían sus lagrimones
sobre los rojos malvones
que despertaron con susto.
¿Qué le pasa doña Hortensia?
preguntaron al unísono.
¿A qué se debe su pena?
Las campanitas de ónix
que bailaban en el viento
y esparcían sus sonidos
tilín, tilín, tilón, tilón,
tilón, tilón, tilín, tilín,
trataban de consolar
a la hortensia desvalida.
Es que me siento muy gorda,
dijo la azulada flor.
Ya me lo dijo la rosa,
ya me lo dijo el clavel
tan elegante y delgado.
Dijeron que no podré
ir al desfile de abril.
¡Ay, no sé qué debo hacer!
Tilín, tilín, tilón, tilón,
cantaban las campanitas,
tilín, tilín, tilón, tilón
en la mojada mañana.
¡No podemos permitir

que nuestra amiga
la hortensia esté triste
y se marchite!
Se alteraron los geranios,
los tulipanes de antaño,
y hasta la flor de mamón
incitó a la rebelión.
Se preparó una pancarta
escrita por Margarita
que es una flor muy, muy lista
y se organizó una marcha
por todo el vasto jardín
para poder poner fin
al desprecio de la rosa
y para siempre callar
al vano y fatuo clavel.
Tilín, tilín, tilón, tilón
se alegran las campanitas.
Ya triunfó la rebelión:
¡tilín, tilín, tilón, tilón!

* * *

EL VIAJE DEL GATO CANUTO

A la ronda, ronda
del tren y del grillo.
Mi gato Canuto
se vistió sencillo.
Con corbata verde
y amarillo traje
mi gato Canuto

pagó su pasaje.
Llevaba en las patas
sus guantes granates
y en negra maleta
bombilla y un mate.
¡Ay! gato Canuto,
te voy a extrañar.
Él recorre el mundo,
montañas y mar.

DE: *Rebelión en el jardín* (Asunción: Editorial Servilibro, 2004)

* * *

EL VIENTO NORTE Y LA LLOVIZNA

Una tarde de muchísimo calor, el viento norte llegó cansado a Filadelfia, en el Chaco paraguayo. Se sentó, en la rama de un samuhú, resoplado, para calmarse un poco y una gran polvareda se levantó por su resoplido. El samuhú se encontraba al lado del patio de la casa de Gabi. El viento norte es un viento gordo porque va comiendo arena a su paso y aunque arrastra un poco de humedad, sus alas no se secan.

El pícaro viento norte estaba persiguiendo a su amiga, la llovizna, pero ella no se quedaba quieta y desde Asunción hasta Pozo Colorado se escondió de él en las nubes altas, se recostó en los tajamares y no sintió pena por los pastizales quemados, de color paja, que se iban agrandando cada día, la llovizna no los mojó porque el viento estaba muy cerquita.

Cuando se queman los pastos, todo el paisaje se vuelve rojo, las llamas comen muchos yuyos secos y sólo el agua las apaga, pero la llovizna no tuvo ganas de refrescar el ambiente.

Frente al samuhú, en una torre de madera que sostenía un tanque de agua, conversaban dos cotorritas, eran comadres muy charlatanas, una se

llamaba Pica y la otra era Tucu, ellas usaban como casa un inmenso nido, al lado de unas tunas altas y espinosas. Cuando el agua del tanque goteaba, las dos cotorritas la bebían gota a gota. En el Chaco hace mucho, pero mucho calor y casi no hay agua.

Pica y Tucu estaban contentas, habían ido de paseo hasta Pozo Colorado y sabían que iba a llover, se lo habían contado otras aves que espían las señales del cielo chaqueño.

–¡Por fin va a llover! Estoy cansada de tanta sequía, ya ni una fruta podemos comer –dijo Pica.

–¡Cierto! Por fin va a llover –dijo Tucu, que siempre repetía lo que decía Pica.

–¿Y ustedes como saben que va a llover? –preguntó el viento norte con un vozarrón que hizo temblar las plumitas de las cotorras.

–Nos contaron las cigüeñas que se bañaban en la laguna del Toro Negro.

–¡Pero qué van a saber esas pajarracas!

–No diga eso de nuestras amigas, ellas saben todo lo que va a pasar, viajan mucho y miran los cielos de otras partes, hablan con las nubes....

–¡Otras chismosas! –dijo otra vez el viento norte con un bufido que casi desmoronó el nido de Pica y Tucu.

–Ayy... ¡Señor viento! No vuelva a resoplar así o nuestro nido se va a caer –lo retó Pica, muy enojada y gritando.

–Bueno, perdonen ¿qué dijeron las nubes?

–Que la llovizna pasó por allí y les prometió volver con una gran lluvia, las nubes están muy felices porque así ellas adelgazan.

–¡Qué suerte, por fin voy a bañarme con mi amiga la llovizna! – el viento norte cantaba y bailaba y el nido de las cotorritas se sacudía muchísimo. Ellas gritaban de miedo.

En la casa de Lincoln y de Flor, los perritos escucharon el sarambí y salieron a ladrar. Las cotorritas también ladraban y ya nadie más pudo dormir la siesta. Cuando Gabriela se levantó la lluvia empezó a gotear con gotas gordas y frescas que bañaron las flores de las santarritas, el pastito

del jardín y la tierra de la calle. Era una delicia, por fin la llovizna había cumplido su promesa.

Gabi también salió a mojarse y a cantar “Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva, los pajaritos cantan”...

* * *

LINCOLN SALVADOR

Lincoln se había escapado de la casa porque Gabriela y sus papis habían viajado a Asunción para visitar a la abuela Dalinda, entonces el perrito travieso decidió salir a vagar. Flor se quedó sola y tenía miedo, lloraba y lloraba.

Lincoln había conocido a una linda caniche blanca en el Hotel Florida y ella lo esperaba con un huesito de caracú que había sobrado del almuerzo. Lincoln entró por el costado, muy cerca del jardín que rodea la pileta de natación para los huéspedes. Allí se escondió para que no lo viera el portero, hasta que Lulú, la caniche, corrió a su encuentro.

–Hola Lincoln, que bueno que viniste –le dijo en idioma perruno.

–Hola Lulú, estás muy linda –respondió Lincoln y se acercó para darle un besito en la nariz.

En ese momento olió un aroma muy extraño, parecido al olor que tienen las serpientes.

–¿Que perfume te pusiste? –preguntó a Lulú.

–Ninguno, los perros no usamos perfumes.

–Pero hay un olor muy raro, voy a ver de donde viene –dijo Lincoln y olfateando el pasto, llegó hasta el corredor de las habitaciones donde se quedó oliendo como una aspiradora, frente a una puerta.

–Pronto Lulú tenemos que entrar en este cuarto, hay un animal pidiendo auxilio y huelo a víboras y a otros animales.

–No puede ser, este es un hotel para personas, no para animales.

–Pero yo te juro que aquí adentro hay animales silvestres, por lo

menos una serpiente, estoy seguro. Tenés que avisar al portero o al guardia.

Lulú fue corriendo hasta donde estaba el portero y comenzó a ladrar. El hombre no entendía lo que pasaba pero le llamó la atención que la perrita estuviera tan alterada y fue tras ella hasta la puerta de la habitación. Ahí estaba Lincoln, ladrando también y olfateando bajo la puerta, como si quisiera avisar que adentro había un enemigo. El portero llamó al gerente para abrir la puerta del cuarto. Cuando entraron vieron a un tatú mulita que parecía muerto, un tambor cerrado que se movía y unas cuantas bolsas. Lincoln ladraba al tambor y daba vueltas alrededor de él, los dos hombres tenían miedo de encontrar algo feo y no se animaban a sacarle la tapa. De las bolsas salieron un montón de sapos grandes, arañas peludas de todos los tamaños y tres cotorritas que parecían mareadas. En el barril de plástico había una enorme serpiente, una boa que no era venenosa pero que podía comer hasta un ternero. El gerente y el portero salieron de la habitación, cerraron la puerta con llave y llamaron a la policía ambiental, la que cuida la vida de los animales del Chaco.

Lincoln se asomó a la ventana y llamó a las dos cotorritas. Lulú estaba a su lado.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —les preguntó.

—Un cazador puso una trampa y nosotras caímos en ella. Después nos metió en la bolsa y nos trajo hasta acá.

—¿Y los otros animales?

—No sabemos, seguro que nos iba a vender, dicen que valemos mucha plata —respondió la cotorrita más sabia.

—Vos nos salvaste, gracias a vos nos descubrieron, pero el tatú mulita no aguantó el calor.

En ese momento asomó la cabeza la boa y abriendo la boca grandota, dijo:

—Muchas gracias, perrito. Nos salvaste avisando con tus ladridos. Los animales silvestres necesitamos que nos cuiden, no somos malos y formamos parte del ecosistema. Ahora que cortan todos los árboles ya no tenemos lugares donde vivir.



“Lincoln Salvador”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith.

—Yo siempre voy a defenderlos —dijo Lincoln inflando su pecho como un Súperperro.

—Y yo voy a ser siempre tu amiga —le dijo Lulú, la caniche valiente.

Ese mismo día los traficantes de animales quedaron presos en la comisaría de Filadelfia, sufriendo más calor que los animales que habían cazado.

DE: Cuentos inéditos.





“El silbido de la siesta”, Óleo sobre lienzo, 160 x 120 cms.
1994. Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar.

JOSEFINA PLÁ

(Islas Canarias, 1903 - Asunción, 1999)

Poeta, dramaturga, narradora, ensayista, ceramista, crítica de arte y periodista. Aunque española de nacimiento, su nombre y su obra están totalmente identificados con la cultura paraguaya del siglo XX. Radicada en Asunción desde 1927, distinguida (por el Congreso Nacional) con la ciudadanía paraguaya en 1998, Josefina Plá dedicó toda su vida al quehacer artístico del Paraguay y contribuyó enormemente a su desarrollo cultural. Incursionó con éxito en todos los géneros y colaboró de manera regular en innumerables publicaciones locales y extranjeras. Como merecido homenaje a su labor de tantos años, en 1981 la Universidad Nacional de su país de adopción le concedió el título de “Doctora Honoris Causa”, galardón que se une a muchas otras merecidas distinciones de que ha sido objeto en las últimas décadas, entre ellas: “Dama de la Orden de Isabel la Católica” (España, 1977), “Mujer del año” (Paraguay, 1977), “Medalla del Ministerio de Cultura de San Pablo” (Brasil, 1979), “Trofeo Ollantay” del CELCIT, por investigación teatral (Venezuela, 1983), y “Miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Historia” (España, 1987). Con más de setenta años de intensa y fecunda labor creativa y crítica, y más de cincuenta libros publicados, nos limitaremos a mencionar aquí sólo algunos de los títulos más representativos de su extensa bibliografía. En poesía se destacan *El precio de los sueños* (1934), su primer libro, *La raíz y la aurora* (1960), *Rostros en el agua* (1963), *Invención de la muerte* (1965), *El polvo enamorado* (1968), *Luz negra* (1975) y cinco poemarios posteriores: *Tiempo y tiniebla* (1982), *Cambiar sueños por sombras* (1984), *Los treinta mil ausentes* (1985), *La nave del olvido* (1985) y *La llama y la arena* (1987). Su producción narrativa incluye algunas colecciones de cuentos, entre ellas: *La mano en la tierra* (1963), *El espejo y el canasto* (1981), *La pierna de Severina* (1983), *Maravillas de unas villas* (1988), cuentos infantiles, y *La muralla robada* (1989). En teatro, es coautora –con Roque Centurión Miranda– de varias obras (como: *Episodios chaqueños*, 1933; *Desheredado*, 1942; y *Aquí no ha pasado nada*, premiada por el Ateneo Paraguayo en 1942) y autora de muchas más, entre ellas: *Víctima propiciatoria* (su primer éxito teatral, estrenada en 1927), *La cocina de las sombras*, *Hermano Francisco: El revolucionario del amor*, *Una novia para José vaí* (1955), *Historia de un número* (1969), *Ah che memby cuera* y *Fiesta en el río*, premiada en el concurso teatral de Radio Cáritas (1977). De su prolífica producción ensayística y crítica sobresalen: *Voces femeninas en la poesía paraguaya* (1982), *La cultura paraguaya y el libro* (1983), *En la piel de la mujer* (1987) y

Españoles en la cultura del Paraguay (1985). De reciente aparición es la edición póstuma de *La gran infortunada* (Alicia Elisa Lynch) (2007) obra que había dejado inédita.

LAS GORDURAS DE VILLAFLACOS

Villaflacos era un pueblo de gente muy flaca. Esto les sucedía porque, al contrario de lo que pasaba con los vecinos de un pueblo bastante próximo llamado Castalgordos, los villaflaquinos tenían poca tierra y mala, y cosechaban poco; sus vacas daban poca leche, y en resumen, los villaflaquinos conservaban siempre el talle esbelto y el estómago vacío.

Durante mucho tiempo, los villaflaquinos habían vivido conformes con su suerte, es decir, no habían caído en que podían comer más o estar más gordos. Pero poco a poco y sin que supiesen cómo, empezaron a opinar que no les vendría mal echarse encima unos kilos; y empezaron a mortificarse pensando cómo lo lograrían. Comiendo no era tan fácil, porque como se ha dicho, no era la comida lo que sobraba en Villaflacos. Ensayaron aumentar de dimensiones bebiendo agua; pero el efecto era muy pasajero.

Al cabo, a un villaflaquino, que había leído **Don Quijote**, le vino una idea. Reunió a los compueblanos más entusiasmados en engordar y les preguntó:

—¿Qué es lo que a ustedes les interesa realmente? ¿Pensar más o estar más gordos?

—¿No es la misma cosa? —preguntó un señor muy alto, muy alto, y muy flaquito.

—A veces sí; y a veces, no —contestó el otro.

—Yo creo —dijo una señorita esbeltísima— que lo interesante es redondearse; no pesar más kilos. Claro que si no se puede lo uno sin lo otro...

—Y he descubierto el modo de redondearse sin comer ni pesar más.

—¡Venga, venga! —gritaron todos, entusiasmados.

—Muy bien. Sencillamente, mañana voy a la ciudad. Si cada uno de ustedes me da plata, traigo lo necesario para que todos engorden de una vez, y sin más gastos.

Todos estuvieron de acuerdo y le dieron el dinero que pidió. Fue a la ciudad; hizo su compra; volvió al pueblo, y entregó a cada uno de los que le habían dado dinero, una linda bomba de inflar gomas de bicicleta.

—Con esto, aplicado al ombligo, engordarán a voluntad. Lo que quieran engordar: poco, mucho, suficiente. Podrán también engordar lo que deseen según los días: un día, más; otro día, menos. A gusto de cada uno. Una delicia: verán.

Todo el mundo, entusiasmado, se fue a su casa a engordar sin peso lo antes posible. Se pusieron a inflarse delante del espejo, y se morían de gusto viéndose engordar despacito pero seguro: ponérseles torneadas las piernas y los brazos, relleno el cuerpo, redonditos los mofletes. Cuando más se agrandaban, más le daban a la bomba. Pero lo malo vino enseguida, cuando, al moverse, se dieron cuenta de que se despegaban del suelo y flotaban. Sintieron que las corrientes de aire les hacían perder pie, los levantaban y quieras que no, los hacían salir por las ventanas, los balcones o las claraboyas.

Y al poco rato, el cielo de Villaflacos estaba lleno de gente que flotaba como globos de kermesse; pero no tan apacibles, porque éstos pataleaban, braceaban, gritaban, lloraban, gesticulaban y rezaban pidiendo a Dios que los dejase bajar y volver sin muchos huesos rotos a sus casas. Los pocos que no se habían inflado los miraban desamparados desde las ventanas, aceras y azoteas, sin saber qué hacer, porque no se les ocurría nada. Algunos padres desesperados se fueron a encargar misas para que los hijos sanos y salvos volviesen a casa, o para que el viento no soprase demasiado fuerte aquella noche y se los llevase lejos, o no hiciera demasiado frío y se trajesen de allá arriba una pulmonía.

Porque, lógicamente, al engordar, los sacos, pulóveres, etc., se les habían quedado chicos, y se los habían quitado; y los más estaban muy ligeros de ropa.

Cayó la noche de invierno sin luna, y Villaflacos era un mar de lloros arriba y abajo, en el cielo y en la tierra. En las casas habían prendido velas a todos los santos, y en la iglesia los tres curas del pueblo decían una misa tras otra. Mientras había sido de día, los parientes de tierra y los del aire se habían podido ver, y hablar a gritos; pero en la oscuridad, nadie veía a nadie, y nadie podía saber si el pariente seguía allí pataleando sobre el campanario o si con el airecillo nocturno habría derivado a otras latitudes.

Pero sucedió que con ese aire nocturno húmedo y frío, y como pasa con los globos, los villaflaquinos inflados fueron perdiendo aire, aterrizando aquí y allá. El primero que vino a caer, ya a medianoche, en la plaza, dio a una familia un susto de muerte, al aparecer en la puerta; porque con el miedo y el ejercicio bárbaro de pataleo en el aire había perdido lo poco que le quedaba de carne y parecía un esqueleto. Casi todos aterrizaron en el pueblo o cerca; pero algunos lo hicieron lejos. Dos o tres cayeron en el río, que en esa época del año no era precisamente una sauna; y llegaron a sus casas chorreando y para meterse en la cama con un resfrío tremendo. Otro cayó en un corral de ganado, y una vaca sobresaltada lo persiguió, pero no llegó a cornearlo, porque no encontró dónde hacerlo.

Al llegar al mediodía siguiente, todos habían vuelto a sus domicilios, menos uno que cayó en el tejado de la Municipalidad y lo tuvieron que bajar los bomberos; tres que cayeron sobre árboles, quedaron enganchados en las ramas, y costó una enormidad descolgarlos; y otro que se había inflado por demás, y fue más allá, y cayó sobre el techo de un tren que pasaba a una legua del pueblo. Cuando el tren paró en la próxima estación el pobre estaba a cincuenta millas de Villaflacos. Al bajar, lo detuvieron y metieron en la comisaría por viajar sin boleto; y al salir, como no tenía plata para el pasaje, tuvo que volver al pueblo a pie, y llegó quince días después.

Por supuesto, los villaflaquinos que aterrizaron primero habían ido enseguida en busca del inventor del método, con una de aquellas bombas en la mano, y resueltos a inflarlo de manera que se quedara para siempre

por allá arriba, convertido en satélite artificial. Pero el mozo no era sonso, y hacía rato que había salido de Villaflacos en bicicleta y a cuanto le daban los pedales.

Después de tan tremenda experiencia, los de Villaflacos hicieron ya más ensayos de engorde mecánico. Trabajaron más en el campo para ver si podían obtener más alimentos y comer mejor. Pero de trabajar mucho enflaquecieron tanto antes de la cosecha, que ésta apenas bastó para reparar los kilos perdidos. Y Villaflacos siguió siendo Villaflacos, hasta hoy.

* * *

LAS PESADILLAS DE CIUDADSUEÑOS

Ciudad sueños se llamaba así porque en ese pueblo la gente estaba siempre con sueño y no solamente con sueño, sino que se dormía. Todo el mundo en Ciudad sueños dormía a cualquier hora del día en cualquier sitio y ya lloviese o hiciese sol. El sueño les tomaba en cualquier instante y en cualquier lugar en mitad de lo que estuviesen haciendo. Debido a esto ocurrían muchas cosas raras, pues los ciudadsoñadores no eran gente que se quedase en su casa esperando el ataque de sueño: salían, iban aquí y allá; y allá y aquí, sin aviso alguno, les tomaba el sueño y si estaban de pie se caían al suelo.

Las autoridades de Ciudad sueños ordenaron que a lo largo de las calles en cada cuadra, se pusiesen catres, a fin de que los acometidos de repente de sueño pudieran acostarse en ellos cuando les viniese el ataque. Y era de ver cómo en mitad del día esos catres estaban llenos de gente durmiendo con el mejor de los sueños.

Porque una característica especial de esta endemia del sueño era que le gente no tenía sino sueños agradables. Soñaban que tenían los impuestos pagados, que no debían nada al almacenero, que les había caído la lotería, que tenían el armario lleno de ropa nueva. El sueño más común era el sueño del trabajo. Los ciudadsoñadores soñaban que trabajaban y se

sentían muy felices, porque el trabajo en sueños no da ningún trabajo; pero al despertar tenían que ir a comprobar si el trabajo estaba hecho o no, se dormían otra vez; por lo cual nunca acaban de saber si el trabajo estaba terminado; y si no estaba terminado, jamás se terminaba.

En Ciudad sueños no había discusiones y si las había eran muy cortas porque apenas comenzaban a discutir, uno de los dos se dormía, o se dormían los dos a la vez, y durmiendo soñaban que habían resuelto la cuestión.

A los ciudadsoñadores les gustaba mucho bañarse y se bañaban en el río que quedaba cerca; pero como les tomaba el sueño a mitad del baño, se quedaban flotando, y el agua se los llevaba arroyo abajo. Para impedirlo, tejieron una red atravesada en el arroyo y así la red los detenía. Pero un día se desató la red y los bañistas, dormidos, flotando como boyas, se fueron arroyo abajo hasta llegar a un pueblo llamado Gasteltodo.

Los habitantes se dieron cuenta, se echaron al agua, y los pescaron a todos antes de que despertasen. Cuando los tuvieron a todos en tierra, trataron de despertarlos, pero no pudieron. Entonces los apilaron, como bacalao, en un gran carretón, y los enviaron a Ciudad sueños. Cuando llegaron empezaban ya a despertar. Desde ese día renunciaron a bañarse en el arroyo y todos se bañaban en casa.

Las oficinas de Ciudad sueños eran lugares deliciosos. No se sabe por qué, pero allí era donde más y mejor se dormía. Los dueños de las oficinas tenían cuidado de poner en ellas muebles lo más cómodos posibles para que sus empleados no sufriesen desperfectos al caerse de pronto en un sofá o en un sillón. Y como los jefes dormían también a cualquier hora y en cualquier sillón, nadie podía culpar a nadie si el trabajo se atrasaba. Ni los clientes, porque también ellos se dormían a mitad de cualquier reclamación.

En Ciudad sueños se hacía difícil cocinar, porque los cocineros sufrían, como todo el mundo, de sueños; y la comida se quemaba, o se quedaba el puchero sin verduras, o el tallarín sin salsa, porque al cocinero el sueño no le daba tiempo a prepararlas. Al fin, idearon establecer turnos.

Cosa rara, pero a la hora de comer todo el mundo estaba despierto; lo cual era una suerte, pues de otro modo la gente habría adelgazado mucho. Y era todo lo contrario: en Ciudad sueños todo el mundo era gordo, porque comían bien y no trabajaban mucho.

Aún ocurrían otras cosas simpáticas, en Ciudad sueños. Al ir a una tienda a comprar algo, el cliente se dormía casi siempre a la hora de pagar; pero cuando despertaba, era el dueño de la tienda el que estaba durmiendo, y no podía cobrar. El cliente se llevaba a su casa el género, se dormía otra vez, y soñaba que ya había pagado. El dueño de la tienda soñaba que había cobrado, y en paz.

Con lo cual, al cabo de un tiempo en Ciudad sueños no había más tiendas ni más almacenes y cada cual debía amañarse para buscar vituallas por los pueblos de los alrededores. Pero como los ciudadsoñadores padecían de tan rara disposición se dormían a la hora del pago y muchos volvían a su casa con la cabeza llena de chichones porque les pegaban por tramposos, aunque ellos estaban segurísimos de haber pagado.

Los cobradores de impuestos de Ciudad sueños, visto también que toda la gente pagaba en sueños pero el dinero no entraba en las arcas fiscales ni en sueños, terminaron por desaparecer. Por supuesto, tampoco hubo servicios públicos. Para alumbrarse, cada cual ponía su farol dentro de casa y para tener agua llevaba su manguera hasta el arroyo próximo, y ponía en la otra punta, dentro de su casa, una canilla. Las mangueras se multiplicaron tanto que se hizo imposible transitar por las calles que parecían fuentes de macarrones. Entonces se ordenó se colocasen sobre las azoteas, con lo cual las canillas se quedaron sin agua. Los ciudadsoñadores terminaron por ir a buscar el agua al arroyo en baldes, como lo hacían sus abuelos.

Al cabo, como no eran sonsos del todo, comprendieron que aquel sueño excesivo los estaba perjudicando, y trataron de ponerle remedio. Idearon ponerse palitos de fósforos apuntando los párpados para mantenerlos abiertos; pero se dormían lo mismo. Otros tomaron un extracto superextra de café, pero lo más que consiguieron con él fue dormir con un ojo abierto.

Un día fue cayendo por allí un científico, que se interesó en el problema. Descubrió que el arroyo en el cual se surtían de agua pasaba por en medio de unos inmensos campos de adormideras; y allí era donde el agua tomaba su virtud narcótica.

El remedio, dijo, consistía en arrasar las plantaciones de adormideras.

Los ciudadsoñadores recibieron la noticia con entusiasmo. Los pocos que estaban despiertos fueron a ver las plantaciones y arrancaron todas las plantas; pero solamente las que estaban del lado de acá del arroyo; con lo cual remediaron algo, pero no mucho. Ahora no se dormían cada hora, sino cada dos horas. Sin embargo, el sabio dijo que vendiendo el agua de Ciudad Sueños para anestésico podían ganar mucha plata. Los ciudadsoñadores, al saber que podían ganar plata de veras mientras dormían, optaron por dejar de una vez los otros campos como estaban, e irse a acostarse cómodamente en sus casas.

* * *

LOS OLVIDOS DE VILLAOLVIDOS

Erase que se era un señor a quien le gustaba mucho viajar. Viajó por todo el mundo y vio muchas cosas raras. Y de vuelta del viaje solía contarlas. Pero lo que más le gustaba contar porque le parecía una de las cosas más raras vistas en sus viajes, era lo que le pasó al visitar un pueblo que a primera vista le pareció muy bonito, pero cuando entró en él para pasar allí la noche, lo encontró vacío. Todas las casas estaban muy bien arregladas, aunque los muebles eran muy desparejos; tenían lindos jardines al frente, vajillas en las cocinas, y libros en los estantes, pero todo: vajilla, muebles y libros, con un palmo de polvo. Llamó inútilmente en casi todas las casas, nadie apareció, a pesar de que en algunas de ellas estaban prendidos los focos en pleno día.

El viajero encontró aquello muy raro y no le gustó, y salió de prisa del pueblo. Cuando llegó al próximo, que no estaba tan próximo, por

cierto, empezó a preguntar; pero le contestaron tan vagamente, que no pudo sacar nada en claro. Llegado a otro pueblo, preguntó de nuevo y le contestaron también con evasivas. Pero a fuerza de visitar pueblos de alrededor y preguntar en todos ellos, llegó a tener por fin una idea de lo sucedido.

Aquel pueblo había sido desde tiempo inmemorial un pueblo muy raro. Todos sus habitantes nacían con una memoria muy frágil, o mejor decir, no tenían ninguna. Se olvidaban de todo, hasta de los propios nombres y habían tenido que recurrir a colgarse de los cuellos una tarjeta con su nombre y domicilio. Pero resultó que se olvidaban de ponerse los tarjetones, y los iban dejando aquí y allá, hasta que los perdían del todo y se quedaban con el problema. Idearon luego que cada vecino recordase el nombre del que vivía al lado; pero pronto se vio que el remedio era peor que la enfermedad: el vecino despertaba creyendo que era el otro cuyo nombre le habían encargado recordar; y fueron interminables los líos y desavenencias y hasta los pleitos.

Sucedía inclusive que un vecino se llevase a su casa una olla o una frazada ajena creyendo eran suyas: el dueño ponía el grito en el cielo, pero al rato se olvidaba a propósito de qué estaba gritando, y al día siguiente entraba él mismo en una casa amiga y se llevaba un televisor o una radio que no le pertenecía, creyéndolas suyas de muy buena fe.

Se olvidaban también del manejo de las cosas y herramientas de su oficio o profesión, y así usaban de pronto tenedor y cuchillo para cortar una manga, un hacha para cortar tallarines, o un machete para rebanar queso. Un vecino se olvidó una vez de cómo se ponían los pantalones y llegó una hora más tarde a su trabajo porque estuvo todo ese tiempo tratando de ponérselos por la cabeza. Otra vez, un joven que era muy flaco se puso el saco como pantalón y anduvo así todo el día, hasta que alguno que se acordó a tiempo se lo advirtió.

En otra ocasión, una señora que fue al mercado en día nublado, metió tres docenas de huevos que compró, en el paraguas, creyendo que era el canasto; de vuelta del mercado empezó a llover, abrió ella su paraguas y pueden ustedes imaginar lo que pasó; fue la única vez que se vio

granizo de huevos. Aunque la Municipalidad, la Escuela, Primeros Auxilios y el cementerio tenían grandes letreros al frente, los vecinos se solían olvidar de que sabían leer, y así los escueleros entraban con sus libros en Primeros Auxilios, y los padres en el Cementerio con los impuestos impagos. Se olvidaban de cosechar y, si sembraban, a veces se olvidaban de sembrar, gracias a que no todos lo olvidaban a la vez y por eso siempre se cosechaba algo y no se morían de hambre.

Lo único en fin que en Villaolvidos nunca se olvidaba era la hora de comer; pues, aunque se olvidasen los relojes, el estómago estaba en su sitio para señalar la hora exacta.

Pero como todas las cosas mencionadas y otras peores sucedían muy a menudo, al cabo de los años resultó que todas las cosas de Villaolvidos habían cambiado de dueño, o sus muebles eran completamente distintos y así se daba también que aquel que había vivido en una casa pobre, vivía ahora en una casa rica, y al revés; y aunque los antes ricos vivían ahora en una casa pobre y se sentían incómodos, nunca habrían podido decir por qué, porque no se acordaban.

Hasta que un día vino el desastre mayor.

Y fue que un día un pueblo de los de por allí lejos, celebró una fiesta que se llama centenario, y que en Villaolvidos no se había celebrado nunca, porque si no se acordaban de lo que había pasado el día anterior, menos se podían acordar de lo que pudo pasar cien años atrás. Y los vecinos de ese pueblo invitaron a todos los vecinos de los pueblos alrededor, entre ellos Villaolvidos, a la fiesta y banquete de centenario. Como se trataba de comer, no se olvidaron y allá se fueron todos, menos dos o tres viejecitos que apenas podían caminar.

Pero con la alegría de la música y los cohetes y rehiletos y los globos y los bailes y sobre todo con el asado, los villaolvidadizos perdieron todos la poca memoria que les quedaba y cuando llegó la hora de volver, nadie recordaba de qué lado quedaba su pueblo. Cada uno se fue por su camino, y nadie supo lo que fue de ellos. Hasta los viejecitos que se habían quedado en el pueblo se olvidaron de que no podían caminar; salieron por ahí en su busca, y no volvieron.

Y Villaolvidos se quedó olvidada para siempre.

* * *

LOS PERROS DE CASTELCANES

Castelcanes no se había llamado así siempre. Al comienzo de su historia había tenido otro nombre que nadie recordaba ya. Lo único que se recordaba bien era que desde aquellos tiempos antiquísimos su Santo Patrono había sido San Roque. San Roque, como sabéis, es el santo que llevaba consigo un perro que le acompañó toda la vida y le curaba las llagas lamiéndoselas; era un procedimiento que se utilizaba antiguamente, cuando no había antibióticos. Por consiguiente, los perros eran muy queridos y respetados en ese pueblo. Todo el mundo se cuidaba mucho por maltratar a un perro, menos todavía matarlo.

Todos los años, el día de San Roque, los vecinos se reunían, hacían colectas y juntaban fondos para ofrecer a todos los perros del pueblo, lo mismo a los perros con dueños que a los callejeros, un gran banquete público, en el cual se les servía un buen puchero; luego unas grandes lonchas de hígado asado; y de postre, morcillitas y salchichitas; o un buen trozo de salame. Si la colecta había sido buena, el postre era un tazón de crema. Y todo esto, en mesa con mantel y con platos para cada can; algunos de estos, ya veteranos y bien educados, hasta se ponían servilleta al cuello y manejaban el cuchillo y el tenedor; pero eran muy pocos. Al terminar, se hacían brindis, unas veces con leche y otras veces con caldo de gallina.

El aprecio y cariño hacia los perros creció en este pueblo después de cierta época desastrosa. Fue una época en la cual bandas de ladrones se descolgaron sobre los pueblos; entraban y robaban todo lo que encontraban, muebles, dinero, alhajas, vajilla, sábanas, colchas, colchones, hasta la ropa puesta, dejando a la gente desnuda, lo mismo en verano que en mitad del invierno.

Todos los pueblos de los alrededores fueron asaltados; pero cuando una de esas bandas quiso entrar en Castelcanes, 20.000 perros de todos los tamaños se les echaron encima; y aunque los bandoleros llevaban armas,

no podían naturalmente defenderse de tantos perros. Tuvieron que salir huyendo, y fueron ellos ahora los que dejaron pedazos de ropa y hasta de piel entre los dientes de algún perro.

Después de este suceso, los castelcaninos, felices y agradecidos festejaron más todavía a los perros. Les dedicaron un homenaje fenomenal; les repartieron medallas y collares con dedicatorias al valor, y les obsequiaron chalecos tejidos a los perros más viejos o pelados. Los perros podían ir a los cafés y hacerse servir Toddy con medialuna, y hasta una hamburguesa o un bifecito a caballo; sin pagar por supuesto, con tal de que se presentasen bien lavados y peinados y no se mordiesen entre sí mientras comían. Y se decretó que en vez de un banquete anual se les dedicasen dos. Uno el tradicional del día de San Roque, y otro el día aniversario de aquella batalla grandiosa que se llamó la Batalla de la Gran Mordida.

Pero con tan buen trato, tanto regalo y tan buena comida, los perros del pueblo se multiplicaron mucho; y alimentarlos costaba más cada día.

Comenzaron a surgir problemas.

La gente iba al mercado y encontraban de pronto los puestos sin carne, porque los perros en un descuido se habían comido los bifés, los lomitos, las rabadillas o los pollos. Iban a tomar leche y un cachorrito se la había bebido. Algunos perros aprendieron a mamar de las vacas, y otros se hicieron peritos en destapar las latas de leche en polvo. Todos eran maestros en abrir las heladeras y subiéndose unos encima de otros, alcanzaban los salames, los jamones y los chorizos colgados del techo.

Una vez pasó un circo por Castelcanes; el dueño, que vio las habilidades de los perros del pueblo, quiso llevarse diez para su circo. Se los llevó y muchos perros de Castelcanes se quedaron tristes, pensando en la suerte de sus compañeros que se iban a correr mundo; pero a la semana estaban de vuelta todos, flacos. Un castelcanino muy inteligente que conocía bastante el idioma de los perros, contó que a su vuelta esos perros dijeron a los otros que el circo era menos divertido que Castelcanes porque les hacían trabajar mucho y comían poco.



IBAN AL CINE Y SE ENCONTRABAN SU PLATEA OCUPADA POR UN BULL-DOG.

“Castelcanes”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith.

Y cuando al año siguiente vino otro circo todos los perros se escondieron, porque no tenían ganas de que se los llevaran por ahí para vivir mal.

Los perros siguieron viviendo bien, pero las molestias aumentaron. Los castelcaninos iban a acostarse y se encontraban en su cama una docena de perros surtidos muy bien enroscados, y tenían que echarse a dormir en el suelo sobre la estera. Iban al cine y se encontraban su platea ocupada por un bull-dog. Daban un concierto y un coro de perros pastores se ponían a ladrar en el momento culminante. Querían subir a un ómnibus y el ómnibus estaba ya lleno de perras que llevaban a pasear sus crías, muy bien sentadas en los sillones pullman. Y así sucesivamente.

Llegó el momento en que en Castelcanes los que no eran perros vivían tan mal que todo el mundo estaba enojado. Y como estaba prohibido pegarlos a los canes, se pegaban entre ellos. Al cabo, de acuerdo todos, tomaron una resolución.

Hicieron sus valijas; prepararon para los perros una comida tan abundante, que éstos, después de comer se fueron todos a dormir. Entonces los castelcaninos agarraron cada uno su valija y en puntas de pie, para no despertar a los canes, salieron del pueblo, tomaron el tren y se fueron a fundar otro pueblo a cien millas de Castelcanes. Los perros se quedaron solos.

Nadie ha podido decirme cómo se arreglaron para seguir comiendo y viviendo.

Pero un viajero que pasó por casualidad a diez millas de Castelcanes unos años más tarde me contó que a esa distancia se escuchaba un inmenso ladrido que subía hasta el cielo.

Preguntó qué era eso y le contestaron que eran los rumores de la existencia diaria de un pueblo donde la vida era muy perra.

DE: *Maravillas de unas villas* (Asunción: Casa de la cultura, 1988)





“El último adiós”, Óleo, 76 x 191 cms. 2008.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

MARGARITA MARÍA PRIETO YEGROS

(Asunción, 1936)

Docente y narradora. Doctorada en Historia por la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción, Margarita Prieto Yegros ha dedicado gran parte de su vida a la docencia, campo en el que ha sido varias veces distinguida con galardones como la “Medalla de Oro” de las Autoridades y Maestros del 9º Dpto., Paraguarí (1980), y la “Placa de Gratitud y Reconocimiento” del Dpto. de Formación Docente del M.E.C. (1993), para mencionar sólo un par de distinciones representativas. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), del PEN Club del Paraguay, Asesora de la Fundación CABILDO y redactora de la Revista *Tupasy Ñe’e*, también colabora regularmente en periódicos de la capital y desde 1986 integra el Taller Cuento Breve dirigido hasta el año 2000 por el profesor Hugo Rodríguez-Alcalá y posteriormente por la escritora Dirma Pardo Carugati. Sus cuentos han aparecido en varios de los libros de dicho taller, así como también en revistas y antologías literarias locales y extranjeras. Hasta la fecha ha publicado cuatro libros de cuentos: *En tiempo de chivatos* (1998), su primer libro, *Cuentos de la Guerra Grande* (2001), *Consultorio sentimental* (2006) y *Nuevos cuentos de la Guerra Grande* (2006). Es además autora de *El tratado de Tordesillas* (2006), una obra de carácter histórico, y de *Manual Integrado para el Uso Sostenible del Bosque Atlántico del Alto Paraná [BAAPA]* (2005), que incluye una decena de cuentos infantiles de contenido ecológico.

ÑAKURUTÚ Y APERE’Á

La noche sin luna y muys oscura favorecía a ÑAKURUTÚ, avezada cazadora nocturna. Desde un arbusto bajo oteaba, con sus descomunales ojos y una asombrosa capacidad de girar la cabeza, el bosque en el que vivía con sus crías.

—¿Dónde estarán escondidos los ratones?

Si no los encuentro me moriré de hambre. Todos los seres “bióticos” necesitamos comer y beber —pensó ÑAKURUTÚ, con un aleteo de párpados.

El bosque era el “hábitat” de innumerables animales y plantas; en él vivían más de setecientas especies de aves que construían sus nidos en los árboles o bajo tierra.

Otra gran cantidad de seres vivos competía en el suelo por conseguir los alimentos necesarios para sobrevivir.

En sus arroyos, lagos y esteros nadaban peces, yakaré, ranas y toda clase de anfibios.

La biodiversidad de la región era riquísima.

–Tal vez debo volar hasta la laguna para buscar ranas o esperar que aparezca un Amberé –se dijo a sí misma el ave carnívora, mirando con fijeza su entorno.

De pronto extendió las alas, revoloteó en silencio unos segundos y sentenciando:

–La vida depende de la vida y de la muerte –se lanzó en picada sobre un Apere’á. El roedor no tuvo tiempo ni de chillar ante el sorprendente ataque y se convirtió en comida de las lechucitas, que hambrientas esperaban en su nido.

–¡Buen trabajo! –reflexionó Ñakurutú –y salió a buscar algo para comer.

* * *

DON AGUARÁ Y ALONSITO

Un zorro, llamado Aguará, llegó corriendo hasta el humedal y al meter las patas en el agua gritó:

–¡Peces amigos!, vengan a celebrar conmigo la llegada de la lluvia.

Apenas acababa de hacer esto cuando los Pirai, avisando:

–¡Cuidado con él! –se acercaron agresivos y le mordieron las patas.

–¿Qué pasa? ¿Por qué me tratan así? –preguntó dolorido el zorro.

–¡Porque nos quieres comer. ¡Fuera de aquí! –le respondieron las Pirañas.

El zorro lamiéndose las patas lastimadas se metió de nuevo en el bosque y husmeando el ambiente pensó:

–Estoy hambriento y necesito algo más que aire y agua. No puedo vivir solamente con alimentos abióticos.

De pronto, un HORNERO llamado ALONSITO, salió de su nido construido en forma de tatakua sobre la rama de un frondoso YBYRA-PYTÁ y trinoó feliz diciendo:

–Mi casita de barro amasado tiene sala y tiene alcoba.

Al verdo el Aguara, levantando su hocico puntiagudo le dijo:

–Bajá un rato, Alonsito.

–¡Para qué quiere que me baje, Don AGUARÁ!

–Para conversar como buenos amigos.

–Mis amigos son los otros pájaros del bosque –replicó el ave.

El zorro simuló que se iba a otra parte, pero se quedó espiando desde un yuyal. Cuando vio que el ALONSITO bajaba para conversar con unas palomitas, se acercó muy despacio y lo atrapó entre sus dientes.

Los otros pájaros muy asustados gritaron:

–¡El zorro le lleva a ALONSITO!

El ALONSITO que iba prisionero le dijo al AGUARÁ:

–Deciles. ¿Qué les importa?

Abriendo la boca, el zorro dijo:

–¿Qué les importa?

Entonces ALONSITO salió volando y voló hasta llegar a su nido mientras el AGUARÁ se quedaba con las ganas de comerlo.

* * *

INVITACIÓN PARA UNA FIESTA EN EL BAAPA

Amanecía, y en el cielo se diluían multicolores rayos luminosos, mientras las sombras les cedían el paso.

Una bandada de loros, que vivían en un mbocaya del bosque, fue a

comer choclos en una chacra cercana. Al regresar, haciendo gran barullo.

Los loros gritaron:

–¡Gran fiesta! ¡Gran fiesta!

–¿Dónde? –preguntaron los otros animales.

–En el BAAPA –respondió el LORO MAYOR.

–¿Quién invita? –voceó un grupo de KA’I.

–El TAGUATÓ RUVICHÁ que vive en el TIMBÓ, a la entrada de nuestro pequeño bosque –contestó con entusiasmo un torito.

–¿Mba’e piko pe BAAPA? –averiguó un TAGUÁ recién llegado del Chaco, al acercarse al grupo bullicioso.

Sacudiendo sus plumas azules y con voz muy fuerte, un GUA’A HOVY explicó:

–El BAAPA es el Bosque Atlántico del Alto Paraná que, sin igual en el mundo, se encuentra en Paraguay, con una riquísima flora y fauna.

Saliendo del humedal, una KARUMBÉ de patas cortas y dura caparazón dijo:

–Yo vivo en el BAAPA y les cuento que es un bosque con árboles muy altos, muchas clases de animales y plantas e innumerables arroyos, lagunas y ríos.

–¿Qué haces por aquí? –le interrogó un armadillo, apodado TATÚ, apartando su hocico de montículos de termitas.

–Vine a visitarle a mi abuela. Puedo darles el mapa del BAAPA.

–¡Gracias! ¡Muchas gracias! –corearon los animales menos el Yakaré Hũ.

–Antes que el mapa del BAAPA yo necesito comer una tortuga –afirmó el caimán negro.

Ante ese comentario la KARUMBÉ escondió la cabeza bajo su caparazón y se quedó muy quieta y silenciosa. Cuando un Ka’í le informó que el Yakaré había regresado al río le entregó el mapa.

–¡Feliz viaje, KARUMBÉ! –saludó el Ka’í.

–¡Les espero en el BAAPA! –respondió la tortuga, caminando lentamente hacia la casa de su abuela.

* * *

EL MAPA DEL BAAPA

El ka'í extendió en el suelo el mapa del BAAPA, que le había entregado la KARUMBÉ y mirando, muy concentrado, dijo:

–¡A ver! ¡A ver! ¿Dónde queda el BAAPA?

Una garza blanca llamada GUARATÍ, después de tragar una YU'Í, le comentó al KA'Í:

–El BAAPA se encuentra hacia el este de la Región Oriental del Paraguay.

–Moñite piko –preguntó el monito, saltando alrededor del mapa.

La garza, extendiendo sus blancas alas, respondió:

–BAAPA oje topa pe Amambay, San Pedro, Canindeyú, Alto Paraná, Caaguazú, Itapúa, Cazaapá, Guairá, Paraguari ha Concepción apytépe.

Interrumpió la conversación un papagayo amarillo, de nombre KANINDE, que al posarse en un TAJY say'yu, se balanceó diciendo:

–Puedo guiarles al BAAPA porque vivo en Canindeyú, y voy a viajar hacia allá. Acabo de escaparme de la jaula de un cazador que quería llevarme a otro país para venderme como mascota.

–¡Hurra! ¡Hurra! –vitorearon los otros animales.

Una ave zancuda de gran porte, llamada Saría, se presentó ante el grupo y mirando el mapa dijo con voz potente:

–Si van a viajar al BAAPA deben llevar una brújula para orientarse al subir y bajar de los cerros y al cruzar los campos, los bosques, los ríos y arroyos.

–¿Ríos? ¿Qué ríos? –preguntó angustiado el KA'Í.

La Saría comentó:

–El BAAPA tiene innumerables arroyos y ríos; es una de las regiones mejor regadas del planeta. Fíjense en el mapa, el primer río que deberán cruzar es el Tebicuary-guazú.

—Amanóta de quebranto guyrami jaula peguáicha —dijo el monito, saltando de rama en rama y se alejó para buscar ayuda.

* * *

INCENDIO EN EL BAAPA

Alegre y ruidosa, una familia de monos que vivía en el BAAPA, decidió desayunar frutas de YVAPURÚ y GUAVIRÁ.

—Son recursos naturales deliciosos —comentó el jefe de la manada.

—Mba'e piko he'ise “recursos naturales” —preguntó un monito saltarín.

El mono mayor, frunciendo el ceño explicó:

—Un recurso natural es algo de la naturaleza que usamos para vivir.

—¡Vamos a desayunar! —reclamó la mamá MONA.

—¡Néi! —dijo el mono jefe, dando la orden de partir hacia el lugar donde crecían los árboles frutales.

Saltando de rama en rama y burlándose de las mironas y calladas lechuzas, los monos viajaron hacia el ecosistema con más frutas.

El chillido de los monos despertó al JAGUARETÉ que salió de su guarida rugiendo:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Tengo sueño!

En ese momento los monos se callaron y se escuchó el crepitar del fuego que quemaba el pasto y los árboles.

—¡Socorro! ¡Socorro! —clamó un sapo escapándose de las llamaradas que avanzaban consumiendo todo lo que encontraban a su paso.

—¡Uf! El humo me marea —dijo tambaleando una PANAMBÍ.

—¡Que desastre ecológico! —clamó nervioso un venado, huyendo del pastizal que ardía enrareciendo el aire.

Varios ratones GUAYAKÍ se arrojaron a una laguna cercana, donde se encontraron con un CARPINCHO herido, que llorando decía:

—¿Por qué los hombres destruyen así los recursos naturales?

Agitando sus alas ochenta veces por segundo, una pareja de PICA-FLORES se alejó veloz.

Desde lejos, los monos vieron cómo el fuego chamuscaba las plantas de YVAPURÚ y GUA VIRÁ.

–¿Qué haremos sin comida? –preguntó el monito.

–Mudarnos o morir –respondió la mamá MONA.

–O esperar –dijo el mono jefe.

–¿Qué debemos esperar? –preguntó una monita.

–Esperar a que los seres humanos aprendan a respetar y proteger los recursos naturales.

* * *

ENCUENTRO EN EL BOSQUE

¡Din! ¡Don!

¡Din! ¡Doon! –retumbó en el bosque el vibrante y sonoro canto del GUYRA CAMPANA.

¡Din! ¡Din! ¡Doon! ¡Doon!; como si realmente fuera un repique de campanas y, volando hacia el TAJY de copa más alta fue repitiendo su silvestre concierto.

–¿Qué pasa? –preguntó al unísono una elegante pareja de TEROS.

–¡Reunión urgente! –respondió el PÁJARO CAMPANA, sacudiendo sus alas de blancas plumas.

Un minúsculo KOROCHIRÉ, semejante a una flauta alada repitió el aviso, con voz potente, a lo largo del bosque.

–¿Para qué? –inquirió un nómada CHOCHÍ, alisando sus plumas oscuras.

–Para saber cómo sobrevivir en este bosque atacado por los hombres –le roncó un enorme JAGUARETÉ.

Uno a uno fueron llegando los animales del BAAPA y, sentados en círculo, comentaban con furia y miedo la presencia de los cazadores, la deforestación y el incendio.

—¡Silencio! ¡Cállense que voy a hablar! —roncó de nuevo el JAGUA-
RETÉ, acomodándose sobre un gran tronco de URUNDE'Y.

En ese momento se acercó al grupo un YAGUANÉ y, con su olor
apestoso casi espantó a todos los participantes de la reunión.

—¡No te acerques tanto! —le rugió el Jaguareté.

Surgiendo de la oscuridad, un YRYVÚ de negras plumas dijo:

—Acabo de regresar de la ciudad y traigo malas noticias. Leí en un
periódico que se han contado diez especies de mamíferos y 32 especies de
aves, en peligro de extinción.

—Mba'e piko he'ise extinción —averiguó un pato GUARIMBÉ, sa-
liendo del estero cercano.

—Extinción significa acabarse, desaparecer, morir —informó una
anteojuda LECHUZA, demostrando su sabiduría.

—¡MBA'E! —exclamaron muy afligidos todos los presentes.

El CUERVO agregó:

—Entre los mamíferos ya está por extinguirse la especie del JAGUA-
RETÉ.

Irguiéndose altivo, el felino aludido caminó en silencio hacia su
guarida, triste y pensativo se preguntó a sí mismo:

—¿Soy acaso yo el último de mi especie?

—También mi especie se está por acabar —dijo un colorido GUA'Á.

Ante tan trágica noticia, el silencio invadió el bosque, ni la caída de
una hoja se oía.

De pronto, el JAKARÉ dijo:

—Pido la palabra, se me ocurre una idea.

—¿Cuál? ¿Cuál? —preguntaron en coro todos los animales del BA-
APA.

—Avisémosle a los hombres que si la fauna y la flora se extinguen
también ellos van a sufrir y desaparecer.

—¡Aprobado! —exclamaron, con aplausos, todos los presentes.

—me ofrezco a llevar el mensaje —dijo una PALOMA MENSAJE-
RA.

Minutos después, sobrevolando el bosque descendió en el pueblo de los hombres y cumplió su misión depositando la carta en el correo.

Cuando los seres humanos recibieron esta advertencia entendieron que sus vidas dependen de los seres bióticos y de los seres abióticos, y que no deben usarlos irracionalmente; por eso han creado Áreas silvestres protegidas y Corredores Biológicos dentro del BAAPA.

Y con este plan de acción de las autoridades y de toda la comunidad, ha vuelto la alegría al bosque.

DE: *Manual Integrado para el Uso Sostenible del Bosque Atlántico del Alto Paraná* (BAAPA), Asunción, Paraguay, 2005. Cada uno de los cuentos incluidos en el manual fueron después publicados independientemente como libritos por Fausto Cultural Ediciones.





“El adiós”, Óleo sobre lienzo, 100 x 120 cms. 1992.
Colección Martha Mancini.
Obra de Enrique Collar.



IRINA RÁFOLS

(Montevideo, 1967)

Periodista, narradora, poeta y docente. Aunque uruguaya de nacimiento, reside en Paraguay desde hace más de veinte años. Licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción, miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP) y de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA), hasta la fecha ha publicado cuatro libros: *Esperando en un Café* (2004; cuentos), *Desde el insomnio* (2005; poemas), *Abulio, el inútil* (2005; novela) y *Alcaesto* (2010; novela juvenil), obra acreedora de una Mención en el Premio Municipal de Literatura 2010. Tiene además textos incluidos en *Penélope sale de Itaca* (2005), una antología de cuentos feministas de escritoras paraguayas, y en *Ut Eros, poesía erótica femenina* (2009), obra que reúne a 12 poetisas paraguayas. Corresponsal de Radio Sodre (Montevideo, Uruguay) de literatura infanto-juvenil paraguaya, colabora también con notas, entrevistas y artículos varios que aparecen regularmente en suplementos culturales y revistas literarias locales. Recientemente distinguida con el Segundo Premio del Concurso Rafael Barret 2011, en la categoría de «Ensayo» (Secretaría Nacional de Cultura), desde 2006 Irina Ráfols ejerce las cátedras de Ensayo y Castellano en la Universidad del Norte (UNINORTE) en Asunción.

LA CRIATURA

Nunca supe qué mala jugada me hizo la creación. No supe si había caído alguna de esas bombas biológicas, si la criatura era una especie de mutante. Había escuchado entre los compañeros que se avecinaban cambios en la atmósfera, cambios en el agua. Bueno, de eso ya me había

percatado hace tiempo, pero lo peor eran los cambios en los otros. Los otros, inmundas criaturas que se vuelven cada vez más odiosas, asechándonos y cazándonos... No podían ser muy inteligentes, no, de hecho que no eran muy inteligentes, sino, ¿por qué motivo me habrían capturado? ¿Por qué motivo?, ¿si yo era un trabajador común y corriente, un responsable padre de familia, un marido ejemplar? Jamás reñí con mis suegros, eso que los tenía todo el día en casa comiendo hasta lo que tenía guardado para mi hijos, ¿por qué tenía que pasarme esto justamente a mí?, ¿por qué?... Mis hijos son lo único que me importa, mis hijos... ¡Ay, pobrecitos!, ¡esperando por comida y su padre preso!

Desde la jaula transparente me lo enfrento a los ojos, no para que sienta mi infortunio, sino para que note la gravedad del caso. Lo miro tan fijamente que tengo que pestañear para que la vista no se me seque. Yo no sé como hace él, que me mira con sus gigantescos ojos, dando vueltas alrededor de la jaula para mirarme mejor. Unos ojos inmensos marrones como cuevas de lombrices... Así son sus ojos, curiosos y odiosos ojos. No habré visto en mi vida criatura tan fea ni desproporcionada como esta... tiene dos enormes agujeros en las narices que se le dilatan, y me parecen tan siniestros que a veces llego a pensar que también me mira a través de sus horrorosos orificios nasales. Por sus patas presenta cinco tentáculos rosados y sucios, miles de púas doradas emergen alborotadas desde su cabezota y una especie de asquerosas arañas le temblaban alrededor de los ojos. En todo su conjunto la criatura es inimaginablemente fea, desproporcionada, como salida de una pesadilla de espantos, y la boca, ¡ah!, la boca es la puerta al mismo infierno, capaz de tragarte de un solo bocado. Dos de los dientes de adelante parece que se le han caído y en su lugar quedó una puerta abierta por la que podría pasar sin agacharme.

No me atrevo a moverme. La verdad es que tengo pánico de la criatura. Cuando se aleja lo único que puedo hacer es rogar al cielo por que mi familia esté a salvo, resguardada, o que alguien más los tome bajo su protección. Quién sabe cuándo podré salir de esta trampa en que fui

capturado un día. ¿Qué día?... No lo sé. Ahora todo es confuso... Lo último que recuerdo es que salí a buscar el sustento para mis hijos y de improviso el cielo se me desplomó encima, sentí unos ruidos extraños, además de que alguien jadeaba con excitación. Un buen rato estuve a oscuras bajo lo que creí la más terrible tormenta de mi vida. Nadie me socorrió por más que grité y pedí auxilio mil veces hasta perder el sentido. Después me desperté y me supe prisionero en esta jaula circular, tan transparente como el cielo. Cierto que no me asfixiaba como en la otra, que era una especie de caparazón, ¡ah!, ¡qué sé yo que era!... A veces la vida tiene estas cosas. Cuando más dedicado está uno al trabajo, a la vida familiar, cuando menos uno se distrae con las cosas del camino, ahí te tiene que caer algo encima para que te despiertes. Un llamado de atención por parte de la vida. *Estás hecho para otras cosas, muchacho*, me decía mi compadre... Ahora que lo pienso, además del trabajo está el sufrimiento, lo inesperado, la confrontación con el misterio. De vez en cuando cavilo en estas cosas, tengo tiempo de sobra para pensar en las arbitrariedades del destino, pero no dejo de pensar en mi familia, en mi mujer, en mis hijos todos pequeñitos, pequeñitos, confiados en que yo, su padre, voy rumbo a casa a llevarles alimento... Cuando la criatura viene, me echa comida y me mira con los ojos enormes, expectante, a ver si me gusta. Su comida es basura, pero me la como. Me la como porque si quiero volver a ver a mis hijitos tengo que sobrevivir. Tengo que sobrevivir. Tengo que sobrevivir a toda costa.

En todo este tiempo estuve pensando lo peor. No puedo pensar de otra manera. Recuerdo cuando mis hijitos eran pequeños y su mamá los alimentaba... Cuando dieron sus primeros pasitos y, sobre todo, recuerdo el día en que me uní a mi mujer, el día del banquete nupcial que festejamos cerca del jardín de los naranjos, todo lleno de flores, al aire libre, todos reunidos en familia bajo el sol. ¡Quién sabe que estará haciendo ahora!... Seguro que su primo la estará cortejando, ¡ella es tan linda! Hasta su propio hermano la cortejó un día, de tan linda que era. Pero ella se les negó a todos, excepto a mí. No sé qué me vio... Tal vez mi instinto paternal la

atrapó en seguida. Tal vez la sedujo mi amor por el trabajo, mi voluntad y mi esfuerzo. Después empezó a parir a mis hijos uno tras otro. Daba gusto ver como paría a tantos negritos. Me encantaba cuando jugábamos y se me trepaban a la espalda a la mañana. ¡Cómo se reían alborozados cuando les rascaba las pancitas!... ¡Qué tiempos aquellos!... No sé si a estas alturas la mamá esté sola o si tal vez algún rival se le ha acercado... Seguramente ya se la esté montando otro y ella acepte apesadumbrada por la comida para nuestros hijos... Tal vez a estas alturas ya esté desesperanzada... Pero yo, ¿qué puedo hacer?...

Ya deben haber pasado varias semanas. De golpe me siento envejecido. Mis hijos estarán grandes ya, si no esperaron por mí, porque si se quedaron esperando por mí... ¡ay!...

Cuando iba a largarme a llorar, la criatura volvió a mostrarme sus ojazos en la jaula transparente. Me mostraba sus dientes. No sé qué pretendía, si lo hacía para amenazarme con comerme o si era una especie de risa. Nunca pude comunicarme con el bicho. Sé que no es inteligente. Si lo fuera habría tenido en consideración que mis hijitos podían estar muriéndose de hambre.

Mientras me dejaba llevar por el corazón, mientras lloraba mi desventura en silencio, se abrió la jaula transparente. ¿Qué se supone que haga ahora?... Tal vez... ¿Tal vez me estará invitando a salir...? Pero, ¿y si es un engaño para darme muerte?... ¿Me arriesgo?... ¿Salgo o no salgo? ¿Salgo o no salgo?...

Me arriesgué.

Lentamente salí como pude de la jaula transparente, pero ahora el cuerpo no me respondía como antes. Estaba todo endurecido. Sentí el evento de la muerte muy cercano, cercano sí, porque el ambiente olía diferente y apenas tenía fuerzas para tomar el aire...

Cuando por fin salí temeroso, el camino estaba despejado. Todo era verde de nuevo en el jardín lleno de flores de naranjo, pero yo temí alguna jugada inesperada, así que, me quedé quieto, esperando lo peor, pero tomé otra vez el desafío de enfrentarlo a la cara y alcé los ojos hacia él...

Entonces la criatura hizo algo inesperado. Acercó un enorme tentáculo rosado y lo deslizó suavemente por mi caparazón como si me acariciara, cimbreado mis antenas como un compadre y me permitió morir con dignidad, bajo una hoja de naranjo.

DE: Cuento inédito.

* * *

ASTOLFO, EL ROMÁNTICO

Cuando me dieron la noticia estaba comiendo un asado en casa de unos amigos. Mi perro: se había suicidado. Había nacido con el raro don de la palabra, pues el canino hablaba, sí, hablaba y debo admitir que en un castellano muy culto. Claro que pronunciaba un poco fuerte la *erre*, pero eso era un detalle, una nimiedad que uno podía disculpar, ya bastante era que hablara.

El tema fue que, siempre se sintió extraño con los demás ejemplares de su especie. Se sentía incómodo. En su familia le ladraban mal por esto. Los perros de la esquina le aullaban con tirria cuando él pasaba recitando *Las flores del mal*, de Baudelaire o cuando cruzaba el mercado para comprar el periódico -el cual leía asiduamente-, en lugar de revolcarse en el fango como los demás, o lanzarse sobre alguna perra, o husmear entre la basura. No. Él no era de esos. Tenía su propio estilo. Poseía una innata actitud comunicativa; gustaba del vicio de la palabra.

Salía a la calle y se sentaba sobre algún promontorio para estar más alto que los demás, y, por ejemplo, declamaba con hidalguía de poeta, apasionados fragmentos de *Las cuitas del joven Werther*, de memoria. Le miraban perplejos los gatos sobre el tejado, no sabiendo si huir o quedarse a escuchar. Los transeúntes que pasaban, creyéndose locos al escucharlo hablar, fingían no oírle. ¡Ese era mi perro! Un rubio collie, pastor escocés,

pastor de sueños diría yo, por quedarse a la noche a contar las estrellas mientras las miraba ensimismado.

Recuerdo la impresión que le dio cuando le regalé por su cumpleaños *El romancero gitano* de García Lorca. Ya era entrada la noche y caía un diminuto rocío. Lamió con suavidad la tapa dura de cuero y, de pronto, tuvo un arranque de llanto.

—¿Qué te pasa Astolfo? —le pregunté—. ¿No te gusta? —suspiró y me dijo:

—Síii... solo que... tiemblo de angustia por no tener una boca para besarlo—, y lanzó otro suspiro.

¡Ah!, ¡era todo un poeta, mi chico! Era dulce, como el cocido quemado y tierno, como una torta de miel. Pero me preocupaba lo emotivo que era. Tenía miedo de que un día, esto le afectara al corazón. Siempre me temí eso. ¡Era tan sensible!

Dormía, por supuesto, que en la biblioteca. Era su lugar favorito. Le mandé hacer una cama de madera al estilo *Luis XV*, finísima y pequeña. Me lo agradeció simplemente asintiendo con su cabeza. Él sabía que se lo merecía. Cuando tenía insomnio por las noches, presa del febril divague de sus pensamientos, asechaba las estanterías de los libros con devoción casi mística.

Siempre tuvo dudas de que en realidad, no hubiera existido *El coloquio de los perros*. Añoraba hablar con otros iguales a él, pero era en vano. Yo insistía en que *El coloquio de los perros*, no fue más que el producto de un dolor de cabeza, después de una noche de juerga con alcohol, de Cervantes, pero él insistía:

—¡No puede ser!, ¡esos individuos existieron!—, terciaba él, refiriéndose a los perros, claro.

¡Qué personalidad que tenían!

Y se quedaba de pronto en silencio divagando. Cuando caía en esos estados de excelsitud interior, yo... no lo molestaba, había que respetar al genio.

En aquella noche fatal... que me duele en el alma volver a revivir, empezó todo. Vinieron algunos compañeros de trabajo a casa y le escu-



“Dante internauta”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith.

charon defender con brillantez, y justificar con una lógica sobrehumana *El príncipe*, de Maquiavelo. Mis compañeros de la fábrica de bolsas plásticas, sabiéndose incapaces de comprender a Maquiavelo y menos “a ese creído de Astolfo”, como los oí murmurar a mis espaldas, empezaron poco a poco a emplear las ironías y las burlas para tapar con un orgullo imposible y jactancioso, su desenfundada ignorancia. Le dijeron que por ser un buen *perro*, no podía darse cuenta de que Maquiavelo, era un mal hombre. Noté que le había dolido en el alma, no que aquellos hombres no lo entendieran, sino, que lo trataran de *perro*.

A la noche, cuando se fueron todos, lo vi cabizbajo apoyar su hocico con pesada melancolía sobre el brazo del sillón, y mirar con tristeza como el fuego en la chimenea consumía la quebradiza leña para siempre. Le hablé, traté de darle ánimos:

–¡Pero viejo!, ¡te vas a dejar llevar por lo que dicen unos simplones! Los hombres no saben nada, Astolfo. A veces, no ven lo que existe, y a veces, ven sólo lo que creen.

–Síii... –me dijo él, suspirando, y luego se quedó callado. Y esa fue la última vez que escuché su voz. Luego, me hicieron llegar este poema de despedida, que, como dijera Campoamor *He leído más veces en mi vida, que cabellos contiene mi cabeza*:

Me voy.

*Mi dolor es inefable, mi pena umbría.
Soy un sueño escapado sin ser ni vida.
Bajo la luna llena tuve un sueño
y se murió quemado, como un leño.*

*No dejo a este mundo de frenesí
¡él, me hizo a un lado!, ¡me dejó a mí!
La vista se me nubla, mi corazón llora.
Dejo mi adiós, despacio y lento, como la aurora.*

*Mi espíritu se escapa de todos modos,
como una pluma que naufraga por el aire...
¡Ay! ¡Ya siento el frío de la tarde!
¡Me voy! Los amo a todos.*

Una firma más abajo decía:
Fui yo, Astolfo.

Me trajeron su adiós manchado de sangre. Me contaron que bajo su pecho había un ejemplar de las *Rimas y leyendas* de Bécquer, y una pistola. Estaba señalando la página abierta del libro en la rima XXVIII. Una copa de cristal, yacía rota e incrustada bajo su pecho por el que la sangre se había escapado, con la timidez de un pichón que apenas vuela.

Sí, ¡ese fue Astolfo!, y fue uno de los tantos románticos que murieron por culpa del corazón. Por eso ahora yo también me voy. Mejor es no saber nada, no pensar nada y no querer a nadie. Por eso, tomé los huesos del asado que dejé en el plato y me los fui a enterrar al monte, mientras ladré con rabia y con dolor, a la cara pálida de la luna.

* * *

EL VENERABLE, LENTO, ETERNO Y LARGO CONSEJO DE ANCIANOS

Los ancianos ya eran eternos. La Muerte se sentía tan segura que no se tomaba apuros y vagaba asida al cordón de plata del alma de aquellos, con paso tan quedo y florido, como el de una madrina que lleva el tul de una novia en el cortejo nupcial.

Ermitaños, ocultos del sol, desde las frías torres de la catedral gótica —erguidas como finos dedos en su místico intento de tocar a Dios—, pasaban las horas procurando a toda costa revivir el pasado, pues no podían existir sino tras la sombra difusa de los recuerdos.

Recordaban su juventud, los lugares conocidos, los estados mentales experimentados. Las horas vertidas escrutando a sus espíritus bajo la contención de alguna sala oscura, solo iluminada de a ratos por ocasionales pensamientos fugaces y elevados, y por sobretodo; intentaban recordar quienes habían sido, porque una prominente ceguera interior ya les empezaba a impedir ver quienes eran ahora. Así que en lugar de ir a tientas con un bastón, se manejaban por sus instintos al confrontarse con la casualidad de algún espejo. Nunca se apuraban en tomar decisiones ya que si algo los abrumaba con vergonzosa culpa, era el temor del desacierto, de la equivocación.

El más viejo de todos, el que más socavaba la cercanía de lo eterno, los había convocado aquella mañana. Pero no se había apresurado en hacerlo ya que la reunión había sido impuesta en el orden del día desde hace... diez años atrás. Sus largos cabellos blanquecinos lo cubrían como telarañas, y bajo las pobladas cejas blancas, velaban unos ojos oscuros como el carbón, como el carbón chispeante que todavía alberga alguna llama viva y procura retenerla todo lo que puede, porque sabe lo que le sobreviene después.

—¡Hermanos de las Santas y Sagradas Leyes!, ¡no se apresuren! El día ha llegado. Es hora de escuchar la respuesta, la que hace tan solo, tres décadas atrás, venimos rondando— y los contempló por un momento... largo, extenso.

Eran más de treinta ancianos de blancos cabellos y todos de rostros surcados por honorables arrugas. Sus larguísimas túnicas de un pálido marfil, quietas, silenciosas y delgadas, daba la impresión de hacerles ver en su conjunto, como un montón de velas viejas encendidas para dar luz a un entierro.

Tanto duró ese momento de contemplación, que el diácono más cercano, un poco titubeando por la irreverencia, se acercó a tocarle el brazo, pensando que se había dormido, pero instantáneamente reaccionó y con voz ceremoniosa y noble, se volvió a dirigir a aquellos:

—La gran respuesta es... es... ¿Cuál... cuál es... la gran respuesta?

Hubo un leve murmullo. Nadie la sabía. Algunos encogieron los hombros y se rascaron la cabeza. Otros movieron los dedos de los pies, porque el esfuerzo de la mente por encontrar el azaroso esplín de algún pensamiento había comenzado a mover su circulación sanguínea y ya les daba hormigueos. Pero hubo un aventurado que sí la sabía, y pidiendo permiso se acercó al altar y dando un salto frente a las mismísimas barbas del Superior, profirió:

–¡Yo sé, yo sé, yo sé, yo sé!...

–¡¿Qué?!... ¡¿Qué?! –exclamó sobresaltado el Superior, debido a la voraginosa rapidez del acólito.

–¡La gran respuesta! ¡Yo la sé, Gran Maestro!

–¡Ajá!, ¡Pero ven, ven, pasa, hijo mío!, ¡acércate!, ponte enfrente de todos para que te vean... ¡Dinos a todos!... pero... ¡pero tú parece ser muy joven todavía!, ¿qué edad tienes? No parece tener más de setenta años, aún la lozanía baña tu rostro, ¡será bueno para todos escuchar otra vez una voz de frescura!... Pero ante todo, preséntate al venerable consejo.

–Mi nombre es Pedro.

–¿Pedro? ¿Pedro... qué más?, esa no es una respuesta adecuada.

–Solo Pedro. No hay más.

–¡No puede ser!... ¡no puede ser!... ¡debe haber algo más! Pedro, es... es una palabra demasiado, demasiado corta, breve, rápida, que no dice nada. ¿Qué podremos saber de ti con semejante nombre? Todos los grandes sabios saben que el nombre revela al espíritu del ser, ¿o te escondes de alguien, acaso?

–¡No, Gran Maestro!, simplemente, mi nombre es Pedro.

Pero el Gran Maestro replicó:

–Sin embargo, insisto que no puede ser... fíjate en mi nombre, por ejemplo: Edmundo Rigoberto de las Hojas Sueltas del Fresco Otoño Armonioso del Espíritu Santo de la Perplejidad González... ¡Ése es un nombre! Y tú... ¿Cómo has dicho que te llamas?

–¡Pedro!

—¡Ajá! Es extraño. Es rápido y muy corto. ¿Ves? Tu nombre no me dice nada de ti. ¿Desde cuando te llamas así, hijo mío?

—Solo desde mi nacimiento, venerable hermano.

—¿Ves lo que te digo? ¡Eres muy joven todavía! Parece que naciste ayer y todavía no ocurrió nada con tu santa vida... Me preocupa. ¿Qué has estado haciendo durante todo ese corto tiempo, hijo mío? ¡Pero ven!, ¡ven!, ¡acércate! ¡Ponte enfrente de todos! ¡Que todos los venerables ancianos te puedan contemplar a su antojo, con calma y con paciencia! Eres muy curioso, mi querido... mi querido... Mm... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Pedro.

—¡Ah!... ¡sí! —exclamó, haciendo una mueca de dolorosa compasión.

Los venerables lo observaron desde una distancia de pensamientos en que la brújula del espacio recorrido se había olvidado de los puntos cardinales, y no encontraba como enfocar la estimación de aquella distancia, trazada desde su interior hasta el altar. Al final, los ojos de todos se apoyaron en una única mirada que hizo el esfuerzo voluntarioso de tocar la figura del hermano Pedro, y exclamaron al unísono un profundo y lento “¡Oooooh!”...

—¿Ves, querido hermano?, los ancianos están impresionados contigo. ¡Lúcete con la graciosa verbalidad de tus palabras y dinos lo que has venido a decir!...

Pero cuando el hermano Pedro abrió la boca para hablar, éste le interrumpió:

—Sabemos, venerables, que el día de hoy, no es un día cualquiera, y no lo será, ya que lo que hoy escuchemos dejará una marca en nuestro pensamiento, como la huella que deja el viento en los médanos de arena...

Muchos hicieron gestos de aprobación, algunos con la cabeza, otros con las orejas. Algunos bostezaban porque al escuchar aquel: “¡Oooooh!” , se habían despertado...

—La respuesta es... —exclamó el hermano Pedro, insistiendo.

—¡Y... tenemos... hermanos míos... —interrumpió otra vez, el Gran Maestro—, la responsabilidad de prestar atención al sonido de unas palabras tan movedizas como el agua!, ¡pero cuidado!, ¡que no quite la movilidad, la quietud del espíritu que medita!, nada de nerviosismos, nada de alteraciones, nada de ansiedades...

—¡La respuesta es... —volvió a exclamar el hermano Pedro.

—¡Un momento! ¡Un momento! —volvió a interrumpir el Gran Maestro—. ¿Estás muy seguro de lo que vas a decir, hijo mío?, ¿lo has pensado ya lo suficiente?, ¿seguro que no necesitas quince o veinte años más? Eres muy joven todavía y temo que tu respuesta sea algo impetuosa y apresurada...

—La respuesta es... ¡Sí!

Ante tamaña respuesta todos exclamaron asombrados: “¡Ooooooooooh!” y el aire se tensó de murmullos... *¡La respuesta es sí!, ¡La respuesta es sí!*, exclamaron de unos a otros, los aterrados hermanos, y se sacudieron ante el susto y se bambolearon de tal manera que tuvieron que asirse al brazo del que estaba más cerca. La palabra lanzada al aire, fuerte, rápida y segura, les cayó como cae un hacha filosa sobre un tronco caído que aun moribundo tiene una inesperada sensación y exhala un débil quejido, más que de dolor, de asombro, pues le hace notar que aún está vivo y para lo único que le sirve es para perturbarle con la idea de que se acerca su fin.

—¡Mi Dios! ¡Sálvenos, Santos Profetas de la Ley!

Se oían clamores de piedad, se buscaba el auxilio de todos los santos. La exasperación colmó el espacio, los sagrados ancianos transpiraron. Muchas más arrugas nacieron en aquel momento. A algunos les faltó el aire y se volvieron de pronto hipertensos. Otros estuvieron al borde de un paro cardíaco y entonces: reinó el caos...

Dícese, que la Muerte, que desde antaño esperaba para llevárselos a todos, abrió un ojo (porque ya estaba casi dormida), sentada en una silla al costado del recinto, y sonrió... ¡Hasta comenzó a levantarse del asien-

to! ¡A un paso estuvo de pararse y tocar las vidas de los que ya le parecían eternos!, pero se contuvo todavía, tal vez porque el Gran Maestro, en ese preciso momento alzara la mano para hablar, o tal vez, porque estar esperando sentada tanto tiempo, le había producido un calambre inesperado en una pierna...

—¡Hermanos míos, cálmense!, ¡No derrochen tan vanos murmullos y clamores de espanto!, ¡les ruego a todos!, pues, pese a la ligereza conque el hermano *¡Pedro!*, abusa de la economía de las palabras, falta el respeto al espacio, exprime la hondura del tiempo como si la quisiera beber toda en un segundo: ¡no existe... tal... motivo... de alarma!

—¿Por qué no? —interrogaron los ancianos incrédulos.

—¿Por qué no? —preguntaron los ecos de las altas torres de la catedral.

—¿Por qué no? —se escuchó decir desde su boca de ultratumba a la misma Muerte, visiblemente asombrada, todavía acalambrada en una silla.

—Porque... porque —empezó a explicar el Gran Maestro, y con una vetusta y alegre sonrisa de alivio, respondió—: ¡Porque aún... no he hecho la pregunta!

DE: *Esperando en un Café* (Asunción: Editorial Servilibro, 2004)





“Omokambú”, Óleo sobre lienzo, 120 x 100 cms. 1991.
Colección del artista.
Obra de Enrique Collar.

GILBERTO RAMÍREZ SANTACRUZ

(Ava-í, 1959)

Poeta, narrador y periodista. Autor de versos testimoniales, reivindicador de los derechos sociales y humanos de su pueblo, Ramírez Santacruz fue también fundador y director de la revista *Todo Paraguay*, vocero (a comienzos de la década del 80) de la colectividad paraguaya en el exilio argentino. Desde 1975 reside en Argentina, donde entre 2004 y 2008 se ha desempeñado como Agregado Cultural en la Embajada de Paraguay en Buenos Aires. Su obra incluye prosa, poesía y artículos periodísticos que han aparecido en periódicos y revistas locales y extranjeras. Entre sus libros poéticos figuran los siguientes títulos: *Primeras Letras* (1981), *Poemuchachas* (1983), *Golpe de Poesía* (1986), *Fuegos y Artificios* (1988), *Poemas descartables y otros baladíes* (1990), *Poemas y Canciones de Amor y Libertad* (1993), *Descalzo sobre el asfalto y otros poemas* (1997), *Razones de sangre [Crónicas poéticas sobre el Marzo Paraguayo]* (1999), *Poemas entre el amor y el olvido* (2003) y *Paraguay canta Paraguay sueña* (2008). También es autor de la novela *Esa hierba que nunca muere* (1989) y de dos colecciones de cuentos y relatos: *Relatorios* (1995) y *El maleficio y otras maldades del mundo* (2008). En 2006 publicó su *Obra Poética*, volumen que reúne gran parte de sus libros de poesía.

EL DÍA QUE LOS NIÑOS DEJARON DE JUGAR

“Niño, deja ya de joder con la pelota;
que eso no se dice, que eso no se hace,
que eso no se toca.”

Joan Manuel Serrat

–¿Quiénes son los que nos tiran tantas bombas?–preguntó Sadeq a su padre Ismail, militar a cargo de la defensa de Bagdad durante la Guerra del Golfo..

–Son los infieles de Occidente –contestó sin parpadear y rumió con odio la respuesta.

—¿Por qué matan tanta gente e incendian la ciudad?—inquirió el niño con ingenuidad.

—Porque amamos a Alá—respondió con énfasis y despejó toda duda de su hijo.

Si para entrar al cielo debemos ser como los niños, por qué entonces los educamos para que dejen las travesuras y aprendan modales.

Nos desvelamos por darles los consejos y mostrarles los ejemplos para que el día de mañana puedan sortear los escollos de la experiencia. Obviamente, les pudimos abrigar el cuerpito todas las veces que hizo frío pero su pequeña alma siempre estuvo lejos del alcance de las manos.

Pero convengamos que, a veces, los niños no son puros ángeles como se nos quieren pintar. También, por momentos, les afloran sus almas de diablitos. Desde que nacen, para perdonarles de alguna manera los meses de embarazo, comienzan a perturbar el sueño a los padres. Defecan, orinan y toman pecho o biberón en forma sincronizada y a contramarcha del cansancio y voluntad de sus progenitores. Que las vacunas, que los cólicos, que las gripes, que los mocos, que los pañales, que el bautismo, que los padrinos, que las demás cosas. Y no es que los padres no quieran a sus hijos, pero la rutina diaria subyace bajo ese amor filial que está por encima de estas pequeñas realidades.

Pasa el tiempo y los niños empiezan a gatear y caminar. Rompen los vasos y tasas de café. Ensucian las paredes y los manteles puestos exclusivamente para las visitas. Entran y salen de la alcoba de sus padres, sin importarles el horario ni la circunstancia. Lloran de noche desconsoladamente y gritan de día como si el mundo no tuviera oídos. Nada les resulta intocable y menos indestructible. Los libros están para garabatearlos y deshojarlos. Los discos y cassettes sirven para lanzarlos y desliarlos. Las mesas no sirven sino para alcanzar el techo y acercarse a las nubes. Las camas para retozar y practicar todos los saltos acrobáticos. Las sillas para arrastrarlas y probar fuerzas. Los espejos para hacerlos trizas. La paciencia para saber que no es infinita.

Estamos de acuerdo en que los niños son los más preciados que tenemos. Sin embargo, qué padres no darían oro si tuviera a quien entretuviese a sus hijos mientras hacen la siesta o descansan simplemente después del arduo trabajo. O mientras escuchan misa a quien pudiese hacerlos sentar o callar como cualquier parroquiano. O durante que se ejecuta el himno nacional a quien lograra que se comporten patrióticamente. O cuando llueve a quien consiguiese explicarles que el agua moja y el barro ensucia. O antes de comer a quien pudiera enseñarles para siempre que deben higienizar sus manitos. O después de almorzar a quien tuviese el don de hacerles saber que existe la digestión.

Los niños verdaderamente son un problema en un mundo diseñado para adultos. Sería un gran perjuicio hacerlo para niños, ya que éstos pronto serán también adultos y se quedarán sin nada si no tuviese un mundo para esa edad. Porque la infancia pasa como una fiebre ligera, pero la adultez dura hasta la muerte. Seguramente por eso se invierte más en los adultos, porque los niños y jóvenes viven transitoriamente sus momentos, para luego instalarse definitivamente en el mundo adulto que los aguarda. Mientras tanto, para entretenerse están las plazas, las escuelas, los circos, los juguetes, los caramelos. Hasta se instauró un día del niño en el ámbito mundial y se promulgó en Naciones Unidas también los derechos del niño.

—¿Por qué no debo juntarme con Yamil?—interrogó Yael al dejar el juego con el vecinito y acudió al llamado de su padre.

—Porque no hay que juntarse con los palestinos—argumentó sin vueltas Simón, director de un colegio religioso de Jerusalem.

—Pero Muhama es mi amigo—protestó el niño al tiempo que obedecía a su padre.

—Todos parecen amigos hasta que nos ponen la bomba—añadió con ferocidad el ortodoxo.

Pero qué sería de nosotros, los adultos, y del mundo sin los niños. ¿Quiénes preguntarían cómo vuelan los aviones? Sobre la respuesta de

que vuelan gracias a su motor, su combustible y sus duras alas, y nos aplastan con su reflexiva comparación, diciendo entonces que los pájaros son mejores porque también vuelan sin necesidad de ningún motor y sus alas no son duras. Ellos también razonan pero con la imaginación, haciendo piruetas con el habla e invirtiendo el orden de los factores y alterando el producto.

No tratan de ser originales, sino son auténticamente filosóficos cuando se proponen interrogar o deducir por sus propios medios. Cuando averiguan por qué los adultos no juegan entre ellos o si lo hacen por qué no se ríen nunca, porque el juego es diversión y el que juega sin alegría no juega, hace cualquier cosa como trabajar, luchar, correr, saltar, parar, pero no jugar. O como aquél niño que se enojó con su abuelito al morir y lo acusó de egoísta, porque se fue al cielo sin haberlo invitado, ya que él también quería conocer el cielo pero sin tener que morir. O el otro que reprochó a Dios no haberle consultado antes para enviar a otro hermanito, y así por el estilo hasta el infinito.

—¿Por qué vivir con la Jihad permanentemente?—se iba preguntando en voz alta el niño Hamid en Teherán, camino a la Mezquita y de mano de su hermano mayor.

—Porque manda Alá, es la única forma de repeler a los satánicos que nos quieren someter—disipó la duda el adolescente al hermanito.

—Entonces, seguirán matándonos quién sabe hasta cuándo—agregó el niño apesadumbrado.

—Los islámicos solamente debemos sumisión a Alá, el Misericordioso, a nadie más—concluyó categórico mientras se descalzaba las sandalias en el umbral del templo.

Los niños muchas veces no saben lo que hacen pero aman lo que hacen, no hacen nada sin sentimiento e imaginación. No como los adultos que utilizan otros criterios para sacar ventajas o perjudicar a los demás, elaborando razonables engaños y seductoras patrañas para desprevenidos.

Pero estas palabras liminares sólo son excusas para presentar el mal que aqueja al mundo, precisamente relacionado con los niños y su principal razón de ser: el juego. De tanto ver a los adultos mentir, robar y matar pareciera que se pusieron de acuerdo y comenzaron en todo el planeta una huelga: dejaron de jugar. Todo comenzó en un lejano poblado de Paraguay, Tatakua, lugar caluroso como un horno en lenguaje nativo, donde los niños una mañana permanecieron quietos sin saltar ni jugar, quedando boquiabiertos los adultos y maestras que observaban a los habituales saltarines estar sentados y sin ganas de hablar siquiera.

Pronto se escuchó por radio que también en los pueblos aledaños y más lejanos los niños se llamaron a silencio y renunciaron al unísono a jugar. Pasaron los días y ya la noticia fue mundial, y el mal de los niños tomó carácter universal. Los juegos fueron abandonados en las plazas y parques, sólo el viento cansino y desganado jugueteaba con ellos. O bien llegaban los niños y buscaban un lugar para sentarse, contemplando con melancolía y nostalgia algo que parecía haber perdido en el arenero o en las hamacas.

Una tarde en un parque de Buenos Aires llega un niño con entusiasmo para ocupar un juego, ya que estaban todos desocupados y no sabía cuál elegir. De pronto observa que los demás chicos estaban mirándolo sorprendidos de que haya un niño con ganas de jugar, desacatando la huelga tácita de todo el mundo. Pero luego fue dejando el juego como avergonzado y fue a sentarse en silencio con los demás niños.

Las explicaciones médicas inundaron los medios de prensa y sugerían esperar que baje la gran contaminación que reinaba en el planeta, que la capa de ozono había extendido momentáneamente su agujero y dejaba escapar entre los rayos ultravioletas algo muy nocivo para los niños.

—¿ Por qué se matan entre ellos los árabes y los judíos? —preguntó Manolito a su padre, de ida a la escuela, al escuchar por la radio del coche un bombardeo sobre Ramalah.

—Porque los dos viven en un territorio que reclaman como suyos —trató de explicar el hombre a su hijo, mientras iba sorteando el tráfico céntrico de Madrid.

—¿Y por qué no parten el territorio por la mitad para cada uno? —siguió interrogando el niño y, sin querer, planteó una solución.

—Porque ellos tienen otros intereses y no piensan como tú —dijo con sencillez el padre y levantó el volumen de la radio para cambiar de tema.

Así pasaron los días y semanas hasta que alguien intuyó, porque ningún niño pronunció palabra alguna con respecto a la causa, que los niños no estaban enfermos si no que estaban haciendo huelga y por eso no jugaban ni querían comer. A muchos les costó creer que los niños fueran capaces de ponerse de acuerdo en todo el mundo y concretar una huelga de tal naturaleza. Qué podía tener en común un niño de Africa con otro europeo; un sudamericano con un asiático; un niño ruso con otro yanqui; un niño de Groenlandia con otro de Mongolia y así, sucesivamente, nada que pueda hacer sospechar un común denominador. Pero sin embargo, los niños cada vez su silencio se volvía más profundo y elocuente, algo debía hacerse para que ellos vuelvan a su normal existencia: la alegría y la diversión.

Hasta que alguien dijo que un chico de su ciudad dijo que el motivo que llevó a los niños a dejar de jugar fue en protesta por la guerra interminable en el mundo y la matanza de inocentes bajo las bombas asesinas. Empezaron a preocuparse todos por si tenía asidero este nuevo argumento, los propios soldados y militares que estaban en los frentes de batalla preguntaron si sus hijos también estaban en silencio y sin jugar. La respuesta fue unánime y la gente comenzó a manifestarse en todo el mundo para que cesen las guerras y todos los enfrentamientos de violencia.

Se escuchaba de sur a norte, de este a oeste, en ciudades y pueblos, una sola voz: “no a la guerra”. No había otra consigna que terminar la guerra y que los niños vuelvan al bullicio y el maravilloso desorden a que sometían a las casas, jardines y plazas. Que vuelvan a gritar y saltar. Que rompan vajillas y manchen las paredes. Que jueguen todo lo que quieran y que terminen con el silencio que se vuelve insoportable.

La tragedia de la guerra es importante pero es más dramático que los niños dejen de jugar. Después de todo el movimiento mundial en contra

de la guerra, los países hegemónicos y desarrollados suspendieron el ataque con misiles contra los pueblos indefensos. Lentamente se retiraron de los países usurpados y devolvieron la libertad a los prisioneros. Enviaron ayudas humanitarias y contingencia de voluntarios médicos y sociales. Los niños percibieron pronto que la guerra había dejado de tragar inocentes como un monstruo ciego de antiguas leyendas de ogros. Los pueblos salían a las calles a cantar victoria y los niños de a poco volvieron a su vieja costumbre: la pasión de jugar y las travesuras infinitas. Los niños que, según José Martí, son la esperanza del mundo.

—¿ Por qué tiran tantas bombas sobre Bagdad? —preguntó Tommy a su padre que lo llamó por teléfono desde Kuwait.

—¿Quién te contó eso, pequeño Tom? —contestó con otra pregunta el teniente Harrison.

—En New York se ve todo por televisión —aclaró el niño preocupado.

—¡Ahhh! Pero nada para preocuparse, hijo, pronto estaré en casa —tranquilizó el padre.

Tommy repreguntó angustiado sobre lo mismo:

—¿Entonces, quiénes son los que se mueren?.

Dijo finalmente el militar, al otro lado del teléfono, casi cariñosamente:

—Pero no somos nosotros, hijo, sólo son los extranjeros.

(Enero, 1992)

* * *

LA BATALLA SEMÁNTICA

El cacique en todo momento rechazaba las supuestas ventajas que ofrecía la vida integrada a la sociedad paraguaya, pero el ministro insistía con la posibilidad de desarrollo que brinda la luz eléctrica, la atención

médica gratuita del hospital nacional, la escuela pública para todos los niños de la comunidad y muchas otras ofertas de la civilización.

El mburuvicha o jefe de la tribu un tanto ofuscado, se acomodó su vincha de plumas, clavó en el suelo tres veces su vara de mando y agitó su maraca solicitando atención. Sin pretender convencer al alto dignatario, dejó fluir una vez más su defensa teogónica a favor de la conservación del estilo de vida y la cultura propia:

–Por algo ustedes se llaman ciudadanos, porque viven en la ciudad. También por algo a nosotros nos llaman erróneamente salvajes, aunque debería ser selvajes, porque vivimos en la selva.

Volvió a golpear su bastón tres veces en el piso, dio un paso adelante hacia el ministro de educación, enviado por el gobierno para disuadir a los aborígenes de Tatakua, como queriendo hacerse escuchar mejor:

–Ustedes a los niños mandan a su escuela para educar en todo, nosotros les mandamos a los nuestros a la selva para aprender de todo, la naturaleza es la única materia que el hombre debe estudiar para vivir armónicamente y sobrevivir en el tiempo sin fin.

El ministro se retiró al instante, después de escuchar al cacique repetir las mismas palabras de siempre, apenado por no poder doblegar tanta tozudez.

Sin posibilidad de que le escuche más la máxima autoridad educativa del Paraguay, el cacique siguió su alegato para rematar en una arenga, en tono jubiloso y con énfasis de haber vencido:

–Ustedes viven de la naturaleza, nosotros vivimos con la naturaleza. Somos el puente entre la tierra que siembra cuerpos y el cielo que cosecha almas.

DE: *El maleficio y otras maldades del mundo* (Asunción: Editorial Arandurã, 2008)

* * *

PARA CUANDO PREGUNTES TODO

A Pablo Ernesto

Sabrás que llegaste azulmente un 19 de julio
y te recibió Sandino con su sonrisa latinoamericana,
flameando liberada en Las Segovias,
en la cara misma de los amuecados misiles imperialistas,
y vos lloraste como estaba previsto,
mientras Managua era un bullicio de cantos y libertad.

Sabrás también que no naciste ese día
sino llegaste desde algún tiempo pasado,
porque siempre hablábamos de vos y te esperábamos,
como si estuvieras viniendo glorioso de un combate,
lleno de cosas para contarnos o como un palomo torcaz
o como un hijo ingrato que nos hizo esperar mucho,
pero siempre habitaste el espacio feliz entre tu madre y yo.

Sabrás que tu nombre estaba escrito de antemano,
Pablo de pueblo de arco, pincel y poesía;
Ernesto paraguayo, argentino y latinoamericano,
Ernesto de La Higuera, Sierra Maestra y Solentiname,
pero sólo recuerda que no es malo morir dignamente
ni muy encomiable la vida a cualquier precio,
cuando un hombre tiene precio es porque ya no vale nada.

Sabrás también que hasta la relatividad es relativa,
no dudes en elegir la paz fecunda y humanizada
sobre la violencia mezquina y aterrorizante,

ni en optar por la guitarra, el machete y el trabajo honestos
sobre el silencio complaciente o grito adulator,
pero mucho menos dudes en elegir el fusil, Pabloé,
si amenazan el pan libertario de tu pueblo
o guiñan el ojo mercenario los chacales de todos los tiempos,
como hicieron con nuestro Mariscal López los Mitre y los Flores,
los Pedro de todas las calañas con la sangrienta Corona
y demás hierbas malas.

y serás el hombre nuevo de tu padre tocayo,
hombre revolucionado y no evolucionado,
y hablarás el guaraní, el azteca, el maya, el inca, el mapuche,
el araucano, el aymará, el misquito o callarás sin remordimientos,
porque entonces Latinoamérica será una sola y hermanada,
y la sonrisa de Sandino se generalizará como una epidemia
para los opresores.

DE: *Golpe de poesía* (Asunción: Editorial Comuneros, 1986)

* * *

BIENVENIDO A LA ESPERANZA

A Leonardo “Manino” Adrián

Todavía no es propicio el mundo para los niños,
todavía la posibilidad de vida es remota,
todavía la lucha no ha parido su estrella,
todavía nos sigue prohibida la patria
y todavía no flamea victoriosa la bandera,

pero yo te recibo en nombre del futuro feliz
y te doy la bienvenida a la esperanza, Manino.

Todavía no ha sonado el clarín de la igualdad,
todavía la libertad no se hizo cargo de los oprimidos,
todavía la noche está para la pesadilla,
todavía los sueños son penados por la ley
y todavía la dignidad no ha abandonado la celda,
pero yo te abrazo en nombre de tantos esperanzadores
y te doy la bienvenida a la cercana libertad, Manino.

Todavía los niños no tomaron el poder,
todavía las madres no pueden garantizar la alegría,
todavía los padres no son los dueños del pan,
todavía el pueblo no ha ganado su batalla
y todavía latinoamérica sigue con el puño cerrado,
pero yo te recibo en nombre de la felicidad
y te doy la bienvenida a la vida, Manino.

DE: *Fuegos y Artificios* (Asunción: Editorial Intento, 1988)

* * *

LOS NIÑOS HÉROES

Al pueblo paraguayo
que todavía está en la cuna.

Aquí yo canto para la historia
la heroica hazaña de Piribebuy,
cuando la patria entró en la gloria
con los niños mártires de Acosta Ñu

Cuando ya parecía que los aliados
con su infantería iban de paseo,
los últimos hombres niños y soldados
dieron la batalla sin retaceos.

El campo sembrado de coraje y valor,
niños disfrazados de combatientes,
en la historia no conoce parangón,
pero entraña la libertad sonriente.

Aunque el calendario de la humanidad
olvida siempre a nuestros niños héroes,
la patria recuerda que allí el Paraguay
renació a la gloria y la eternidad.

DE: *Poemas entre el amor y el olvido* (Asunción: Editorial Casa de la Poesía, 2003)

* * *

ESPANTAJO DEL NEGRO

Espantajo del negro
en sueño me aprieta
y el paso me cierra
y me falta aliento.

Espantajo del negro,
para mí fue espanto,
de niño rezando,
temblando de miedo.

Espantajo del negro
nos traía San Juan,
parecía imitar
el ser del ancestro.

Espantajo del negro
que canta su canción,
pisa ardiente el carbón,
la sartén lame el negro.

Espantajo del negro
con su alma de mestizo,
jirón de vestido
y el toro de fuego.

Espantajo del negro
estaba furioso,
pelota de fuego,
fogatas y sollozos.

Espantajo del negro,
los niños en ronda,
festejan con miedo
y gritan con sorna.

* * *

KAMBA RA'ÃNGA

Kamba ra'ãnga
che kéra jopy,
ndaikatui aguata
che juru mboty.

Kamba ra'ãnga
heta che mondýi,
che mitâro yma
hetami aryryi.

Kamba ra'ãnga
san juan oguerú,
vaicháva oha'ã
teko ñepyrũ.

Kamba ra'ãnga,
kamba purahéi,
opyrũ tata,
paila oheréi.

Kamba ra'ãnga
ãnga apatĩ

aó soropa
ha toro candil

Kamba ra'ãnga
vaicháva ipochy,
pelota tata
kapi'i hendy.

Kamba ra'ãnga
mitãkuéra ouí,
kyhyje vy'a
sapukái puku.

DE: *Obra Poética de Gilberto Ramírez Santacruz*, sección “Paraguay negro, Paraguay indio” (Asunción: Editorial ARANDURÃ, 2006)

* * *

EL NIÑO Y SU LECTURA

Con sus cinco años, mi pequeño hijo Lénin avanzaba en su aprendizaje, después de familiarizarse con los números, comenzaba a reconocer las letras y nombrarlas fonéticamente, cuando vio la procesión del jueves santo que recorría el barrio quedó boquiabierto por un rato, con su cortejo de curas y monjas que, rigurosamente vestidos de sotanas y hábitos blancos, como también algunos vecinos y devotos en general, acompañaba al sufrido Cristo caído que iba montado en la carrocería de un desvencijado camión, llevando una pesada y exagerada cruz al hombro.

Lénin, lejos aún de las imposiciones de figuras y símbolos cristianos, hizo su lectura al instante de lo que estaba viendo, por supuesto de acuerdo a los elementos recientemente aprehendidos en la escuela y su

curiosidad por encontrar analogías con los hechos de la realidad circundante:

—¡Papi, vení a ver, por favor, al pobre hombre que lleva esa enorme letra X en su espalda, seguido por muchos fantasmas vestidos de blanco!

DE: *Espiridión y otros cuentos pendientes*, libro aún inédito en el momento de publicación de este libro.



“Carolina y Gaspar”, Ilustración de tapa de *Carolina y Gaspar*
(Asunción: Editorial Servilibro, 2007).
Obra de Miriam Cabrera.

AUGUSTO ROA BASTOS

(Asunción, 1917-2005).

Poeta, narrador, periodista, ensayista, guionista cinematográfico y dramaturgo. Uno de los grandes maestros de la narrativa contemporánea, ganador del Premio Cervantes 1989 y el escritor paraguayo de más renombre internacional, Roa Bastos vivió en el exterior (Argentina y Francia) durante casi medio siglo (desde 1947). Miembro del grupo que inició la renovación poética en el Paraguay en la década del 40 –con Josefina Plá y Hérib Campos Cervera, entre otros–, regresó a su país natal poco tiempo después de la caída del régimen de Stroessner (1989). Muchas de sus obras han sido traducidas a varias lenguas, distinguidas con prestigiosos premios internacionales e incluso llevadas al cine. Sus libros de poemas incluyen *El ruiseñor de la aurora y otros poemas* (1942) y *El naranjal ardiente* (1960). En 1995 apareció *Poesías reunidas* (Edición de Miguel Ángel Fernández). Su copiosa producción narrativa –que tiene su génesis en el exilio– gira, temáticamente, en torno a la realidad problemática de su país. *El trueno entre las hojas*, su primera colección de cuentos, data de 1953. Otras antologías cuentísticas son: *El baldío* (1966), *Los pies sobre el agua* (1967), *Madera quemada* (1967), *Moriencia* (1969), *Cuerpo presente y otros cuentos* (1971), *Lucha hasta el alba* (1979), *Antología personal* (1980) y *Contar un cuento y otros relatos* (1984), para dar sólo unos cuantos títulos representativos. En 1960 publicó su primera novela, *Hijo de hombre*, obra ganadora del Concurso Internacional de Novelas de la Editorial Losada (1959) y epopeya sublime de un pueblo sufrido y doliente, cuya narración abarca un marco temporal muy amplio: desde la dictadura del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) hasta años después de la Guerra del Chaco (1932-1935). En 1974 salió a luz *Yo el Supremo*, su segunda novela y, hasta la fecha, la más traducida de las obras narrativas paraguayas de las últimas décadas. *Yo el Supremo* –inspirada en un personaje histórico, el doctor Francia, supremo dictador del Paraguay durante 26 años– es también la novela que le ha ganado, hasta ahora, tres importantes y codiciados galardones: el Premio de Letras del Memorial de América Latina (Brasil, 1988), el Premio Cervantes (España, 1989) y la Condecoración de la Orden Nacional del Mérito (Paraguay, 1990). En 1984 apareció *El sonámbulo*, una novela corta. Sus últimas novelas publicadas son: *Vigilia del Almirante* (1992; Premio El Lector), *El Fiscal* (1993), *Contravida* (1994) y *Madama Sui* (1995), obra que le ganó el Premio Nacional de Literatura 1995, galardón que en Paraguay sólo se otorga cada dos años. También es autor de *Metaforismos* (1996) y de una pieza teatral, *La tierra sin mal* (estrenada en Asunción en

1998), ambientada en las Reducciones Jesuíticas del Paraguay y situada en 1768, año de la expulsión de la Compañía de Jesús de territorios americanos. Posteriormente dirigió la colección infanto-juvenil “Festilibro” que consta de siete libros. De más reciente aparición son dos obras para niños y jóvenes, publicados póstumamente: *Cuentos para la Humanidad Joven* (2006) y *Carolina y Gaspar* (2007).

CAROLINA Y GASPAR

Esa mañana Carolina y Gaspar se aburrían soberanamente con la institutriz, una señora antigua y algo maniática, que venía a darles clases particulares para “sacarlos” de su atraso en la escuela. Esa mañana, además, estaban disgustados con la institutriz, la señorita Petra.

Ella les iba mostrando sus colecciones de insectos clavados con alfileres en cajas de celofán. Moscas enormes, abejorros, ibélulas, cigarras, luciérnagas, mariposas de todas las especies: un cielo entero de insectos voladores ahora inmóviles y sin vida. Los chicos decían que la historia natural que enseñaba la señorita Petra era una historia antinatural, porque lo natural era que esos bichitos volaran alegremente su vida. Eso es lo que murmuró Carolina por lo bajo, esa mañana:

—Esos bichitos deberían estar volando por el aire como los pájaros, como nosotros...

—¡Silencio, niña! ¡No refunfuñe! —la retó la señorita Petra con sus anteojuelos de marcos de oro montados en la punta de su nariz—. ¡Hay que tomar en serio las cosas, caramba!

Le tocó el turno a Gaspar. La señorita Petra le señaló con el puntero una mariposa de las llamadas Coronas Boreales. Debió de ser muy hermosa en vida. Antes de estar clavada allí habría sido un verdadero pedacito de arco iris. Ahora parecía apagada. Sólo brillaba entre sus alas la cabeza de bronce del alfiler que la sujetaba en la caja.

—¿Qué es esto, alumno? —preguntó la señorita Petra.

—¡Eso es un crimen! —contestó Gaspar, lleno de repugnancia y tristeza.

La institutriz amaba mucho sus colecciones de insectos y detestaba a los niños atrasados y respondones.

–¡Vaya al rincón hasta el final de la clase! –le ordenó con la larguísima uña de su dedo índice.

Carolina lo alentó al pasar con uno de esos gestos incomprensibles que sólo ellos entendían.

–¿Por qué esos insectos no están libres? –preguntó Carolina algo maliciosamente a la señorita Petra.

–Porque están muertos –dijo ella, ajustándose los anteojuelos–. Ahora nos sirven para que estudiemos sobre ellos.

–Pero los bichitos muertos no pueden enseñarnos nada –protestó Carolina.

La señorita Petra cerró sus cajas, se encajó en la cabeza su gorro puntiagudo y se marchó también disgustada esa mañana.

Esto sucedió antes de que Carolina y Gaspar hicieran el gran descubrimiento de los muñequitos, hijos del sol y de la luna. Pero esa es otra historia. Y en ésta sólo hablaremos de Carolina y Gaspar, los primos que se querían como hermanos y que eran los mejores amigos del mundo.

Lo cierto es que, en la escuela, los demás alumnos los miraban como a dos bichos raros. Eran los peores del grado, pero eran los mejores en los juegos.

Ya desde el jardín de infantes sobresalían entre todos por su habilidad para correr y saltar, hacer morisquetas y contorsiones imitando a los animales, por su imaginación para dibujar con lápices de colores, pegar figuritas en los cuadernos o modelarlos en plastilina. Nadie como Gaspar y Carolina para jugar a las escondidas, el martín-pescador, a la farolera, el arroz con leche, a la mancha. Pero no solamente se destacaban en los juegos comunes. También sabían inventar otros nuevos.

Fabricaban telefonitos con hilo de carretel y cajas de fósforos. Hacían musiquita con botellas vacías de Coca-cola cantando a compás el cantito de la Coca-cola.

Imitaron la voz del mar y de los lobos marinos con un organito de caracolas.

Con trozos de espejos formaron espejismos y danzas de figuras que parecían llegadas desde lejanos países y hasta desde otros mundos planetarios.

Con trozos de cristales fabricaron telescopios y anteojos de mirar al revés para contemplar el país de Nunca-Jamás...

Carolina cantaba:

Jugamos en la lluvia
sin mojarnos...

Y Gaspar cantaba:

Sobre los charcos navegamos
con el paraguas al revés
y cruzando el mar el mar
en una cáscara de nuez...

Así como fue también inventaron un lenguaje. Su propio lenguaje. Empezaron hablando al revés; cada vez más ligero al revés.

al vés-re... al vés-re... al vés-re

dieron vuelta al lenguaje como una alfombra y llegaron muy atrás; seguramente a los primeros balbuceos, al idioma primitivo de los primeros hombres, a la edad en que también los animales hablaban como los hombres:

**El tiempo en que la luna y el sol
jugaban juntos.**

**El tiempo en que el cielo de la noche
y el cielo del día eran un solo cielo.**

**El tiempo en que el fuego
y el agua jugaban juntos...**

Carolina y Gaspar llegaban por el camino del primer lenguaje a la primavera del mundo y conversaban con los grandes y pequeños animales de la era prehistórica. No les temían, y hasta se llevaban muy bien con ellos. Se hicieron amigos de un gliptodontetatarabuelo que les contaba historias de cuando las aguas del mar se retiraron de la tierra después del diluvio. Se hicieron amigos de los pájaros y especialmente de las golon-

drinas. Ellos volvían a contar estas historias a los demás chicos. Pero, claro, nadie les creía.

Acabaron llamándolos “los loquitos”, “los faroleros”, les pusieron otros muchos nombres y motes que es mejor no repetir.

Todo esto sucedió antes de que Carolina y Gaspar descubrieran a los muñequitos.

Carolina y Gaspar no leen los diarios, ni siquiera las historietas de los diarios, ni revistas de historietas.

–¿Por qué ustedes no leen por lo menos las aventuras de Superman?

–les preguntó Casimiro, el sabelotodo de gruesos anteojos de miope.

–Porque son muy idiotas y aburridas. Siempre cuentan lo mismo. Y el Supermás ese no es más que un supermenos. Y nosotros volamos como él. No, mejor, mucho mejor que él, porque los pájaros nos enseñaron a volar.

Los demás alumnos se rieron a carcajadas y les hicieron toda clase de burlas y de bromas.

Cantaban y gritaban en coro dando vueltas alrededor de ellos como endemoniados pieles-rojas:

**Gaspar y Carolina
son unos charlatones
¡Vuelan como ratones
y no van ni a la esquina!**

–¿Quieren ver si volamos o no –los desafió Gaspar, cuando ya estaban por arrancarles las cabelleras como hacen los pieles rojas con los enemigos vencidos.

Esa mañana, en el recreo, Carolina y Gaspar inventaron el rachachá-tum-tum-volarum-volarum, que es un juego muy bonito, pero extraño y difícil: cada uno de los que juegan debe sostenerse todo el tiempo en el aire mientras los demás cuentan abajo cuentos de nunca acabar. Todos, unos tras otro, caían como piedras al saltar de una silla, una pared, o desde la rama de un árbol.

Sólo Carolina y Gaspar quedaban suspendidos en lo alto, quietos

como picaflores. Luego, cuando los llamaban para descubrir la adivinanza final, descendían suavemente como por un tobogán invisible.

Después de ver esto, los demás les creyeron un poco. Hasta escucharon en silencio la historia que les contó Carolina de que todos los veranos, cuando volvían las golondrinas, se iban a aprender a volar con ellas en un parque que nadie conocía porque estaba a la vuelta del país de Nunca-Jamás.

–Un invierno nos iremos con ellas hacia el sol del norte y no volveremos hasta el verano siguiente.

De nuevo retumbó el coro de las burlas:

**¡Carolina y Gaspar
son unos mentirones:
golondrinas-ratones
que no saben volar...!**

Carolina y Gaspar seguían siendo los peores alumnos del grado.

Papá Máximo y mamá Mirta, padres de Carolina, tanto como papá Augusto y mamá Carmela, padres de Gaspar, empezaron a preocuparse seriamente por la “rareza” de sus chicos.

Mamá Mirta, hermana de papá Augusto, la más preocupada de todos, dijo dándose ánimos:

–¡No les hagan caso! Ya se les va a pasar. Los juegos son la manera que ellos tienen de descubrir el mundo, de hacer su mundo. ¡Son cosas de chicos!

–¡Que cosas de chicos ni ocho cuartos! –dijo papá Máximo, experto en malacología, que es la ciencia de los moluscos y las conchillas–. han desaparecido ya casi todas mis herramientas, mis caracolas, mis piedras preciosas. Y yo sé adónde han ido a parar. ¡A mano de esos dos malandrines!

Papá Augusto y mamá Carmela, artistas plásticos, más que un poco asustados, estaban maravillados y orgullosos a reventar de su Gaspar.

–¡Genios! ¡Van a ser unos genios! –exclamó mamá Carmela.

–¡Que genios ni que genios! –farfulló afónicamente papá Máxi-

mo—. ¡si han vuelto a aplazarse este mes en todas las materias! A este paso, acabarán echándolos de la escuela.

Discutieron largamente el caso. Al final decidieron tener en observación a los dos inventores de juegos, a costa de un riguroso encierro y resolvieron contratar a la institutriz para que les diera clases particulares.

Carolina y Gaspar tenían que recuperar lo perdido a juicio de los papás. A juicio de los chicos, la penitencia era como perder lo ganado; era casi tanto como perder el juicio.

—¡Y esa señorita Petra tan repelente con sus insectos muertos! —se quejó Carolina.

—¡Tenemos que conservar el juicio si no queremos perder la partida! —aconsejó Gaspar con una mueca de mono que hizo reír a Carolina.

Llegó el invierno y sucedió lo que Carolina había anunciado: con las últimas golondrinas se fueron ellos volando. Y no regresaron sino hasta el verano siguiente con las primeras golondrinas que volvían desde las lejanías del cálido norte.

Esto es lo que contaron ambos. Pero nadie puede decir que fuese o no fuese verdad. Lo cierto es que durante ese invierno enfermaron los dos de escarlatina. Durante la cuarentena de la enfermedad y del aislamiento a que fueron sometidos, los otros niños no los vieron más hasta un poco antes de las vacaciones del verano.

En medio de la altísima fiebre, que era como el calor de mil soles en su interior, Carolina y Gaspar se alejaban volando con las golondrinas. En la frescura del aire y con los cabellos revoloteando entre los vientos y las nubes, sentían una felicidad que nunca habían conocido tan plenamente.

Y cuando regresaron sanos al mundo de todos los días, sabían muchas más cosas que antes: las cosas que les enseñaron las aves.

—¡No sabes, mamá, lo hermoso que se ve el mundo desde arriba! —decía Gaspar con un extraño brillo en los ojos.

—Papá —dijo Carolina, sacando de debajo de su almohada un objeto brillante como una lunita de nácar o de mármol—. Desde los mares del

norte te traje esta caracola que encontré en la isla de Tamoraé, donde está el país de Ojalá-pudiera-ser.

Papá Máximo, desconfiado, tomó la caracola. La observó por todas partes, la olisqueó de punta a punta, pasó la uña por la superficie irisada de todos los matices del cielo y del mar.

–No –dijo–, esta caracola no figura en mis catálogos ni esa isla Tamoraé figura en mis mapas.

Carolina sonreía, entrecerrando los ojos, como si todavía estuviera volando de cara al sol por los cielos del norte.

DE: *Carolina y Gaspar* (Asunción: Editorial Servilibro, 2007)

* * *

EL PAÍS DONDE LOS NIÑOS NO QUERÍAN NACER

Desde un acantilado, entre las derruidas murallas, el niño divisó en lo hondo del valle una ciudad que parecía dormida en la niebla. Apantalló las manos sobre los ojos para ver mejor. Pero esa especie de niebla lo esfumaba todo.

No es noche ni día en este lugar, se dijo tal vez el niño. O acaso la noche se había juntado con el día. Era como si la luz se hubiera quemado y transformado en esa tiniebla blanca, que parecía mostrar borrosamente las cosas del revés, semejante a un inmenso espejo de cristal y humo posado sobre la ciudad.

El niño se encogió de hombros y bajó al valle. Era un niño de edad indecisa. Podía tener cinco años o diez. Quizás más, o tal vez menos. Pero lo que se notaba de inmediato era que no había leído nunca un libro de relatos de aventuras. Se comportaba él mismo como un personaje de esos relatos. Daba igual que no supiera leer ni siquiera hablar. Tenía los cabellos largos y enmarañados y estaba completamente desnudo. Sucio de

lodo seco, su color era indefinible. Pero no demostraba sentir frío ni calor. Tampoco el miedo, el hambre o la sed que sufren los niños después de haber andado mucho. Sobre todo cuando llegan a un lugar desconocido. Y ése era un lugar bien extraño. Uno de esos lugares que dan la impresión de haberse llevado su lugar a otro lugar dejando otro falso en su lugar.

De tanto en tanto, el niño se detenía a escuchar. Pero no oía gritos de pastores ni balidos de corderos, ovejas o cabras. Menos aún el piar de pájaros. Ninguna voz humana o animal, ni siquiera el siseo de los insectos. Salvo que la niebla también le hubiese taponado los oídos. Se escarbó las orejas con los meñiques mientras continuaba bajando entre los zarzales, las rocas y los escombros ennegrecidos de muralla. Se frotó los párpados cubiertos por el hollín blancuzco y trató de orientarse en dirección a la torre de la iglesia que a lo lejos descabezaba.

Entró en la ciudad por el lado en que la niebla era menos espesa. Y entonces descubrió que la ciudad era muy antigua, de callejuelas estrechas y edificios vestusos que se caían a pedazos.

No vio a nadie. Nadie salió a su encuentro. El niño sintió otra vez allí, con más fuerza, que en esa niebla quieta y cenicienta estaban mezclados el día y la noche. Los ojos del niño eran muy vivos y expresivos. Dejaban transparentar sus pensamientos. Lo mismo esa manera muy especial que tenía de arrugar la nariz como los cervatillos jóvenes. Cogió un puñado de niebla y la estrujó a la altura de los ojos. Algo chispeó débilmente entre sus dedos. Iba a continuar su camino cuando sintió que algo le cogía de un brazo. Se estremeció un poco bajo la presión de los dedos largos y flacos, y un poco más cuando oyó a sus espaldas una voz cascada que le preguntaba:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

El niño giró y vio a una mujer horriblemente vieja, doblada por la mitad y apoyada en un bastón. De su cuerpo sólo colgaban arrugas y harapos. Acercó aún más su cara esquelética a la del niño como espíandole y husmeándole con una incontenible ansiedad.

—¿De dónde vienes? —volvió a preguntar—. ¿Cómo te llamas?

El niño no contestó. Tampoco hizo algún intento de huir. Miró a la anciana. No pudo verle los ojos hundidos entre las arrugas. De su boca no salió ningún sonido, pero algo en él que no era voz, ni gesto, ni ninguna especie de lenguaje conocido, pareció responder a la anciana, imperceptiblemente.

–Hablas como los ventrílocuos –dijo la vieja con acritud. Así que no eres nadie puesto que no tienes nombre. Te llamaré entonces don Nadie. ¿Te parece bien?

El niño volvió a encogerse de hombros.

–O mejor, don Nada. ¿Eh? ¡El gallardo caballero don Nada! Al fin y al cabo, desde que pasó aquello, en este país los niños no fueron nunca más nadie ni nada. De seguro tú eres uno de su descendencia. Hablas como dicen que aquellos niños hablaban en el vientre de sus madres. De seguro alguna mujer, grávida de alguno de tus antepasados, huyó de esta ciudad cuando reinaron el odio y el terror. Huyó, como muchas, para que su hijo naciera en tierras de paz. Hubo barcos repletos de gente, de mujeres encintas. Barcos a la deriva por el mar trataban de escapar del terror. ¿Has vuelto en busca de la tierra natal de tus abuelos?

–El niño movió negativamente la cabeza. La vieja le pasó la mano por la cara.

–Es cierto. No te cuelga de la nariz la argolla de los hijos de los esclavos. Y tus cabellos son finos como las barbas del choclo.

Siguieron andando por una callejuela. El niño entrevió algunas sombras en el destruido interior de los edificios. Tendió la mano hacia ellos.

–¿Esa gente? –dijo la anciana–. Quedan pocos ya. Sólo esperan morirse del todo.

La vieja centenaria, encorvada hacia el suelo, llegaba apenas a la altura del niño. Sin soltarle el brazo caminaba más rápida que él. Lo arrastraba casi. Ligeramente, sin peso, también ella parecía flotar en la niebla. Desembocaron en una ancha plaza rodeada de escalinatas y columnas de mármol rotas, semejante a un inmenso anfiteatro.

–Pues sí, mi pequeño y silencioso Nada –continuó diciendo la anciana–. Hace mucho, muchísimo tiempo, un tiempo del cual no se acuerdan

ya ni las estrellas, éste fue un país rico. El más poderoso del mundo. Era el centro del mundo puesto que dominaba todo el mundo y los reyes de todo el mundo venían en caravanas de elefantes y camellos a rendir honores y vasallaje a nuestro emperador. Llegaban todos los años al comienzo de la primavera, aunque aquí todo el tiempo era primavera. Venían a pagarle tributos en oro, en piedras y metales preciosos, en las especies más afamadas y raras de sus respectivos países. El emperador se sentaba en una balanza de oro que tenía la forma de un trono. En el otro plato, que era como un ala inmensa del trono, los esclavos volcaban de los cofres de sándalo las materias preciosas hasta que las agujas del fiel hacían sonar una campana marcando el peso justo, que era el doble del peso del emperador. Así se acumularon aquí todas las riquezas del universo. ¡Ah este país era el Cuerno de la Abundancia! Más rico que Jauja. La Isla del Tesoro con la que soñaban los niños y los piratas de lejanos países y mares. El País de las Maravillas con espejos de doble fondo y todo lo demás. Había regiones pobladas por enanos del tamaño de un pulgar y por gigantes de talla diez veces más altas que los más altos pinos y cedros. Había jardines, lagos, florestas, bosques y prados naturales llenos de mariposas que parecían pedazos del espejo roto del arcoiris después de las lluvias. Había también aves de voz humana y plumaje resplandeciente. El sol brillaba todo el día hasta la medianoche. Pero desde la medianoche comenzaba a brillar de nuevo el alba. De modo que nunca había oscuridad. Se vivía como en una perpetua aurora boreal. Así el sol no se ponía nunca en los dominios de nuestro emperador, decían los cronistas aduladores, aun cuando eso fuera verdad. Por lo que en todo el mundo era llamado el Rey Sol. Pero eso era antes. Después creció el desierto por todas partes.

El niño se había adelantado un poco sin hacer mucho caso de los graznidos de la vieja. Iba entreteniéndose con el chispear de la niebla, que frotaba entre los dedos. Se pasaba luego las manos por la cara, por los largos cabellos, por el lodo seco que cubría su piel. Todo él comenzaba a brillar como una escultura encendida por dentro.

La anciana le alcanzó correteando en tres patas con saltitos de avefría.

—¡Espera!... —dijo la anciana tosiendo sofocada—. No te apures. Tú vienes del futuro. Por lo menos tienes el futuro por delante. Debes ver y saber cómo fue todo esto en el pasado para que lo malo no se repita y lo bueno sea doblemente bueno. No tienes todavía memoria... y la mía no va a tardar en morir conmigo. Estas historias verdaderas no figuran sino con alusiones indirectas en los libros sagrados de la humanidad que son libros que escriben los pueblos. Pero tampoco aparecen en toda la novelaría que los particulares escribieron después. Una especie de vergüenza y de horror pesa sobre estos hechos. ¡Bah... como si no se repitieran todos los días y en todas partes!

El niño se detuvo contemplando las ruinas de lo que debió ser el palacio real situado en la parte más alta de la ciudad. Se volvió hacia la anciana.

—Sí—respondió la anciana—. Allí vivió el emperador. No tenía esposa ni hijos. Y él mismo era el último de una larga dinastía de reyes que había construido el imperio en guerras de conquista que duraron mil años. Siempre adusto y solitario, en medio de la muchedumbre de chambelanes, generales, funcionarios y servidores, el emperador pasaba sin verlos. No hablaba con nadie. A nadie dirigía la palabra, salvo para dar órdenes que debían ser cumplidas en el acto. Y ¡guay! del que no las entendiara o las desobedeciera. También en el acto era decapitado. Por lo que nuestro Rey Sol era muy temido. No sólo en la Corte, por la muchedumbre de chambelanes, generales, funcionarios y servidores que giraban solícitos alrededor de él. También por los países vasallos que giraban como oscuros planetas en torno al imperio del Rey Sol.

Nuestro emperador no se satisfacía con nada. Era terriblemente ambicioso y cruel. Los súbditos murmuraban que él deslumbraba por fuera como verdadero Rey Sol, pero que llevaba por dentro la oscuridad. Y eso también era verdad. Un secreto público que nadie se animaba a

comentar en voz alta. El miedo tapaba las bocas y ponía a oscuras las cabezas.

No se sabía nunca qué es lo que pensaba y haría el emperador cuando estaba silencioso y rígido como una momia. Al instante siguiente caía como el rayo lo mismo sobre una mosca que sobre un ejército o un reino.

El Rey Sol era toda la luz del imperio. Y la luz, tú sabes, hace ver las cosas pero es invisible ella misma. Nadie puede alegar que ha visto la luz. Nadie tampoco ha podido ver el color de la oscuridad al destello de una vela. En realidad de verdad, nadie vio al emperador antes ni después de muerto. Tenía varias sosias y eran éstos los que aparecían en los actos oficiales mientras él permanecía oculto en su cámara observando a través de un ojo telescópico todo lo que pasaba en el exterior. Hubo varios atentados. El emperador caía apuñalado o acribillado por las balas. Al día siguiente, sin huellas de heridas, aparecía de nuevo en el trono. Esto aumentó su terrible autoridad. Cobró fama de inmortal.

La vieja se posó sobre una piedra y cuando ya parecía haberlo dicho todo, continuó: —Los servicios de espionaje del emperador le informaron que el principito de un reino lejano se había rebelado contra el regente, su tío. Este había asesinado al rey, su padre, y había usurpado el trono. El principito no tendría más edad que la tuya, pero era muy decidido y valiente. Amaba tiernamente a su padre. Nada le consolaba de su muerte. Agravaba sobre todo su congoja el hecho de que su propia madre, seducida por el asesino y usurpador, se le uniera en nupcias poco después de los funerales.

El fantasma de su padre se le apareció varias veces revelándole cómo su hermano le había dado muerte mientras dormía vertiendo beleño en sus oídos. El fantasma le incitó y convocó a la venganza. El príncipe no dudó más. Se puso a la cabeza de la insurrección. Destronó al usurpador y le condenó a muerte. El pueblo declaró al principito héroe nacional y le reconoció como a su profeta.

Al saber esto, nuestro emperador envió un ejército al mando de sus mejores generales contra el reino convulsionado. Comisionó también a

uno de sus chambelanes para que tomara posesión del país como virrey. Llevaba órdenes perentorias de ejecutar al príncipe rebelde apenas cayera prisionero. Temía que estos disturbios sirvieran de peligroso ejemplo para el resto del vasto imperio. El ejército invasor aplastó la rebelión, pero no pudo capturar al principito. El pueblo le escondió y protegió, y ni las persecuciones ni las torturas colectivas más atroces lograron revelar su paradero.

Ciego de cólera, el emperador ordenó entonces que todas las criaturas del reino fueran pasadas a degüello. Desde los recién nacidos hasta los que tuvieran diez años, la edad del príncipe. Acaso la tuya también en este momento...

La anciana se detuvo con la cabeza caída sobre el pecho.

Por primera vez inquieto, como contagiado por la ansiedad de la anciana, el niño estaba pendiente de ella. Tras un largo suspiro, el graznido de pronto humanizado recomenzó: —La horrorosa masacre no sirvió sino para desatar más guerras y rebeliones que destruyeron la unidad del imperio y se volvieron contra el imperio mismo.

La sombra del pequeño príncipe comenzó a aparecer en todas partes formando su leyenda. El emperador ordenó nuevos degüellos de niños en los países sediciosos más activos y ofreció una cuantiosa recompensa por la captura del príncipe guerrero y profeta. Uno de sus más próximos lugartenientes cedió a la tentación. Traicionó y entregó al príncipe. Le crucificaron y, por orden del emperador, la cruz y la pequeña víctima fueron paseadas por todo el imperio en medio de triunfales festejos. Luego la cruz fue izada en mitad de ese anfiteatro. Allí quedó hasta que los cuervos acabaron en devorar el pequeño cuerpo. ¡Tal fue la cantidad de cuervos, mi Dios, que vinieron a cebarse en él! Durante tres días ennegrecieron el cielo. Desde entonces no volvió a salir el sol.

El pequeño príncipe es inmenso como un Dios, empezó a decir la gente alzando los ojos hacia el cielo enlutado. Vivo, decían, llenó toda la tierra. Muerto, no cabe en el cielo.

En cierto modo y por figura de la mente, también eso era verdad. El emperador duplicó su guardia pretoriana. Mandó construir murallas en

torno a la capital del imperio y otro muro de piedra de cien codos de espesor y diez de altura alrededor del palacio real.

Por un tiempo pareció que las rebeliones habían sido conjuradas. Y aunque el sol no volvió a iluminar el país, la paz volvió a reinar en él. Una paz pesada y oscura como si la nube de cuervos no se hubiera retirado aún de lo alto.

“Pero entonces ocurrió aquello...”.

El niño miraba fijamente a la anciana. Todo su cuerpo ardía en una pregunta.

–Sí... Aquello fue peor que todas las desgracias juntas –balbuceó la anciana–.

Ocurrió que los niños del país se negaron a nacer...

El niño arrugó incrédulo el ceño.

–¿Cómo que por qué?... ¡Pues porque los niños por nacer decretaron una huelga de nacimientos! ¡Así de simple fue aquello!

Simple y extraño. También, si se quiere, lo más natural del mundo. Después de todo lo que había pasado. Esa nueva especie de rebelión enfrentaba el terror del modo más imprevisto e increíble. No era que los fetos se hubieran vuelto locos de repente o más sabios que los doctores del templo. Era como si los niños reflexionaran en el vientre de sus madres: “Ya que la vida es peor que la muerte, ¿a qué vamos a nacer? ¿A que nos degüellen o nos maten por el hambre? ¿O que nos dejen vivir para que nos regordeemos desde el primer parpadeo con el espectáculo de matanzas, de horrores, de miserias sin fin, de la infinita estupidez y crueldad del hombre?”.

Una parturienta oyó, en sueños, que su hijo clamaba entre vagidos terribles: “¡Si existe el infierno... el infierno está allí... al salir!...”. Y al despertarse, la parturienta no encontró la menor huella de su gravidez ni del embrión hablador.

La vieja estaba ya al límite de sus fuerzas. Había empequeñecido mucho, pues toda ella estaba encogida sobre sí misma en posición fetal en el hoyo de la piedra.

—Claro... murmuraciones de la gente... —jadeó de nuevo la anciana—. ¡A quién se le ocurre que los nonatos iban a reflexionar y a quejarse de su suerte que ni siquiera había comenzado aún!

Lo cierto es que la huelga de nacimientos se propagó. No nacían más niños. En ninguna parte, las mujeres encintas veían combarse y crecer sus vientres durante nueve lunas. Pero al llegar a los nueve meses de gravidez, el globo maternal se desinflaba. Las caderas y los vientres volvían a quedar planos como antes. Los senos henchidos que ningún crío iba a chupar hasta hartarse, goteaban inútilmente su preciosa leche irrepetible... Los críos huelguistas se habían mandado mudar al otro limbo, ése que dicen que existe entre el purgatorio y el infierno. O tal vez al País-del-Nunca-Jamás. Las madres quedaban frustradas para siempre. Y los hombres andaban con la cabeza gacha buscando por el suelo la dignidad que se les había perdido.

Lo extraño fue también que el emperador no veía con malos ojos la creciente huelga de nacimientos. Los portavoces oficiales celebraban el fenómeno natural. Trataban de explicar al pueblo que había venido a dar razón al emperador y a culminar su obra de salvación pública extirpando de raíz el mal en esos niños que se convertían en rebeldes, regicidas, revolucionarios y delincuentes comunes a tan temprana edad. En vista de que la natalidad ya no producía el menor gasto al fisco, el emperador duplicó las pensiones y los servicios de salud pública a favor de la ancianidad.

El país se fue llenando de ancianos. Envejecíamos doblemente porque nos veíamos envejecer los unos en los otros. Y nada es más triste y tenebroso que el mundo de los viejos, llenos de pavor ante la muerte. Como si la muerte doliera y el cuerpo siguiera doliendo después de la muerte en cada partícula de hueso o de ceniza. Y ya se quejaban a gritos de esa muerte después de la muerte, más dolorosa que la vida y que no acabaría de morir del todo.

Esto no impedía sino que estimulaba las malas indicaciones de los viejos. Viejecitos pícaros y astutos en su mayor parte. Oliendo a orines y

rechinando sus reumatismos se pasaban todo el santo día en el mercado negro traficando sus pensiones. Lo que creó la industria de las dobles o triples actas falsas de defunción. Y el último que quedó, que sería el verdadero emperador, mostró por fin una escamosa cara de serpiente.

De aquella antigua gente sólo sobrevivimos siete. Yo, la tataranieta de un esclavo del emperador, mandado degollar porque logró hacerme escapar de la degollación de los inocentes, soy la más joven de los siete y ya no me acuerdo de mi edad.

Ha sonado para nosotros también la hora de los plazos mortales. Has venido a recoger nuestro último suspiro. Muero feliz, mi querido Nada, porque he podido contarte la historia de nuestro pueblo. Vosotros haréis la historia del futuro.

El niño arrugó otra vez la nariz.

— Vosotros... porque seréis dos. Ya pronto lo sabrás. Pero antes, un último pedido. Cuando ya haya muerto, déjame en este hoyo. Ponme una piedra encima y no te ocupes más de mí. Sube luego hacia el lado norte de la colina. Encontrarás ahí el Primer Jardín que el desierto guardó por mil años. Alguien te está esperando allí, al pie del llamado Arbol del Bien y del Mal. No es más que un vulgar manzano pero es fama que sus frutos alimentan la verdad y la vida. Allí la encontrarás a ella. ¿A quién? Ya lo sabrás...

En el mismo momento en que tú, silencioso Nada, bajabas a la ciudad, una niña llamada Ave, venía a tu encuentro del otro lado de la ciudad o del mundo. Lo mismo da. Se recordarán y reconocerán. Moverán de nuevo la rueda del mundo. Pero antes debe matar a la serpiente que tiene siete lenguas y siete colmillos llenos de ponzoña. Y acuérdate... si el pez por la boca muere, la serpiente por la boca mata...

La viejecita desapareció en el hoyo. El niño hizo con pena lo que ella le había ordenado. Corrió una piedra y lo tapó. Quedó un rato en silencio. Luego subió corriendo la colina que parecía un bello seno redondo bajo el sol que comenzaba de nuevo a brillar. La naturaleza entera participaba en la renovación de las plantas, de los animales, de los jardines. El desierto

cedió paso también a los antiguos lagos y florestas, a los bosques y prados. Nubes de mariposas venían a devolver los pedazos rotos del arcoiris y lo armaron y dejaron intacto del otro lado de las lluvias.

El niño Nada y la niña Ave se encontraron bajo el manzano. El único vestigio de la época oscura era esa serpiente viciosa que reptaba hacia ellos. De un salto, Nada le machacó la cabeza con una piedra grande. Su furia sonriente no cesó hasta que la hizo papilla.

Ave, subida en el árbol, arrancaba una manzana. Nada trepó ágilmente hacia ella. Se dijeron sus nombres mientras mordían el sabroso fruto y encontraron que los nombres de cada uno, a la inversa, eran sus verdaderos nombres. Los nombres que el espejo de la niebla había mantenido ocultos del revés hacía tanto tiempo.

Rieron con alegría. Se tomaron las manos y sintieron de pronto que todo lo que manchaba de misterioso y maldito ese lugar había desaparecido bajo el resplandor de ese sol que siempre da una segunda oportunidad a los que se aman sobre la tierra.

De tan vivos y ardientes, los rayos del sol ocultaron en una oscuridad visible a los niños, en medio del follaje.

DE: *Cuentos para la Humanidad Joven* (Asunción: Editorial Servilibro, 2006)



“Tacalaguana...”, Ilustración de tapa de *Tacalaguana, el Príncipe del Pilcomayo* (Asunción: Criterio Ediciones, 2009).
Obra de Andrea Piccardo.

PILAR RUIZ NESTOSA

(Asunción, 1938)

Narradora. Hasta la fecha tiene dos libros: *Andante con variaciones: El peregrinaje de mis recuerdos* (2007), especie de autobiografía novelada en torno a una familia y a una época, y *Tacalaguana: El Príncipe del Pilcomayo* (2009), relato infanto-juvenil dedicado a sus nietos. También colabora con textos y artículos en la prensa local.

TACALAGUANA, EL PRÍNCIPE DEL PILCOMAYO

El pitogue

Había una vez un hombre rico que vivía en el Chaco. Por las tardes, solía recostarse en la hamaca mientras sorbía con una bombilla de plata el mate calentito. Su esposa Carmen Rocío, sentada en una mecedora a su lado, se entretenía tejiendo; de tanto en tanto interrumpía la labor para cebar el mate.

A pesar de sus riquezas, el hombre no era feliz.

—¡Qué triste es no tener niños a nuestro alrededor! Nuestra casa es silenciosa, mientras otras son ruidosas y felices —decía él pensativo.

Cuando escuchaba a José María quejarse, ella dejaba el tejido sobre la falda y se llevaba el pañuelo a los ojos llenos de lágrimas.

—Dios Nuestro Señor algún día se acordará de nosotros —le contestaba Carmen.

En el algarrobo que daba sombra a la huerta anidaba el *pitogue*. Una tarde, a la hora del mate, se puso a cantar a todo pulmón: *pitogue... pitogue*. Carmen, al escucharlo, sonrió esperanzada porque conocía la leyenda popular que atribuye al pajarillo ser el heraldo de un próximo nacimiento; el *pitogue* no se equivocó. Quizás se enteró antes que nadie que Dios había escuchado las plegarias de José María y Carmen.

Pasado un tiempo, una noche de tormenta, nacieron dos niños en la casita blanca con techo de hojalata.

José María también se llevó el pañuelo a los ojos como hacía Carmen cuando derramaba lágrimas de tristeza, pero él lloraba de alegría.

–Nunca más la casa será silenciosa –dijo besando a sus hijos.

A la mañana siguiente, el cielo lucía claro y transparente. En medio del tajamar descansaba un alto *tujuju* (cigüeña) y en el limonero que perfumaba la ventana de Carmen cantaba un pajarito repitiendo: Bendito sea Dios... Bendito sea Dios. A esta avecilla la llaman San Francisco, porque su canto bendice al Creador.

A los mellizos los llamaron Francisco y Paulino; en casa usaban el diminutivo, Panchito y Paul.

–Los dos nacieron el mismo día, por eso son tan parecidos– les decía Carmen a los niños.

–¡Mamá! Los patitos que nacieron el mismo día también son iguales, todos amarillitos. Su mamá la pata Susi, les enseña a nadar, y también a ser obedientes y disciplinados. Deben formar fila y caminar detrás de ella hasta el tajamar. Sólo uno de los patitos no es lindo ni amarillito. Los gansos, las gallinas y hasta «Platero», el burrito, se burlan de él; nosotros lo llamamos el “patito feo”.

–No deben burlarse del patito porque no es igual a los demás. Cuando crezca será el más hermoso – pronosticó Carmen.

Las aguas del tajamar donde nadaban los patitos eran oscuras y estaban cubiertas de verdes camalotes. Allí se posaban bandadas de garzas con plumas color de rosa, llamadas pato real; el *chaha* y el tero-tero que dan la voz de alerta; el alto *tujuju* cuartelero, el *mbigua*, el *kuarahy mimby*, el *ypaka'a*. Frondosos y antiguos algarrobos crecían a su orilla dando sombra a buena parte del patio. Quizás los algarrobos nacieron a orillas del Pilcomayo, cuando este río viajero corría por el cauce del tajamar.

Los añosos árboles hundían sus raíces en el agua y eran conventillos donde anidaban cardenales, bulliciosas cotorritas e infinidad de pajarillos de diversos colores.

Los niños, nacidos una noche de tormenta, fueron creciendo en medio del campo. Poco a poco aprendieron a nombrar a los hermosos pájaros. Los patitos también crecieron y el llamado «patito feo» se convirtió en un elegante cisne de largo cuello. El otoño sucedió al verano y más tarde el viento sur trajo al invierno. Las aguas del tajamar se volvieron frías, los pajarillos temblaban sobre las desnudas ramas de los algarrobos, enviando al hornerito propietario de una cálida casita. Las serpientes se adormecieron en la espesura del monte y no despertarían hasta llegado el verano. Dentro de la casita blanca de José María y Carmen, en la chimenea ardía el quebracho y el palo santo perfumado y, sobre las brasas, Carmen preparaba las blancas palomitas de maíz, el pororó para contento de los niños. La primavera traía la lluvia, pero no siempre. Y al final del año la familia viajaba a Asunción a pasar la Navidad con los abuelos.

Odilona

Los preparativos empezaban en noviembre. Había mucho trabajo que hacer y todos debían colaborar.

José María, llevando una escopeta salía a cazar –lo cual le gustaba mucho– y regresaba con el morral lleno de patos silvestres y perdices. Carmen preparaba con ellos un exquisito escabeche aromado con perejil, orégano y hierba buena de la huerta.

Odilona, la cocinera, era tierna y aspaventera. No sabía leer ni escribir, pero tenía buena mano para hacer un queso blanco que se deshacía en la boca crujiendo como la seda. Ella debía preparar una buena cantidad de quesos para llevarlos a Asunción.

Al atardecer, Odilona encerraba a los terneros en el corral. Al día siguiente, se levantaba junto con el sol y se encaminaba al establo; allí encontraba a las lecheras impacientes por calmar el hambre de sus retoños. Odilona dejaba al ternero acercarse a las ubres maternas, y una vez que la vaca soltaba la leche, lo apartaba y la ordeñaba. Llenaba un profun-

do balde con el lecherón de hondo aroma y luego se apresuraba a llevarlo a la cocina para ponerle el cuajo mientras aún estaba tibio.

A Panchito y Paul les gustaba hundir sus bracitos en la leche cuajada que se deshacía entre los dedos. Odilona les permitía «ayudarla», después que le prometían traerle un regalito de Asunción.

Los mellizos eran los encargados de recoger los huevos. Apenas se levantaban, corrían al gallinero llevando un gran canasto. A menudo peleaban y los rompían. Carmen les reñía y ellos le prometían ser más responsables.

—Cuando trabajan no deben pelear— les sermoneaba su mamá.

—¡Mamá! Encontramos el nido de las guineas gritonas en el espartillar. Necesitamos dos canastos para traerte los huevos a motitas.

La tarea de Carmen consistía en coser la ropa nueva para los niños, camisas a cuadros y pantalones con tirantes.

—Mamá, ¿por qué nuestros pantalones no tienen agujeritos para hacer pipí? —se quejaban.

—Ya les dije que no sé hacer la bragueta, es muy difícil.

Cuando faltaban pocos días para la Navidad, José María hablaba por radio a Asunción:

— 7i, 7i, 7i, aquí 30x, 30x, llamando.

— 30x, 30x, aquí 7i, contestando.

— 7i, 7i, buenos días, estamos listos para viajar.

— 30x, 30x, el sábado temprano un avión irá a buscarlos.

El día señalado todos se levantaban muy temprano. Los mellizos iban al corral llevando cada uno su jarrito con un poco de canela. Odilona los llenaba con la leche tibia y espumosa de sabor silvestre.

Luego debían bañarse por turno en la bañera de latón.

—Juanita, no gastes mucha agua —le recomendaba Carmen a la niñera.

—Ya sé loo la señora. Yo no cambio el agua. Los mitaí no tienen que ser fifí.

Bañados y vestidos con la ropa nueva, esperaban impacientes la

llegada del avión. Lejos de estarse quietos como les recomendaba Juanita, jugaban con el perro y atormentaban a los gansos.

Cuando escuchaban el inconfundible motor del avión, los niños daban gritos de alegría. El «Cessna» bajaba sobre la pista de pasto recién cortado y luego de dar unos saltitos se detenía.

Los mellizos querían subir enseguida al avión, pero el piloto bigotudo no tenía prisa. Odilona le preparaba un churrasco con huevos fritos, y de postre queso con miel. Satisfecho, hacía bromas a Carmen; ella no comía nada por miedo a marearse.

Cuando el avión empezaba a carretear, los niños se despedían de Odilona.

- Adiós Panchito. No olvides traerme un regalo.
- Te voy a comprar un sombrero.
- Adiós Paul, buen viaje.
- Adiós, muchas gracias por todo.
- Recuerdos a don Roberto.
- Serán dados.
- Recuerdos a la abuela.
- Adiós, Odilona, no llores.

Navidad de flor de coco

En Asunción los preparativos para la Navidad empezaban una semana antes de la fiesta en casa de las tías Adelita, Sarita y Manola, hermanas del abuelo Roberto.

Los mellizos eran invitados a pasar el día en casa de las tías para ayudarlas a armar el Nacimiento.

La primera tarea consistía en transformar unos pliegos de papel madera en altas montañas. Para ello, el papel madera era extendido en el suelo: primero se pintaba, luego lo embardunaban con engrudo –este se hacía con harina y agua caliente– y por último, hacían llover vidrio triturado sobre el engrudo y ponían los pliegos al sol. Una vez seco, el papel

se convertía en una cordillera cubierta de piedras preciosas. Los cerros se colocaban debajo de la palmera y formaban el contorno del pesebre, también servían para esconder una canilla que simulaba una cascada. Cuando algún niño o adulto se acercaba a ver el nacimiento, se abría la canilla y el agua corría por una vaina de flor de coco y se vertía en una palangana de mayólica pintada, que habitualmente adornaba el tocador de las tías.

El Niño Jesús era de mayor tamaño que la Virgen, San José y los Reyes Magos. La flor de coco perfumaba el pesebre juntamente con los melones, piñas y sandías.

La tía Adelita obsequiaba a los niños con “Naranjín” y empanaditas. Para los mayores reservaba los huevos quimbos.

—Mamá, ¿por qué el Niño Jesús es más grande que su papá y su mamá? —preguntaban.

—Él es el Hijo de Dios y es más grande que el sol y la luna —les explicó Carmen.

—¿Verdad mamá que nosotros tenemos una vaca de verdad en la estancia? —dijo Panchito.

—Tenemos muchas vacas, un burrito y ovejitas. ¿No te acordás, tonto? —le contestó Paul.

—¿Se puede poner también un venadito? —preguntaron los dos juntos.

—Sí se puede, a todos los animales los hizo Dios. Si alguna vez pasamos la Navidad en el Chaco, pondremos los animales de verdad. Pintaremos los huevos de avestruz en rojo y azul para colgarlos en el pesebre y buscaremos los huevos de piririta que no necesitamos pintar, son de un hermoso color verde. Y, como no tenemos luz eléctrica, vamos a encender muchas velitas.

—¡Bien! ¿Van a venir el Padre Juan, tío Froilán y tía Cecilia?

—Sí, vendrán todos.

—¿Y el Naranjín?

—¿No les gusta el refresco de grosellas? Tía Cecilia lo prepara muy rico.

—¿Y el Niño Jesús?

—Pídanle a Dios un hermanito.

El ardiente viento Norte

Al año siguiente, José María, Carmen y los niños no viajaron a Asunción a visitar a los abuelos. La prolongada sequía no les permitía ausentarse de la estancia; la Navidad sería celebrada en el Chaco.

El invierno fue frío y seco como de costumbre. Con el viento Sur llegaron los indios chulupís. En verano vivían a orillas del Pilcomayo y el río los alimentaba. Pescaban con lanzas, ensartando con ellas los plateados peces; luego los asaban. La carne blanca saciaba el hambre, la grasa que chorreaba la utilizaban como unguento para el pelo y todo el cuerpo. El unguento servía para ahuyentar a los mosquitos. Pero en invierno, la grasa de pez sobre el cuerpo no era suficiente. Desnudos y hambrientos, venían a pedir trabajo. Gracias a Dios trabajo no faltaba.

Los indios levantaban chozas que poco y nada los protegían del viento Sur. A la noche se reunían alrededor de una fogata, tomados de la cintura formaban un círculo y entonando una salmodia giraban a un acompasado ritmo heredado de sus antepasados.

Panchito y Paul iban de día a ver como trabajaban los indios y a la noche bailaban con ellos. Sólo los atemorizaba una anciana indígena que llevaba un extraño brazalete: una serpiente de cascabel se enrollaba a su brazo oscuro y descarnado.

Más tarde, al recordar la sequía, Carmen contaba:

—Llegó el mes de octubre sin rastro de nubes y por lo tanto de agua. Al secarse los charcos en el campo, fue necesario sacar agua de los pozos, para lo cual yo cosía en la máquina la dura lona. Con ella hacía mangas que se utilizaban como baldes. Pero los pozos también se agotaron. El tajamar, falto de ella, se convirtió en un lodazal abandonado por los hermosos pájaros. En él se empantanaban los animales que venían a beber lo poco que quedaba. Eran animales flacos y sedientos; beber les costaba la

vida. Faltos de fuerza, morían aprisionados en el barro. Entonces el aire puro y fresco se volvía pestilente, y el olor de la carroña invadía la casa haciendo más penosa la vida.

—El ardiente viento Norte se complacía en bañarnos con arena, la arrojaba con fuerza sobre el techo de hojalata y, burlándose de los pobres sedientos, imitaba a la perfección el tan ansiado golpeteo de las gotas de agua.

En el mes de noviembre no se hicieron preparativos para viajar a Asunción. Carmen le dijo a los mellizos:

—Este año vamos a hacer el pesebre en nuestra casita del Chaco. El Niño Jesús será Brunito, el hermanito que les envió Dios. Porfirio traerá un venadito. Yo voy a pintar de blanco un arbolito seco y los huevos de avestruz de rojo y azul. Los dos me ayudarán a colgarlos en el árbol. Van a venir el padre Juan, tía Cecilia y tío Froilán.

Las figuras del pesebre se colocaron dentro de la chimenea sobre la verde hierba plantada por los niños —era el único pasto verde en muchas leguas a la redonda—.

Porfirio, el capataz, trajo un venadito y el caraguatá de verdes hojas y roja flor.

La noche del 24, Carmen colocó latitas llenas de aceite con una mecha a lo largo del caminito bordeado de algarrobos que empezaba en la tranquera y terminaba en la casa. Los farolitos del patio y las velitas del pesebre iluminaban la noche chaqueña, mientras todos reunidos cantaban villancicos en honor del recién nacido Hijo de Dios.

*El niño de la Virgen
no tiene cuna
Su padre es carpintero
y le hará una.*

El padre Juan bendijo la mesa y luego todos disfrutaron de una exquisita cena: perdices en escabeche, pan casero y torrejitas de miel.

Faltaba el queso, Odilona no lo podía hacer porque la leche escaseaba debido a la sequía.

Luego, se sentaron en el patio a disfrutar de la noche estrellada, cuya misteriosa belleza estuvo siempre al alcance de los seres humanos, pero hoy es invisible para los habitantes de las ciudades ebrias de luz.

El cielo plateado y el silencio los envolvían, reinando ambos sobre la casa blanca de cal a orillas del tajamar, los palmares, los esteros, los pequeños y grandes animales, las tumbas anónimas y la chatarra que enmohecía en el silencio del monte, recordando el estrépito y el retumbar de la guerra.

El padre Juan, el misionero, mirando el cielo les decía así:

—El Señor nos espera en la encrucijada de las estrellas. —Y luego agregó—: Señor, ten piedad de nosotros y envía la lluvia a esta tierra sedienta.

—Amén —respondieron todos.

El día de Año Nuevo, Carmen volvió a encender los farolitos en el patio.

—No se moleste, señora, a los farolitos los va a apagar la lluvia —dijo Porfirio mirando el horizonte.

—Dios quiera que tengas razón —le contestó Carmen.

Poco antes de la medianoche, el cielo se iluminó con la luz de los relámpagos y se escuchó retumbar el trueno. Nuestro Señor escuchó la plegaria del Padre Juan y el Año Nuevo se inició trayendo la bendita lluvia que apagó los farolitos del patio, pero encendió la esperanza en los corazones.

José María, escuchando cantar a las gotas de agua sobre el techo de hojalata, soñaba:

—El espartillar va a rebrotar y el pasto tierno alimentará al ganado. El tajamar se llenará de agua y volverán las garzas, el *tujuju* y los patos color de rosa. Los pozos se llenarán de agua dulce y el molino impulsado por el viento llenará el cauce donde beberán las lecheras y los terneros a la luz del sol.

Y, en la oscuridad de la noche, también el rey de la selva de relucientes ojos y de dorada piel se acercará al cauce a calmar la sed. Quizás, después de haberse saciado con la carne de un venado y en el silencio de la noche le escucharemos rugir satisfecho.

Luego, en voz baja, agregó:

—Gracias, Señor, por esta lluvia que vuelve la vida a la tierra reseca y calma nuestra sed y la de todos los animales.

Tacalaguana y Sofía Eireté

Carmen era muy feliz con sus hijos varones, pero deseaba tener una niña. Una vez, mientras tejía en la mecedora, le trajeron un panal lleno de espesa y dorada miel silvestre. Cuando se llevó un trozo del panal a la boca, dijo en voz alta:

—Si yo tuviera una hija, me gustaría que tuviese los ojos dorados y sea tan dulce como esta miel.

El deseo de Carmen se cumplió. Poco tiempo después, nació una niña con los ojos dorados y una dulce sonrisa; la llamaron Sofía Eireté.

La niña creció en el campo sana y hermosa. Una vez, Paul le prestó su traviesa ranita para que jugase con ella.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Los mellizos pusieron una ranita en mi cama!
—gritó la nena.

Carmen enojada, les dio una palmada a los dos, sin preguntar si fue Panchito o Paul el que asustó a Eireté.

La casa de José María y Carmen estaba construida a orillas de un tajamar.

—Papá, ¿qué es un tajamar? —le preguntó Panchito.

—Hace mucho tiempo, el río Pilcomayo pasaba por aquí, y como el río necesita también una camita, abrió la tierra por leguas y leguas; cuando estuvo listo su lecho, lo llenó de agua. Este río caprichoso, un día se cansó de este lugar, así como ustedes se cansan de sus juguetes, y se fue muy lejos. Ahora la camita del Pilcomayo se llena de agua cuando llueve y la llamamos tajamar.

—¡Papá! A nosotros nos gusta mucho el tajamar porque está lleno de ranitas. La otra tarde encontramos una viborita negra sobre los camalotes. La queríamos guardar en una cajita para asustarla a Sofía Eireté, pero se escapó.

—¡Qué lástima! —exclamaron los dos.

—Tengan mucho cuidado. Sólo jueguen con las ranitas —les advirtió el papá.

—Papá, ¿sabes que ahora Sofía no le tiene miedo a los sapitos?

—No, ¿cómo es eso?

—Ella estaba jugando con su trompo rojo al lado del tajamar. El trompo cayó al agua y desapareció. Sofía se puso a llorar. ¡Por suerte mamá no la escuchó! Porque siempre que ella llora nos castiga a nosotros.

De pronto, escuchamos una voz que decía:

— ¿Por qué lloras, linda Sofía Eireté?”.

—Cuando ella miró al agua para ver quién le hablaba, sólo vio la cabeza de un sapito entre los camalotes.

—Lloro porque perdí mi trompo rojo —le contestó la nena.

— Yo puedo zambullirme y buscarlo. Lo haré si me prometes lo siguiente: cuando llegue el invierno y el agua esté muy fría en el tajamar, ¿me llevarás a tu casa? —le preguntó el sapito.

—Sí, verde sapito. Te prometo que llenaré con agua calentita mi latona pintada con flores para que no tengas frío —le contestó la niña.

Entonces el sapito se zambulló debajo de los camalotes y pronto volvió a salir trayendo el trompo rojo en la boca.

Sofía Eireté se apoderó de él y, sin despedirse del sapo, corrió a su casa.

Un tiempo después, el ardiente viento Norte dejó de soplar y llegaron las lluvias. Eireté, bien abrigada en su camita, escuchaba cantar a las gotas de agua sobre el techo de hojalata:

*Larín, larán,
el príncipe en el agua está*

*Larín, larán,
el príncipe llegará.*

Luego sopló el viento Sur, y cuando se apagaban los faroles de gas la chimenea encendida brillaba en la oscuridad.

Una noche muy fría, se escuchó llamar a la puerta.

—¿Quién puede llamar a estas horas? —preguntó José María.

Sin detenerse a preguntar ¿quién es?, los mellizos abrieron la puerta. Una ráfaga de viento frío y un feo sapo se apresuraron a entrar.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en el tajamar? —le preguntaron los niños.

—El agua está muy fría allá afuera —contestó el sapo.

—Estamos en invierno. ¿Qué podemos hacer por ti?

—En el verano yo encontré el trompo rojo de Eireté en el fondo del agua. Ella se puso muy contenta y me prometió que llenaría de agua calentita su latona con flores para que pase la noche.

—¿El sapo dice la verdad? —le preguntó el papá a Sofía.

—Sí, yo se lo prometí pero ahora no quiero que duerma en mi latona rosada.

—¡Debes cumplir tu promesa! —le ordenó su padre a la niña.

Carmen llenó la latona con agua calentita y Eirete con los ojos llenos de lágrimas vio como el sapo saltaba adentro. Este, muy contento, se puso a nadar entre las flores pintadas.

Al día siguiente, apenas abrió los ojos, la niña corrió a ver al sapo. Estaba ya despierto y le dijo:

—Hermosa Eireté, ahora vamos a desayunar juntos. Beberemos leche con canela en tu jarrito de plata.

—Te llevaré a la mesa —le contestó ella.

El sapo, confiado, dejó que Eireté lo tomase con la punta de los dedos. Pero ella, en vez de llevarlo a la mesa lo arrojó con fuerza al suelo.

—¡Vete al tajamar, horrible sapo! —gritó la niña.

Cuando el sapo cayó al suelo, se escuchó un estampido, igual al que

hacía el rifle de José María cuando este iba de cacería. El sapo quedó envuelto en una humareda. Al disiparse el humo, Eireté se encontró delante de un joven. Este tenía largos cabellos negros y ojos azules. En la cabeza llevaba una corona de plumas y sobre su pecho desnudo colgaba un collar de colmillos con una cruz.

—No temas Eireté, soy Tacalaguana, un príncipe indio. Hace muchos años los hombres blancos llegaron al Chaco y mataron a toda mi tribu con el rayo de fuego. Mi padre, el Señor de estas tierras, sobrevivió, y en venganza raptó a una mujer blanca. Catalina se llamaba, era muy hermosa y mi padre la amó con todo su corazón. Pero ella no cesaba de llorar. Para secar sus lágrimas y verla sonreír, el indio cazaba el onza de piel aterciopelada para vestirla y los más bellos pájaros para coronarla de plumas. De la selva traía miel silvestre y las orquídeas color de rosa, oro y violeta perfumaban nuestra tienda.

Recuerdo que Catalina, mi madre, tenía los ojos azules, me hablaba en su idioma y colgó esta cruz a mi cuello. El cacique, mi padre, hablaba con los pájaros y el tigre le obedecía. También él me hablaba en su idioma diciéndome así:

*— *“Somos parte de la Tierra y ella es parte de nosotros. Las fragantes flores son nuestras hermanas: el venado, el caballo, el yagareté y el águila majestuosa son nuestros hermanos. El murmullo del agua es la voz de mi padre. Los ríos son nuestros hermanos, ellos calman nuestra sed, por eso deberás en adelante dar a los ríos el trato bondadoso que darías a cualquier hermano”*.

Pero un invierno Catalina, mi madre, fue presa de la fiebre. Las hierbas de la hechicera no pudieron curarla y el Dios de los blancos no escuchó los ruegos del indio. Ella murió de la fiebre y Tacalaguana, mi padre, murió de tristeza poco después.

* Esta carta fue escrita en respuesta a la propuesta de compra de las tierras de la tribu Suwamish. Su autor, el jefe de la tribu, Seattle, y dirigida al Presidente de los Estados Unidos de América, Franklin Pierce, en 1855.

La hechicera, para salvarme de los hombres blancos, me convirtió en sapo y me escondió en el fondo del río Pilcomayo. Ella era ciega, pero podía ver el porvenir porque hablaba con una serpiente de cascabel que llevaba enrollada en el brazo. Esta era una diosa de la selva y se comunicaba con ella haciendo sonar sus campanillas. La serpiente le dijo lo siguiente:

—Algún día, una niña blanca libraré al príncipe Tacalaguana del hechizo si se enamora de él. Mientras tanto, el río Pilcomayo que guarda al príncipe en sus aguas no tendrá sosiego. Vagará por estas tierras hasta que el príncipe y la niña blanca se encuentren. Sólo entonces el río terminará su peregrinar y encontrará su cauce. El amor unirá a las dos razas, porque este es el deseo del único Dios que creó a todos los hombres.

Cuando terminó de hablar Tacalaguana, Eireté le contestó:

—Tacalaguana, es muy hermosa toda esta historia, pero yo quiero vivir en la ciudad. ¿Te gustaría vivir en la ciudad de los blancos?

— *“No hay ningún lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ningún lugar donde pueda escucharse el desplegar de las hojas en primavera, el rozar las alas de un insecto. Pero quizás sea así porque soy un salvaje y no puedo comprender las cosas. El ruido de la ciudad parece insultar los oídos. ¿Y qué clase de vida es cuando el hombre no es capaz de escuchar el solitario grito de la garza o la discusión nocturna de las ranas alrededor de las lagunas? Los indios preferimos el suave sonido del viento que acaricia los camalotes de las lagunas y el olor del mismo viento purificado por la lluvia del mediodía o perfumado por la fragancia del palo santo.”*

—Tacalaguana, así como tú no amas el bullicio de la ciudad de los blancos, yo no amo este silencio ni te amo a tí. No soy la niña blanca que romperá el hechizo.

—Entonces volveré al fondo del río y allí esperaré por el amor de una niña blanca que ame esta Tierra que es sagrada para mi pueblo. Recuerda Eireté que: *“Cada hoja resplandeciente, cada playa arenosa, cada neblina en el oscuro bosque, cada claro, cada insecto con su zumbido son sagra-*

dos en la memoria y la experiencia de mi pueblo. La savia en los árboles porta la memoria del hombre de piel cobriza”.

Luego de decir esto, Tacalaguana se dirigió al tajamar y desapareció en el oscuro camalotal cuyas flores son azules como los ojos del príncipe.

La hechicera

Años después, terminadas las fiestas de fin de año, José María, Carmen y los niños regresaron a la estancia. Esta vez no utilizaron el avión: la ruta Transchaco les permitía viajar por tierra.

El primer tramo hasta Pozo Colorado lo hicieron rápidamente sobre el asfaltado. Desde allí, la ruta era sólo un terraplén que se volvía intransitable con la lluvia. El velocímetro bajó a la mitad y las nubes eran miradas con desconfianza, temiendo que el agua del cielo les impidiese llegar a Filadelfia.

—En nombre de Dios y María Santísima —musitó José María haciendo la señal de la Cruz, al salir de Pozo Colorado rumbo a la colonia.

Más tarde, al recordar aquel primer viaje por tierra, contaba Carmen:

—Viajamos sin lluvia sobre el terraplén y llegamos sin contratiempos al cómodo y limpio hotel de la colonia. A la mañana siguiente, en medio del Chaco disfrutamos de un abundante desayuno: café con leche, pan casero, manteca y mermelada de grosella. Cuando terminamos el banquete nos dispusimos a continuar el viaje.

Siendo el niño más pequeño de pocos meses, me demoré en el hotel cambiándole los pañales. Los mellizos y Bruno se encontraban afuera al cuidado de la niñera. Cuando salí a reunirme con los demás pregunté dónde estaba Bruno. La niñera me contestó:

—No sé, la señora, yo loo no me quiero quedar con los chicos porque son muy compromiseros.

Lo buscamos dentro y fuera del hotel sin hallarlo.

—No puede haber ido muy lejos siendo tan pequeño —decía yo secándome las lágrimas, mientras recorríamos las calles.

Sólo encontramos menonitas en bicicleta y grupos de indios silenciosos. Me estremecí al encontrar la mirada de una anciana indígena que

llevaba un extraño y horroroso brazalete: una serpiente de cascabel arrollada al brazo.

Me vino a la memoria la historia del niño criado en la selva por monas maternas o aquella otra sobre el niño raptado por el tigre “Shere Khan” y salvado por los lobos.

Horas más tarde, lo encontramos lloroso, pero sano en el hospital. Entonces iniciamos el tercer tramo del viaje. Nos dirigimos al Sur-Oeste hacia Neuland. La colonia se veía hermosa, las aseadas casas asomaban detrás de pequeños jardines sembrados de xínias multicolores y groselleros de frutos rojos. Unas mujeres rubias protegidas del sol con sombreros de amplias alas regaban, empapando la fértil y seca tierra chaqueña, la cual cuando le dan de beber, florece.

Más allá de los jardines de Neuland, nos esperaban las picadas bolivianas. Estos estrechos caminos que el monte aborrece y trata de borrar, sólo nos permitían un lento andar. Cuando un charco amenazaba empañar la camioneta, no había más remedio que detenerse y abrir un nuevo camino talando el monte.

Mientras los hombres luchaban con la maraña, las mujeres luchábamos con los niños. Estos, libres del encierro del vehículo corrían, peleaban y habiendo descubierto un zorrino distraído bebiendo en el charco, se apoderaron del hemoso animalito, que no los devoró pero sí los roció.

Juanita y yo nos pusimos a lavar a los mellizos en el agua sucia del charco descuidando a Bruno. Cuando terminamos, nos dimos cuenta que una vez más había desaparecido el niño. La búsqueda fue penosa e inútil. Por más que llamamos y lo buscamos en el monte sin hacer caso de las espinas del caragatá no encontramos ni rastros de Bruno.

En medio del extenso lagunajo pasamos la noche a merced de los mosquitos que abundaban. La lluvia tan temida durante todo el viaje se anunciaba con ráfagas de viento y relámpagos. A la hora que debía salir el sol empezaron a caer las primeras gotas y el viento se volvió frío. Debido a las inclemencias del tiempo, continuamos el viaje para pedir ayuda.

La serpiente de cascabel

Cuando se alejó la camioneta y el monte quedó silencioso, una hechicera indígena que se adornaba el brazo con una serpiente salió del hueco de un viejo algarrobo llevando de la mano al niño blanco. Mientras caminaban por los senderos de la selva que ella conocía le hablaba dulcemente en guaraní. El niño no la temía y entendía su idioma.

Ella le iba diciendo:

—Aún no habías nacido, cuando Tacalaguana, el príncipe indio que vive en el fondo del río Pilcomayo, bajo la forma de un sapo, recobró su verdadera apariencia. Él es un joven muy apuesto, hijo del cacique Tacalaguana y de Catalina, una española. Le preguntó a tu hermana Eireté si podía amarlo a él y a estas tierras que le pertenecen desde el tiempo en que un gran mar las cubría.

Ella le contestó que no había amor en su corazón. Entonces el príncipe desapareció en el tajamar porque sabe que sólo el amor romperá el hechizo que lo convirtió en sapo. En el fondo del río vive esperando a una niña blanca que ame la naturaleza de la cual él forma parte.

No temas a la serpiente que llevo enrollada al brazo. Ella es una diosa de nuestra raza que puede adivinar el porvenir. Me habla haciendo sonar sus cascabeles. Cuando te encontramos en Filadelfia, agitó con alegría los cascabeles, porque adivinó que de tí nacerá la niña que salvará a Tacalaguana. Luego me ordenó lo siguiente:

Devuelve ahora al niño. Más adelante, cuando estén en medio de la espesura, será el momento de apoderarte de él. Lo llevarás a la Gran Laguna que sólo los indios conocen; allí vivirá contigo y le enseñarás que:

“Estas tierras son sagradas para nosotros. Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra manera de ser. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el cielo, como si fuesen cosas que se pueden comprar, saquear y vender, como si fuesen corderos y cuentas de vidrios. Su apetito insaciable devorará la tierra y dejará tras de sí solo el desierto.

Tal destino es un misterio para nosotros porque no comprendemos lo que será cuando el yagareté, el puma y el yacaré sean exterminados,

cuando los recónditos rincones de los bosques no exhalen sus perfumes.

Diremos:

¿Dónde está el espeso bosque?

¿Dónde está el yaguareté?”.

Una bandada de cotorras parlanchinas interrumpió a la hechicera y Bruno le preguntó qué decían.

—Ellas son las encargadas de informar a todos los animales de la selva las noticias del día. Hablan sobre nuestro viaje a la Gran Laguna y les piden que nos ayuden. Pronto aprenderás el lenguaje de los pájaros y podrás hablar con ellos. Pero ahora se está haciendo de noche y necesitamos ramitas de labón para encender el fuego.

La hechicera encendió el fuego, preparó la cena y luego acomodó al niño en el hueco de un árbol, éste, cansado pronto se durmió. Entonces la serpiente volvió a agitar sus cascabeles diciendo así:

—No puedo decir cuántas generaciones pasarán, pero algún día la hija del niño blanco se unirá por amor a Tacalaguana y juntos descubrirán que nuestro Dios es su mismo Dios y que su compasión es igual para el hombre de piel roja que para el hombre blanco. También sé que ese día será el día de mi muerte.

Al terminar de musitar la palabra que pone fin a la vida, los cascabeles entrecocaron entre sí imitando el lúgubre sonido de las matracas.

La anciana hechicera se dispuso a velar al niño dormido. Para ahuyentar el sueño alimentaba la hoguera, cuyo calor le era grato a la serpiente y cuya luz atenuaba tímidamente las sombras de la noche que cobijaban al urutaú de grito lastimero y al ñacurutú de grandes ojos y silbido penetrante.

La hechicera rogó a la serpiente que le descubriera el porvenir.

—Deseo saber si algún día se encontrarán Tacalaguana y la niña blanca —le preguntó.

La serpiente le contestó:

—Mira las llamas fijamente y te haré ver la gloria de ese día.

La anciana le obedeció y el sortilegio de la serpiente le hizo ver el siguiente cuadro:

—La aurora se levantaba tiñendo de rosa el horizonte mientras las garzas levantaban vuelo confundándose con el color del cielo. Una niña blanca dirigía sus pasos hacia la laguna cubierta de camalotes. En la orilla se detuvo y arrojó un anillo de oro al agua diciendo:

**”¡Oh, cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!”*

Al conjuro de estas palabras, un sapo saltó del agua llevando un anillo en la boca.

La niña le sonrió diciendo:

—Ven, Tacalaguana, tu espera ha terminado. Yo te amo.

Así se rompió el hechizo y el príncipe de largos cabellos negros y azules ojos deslizó el anillo en su blanca mano. Entonces todas las aves levantaron vuelo y formaron una nube de plumas multicolores que envolvió a la pareja.

DE: *Tacalaguana, el Príncipe del Pilcomayo* (Asunción: Intercontinental Editora, 2009)





“Alicia en el país de las maravillas 8”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

S

NIDIA SANABRIA DE ROMERO

(Carapeguá, 1928)

Poeta, cuentista y dramaturga. Educadora de larga trayectoria docente, fundadora del Colegio Iberoamericano, de la Universidad Iberoamericana de Asunción y del Taller de Literatura de dicha universidad, Nidia Sanabria de Romero se destaca especialmente por sus aportes en el campo de la literatura infanto-juvenil. Miembro de la Organización Paraguaya de Teatro Infantil y miembro fundador de la Asociación de Literatura Infanto-Juvenil del Paraguay (ALI-JPAR), en 1989 fue seleccionada por la Municipalidad de la Capital y la Asociación de Músicos del Paraguay entre las “15 Mujeres Sobresalientes del Año”. Su producción literaria incluye varias colecciones de cuentos infantiles –entre ellas: *Tardecita con alas* (1979), *Tierra en la piel: cuentos y relatos* (1984), obra seleccionada para la colección latinoamericana de la editorial “Plus Ultra” (Buenos Aires, Argentina) y *Cascada de sueños* (1986)–, *La gran velada* (1985), una antología de seis obras teatrales para niños, y dos poemarios: *Balada de canto y musgo* (1989) y *En la habitación de los temblores: poemas para fechas, días y momentos* (1990). En 2008 dio a luz un libro de relatos de sus memorias: *Resquicios de un pasado peregrino*. De más reciente publicación es *Antología de la literatura infantil y juvenil* (2009).

UNA RABONA TELEVISADA

Yo soy Taqui un perrito medio pequinés. La verdad que mamá Pequi se casó con papá FEO, no era de raza, pero tan bueno el pobre. Decía mamá que cuando el casamiento, se armó tal lío y que mis abuelos se mordían la cola durante la ceremonia un poco por rabia y otro por tristeza.

La verdad es que abuela Pequinesa era de esas copetudas que vestía siempre de seda en verano y en invierno de pana y terciopelo, con estola de piel y todo.

Bueno para qué hablarles de lo que pasó tanto tiempo. Yo vivo en la calle 15 de Agosto, éramos tres hermanitos, a cada uno de los otros se lo llevaron a otras casas. No supe nada de ellos y papá murió muy joven, y la pobre mamá no pudo aguantar una operación de apendicitis, también se nos fue.

En la vecindad viven otros perros. Algunos que apenas asoman las narices a la tardecita, en el umbral de las casas.

Les quiero mostrar a Dolky. ¡Es de creído! Siempre perfumado y con la cola lustrada. ¡Qué les digo de Turrina! Esa sí que es una bataclana, usa pollerita de lana cuando hace frío. ¡Qué risa! y todavía es a cuadros y tableada. Cómo tiene las piernas finas... y es bastante... ja... ja... ja... Me muero de risa. ¡Que bataclana! Parece una cigüeña regordeta.

Pero si lo conocieran a Raqui, ese es un perro de verdad. Les digo que es flaquito, peladucho, pero macho. Nos fuimos a la misma escuela durante seis años, ustedes saben lo que es eso, todos los días me tocaba el timbre, un ladrido y yo salía. Íbamos al trote a la escuela. Éramos tan socios que en casa nunca lo supieron. ¿Qué? –Se lo voy a contar. No dejamos un timbre sin sonar en cada casa. Cuadra por cuadra y si no había timbre, ladraba Raqui o Yo, pero si aún nos antojaba ladrábamos a dúo. Y lo hacíamos tan bien. ¡Qué risa!

Un día nos llevamos tal susto, nos pareció que nadie estaba en la casa. Es de esas que tienen jardín adelante y con ligustrina con muro.

–gua... gua... gua... dijo Raqui

–gua... gua... gua... dije yo

Nada, silencio. Entonces nos dispusimos a entrar a explorar la casa. Claro, ese día hacíamos la rabona, en la escuela. En la escuela nadie lo sabría, creíamos nosotros. Bueno yo di un empujón con la cola, no se abrió, Raqui otro con la nariz, que de verdad... la tiene tan grande. Pero tampoco... –¡Bueno, me dijo Raqui, ¡tengo una idea genial! Ahora al

mismo tiempo contemos hasta tres y nos largamos sobre el portón. Y zas se abrió de par en par. Entonces Raqui iba adelante husmeando y yo le seguía, la verdad es que yo le tenía fe a Raqui. Recorrimos la casa, primero el piso bajo. ¡Qué living! ¡Qué comedor! Y luego a la cocina. Allí abrimos la heladera, cominos salchichas y como postre un asado helado. Cuando estábamos en lo mejor sentimos llegar unos ladridos de perros que se dirigían hacia el patio.

—¿Qué hacemos? Le dije a Raqui, y como él era una máquina calculadora para salir de apuros.

—Tranquilo, me dijo, mientras esos ladran por el patio, nosotros salimos por el living... Y así lo hicimos... pero al salir nos encontramos con los dueños de casa, nos miraron con asombro, la señora alcanzó a decir:

—¿Y estos de dónde salen?

—De tu living, le dijo Raqui en voz baja, y salimos ladrando. De allí ¿adónde iríamos?

—Vamos a la escuela, dije todo torpe.

—¿Quién te recibe a esta hora?, dijo Raqui. Tranquilo, tranquilo. Ahora nos iremos al parque Carlos Antonio López, allí seguiremos nuestras vacaciones... hasta que sea la hora de salida del colegio, lo digo por tí, porque yo puedo volver a casa que el cascarrabia del almacenero no se dará cuenta.

—Sí, le dije, tengo que volver a más tardar a los 15 minutos después de la salida. Bueno, nos pusimos a recorrer el parque, jugamos, ladramos a pulmón abierto. Por allí estaban dos ancianos sentados.

—¡Fuera perros vagos! nos dijo el anciano.

—Vagos serían ustedes viejos pelados, les contestó en voz baja Raqui.

Pero nos retiramos. No queríamos líos y menos con viejos. Una ronda de niños alegraba la sombra de un inmenso tayí, nos detuvimos, teníamos ganas de participar de las canciones; pero al ladrar podríamos ser descubiertos porque un poco más allá estaban sentadas unas vecinas.

—Vamos a la parte baja, le dije. Allí no nos verán esas chismosas. Nos fuimos bajando, nos detuvimos ante un heladero, ¡qué ganas de tomar

helados! Yo apenas tenía 5 guaraníes, y Raqui ni pensar, no tendría nada. Me tragué saliva y seguimos viaje. Allí nomás unos niños dejaron restos de su merienda. Nos “morfamos” como dos hambrientos y lo éramos de verdad.

–Allá está el canal de televisión me dijo Raqui.

–Magnífico, le contesté, es la hora de empezar la transmisión.

Nos meteremos entre la gente y zás en el estudio directamente.

–¡Qué idea hermosa!, por primera vez en el estudio de televisión.

Íbamos bajando,.

–Imagínate todo lo que disfrutamos esta tarde, en la escuela hubiéramos estado bostezando –comentó Raqui.

–Lo simpático es que la gente de casa no se darán por enterados.

–Claro, dijo Raqui, allí con las puertas bien cerraditas nadie se enterará, quedará el secreto entre los dos.

Llegamos al canal, los operarios caminaban de un lugar a otro. Los locutores leían sus noticias, se cambiaban los muebles, se instalaban decorados. Todo para nosotros era maravilloso. Alguien advirtió nuestra presencia.

–Qué hacen aquí estos perros. Trató de patearnos, a Raqui le alcanzó la cola. Pero él no ladró, era demasiado inteligente para hacerlo. Lo miró mal, cerró los ojos, levantó una patita y se quedó como una estatua. Por fin dejaron de entrar y salir.

...Un hombre apuntaba hacia nosotros la cámara, ¡no! era hacia los niños artistas que debían actuar.

Estaban disfrazados de animales, habían zorro, sapo, gato y hasta perros. Nosotros nos aproximamos más a los perros para disimular. Todo está listo.

Anunciaba el programa “Una tarde en el zoológico”. Sin darnos cuenta aplaudimos; ¡pero no se pudo escuchar porque en eso cayó un tambor al suelo e hizo un ruido fenomenal!

Cada animalito decía su parte, nosotros nada, no formábamos parte del teatro, sin embargo el cameraman, nos alumbraba con insistencia. En eso me acordé que en casa todos ven el programa desde las 5 de la tarde.

—Jesús, me dije. Estoy listo; de seguro que ya me habrán visto...

—¿Qué?... Me dijo en voz baja Raqui.

No le contesté, seguía mirando lo que ocurría a mi alrededor.

Por fin todo terminó, hubo un barullo enorme, los niños salían con sus ropas colgadas en la mano, mientras que las mamás recogían las carteras.

Nosotros salimos corriendo. Cuando llegué estaba mi ama parada junto al portón.

—Muy bien Taqui, ¡que bien salió la dramatización de tu grado!

Yo no dije nada, entré calladito.

—¿Por qué no ladraste? ¿O se te olvidó lo que tenías que decir?

Di unos ladridos de contento. ¡Se tragaron la píldora!, me dije. Moví la cola y fui entrando a la cocina con ganas de comer algo. Sin duda alguna, mi rabona había sido televisada.

* * *

UN TREN ESPECIAL

Llegué hasta el nuevo ferrocarril. Yo tenía que tomar el vagón número 7 para ir a mi pueblo, pero me equivoqué, y abordé el coche que correspondía a los animales. Me metí en él ya cuando la maquinaria se sacudía y la pitada anunciaba la partida, advertí lo que estaba ocurriendo, pero ya no podía hacer nada. Me acomodé en un asiento vacío y a mí alrededor ocupaban como doce lugares un par de conejos con una docena de críos.

En los asientos de atrás y adelante iban inquietos monos, bulliciosas cotorras, unos venados gemelos que al parecer estaban enfermos porque la mamá los acomodaba en su regazo por turno riguroso.

Más allá, un perro lanudo se ponía a estornudar.

El tren iba tragando distancias por las ventanillas se observaba el ondulante paisaje donde colinas y llanuras eran intercaladas por brillantes

lagos. Arroyos tajantes parecían labios abiertos en la espesura de los bosquecillos.

El sol volvía más majestuoso el paisaje, cubriendo con su rayo dorado las siluetas de los árboles y los cerros.

Los conejitos, todos muy juiciosos, se paraban sobre los asientos para disfrutar del panorama. Mamá coneja acomodaba la canastilla de las meriendas debajo de los asientos, papá conejo llevaba agua fresca en un recipiente brillante.

—No salten tanto, ni saquen mucho la cabeza por la ventanilla. El viento puede arrastrarles —observaba la mamá. Y por rato las diez cabezas se metían un poco más adentro.

—Miren esa garza blanca, parece de nieve—, comentaba Conejiña que siempre fue parlanchina. Conejín dejó su revista y se fijó también un rato, luego siguió leyendo. Era entre los hermanos el más serio y más dedicado en sus estudios.

—Aquello con plumaje rojo es un papagayo. Fíjense en el pico, qué grande lo tiene —comentó Conejiña, quien sin duda estaba haciendo de relatora. Nuevamente las diez cabezas salieron a la ventanilla.

—Cuidado —gritó la mamá.

En los demás asientos había igual alboroto, claro, unos más curiosos que otros. Solo los venados gemelos continuaban en silencio. Me levanté, comencé a caminar, aquello era una selva viva y ambulante, pero los animales eran muy civilizados respetuosos y atentos.

Como yo estaba perdido y no sabía a donde iba, quería tomar relación con los pasajeros para saber qué harían después. Pero quiero confesarles que no tenía miedo ni premura por volver. Sabía que lo pasaría muy bien.

—¿Están sus chicos enfermos? —le pregunté a la mamá de los venados.

—Sí, los llevé al veterinario, les tomó una fiebre de casi dos semanas y están con un poco de tos. Ahora están tomando este jarabe y les señaló un frasco bastante grande.

—Ya mejorarán —le dije, dándole una palmadita en el hombro.

Luego conversé con otros pasajeros que no dudaron en dar respuestas a mis curiosidades. Lo cierto era que todos se mostraban complacidos de charlar conmigo.

En eso una cotorra se puso a gritar: ¡Atención! ¡Atención! Antes del almuerzo escucharemos unas canciones, a fin de entretenernos.

—Bien, muy bien —decían todos.

—Esto es costumbre en el tren de los animales —me confesó la madre de los venados—. Ya lo escucharé. Lo pasará muy bien. Claro que a veces hay que aguantar algunos desubicados —dijo y acomodó mejor a sus venaditos.

Los intérpretes se ponían de pie y la señora lechuza los presentaba con mucha ceremonia, dando un historial sobre cada artista. Una melodía y otra se dejaba escuchar siendo más aplaudidas las del ritmo ligero.

Y para matizar más la tertulia, la misma lechuza decía poesías de su autoría.

Los pasajeros siempre respetaban a esta señora y nunca ponían en duda lo que decía.

Cuando terminaba la parte formal unas cotorras entrometidas comenzaban a cantar estos estribillos:

“Que se va, que se va el tren,
que se viene que se viene el cajón,
trayendo pedazo de queso,
lechuga y mucho pastel.
El almuerzo empieza
Y todos a comer”

En un abrir y cerrar de ojos saltaron de la valijera de abajo, y de arriba canastillos, cajas, viandas, paquetes, que se abrían haciendo sentir su apetitoso olor a comida casera.

Los conejos se pasaban sus zanahorias y lechugas y los dientes hacían su “cris”, “cris”, en ritmo cadencioso.

Aquello era un comedor muy original y el menú de lo más variado, al poco rato comenzó el convite.

–¿No le gustaría un poco de lechuga?

–Gracias, es usted muy amable.

–Le vendría muy bien para sus venados un poco de leche. Sírvase, señora, y déselos.

–Gracias –decía la mamá. Les ofreció a los venados, pero estos no querían probar un trago, se sentían cansados.

–Tómela usted, insistió, el viaje es aún largo.

Y se bebió la leche que contenía el vaso. Le vino muy bien, porque todo lo hizo en 24 horas sin descansar: viajar, ir al veterinario, comprar los medicamentos y regresar de nuevo. Y como sucede a todas las mamás, con la preocupación olvidó probar un poco de alimento.

Realmente, por un buen rato no se escuchó palabra. Todos estaban ocupados masticando, o bebiendo algo. De vez en cuando una charlita con el compañero de enfrente y alguna que otra risa, un bostezo contagiante y luego el silencio.

Todos se preparaban para dormir. Tanto disfrutaba ese viaje que había olvidado preguntar a dónde íbamos y cómo haría para regresar a la ciudad. Observé con cariño que una oveja daba de mamar a su cría y que con una pata le acariciaba la cabecita. Las otras ovejas dormían su siesta, que se hacía cada vez más agradable gracias a la brisa que entraba por las ventanillas.

El tren seguía su camino con la obediencia ciega del que es leal a su trabajo.

De pronto una frenada brusca, así en seco, sacudió todo el vagón y los pasajeros se esparcieron de aquí para allá. Los equipajes tirados. Algunos animales gemían, lloraban. Las mamás preguntaban: ¿No vieron a mi hijo?

Otra desde el suelo contestaba: –Aquí lo tengo.

Los venaditos estaban en el suelo, pero la mamá muy rápida ya los acomodaba nuevamente en el asiento. Hubo algunos heridos. Menos mal que en el vagón viajaba una mamá que por mucho tiempo fue enfermera de una veterinaria. Sacó su maletín de primeros auxilios y comenzó a vendar y poner tarabillas a las patas rotas. Poco a poco cada cual se fue acomodando con su familia.

El tren estaba inquieto. Salí a explorar para saber qué había ocurrido y allí observé a una vaca muerta en medio de la vía., y aunque el motorman aminoró la velocidad, no se pudo evitar el impacto.

Mientras los pasajeros se acomodaban, ayudamos a retirar la enorme vaca.

Algunos vecinos vinieron a poner hombro para que todo resultara bien. Fue admirable el comportamiento. Cuando el guarda dijo:

—Quietos, todos quietos, tuvimos un percance pero ya lo solucionaremos. Les pido que queden en sus sitios, los más pequeños junto a sus padres. Nadie debe descender del tren.

Aunque llenos de curiosidad, no asomaron las cabezas por las ventanillas. Tal vez hayan estado aún asustados o seguían adoloridos por el golpe.

Por fin el tren recuperó su marcha. La tarde se prestaba aún para disfrutar del paisaje, que ahora, cobraba otro matiz. El sol comenzaba a esconderse. Y allá afuera las aves se acercaban a los árboles para asegurar su noche.

Los animales terrestres buscaban en los bosquecillos los huecos de los árboles para protegerse de las inclemencias del tiempo. En el vagón poco a poco se fueron prendiendo las luces.

Los pasajeros preferían leer, los pequeños jugaban con las patas, contaban adivinanzas e imitaban las voces de otros animales. El día estaba terminando. Las ventanillas dejaron de ser el espejo mágico donde los ojos llenaban toda curiosidad.

El tren seguía su ruta fijada. Nada ya lo detenía, había despedido al sol con una genial pitada. Y veía asomarse a las estrellas, para tachonar el

firmamento de mil ojos luminosos. Y la luna se dejaba ver solitaria, silenciosa.

El sueño se vino con todo, porque el susto y el cansancio hicieron caer las pestañas. Y todos, casi todos quedaron dormidos.

Al amanecer llegamos a la estación final; no lo hubiéramos advertido si no fuera por las pitadas del tren y las palmadas que daba el guardián.

—¡Llegamos a la estación final! A prepararse con los equipajes —decía el guarda.

Los animales comenzaban a desperezarse, los chiquitos se friccionalaban los ojos para abrirlos mejor.

Los mayores buscaban sus zapatos de los que se habían desprendidos para estar más sueltos durante el sueño.

Una cantidad inmensa de animales esperaban a sus familiares.

Con rapidez se vació el vagón, y cada cual tomaba relación con sus parientes. Se oían gritos de alegría.

—Aquí estamos papá —decía una que había viajado con la madre. Y allí nomás besos y abrazos, derecho a casita.

El papá de los venaditos los esperó con un carro. Corrió a traer a sus pequeños. La mamá cargó con uno y el papá con otro, los llevaron al carro.

Cuando quise mirarlos solo el polvo cubría la ruta.

Al poco rato todo quedó en silencio. La mañana estaba hermosa, yo estaba solo. Me acerqué a la ventanilla donde decía “Boletería”, pregunté el horario de regreso a la ciudad. Faltaba poco. Adquirí el pasaje. Di unas vueltas por ese lugar. Respiré fuerte el aire fresco. Estiré las piernas que las tenía un poco entumecidas. Traté de asearme en un arroyuelo cercano. Me mojé la cara, los pelos. Me peiné. Estaba listo. Llamó mi atención que ningún pasajero esperaba el tren. Me pregunté: “¿Seré yo el único que viaja”?

Pitó el tren por primera vez y una multitud de aves venían desde los árboles cercanos, otros tantos animales estaban debajo de los troncos, de las maderas estacionadas y apresuradamente abordaban el tren.

Buscaban sus asientos preferidos, ya todo estaba copado. Yo me ubiqué en un asiento que daba a la ventanilla, me acomodé tranquilamente. Como no tenía equipaje todo fue más fácil.

El tren ya había salido y habíamos recorrido un buen trecho.

Me acomodé mejor, estiré las piernas y en eso sentí que los pies se me enredaban con algo. Me agaché y vi brillar unos ojos pícaros.

—¿Ya llegamos, amigo? —me dijo un viejo compañero de viaje que quedó dormido y olvido de desembarcar.

—Ya estamos de regreso nuevamente —le contesté algo burlón. Y muy tranquilo se acomodó nuevamente para seguir durmiendo. No tenía nada de que arrepentirse, parece ser que estaba acostumbrado a que eso le sucediera.

Yo me puse más cómodo, me desprendí los zapatos, desabroché la camisa y abrí de par en par la ventana para que el viento refrescara mi sueño. El tren daba su pitada triunfante. Di unas vueltas, puse mejor la cabeza, la apoyé sobre el respaldo.

Cuando todo estaba tranquilo, sonó la alarma. Me sacudí, tiré las sábanas. Ya era tarde. Llegaría con atraso al colegio. Nuevamente el reloj hacía sentir la alarma.

Me había quedado dormido, profundamente dormido.

* * *

LA GOLONDRINA SUBIÓ AL CIELO

Pepe recibió con alegría la golondrina que le habían regalado.

Su tía apareció tan pronto lo supo, porque tenía en su casa una jaula dorada que no se habitaba.

El niño no se percató de ella, ni le asombró el brillo del futuro hogar de la golondrina.

Para él solamente existía ese maravilloso amigo, que desde hoy sería su compañero. Y lo fue, era la admiración de todos y hasta los adultos se entretenían mirándola.

Pasó el tiempo, pero algo ocurría en la jaula dorada.
Ya no hubo trinar y la tristeza reinaba en ese hogar.
Pepe enfermó. Una fiebre alta le torturaba.
Vino el médico y no encontró causa del mal.
En otra visita no lo encontró en su dormitorio, estaba frente al castillo
de oro, quieto, silbando una melodía como serenata de despedida.
Abrió las puertas de ese falso castillo y poco a poco la golondrina
levantó alas, paseo por la jaula, y luego, sin esperar más, se largó al
espacio. Sintió distinta la brisa, levantó los ojos al cielo y emprendió su
vuelo hacia el infinito.
Cada vez más alto, cada vez más fuerte...
En el rostro de Pepe no había tristeza.
Sólo gritaba, vete más alto... más... acércate al cielo...

* * *

ESA MUÑECA

Esa muñeca no la puedo olvidar, me la trajo la tía Mabel, de vuelta
del paseo como una recordación.
¡Qué bella, era de cartón prensado, pintado los labios en rojo y los
ojos en marrón!
Por la noche dormimos en el mismo lugar; yo aquí ella allá juntas las
dos y dispuestas a soñar.
Al amanecer me levanto a mirar si la picarona ya se puso a despertar.
¡Claro!, es cumplidora y dispuesta a ayudar. Cara limpia porque con un
plumerito me pongo a limpiarla, sacando los polvillos y luego a jugar.
¡Cómo extraño a esa muñeca que supo jugar sin molestar!
La llevo conmigo en mi corazón. Por eso amo a mi muñeca nueva,
que me regaló mi madrina Isabel. ¡Más bella la otra, claro! Pero esta me
divierte también.

La tengo conmigo en la cuna del patio y cuando vienen las niñas del barrio trayendo sus muñecas, me parece que la mía es la mejor, porque la amo, porque es mi compañera.

Pensando un poco también, me gusta la muñeca negra de María y la rubia de Raquel... La pelirroja que canta regalo de mi prima Maria Nidia con quien juego también. Y... sigo pensando... buena falta me hará un carro para pasearlas... ¡Eso!... Le pediré a mis abuelos y todos juntos saldremos a disfrutar.

* * *

EL PRIMER RAMILLETE

Cuadro escénico patrio

Interior de la vieja casona de la época. Sobre lateral derecha del espectador una puerta que comunica al interior. Al fondo (foro) puerta calle y a su costado izquierdo un enorme ventanal con rejas. Hacía lateral izquierda –siempre del espectador- pared cerrada. Pegada a ésta: una mesita sobre la cual descansa un nicho adornado con flores, dos (2) sillas y si posible fuere un reclinatorio. Casi en el centro de la escena una pequeña mesa y sillas.

PERSONAJES

Juana María de Lara: Joven, bonita, viste ropa de calle de la época. Larga mantilla sobre los hombros, vaporoso traje de sobrios colores.

Rosa: Diez y ocho años. Es la sobrina de Juana María de Lara. Viste con mucha elegancia, pollerón, chaqueta, peinetón y mantilla.

LA ESCENA VACÍA AL DESCORRERSE EL TELÓN. ES DE NOCHE. ENTRE BAMBALINAS (AL FONDO) SE ESCUCHA LA VOZ DEL PREGONERO NOCTURNO.

Pregonero: ... Las 11 y sereno...!!! ... Las once... y silencio...!!!...
 (A poco por puerta calle entra Rosa Sigilosamente. Ya en la sala luego de observar detenidamente sus rincones llama)

Rosa: Tía...!!! ... Tía...!!! (Se acerca a puerta lateral derecha llamando hacia el interior)... Tía... (nadie responde) ... Nadie y a estas horas... (vuelve al centro) ... Entonces... No puede ser... Acaso todo lo dicho por la señora Ursula sea verdad... (Demostrando inquietud y nerviosismo se ubica en una de las sillas muy cerca de la puerta que da al interior) Y yo aceptando y cumpliendo sus mandados, sus consejos y darme cuenta mezclada en sus andanzas... (Pausa) de pronto se abre una hoja de la puerta de calle. Aparece Juana María de Lara. Se la nota nerviosa y cansada. Algo teme. Alguien está en la calle.

Juana M.: (Hacia la calle) ... ¡¡Que Dios ayude valiente Capitán!!... (Cierra la puerta y como vencida por el cansancio descansa sobre ella)... Qué noche... Dios mío...

Pregonero: ... Las once y cinco... y sereno...

Juana M.: (Corre presurosa hacia la ventana)... Independencia o muerte... (Se acerca al nicho)... Padre: Tú que todo lo has dado, hasta la vida misma por nosotros... Ten piedad... ¡¡...Por justa y noble haz que nuestra causa no sea manchada con la inocente sangre de nuestros hermanos... ¡¡¡... Padre... Yo también como tantos he dado mi palabra... Dame más valor y más fuerza...

Rosa: (que había pasado desapercibida se incorpora bruscamente)... Tía... ¡¡¡...

Juana M.: (un tanto sorprendida)... Rosa... ¿Pero estabas tu aquí...?... ¿Y qué hay de recado que te entregara...?

Rosa: (con voz entrecortada)...Lo recibió el propio Sr. Colmán... Dijo que... todo estaba bien... que te esperaba a

la hora convenida... (se contiene, quiere llorar, agacha la cabeza)...

Juana M.: Rosa... hijita mía... ¿Qué te ocurre...?

Rosa: Nada... tía... nada...

Juana M.: ¿Y esos ojos gachos cuando hablas...?... Es que acaso te he ofendido sin querer...? Vamos no seas tonta arropate bien y a dormir.. El frío de la calle te ha sentado mal...

Rosa: No tía... nada de eso...

Juana M.: Rosa... Tú sabes cuánto te quiero. No me ocultes nada... no quiero verte mortificada...
 Qué no daría por hacerte feliz.. No olvides que nunca me has guardado temor o miedo y que he jurado a los pies de tu padre, mi querido hermano, hacer lo imposible porque nada te falte a mi lado... Algo te inquieta...

Rosa: ... Doña Ursula me dijo... (se contiene)...

Juana M.: ¿Qué te ha dicho la Sra. Ursula...? Vamos, dime... ¿qué te dijo..?

Rosa: Me ha hecho dudar de ti... haciéndome unas preguntas muy raras.

Juana M.: ¿Dudar de mí...?... ¿... Dudar de qué...?

Rosa: De tu comportamiento tía... Que noche tras noche veían con estupor entrar y salir de esta casa a hombres de misteriosas capas... que tú también salías con ellos... que hablaban en voz baja... y... que tú también ibas a visitarlos...

Juana M.: ¡¡¡Cobardes!!!... ¡¡¡Maliciosas y cobardes!!!

Rosa: ¿Solo eso me dices tía...?..¡¡No te da vergüenza...? Tú que me has enseñado siempre a mezquinar el honor como lo máspreciado...??!!... Y ahora de lo que la calle dice y repite... nada te preocupa..??!!...

Juan M.: ...El honor... Mira Rosa... Tal vez tú también no me comprendas pero ojalá no te apresures a condenarme como

esa señora “dona Ursula” cuyo ideal está hecho de chismes y de groseras presunciones...

Rosa: Todo lo que quieras tía... Pero hace un instante te he visto entrar tan nerviosa y decir no sé que cosas a no se quien ahí en la puerta... y luego esas idas con recados apresurados a la casa del Dr. Colmán... y ese decir en la ventana de... “puede ser a las ocho”... en el lugar acostumbrado... ¿Quieres acaso que después de todo esto siga creyendo en ti como ayer... Que esté tranquila y no dude de ti...?

Juana M.: Sí Rosa... a pesar de todo eso ansío que vuelva en ti la tranquilidad y que no dudes... No tardaré en hablarte como quisiera hacerlo ahora... Y bien querida... mírame en los ojos... ¿Ves acaso en ellos temor o vergüenza...? ... Segura estoy que no... Muchas veces hijita la vida no es otra que la misma tierra que nos sirviera de cuna, nos exige no solo el honor sino la propia existencia. Ahora no puedes entenderme mucho... Si por lo que has visto o escuchado dudas de tu Tía Juana María estás dudando de tu propia existencia... A estas horas centenares de valientes como en la noche navideña están en vela preparando un gigantesco pesebre... La patria les ha exigido ese sacrificio y segura estoy que más tarde les ha de exigir otros... Ellos no han dudado... Tú tampoco dudarás cuando a ti recurra... Habrán dedos que te acusen, lenguas que difaman... pero sobre todas esas cosas se elevarán los brazos potentes de nuestros hermanos de sangre clamando y conjugando el verbo de la libertad.

Rosa: Parece que comprendiera todo ti...

Juana M.: Aún no Rosa... cuando el aire que respire llegue limpio a tus pulmones... cuando la sombra de los árboles se te haga tibia y te invite al descanso, cuando sobre la tierra

roturada por tus propias manos recibas en su seno las semillas de tus inquietudes y esperanzas y veas germinarlas en verdes y potentes brotes, cuando en las rejas de estas viejas ventanas escuches la serenata amante con notas arrancadas de nuestros propios montes y nuestras propias selvas... entonces, entonces Rosa comprenderás... y ya no dudarás de mí... (Se escucha una clarinada... Las campanas suenan)

Rosa: Algo que ocurre ti... (se acerca al ventanal)... El vecindario corre tía...

Juana M.: ¡... Bendito sea Dios...! Rosa corre tú también a traer el ramillete... Lo he dejado en el patio... (Sale Rosa. Juana M. se arrodilla frente al nicho. Vuelve Rosa con el ramo de flores rojas, blancas y azules)

Rosa: ¡Qué precioso ramillete, tía!...

Juana M.: Este ramillete lo he preparado con flores que yo misma las he cuidado en un pedazo de tierra de esta misma casa y quiero que sea mi presente, el más humilde y modesto, para aquellos valientes que han hecho de nubes, cielo y sangre un pueblo libre y soberano... Sí... para el Capitán Caballero, para Iturbe, Molas, Bogarín, Yegros, Francia... para este nuestro pueblo de hoy, de mañana y de siempre... (Ambas arrojan las flores al público mientras suenan las primeras notas del himno patrio).

FIN

* * *

MI LIBRO

Estante cargado
de toda la historia,
mucho de ciencias,
otro tanto de leyes,
matemática abundante,
fórmulas químicas
y tantísimo de literatura
conforman mi hogar,
que da al libro
su bello sitio.
No estoy solo nunca,
aunque lo estuviera,
porque en cada libro
yo encuentro
respuestas y ansias
para proseguir.
Mucho he aprendido
mucho que me queda
aún por leer
por eso el libro
es fuente constante,
manantial inagotable
que puede llenar
de gratas sorpresas
y de mucho saber,
a quien llegue a leer.

* * *

ABUELITA

—¿Cuánto me quieres?

—No sé decirte

niño del alma

—¿Más que a tu hijo?

—No sé decirte

niño curioso.

—¿Tal vez me quieras

más que a los otros?

—No sé responderte

niño travieso

Solo quiero que sepas

que me tienes loca

con tus preguntas.

Y, yo... a estas horas

no puedo sacarte

cuenta, porque me equivoco.

Sólo te digo

nieto del alma,

que te amo tanto

y sin ti no puedo

vivir un día.

¡Nieto del alma!

* * *

AÑO NUEVO

Por el camino estrellado
va llegando el año nuevo
con alforjas vacías
para llevarlas cada día.
Racimos de flores aún perfuman
el ambiente cocotero
y los tres Reyes Magos
ya regresan a la alcoba
para esperar otro año,
trayendo gratas preseas.
Hagamos desde ahora
de nuestra voz
un canto,
de nuestro gesto
una sonrisa
de nuestro anhelo una dicha,
y todo el año que iniciamos
nos brindará su aliento
para sembrar de flores
los caminos transitados.

* * *

INDIO

Rostro taciturno
mirada transparente
sonrisa apagada
pies encallecidos
por el tiempo,

en el largo peregrinar
de los siglos
Indio
largo sueño
de una raza
que se extingue,
sin perder
su identidad
Indio
deambulas nuestras calles
para recordarnos
que venimos de ti
y a ti te debemos
esta tierra que es tuya
y nos la cediste
por generosidad
Indio, hermano
eres origen
de nuestra heredad,
historia viva
de una raza
que es orgullo
de nuestra nación.

* * *

AMIGO

Te conocí, no sé cuando
ni donde
tal vez en el colegio
pero hace rato

que eres el hermano
que yo elegí.
Hay entre tú y yo
un imán que acerca
cuando necesito
abrir el corazón.
Si estoy contento
me alegro que tú lo sepas.
Y si tengo rabia
no estallo en llanto
hasta que tú me escuches.
Amigo, hagamos un pacto
de fidelidad.
Tú y yo en las buenas
y en las malas,
sin claudicar.
Amigo siempre, siempre hermano
sin declinar.

* * *

MAYO

Cuando la aurora
levanta el telón de la noche
y el arado abre surcos
de esperanzas nuevas,
la patria emprende su marcha vital.

Cuando las aulas
se pueblen de risas de infantes,
el himno en sus versos

en marcha triunfal,
la patria se proyecta fuerte y altiva.

Cuando en cada hogar,
al llegar la noche
se musita la oración
al Padre Nuestro,
la patria se fortalece.

Cuando suenan clarines
repican campanas
y se visten las calles
de la tricolor bandera,
la patria está de fiesta.

Mayo le presta su brisa suave
el sol le da su aureola.
La palma y el olivo su incienso
y mil aves repiten
el dulce trinar.

¡Qué bella es la siembra
de la libertad!

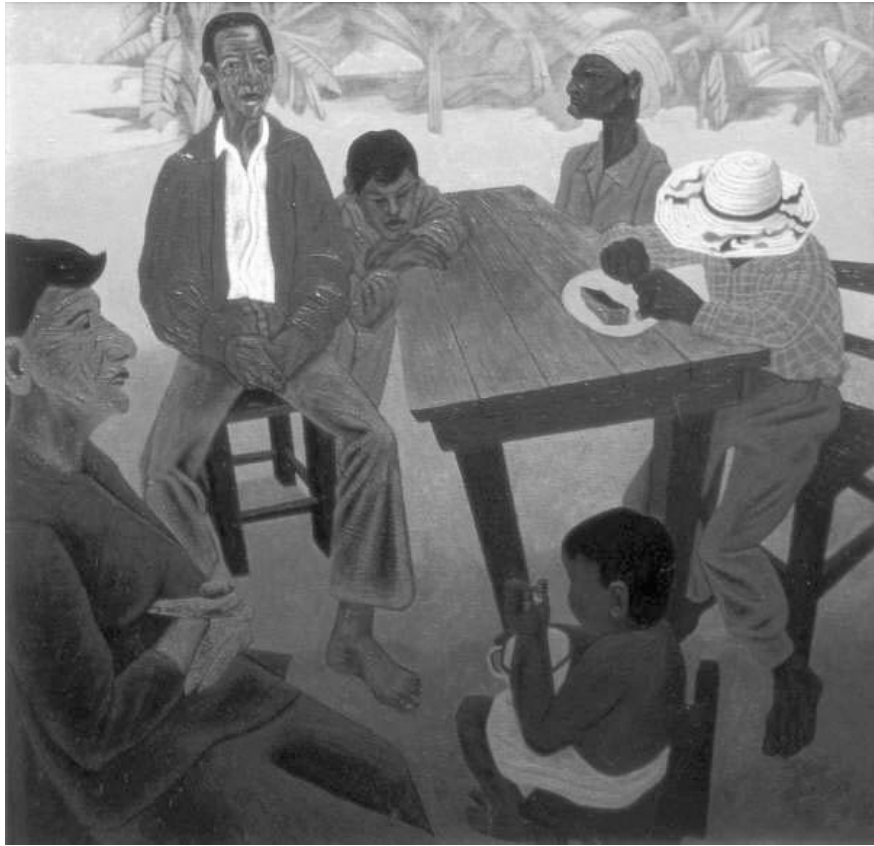
* * *

LIBERTAD

Si me falta el pan,
buscaré la hostia.
Si me quitan el abrigo,
hallaré otra manta.

Si me prohíben la palabra,
encontraré cómo expresarme.
Si me niegan el canto,
las aves me prestarán
su trinar.
Pero, si me quitan
la libertad,
me dejarán sin aire,
sin agua y sin luz.
Ya no habrá razón
de existir.
Entonces iré
detrás de ella,
hasta lograrla.
y si la tengo,
no dejaré
que me la quiten,
porque no se puede vivir,
sin ti.
¡Libertad!

DE: *Antología de la literatura infantil y juvenil*, Asunción, Paraguay,
2009.



“La porción de sopa”, Óleo sobre lienzo, 100 x 100 cms. 1992.
Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar.

RAÚL SILVA ALONSO

(Asunción, 1946)

Cuentista y novelista. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), presidente de la Academia Literaria de Ex-alumnos del Colegio San José, fundador y director de la revista *Donna*, Raúl Silva Alonso dirige el “Club del cuento” del Club Centenario y ha publicado hasta la fecha dos libros de cuentos: *Volver a vivir* (2004) y *Algunos cuentos asombrosos y un microcuento* (2006); y dos novelas cortas: *En Tacumbu* (2006) y *Según pasan los años* (2007). Es autor, además, de dos cuentos para niños. En 2003 editó el poemario *Desbaratando encajes*. También ha hecho adaptaciones infantiles de obras de la literatura universal (2005) y de cuentos de autores paraguayos en (2006). Fue merecedor de algunos premios importantes, entre ellos el Primer Premio del 8º Concurso de Cuentos del Club Centenario en 2002 y el Segundo Premio de Cuentos, Coomecipar (Cooperativa de Médicos del Paraguay) en 2006.

EL PUENTE

Había otro mundo. Había otra clase de vida.

Ahora estaba seguro de eso. No era todo lustrar zapatos en la calle y recibir golpes en casa.

Cuando se fue Cipriano, el anterior hombre de su madre, pasó varios meses tranquilos. Por lo menos nadie lo zurraba ni se mofaba de él. Ahora, éste, Calixto, era peor que el otro: se emborrachaba desde más temprano, y como los anteriores, se divertía burlándose de él y dándole coscorrones o cintarazos según soplaran sus vientos interiores.

Y hasta su madre tenía con él menos paciencia que antes, cuando la tenía a veces, lo cual ya era mucho decir, porque si hubiera tenido alguna virtud, la paciencia ni la compasión era alguna de las que pudiera ufanarse.

No. La madre de Fede no era una persona virtuosa. Nacida en la miseria, la violación de la que fuera objeto a los trece años, dejando como consecuencia aquel hijo defectuoso, no contribuyó en nada a que encarara

la vida con espíritu animoso ni con valentía. Más bien, la hundió en abyecciones en las que el que pagaba los platos rotos era aquel niño demasiado inteligente para su gusto, siendo un deficiente como era.

En consecuencia, el trato del que era objeto, por su madre primero, y luego por los compañeros de cama de turno, rozaban y a veces sobrepasaban el límite de la crueldad. El instinto maternal sin embargo, se hizo sentir a veces en los primeros meses y años de la vida de Fede, en los que recibió toscos mimos, aunque un poco de cariño, al fin.

A medida que fue creciendo y su inteligencia se desarrolló exageradamente, como para suplir sus deficiencias físicas, sin pretenderlo, el niño resolvía los pequeños problemas de orden práctico que se suscitaban con el simple transcurso de sus vidas elementales. Esto, en lugar de llenar de orgullo a su madre, la iba cargando de resentimientos que sobrepasaban su comprensión y descargaba en la inocente criatura.

Por eso y por holgazanería de la madre, el que cargaba con la mayoría de las tareas propias de la supervivencia era Fede, con una habilidad natural para desenvolverse en lo que fuera. Ella se dedicaba a dormir durante el día y a comerciar pobremente con su cuerpo por la noche. El alcohol ya había llegado y la droga no tardaría en llegar.

Tampoco era infrecuente que la mujer se encaprichara por temporadas con alguno que, de cliente ocasional, pasaba a ser amante traído al rancho cercano al río, a compartir su miseria y su desprecio por el hijo defectuoso.

No es posible saber si la llegada de otros hijos –de ser éstos deseados y frutos del amor– hubiera aliviado las miserias de la pobre mujer. O por el contrario, hubiera aumentado su inconsciente empeño de autodestrucción. Tampoco ella lo sabría nunca, pues aunque los deseó, esperando hijos sanos y fuertes que la ayudaran en su vejez, no tuvo ninguna oportunidad. Eso acrecentó su frustración y mala disposición hacia el hijo defectuoso que, sin embargo, tanto la ayudaba ahora.

Sin saberlo ella ni tuviera ocasión de opinar, el médico que la asistió en el parto de Fede en la Cruz Roja, se atribuyó la libertad de decidir, y en

un arranque de furia y compasión mal entendida, hizo una ligadura de trompas con la intención de prevenir futuras eventualidades en aquella madre casi niña.

Para Fede se iban multiplicando las tareas. Era quien encendía el primer fuego del brasero por la madrugada y quien preparaba y cebaba el mate en los días de frío. Daba de comer a las gallinas y barría el piso de tierra por iniciativa propia. Y viendo lo que hacían otros niños de las cercanías, se consiguió los elementos necesarios para dedicarse a lustrar zapatos en el centro de la ciudad, en las horas diurnas, en las que su madre, por lo general, dormía recuperándose de los ajetreos de la noche.

A veces la vida le resultaba pesada. Pero como él no conocía otra hasta que ocurrió **aquello**, le parecía asombroso que los demás tuvieran tiempo de jugar fútbol u otra cosa y aún tuvieran ganas y ánimos para reír por nada. También tenían como él nueve o más años, y sin embargo muchos de ellos no trabajaban.

Fede había comprendido el valor del dinero y que era trabajando como se lo obtenía. La ley natural escrita en las conciencias, y en algunas, dormida o ahogada con el paso del tiempo y las indigestas penurias de la vida, en la suya había adquirido un grado superlativo, de manera que el engaño o la posibilidad de apropiarse de lo ajeno le era totalmente repulsivo y antinatural.

En vano intentaron los chiquilines de su más o menos próximo entorno complicarle en sus raterías y trapisondas propias de la calle. Con lo cual se sumaron al coro de los que se burlaban de él o lo despreciaban, llegando a la conclusión de que el renguito, además de sordomudo, era tonto.

Fue creciendo solitario por fuera y por dentro, entendiendo y dándose a entender a los demás por señas, cuando le era imprescindible.

Sin embargo, inexplicablemente, no había perdido una serena alegría interior, un asombrado gozo por la vida y un perseverante deseo de superarse y superar sus limitaciones. Aunque su cándida sonrisa fuera interpretada como una manifestación de simpleza que no le permitía asu-

mir la desgracia de su vida, su talante era siempre conformado y animoso.

Además estaban ellas. Las palomas. Ellas sí que eran sus amigas y lo querían.

Siempre guardaba para las palomas algo de lo más apetitoso del alimento que daba a las gallinas, además de manjares como restos de galletitas que recolectaba de los basureros de la calle.

Fue el día que cumplió siete años cuando el trato con ellas, de simple gusto y afecto cambió a íntima e incondicional amistad.

Una paloma, toda blanca ella, se acercó a comer de su mano. Luego de abundantes picotazos, lo miró largamente y le dijo...”gracias”...

Fede pensó entonces:

–Es como si hubiera escuchado. Si pudiéramos hablar... ¿cómo te llamarías...?

–Pali –escuchó que decía la paloma.

Escuchó, sí. Escuchó.

Sin salir de su asombro, pensó otra vez:

–¿Y tus compañeras? ¿La negra, la de plumas de muchos colores en el cuello, la blanca y negra?

Y volvió a escuchar dentro de él, mientras la blanca las señalaba con el pico:

–La negra, es Negri, la de colores en el cuello, que es argentina, se llama Iris, la blanca y negra es Para-í.

–Entonces... –dijo Fede– vos y yo podemos... ¿podemos hablar?

–Parece que sí. Sucede con alguna gente. Muy poca, a decir verdad. Y siempre son niños. O ancianos, que vuelven a ser niños.

La vida le cambió a Fede.

Lo mismo recibía golpes y burlas. Lo mismo no paraba de trabajar. Lo mismo pasaba frío o hambre. Pero ahora tenía con quien hablar. Tenía amigos.

Su capacidad para hablar con las palomas sin emitir sonidos ni mover los labios fue desarrollándose, y ellas fueron convirtiéndose en grandes compañeras que iban a almorzar con él cada vez en mayor número.

Lo asombroso del asunto es ¿cómo podría Fede pensar *palabras* para sus conversaciones con las palomas, si nunca había escuchado sonido alguno, de palabras, ni de nada?

Debía ser que pensaba emitiendo y recibiendo conceptos o algo así, como funciona seguramente la comunicación telepática.

Las palomas lo ubicaban en las plazas del centro acompañándolo mientras lustraba zapatos de transeúntes que no siempre pagaban. Él no decía nada -claro, qué iba a decir, se pensará, si era mudo. Pero se entiende la idea ¿no?-. Días después venía el mismo cliente, se lustraba y pagaba. Así era Federico y así eran muchos de sus clientes.

A veces, sus amigas palomas le pasaban el dato de algún bar o restaurante del que acababan de tirar sobras de comida en buen estado. Él iba a la dirección que le indicaban con su vuelo y recogiendo las sobras en bolsitas de plástico se pegaba grandes banquetes.

También cuando estaba escaso de clientela, ellas defecaban disimuladamente en los zapatos de algún lector de diarios sentado en un banco, convirtiéndolo en potencial cliente de su amigo Fede.

Otras veces que estaba solo, lo entretenían contándole lo que habían visto por ahí; cómo eran otros lugares: los campanarios, las casas de lujo, el interior de los apartamentos de edificios altos...

Así fue como se enteró de ese lugar muy lejos, al otro lado del río, donde vivían muchos niños como él, alguno de los cuales no hablaba con la boca.

Pero esos eran visiblemente felices. Se les notaba de lejos.

Les mandó decir algo con Pali, que entre todas las palomas, era su más íntima amiga. Ellos le contestaron. Él volvió a preguntarles cosas y ellos volvieron a contestarle.

Vivían -le hicieron saber vía palomas- en un orfanato para niños especiales atendidos por unas monjas que los trataban muy bien, los querían y los mimaban como seguramente debían mimar las mamás.

Comían, jugaban, no tenían frío en invierno, estudiaban y aprendían muchas cosas interesantes del mundo y del universo. Entre ellos había

sordomudos como él, ciegos, parálíticos y tontos de nacimiento. Pero todos se querían, se trataban bien, eran amigos que se ayudaban entre sí y había dos –el que enviaba el mensaje y otro– que como él, hablaban con las palomas sin abrir la boca y las escuchaban en la cabeza.

¿Por qué no iba Fede a vivir con ellos si en su casa lo trataban tan mal, y por lo que contaba, no lo querían?

Les contestó que estaban demasiado lejos, por lo que decían las palomas. Que él era rengo y caminaba muy lento. Y que además, estaba el río.

El vocero del orfanato (que le hizo saber que se llamaba Roberto) le transmitió cómo un viejo sabio de nombre Rómulo Teobaldo solía visitarlos a ellos y a las monjitas. Les había enseñado en el lenguaje manual de los sordomudos, a los que no podían oír, que cuando no se puede conseguir algo, si uno se empeña, es sólo que se tarda más tiempo en obtener lo deseado.

–Hay que fabricar puentes para cruzar los ríos imposibles... –les enseñó el viejo– Lo imposible lleva un poco más de tiempo...

Fede se pasó mucho tiempo pensando cómo podría hacer para fabricar un puente tan grande que pudiera cruzar aquel inmenso río.

Pasó un año rompiéndose la cabeza. Con eso... y con los golpes que le propinaba Lacú, el sucesor de Calixto, Peíto, Juan Carlos, Julio, Fernando, Ale, etcétera...

Eso a él ya no le importaba.

Alguna vez...

Alguna vez él se iría para no volver nunca jamás. Y nadie sabría dónde...

¡Si pudiera volar como las palomas!...

Un día de sol lustraba unos zapatos marrones en la plaza.

Como de costumbre, las palomas revoloteaban cerca. Algunas se alzaban al cielo, hacían unos vuelos circulares, se posaban caminando un rato por las cornisas y salientes de una antigua iglesia y volvían luego a contar las novedades que habían observado por ahí. Otras caminaban como patos en las cercanías del pequeño lustrabotas.

De pronto, al ir a hacer el cliente el cambio de pie para que Fede lustrara el par del zapato que le ocupaba, el cajón de lustre en el que se apoyaba, libre del peso, pegó un salto de casi un metro de distancia a un costado... ¡aparentemente por sí mismo!

¡Sorpresa! No exenta de espanto.

Al mismo tiempo, el escandaloso batir de un furibundo aleteo sobresaltó aún más al cliente.

Pasada la estupefacción inicial, vieron que una paloma había enredado una de sus patas en la correa con la que el lustrabotas colgaba del hombro la caja de lustre, cuando se trasladaba de un lugar a otro.

Desenredada la correa, la paloma –que era Rufo, un palomo al que siempre le pasaban cosas- levantó vuelo refunfuñando:

–¡Me revienta que intenten aprisionarme...!

El cliente no pudo escuchar nada porque el asunto le hizo mucha gracia y reía a carcajadas. Además, aunque no hubiera sido así, sólo Fede podía escuchar –dentro suyo- lo que decía el palomo.

Al día siguiente, la bandada, enterada del incidente, comentó a Fede que Rufo era especialmente susceptible porque, hacía tiempo, un niño lo había atrapado y atado un larguísimo cordel a una de sus patas. Luego lo soltó. Y cuando estaba en lo mejor de su vuelo, lo estiró hacia abajo como quien recoge una pandorga. Se pasó el día y los días sucesivos repitiendo el juego.

También le ataba cajitas de cartón (de dentífricos o de cualquier cosa) donde metía muñecos de plástico. Para que se pasearan, decía.

Naturalmente, a Rufo el asunto no le resultaba nada divertido y sus amigos nada podían hacer por él, en el temor de caer víctimas de la misma trampa si se acercaban al repelente niño Vicente. Y en vuelo, era imposible intentar nada con el cordel.

Hasta que pasada una semana, cuando Rufo empezaba a quedarse casi desplumado en su esfuerzo por liberarse, se soltó el cordel y el palomo recuperó su libertad, aunque no lo advirtió inmediatamente, como a veces sucede.

Luego, entre todos, tuvieron que deshacer a picotazos el nudo que sujetaba el cordel a una pata de Rufo, porque el resto de hilo que colgaba se enredaba en los árboles y el pobre volvía a quedar prisionero. Ya no del niño, pero sí de otras cosas. También esto sucede a veces.

Para Fede, lo de la caja de lustre saltarina fue el inicio de un juego.

De acuerdo con las palomas, organizó competencias entre ellas para ver quién era capaz de levantar más peso. A todas les divirtió muchísimo el asunto, y se revolcaban de risa cuando algunas ventoseaban más de la cuenta por el esfuerzo, gritándoles que acabarían desinfladas como globos.

Lo notable es que con el ejercicio repetido, al cabo de un tiempo las palomas se iban fortaleciendo, hasta el colmo de que una de ellas (a la que desde antes ya llamaban Arnold, en clara alusión a su físico), fue capaz de volar con una bolsita de plástico atada a las patas.

¿Y qué? Bueno, dentro de la bolsita había tres pilas de linterna, de las grandes.

A Fede le iluminó la cabeza una luz más potente que la de una linterna... con pilas.

Con esa capacidad extraordinaria de asociar las ideas y las cosas, propias de las personas inteligentes –cuanta más inteligencia mayor capacidad de asociación- sumó el juego, más las palomas, más unos frascos en los que guardaba monedas, más su mayor deseo íntimo... y le dio... ¡había que intentarlo!

Guardaba las monedas de mayor valor en frascos de un medicamento que tenía el tamaño justo para que se apilaran en orden. En cierta ocasión, un cliente que lo vio preguntó por señas:

–¿Vos tomás eso?

–No. ¿Por qué? –contestó y preguntó Fede, siempre por señas, claro.

–Energit –dijo el cliente sin que Fede lo oyera. Pero entendió: es un poderoso energizante. En la etiqueta lo dice ¿ves? Aumenta la fuerza y la resistencia física.

Fede recordó aquello y fue a una farmacia. Cuando consiguió que lo atendieran, preguntó en silencio el precio del medicamento, enseñando el

tubo de Energit, frotando los dedos pulgar e índice de la mano derecha y levantando cejas y la mano izquierda abierta con la palma hacia arriba.

De momento estaba fuera de su alcance, aunque el dependiente de la farmacia añadió el consabido:

—Con el descuento te sale menos...

Ni así. Además él no pudo oír el precio ni lo del descuento. Pero pudo verlo en la etiqueta pegada a la caja que contenía el tubo de Energit. Y de números sí que sabía. Había aprendido solo, deduciendo por necesidad la relación entre los símbolos de los números y las cantidades de dinero. Cosas de la calle.

Empezó a ahorrar desde entonces, separando cada día un poco de sus ganancias. Al cabo de unos meses consiguió reunir la cantidad que necesitaba para poner en práctica su idea.

Mientras tanto, continuaban las competencias de fuerza entre las palomas.

Compró el Energit y pudo observar que se trataba de unas pastillas engañosamente diminutas, que por su tamaño ocultaban la potencia que pronto pudo comprobar.

¡Era lo que quería!

Comenzó a dárselas a las palomas de la bandada amiga, que eran más de treinta. Se las daba cada día. Acabaron con un tubo y les dio el contenido de otro, pues cuando fue a la farmacia a comprar el medicamento, el dólar había bajado tanto que ¡oh sorpresa! el dinero le alcanzó para comprar dos tubos y ¡más sorpresa aún! ¡el farmacéutico era honrado! y bajó el precio de los medicamentos de la nueva partida de importados.

Dio a las palomas una fracción de cada pastilla dividida en cuatro partes, de manera que cada gragea le rindiera cuatro días o para cuatro palomas.

El caso es que al cabo de un mes los resultados fueron sorprendentes.

Cada paloma levantaba—como promedio— cuatro veces más peso de lo que podía hacerlo antes del tratamiento con Energit.

También se apareaban diez veces más que de costumbre. Pero eso Fede no podía saberlo. Sí notó que estaban más alegres, bromistas y animosas.

Por eso, cuando les explicó su plan, todas estuvieron de acuerdo y hasta Rufo se prestó a que le ataran la pata, riendo a carcajadas mientras decía mentalmente en medio de fuertes arrullos:

–Genial, Fede, genial...

–Eventualmente, el niño conseguía ropas en un local de Charitas donde ya lo conocían.

Se dirigió a él y con su mímica explicó lo que quería.

–¡Ah, sí! Aquí tenemos eso...

Le dieron una especie de mameluco con mangas largas, como un overol de obrero de tamaño pequeño, pero para alguien mayor que él.

No importó. Serviría.

Agotando sus nuevos ahorros desde que comprara el Energit, consiguió de una ferretería amiga un rollo de cuerdas de nylon, de las que se utilizan en los tendederos para colgar ropas a secar, y unos cien aros de metal cromado del tamaño de anillos.

Se desperezaba la mañana tiñendo de arreboles las nubes más altas y las aves saludaban el nuevo día con una gozosa algarabía de trinos. Fede terminaba la tarea que le llevó toda la noche, mientras su madre ausente recaudaba de un cuarto de hospedaje a otro -con buen entusiasmo, para ser veraces-, el fruto de su esforzado trabajo.

Aterrizaron más que como una bandada de palomas, como una jauría de barbudos y melenudos motoristas, que después de un extenso recorrido con sus ruidosas máquinas, llegan sedientos de cerveza a un bar ruterero.

El vigoroso bramar decreciente de sus aleteos se asemejaba también al de los motores de un avión que llega a destino. Y aunque Fede no podía escucharlo, la imagen refleja la realidad que él precisaba.

Luego de saludarse, pasaron ante el niño de a una, en fila, para que les enganchara a las patas los aros comprados en la ferretería. Atadas a los

aros con fuertes nudos, las cuerdas de distintos largos, según las había cortado, terminaban en el otro extremo también atadas a otros tantos aros. Y éstos iban cosidos a todo lo largo del dorso del mameluco de Charitas.

Abrigado con todo lo que pudo encontrar y encasquetado con una gorra de lana, Fede se enfundó en el mameluco, cerrando bien todas las cremalleras y cuidando de prender todos los botones, mientras pensaba:

–Pronto conoceré al viejo Rómulo que dijo que lo imposible lleva un poco más de tiempo y le enseñaré el puente que construí para llegar al otro lado.

Volviéndose a las palomas con una sonrisa en los labios, les dijo mentalmente:

–Está bien. Vamos.

En perfecta formación, sus amigas se elevaron con el sol naciente refulgiendo en sus blancas plumas, cortando el diáfano aire de la mañana. En su vuelo, que pronto se hizo parejo y sereno, llevaban con ellas al despreciado renguito sordomudo que lustraba zapatos en la plaza.

Nadie creyó al mendigo, que sentado en el suelo de la explanada frente al atrio de la Catedral, juraba haber visto muy temprano, en el límpido cielo del nuevo día, cómo una gran bandada de palomas se alejaba hacia el horizonte acompañada de un niño que volaba con ellas.

La precaria vivienda de Fede, la Catedral, la ciudad de árboles y rascacielos con todos sus habitantes empeñados en sus míseros afanes, quedaba estática allá atrás, muy abajo del niño que se fue con las palomas.

* * *

ALEJANDRO

Alejandro, sentado sobre una roca semejante a un trono.

La altiva cabeza de ensortijados cabellos de oro viejo, ligeramente elevada. La mirada, seguramente lejana y azul, firme. La espalda, erguida, no se rinde al cansancio de la reciente batalla.

Sin embargo, las manos, una sobre la rodilla derecha y otra con la palma abierta encima de la cadera, denotan el apoyo que su fatigosa jornada precisa. Pero una pierna flexionada y un poco echada hacia atrás del cuerpo, revela el estado de alerta en que se encuentra, aún después de asegurada la aplastante victoria.

¡Qué diría ahora Demóstenes, que con traje de fiesta celebró en la asamblea popular la muerte de Filipo, refiriéndose a su hijo y sucesor, Alejandro, como a “un jovencito inofensivo”!

Tebas, la ciudad de Epaminondas y de la falange sagrada, con el combate recientemente concluido desapareció de la faz de la tierra. Nada semejante había ocurrido nunca en una ciudad griega. Sólo la mansión de Píndaro y sus descendientes fueron perdonados, en admirativo homenaje al poeta que cantó a los antepasados del gran macedonio.

A pesar de ser Atenas la inspiradora de la rebelión tebana, él otorgaría una amnistía total, asegurando así su retaguardia.

Entonces cruzaría el Helesponto para liberar a los griegos de la dominación de Darío y... ¡vaya si conquistaría Persia! Para eso cuenta encontrarse con Parmenión, el excelente general que fuera lugarteniente de su padre Filipo. Con seguridad lo secundará fielmente en la descomunal empresa.

Una paloma, totalmente ajena a la grandiosidad del héroe, se posó en la hierática cabeza, e irreverente, defecó sobre ella.

Alejandro no pestañeó. Ni tan siquiera movió un solo músculo.

Después de todo ¿cómo podría hacerlo una estatua?

En el instante en que la paloma volvía a emprender vuelo, pude congelar el momento con mi vieja Polaroid.

* * *



“Alejandro”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith.

DESPRECIO

Tenía catorce años, entonces. Se llamaba Pedro Calabresse y se pasaba las horas leyendo sentado sobre un baúl, junto a la ventana abierta al jardín.

Leía con voracidad caníbal los libros de Salgari, Verne, Stevenson, Burroughs y obras de aventuras por el estilo. Soñaba con tripular antiguos bergantines y cruzar tempestuosos mares siguiendo mapas de tesoros enterrados, o adentrarse en selvas impenetrables por algún sinuoso río, en un destartado vaporcito que lo llevara al país donde se encuentra la ciudad de Opar, repleta de lingotes de oro.

Su realidad era bien otra.

Vivía con su abuela en una casita de los suburbios, desde que sus padres lo abandonaron yéndose cada uno por su lado. La relación con la anciana era casi la única ligadura con la realidad de la que –inconsciente y desesperadamente– intentaba escapar.

Su falta de habilidad para los deportes y su coeficiente intelectual muy por encima del normal, hacían de él un sabiondo tragalibros a criterio de sus compañeros, más interesados en pequeñas raterías, juegos callejeros y chicas.

Para sus años estaba muy poco desarrollado aún. Su voz era fina, su cara aniñada y su piel pálida y lampiña. Tímido y obsesionado por no causar problemas ni molestar a los demás, aparentaba apocamiento y miedo.

No era pues tan raro no tenerlo en cuenta para las correrías y trapisondas tramadas por los chiquilines del barrio. Si se acordaban de él, y hasta lo buscaban a veces, era para hacerle blanco de bromas crueles y burlas humillantes.

En realidad no lo consideraban digno de ser tenido en cuenta para nada.

Pedro callaba estas cosas a la abuela, y en cuanto llegaba a casa se sumergía en su mundo, embarcándose como un argonauta en busca de sus propios vellocinos.

A veces se metía a leer dentro del baúl, dejando la tapa apenas abierta, para que por ese resquicio entrara un poco de luz y aire. Otras, dejaba su camarote y subía a leer a cubierta, o a contemplar el mar del jardín, acaso infestado de piratas.

La abuela lo dejaba hacer, feliz de que la riquísima biblioteca del finado abuelo, donde se encontraban todos los libros imprescindibles, la aprovechara alguien.

El tiempo pasó en ráfagas esporádicamente turbulentas para Pedro. Escapando de un mundo que no comprendía, se tragó la biblioteca del abuelo. Y ese amor a la lectura, sus buenas calificaciones y su respetuosa forma de ser, le valieron becas que supo aprovechar.

Paralelamente a sus estudios, empezó a volcar su exuberante imaginación, enriquecida por las lecturas de toda su vida, en cuentos que al principio se publicaron en periódicos estudiantiles. Un premio literario en un vespertino local, despertó el interés por él en diarios de mayor importancia.

La culminación de su carrera de Letras coincidió con la adjudicación de un premio nacional por su primera novela. Siguieron otras. Empezó a trabajar en un diario de primer nivel y accedió a una cátedra en la Facultad de la que acababa de egresar. Se sucedieron premios internacionales por sus escritos.

Aquellos chicos que lo habían tratado con tanto desprecio ni se enteraron. Eran ahora hombres grandes que seguían con sus buenas vidas: trabajando en una carnicería, dos de ellos. Con un kiosco, el más próspero. Otro estaba en la cárcel por robo a mano armada, y había uno –el más influyente– que era ordenanza en la Municipalidad.

Los que estaban libres, continuaban encontrándose para emborracharse juntos o ir a alguna bailanta a *levantar minas*.

De Pedro ni se acordaban.

.....

El relato podría terminar aquí. Pero ¿cómo callar el noviazgo de Pedro con una de sus alumnas, años después? ¿Cómo no compartir la felicidad del pobre y despreciado Pedro de la infancia, comprometido con tan bonita muchacha, heredera de una de las grandes fortunas del país y gran aficionada a la búsqueda de galeones y bajeles hundidos con sus riquezas en el Caribe?

Sí. La vida a veces compensa.

* * *

NAVIDADES BLANCAS

La primera reacción de Don Pedro al correr las cortinas y ver las plantas, los árboles y hasta la superficie de la piscina, cubiertas por todo ese polvillo como de nieve, fue maldecir.

Maldecir al jardinero, que de nuevo había desparramado sobre las hojas y no en la raíz de las plantas como le tenía dicho, las cenizas de las brasas que quedaron en la parrilla después del asado del domingo.

Pero luego, mirando con más detenimiento todo el césped del parque, de más de tres hectáreas, y hasta la copa de los árboles, cubierta por esa microscópica curubica blanca, llegó a la conclusión de que el Zenón no podía ser responsable de aquel desparramo en todo el jardín sólo con las cenizas de la parrilla y una pala.

Entonces salió fuera de la lujosa casa a indagar.

Y decidió volver a acostarse porque todavía debería estar dormido, soñando.

Lo que parecía nieve, era nieve. En plena isla del Caribe.

A pocas calles de la mansión ubicada en un suburbio ahora cubierto de nieve, agonizaba un niño.

Agonizaba sonriente en la única habitación que hacía de dormitorio, cocina y comedor del ranchito.

Rodeado de su madre y sus cinco hermanos, quienes siempre lo

habían considerado un poco raro, les decía exánime, cómo, si uno desea algo, cualquier cosa, con la suficiente fuerza, lo obtiene.

—¿Acaso no queríamos unas Navidades blancas, con nieve, como en los cuentos...? —fue lo último que dijo.

Abandonó su cuerpo aferrado con las manos a la manta que lo cubría, y el débil cuerpecito quedó como esas cáscaras de las cigarras, prendidas a la corteza de los árboles.

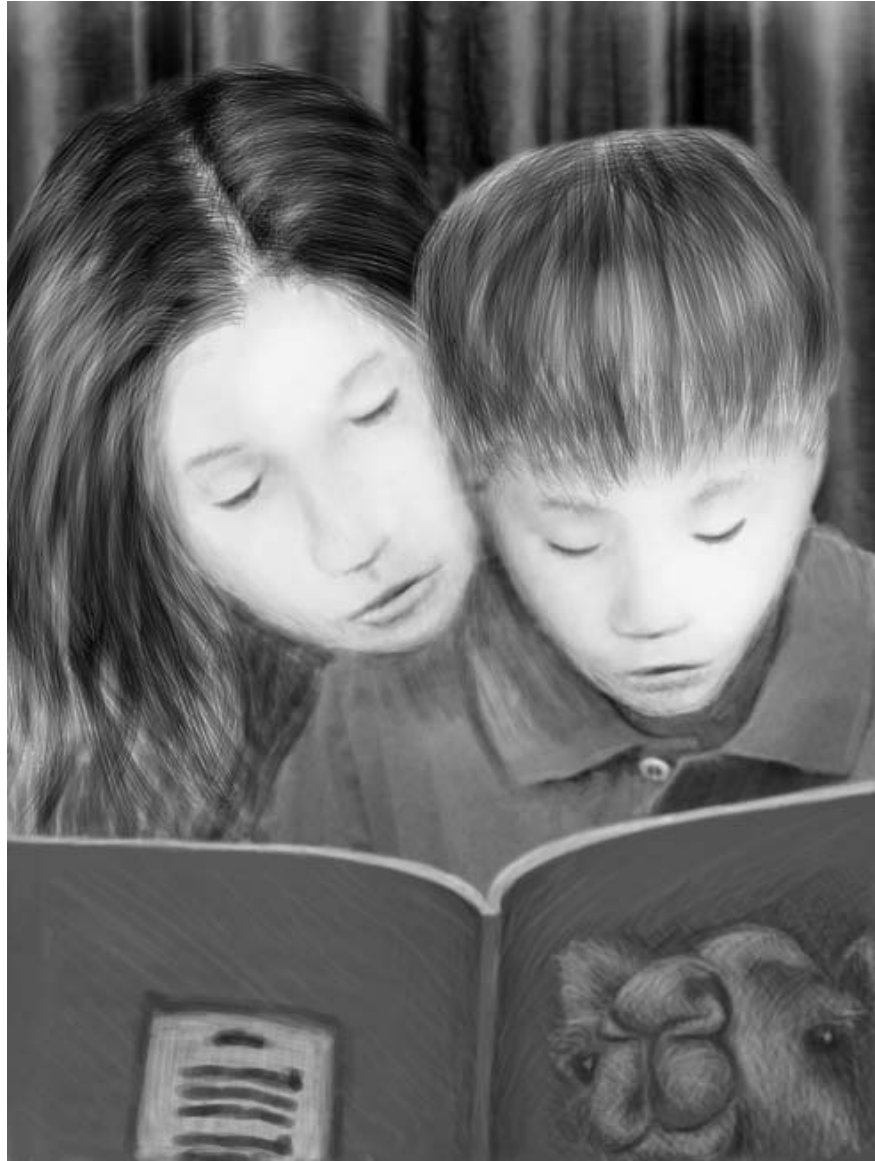
Ascendiendo cada vez más alto, pudo ver como una pelota de golf en el *green*, las casitas de tablas de su barrio y la gran mansión cubiertas por la nieve, en medio de la vegetación tropical.

Allá abajo, gritaban desconcertados los loros y las cotorras desde sus nidos y en los cocoteros.

Indiferentes papagayos de colorido plumaje volaban majestuosamente desde las palmeras a los árboles de palta ahora blancos de nieve, como si no les sorprendiera la extraña decoloración del paisaje.

Sólo una familia de monos permanecía silenciosa y casi inmóvil en el suelo, sentados en círculo como en sesión de emergencia, comiendo con gran concentración las congeladas bananas de un cacho.

DE: *Algunos cuentos asombrosos y un microcuento* (Asunción: Editorial Servilibro, 2006)



“Leyendo con mi Mami”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith.

LILIAN STRATTA
(Montevideo, Uruguay, 1939)

Poeta, cuentista y periodista. Aunque uruguaya de nacimiento, se inició como escritora en Paraguay, donde reside desde 1960. En poesía es autora de: *En la distancia de la flecha* (1977), *Día sobre el blanco* (1979), *Fra-Fra* (infantil; 1979), *De los vencimientos a los poderes* (1984), *Antología de poemas y De manos llenas* (1985), *Poemas de amor y de los otros* (1986), *En el crujir de los pasos* (1999), *Voces Nuevas* (2000), *La piel interna* (2000), *Fra-Fra y otros poemas* (infantil; 2004) y *Dóciles abismos* (2005). En narrativa tiene: *La Arcadia y el esperado* (1983) y *Un viento sin procedencia* (1998). Como periodista ha publicado reportajes y artículos periodísticos en diarios y revistas de Paraguay y Uruguay. Tiene también poemas infantiles publicados en libros uruguayos y su obra figura en varias antologías latinoamericanas.

MI PRIMER DÍA DE ESCUELA

Hacia el espejo corrí
a mirarme entusiasmada,
el uniforme nuevito,
prolija y recién peinada.
Ya estoy por ir al colegio
¡ya me llaman la escuelera!
Tengo las manos bien limpias
y estoy lista en la vereda.
Mi primer día de escuela
¡todos me vienen a ver!
Y yo me siento importante:
¡voy a aprender a leer!

* * *

EL NIÑO Y EL FUEGO

Querría tomar con mis manos
el fuego en que arde la leña,
guardar en un bolsón las chispas
que explotan en la chimenea.

Y me iría calle abajo
atravesando el invierno,
buscando a los viejecitos
que están solos con el viento.
Y en vez de darles monedas,
que están frías en invierno,
calentaría sus manos
con mis chispas, contra el viento.

* * *

LOS NIÑOS EN LA NOCHEBUENA

Esta noche es Nochebuena,
Nochebuena en Paraguay,
los niños están vestidos
para salir a pasear.

A recorrer los pesebres
todos de la mano van.
Anochece lentamente
y alegres por la ciudad,
ramilletes de pequeños
al Niño visitarán.
¿Podemos ver su pesebre?
en cada puerta dirán.
Y me parece que el Niño

al que van a visitar,
se levanta de su cuna
¡y con los niños se va!
¡Qué lindo está su pesebre!
todos dicen al marchar,
y en cada cara de niño
¡el rostro del Niño está!

* * *

EL DUENDE

Caminando lentamente
se va el duende a la ciudad,
pues le han dicho que los niños
en los duendes no creen más.
Caminando por el asfalto
va diciendo: ¡en realidad
es difícil con este pasto
que los niños puedan soñar!
Y a través de los edificios
que le tapan la claridad
busca en vano a su vieja amiga,
a la luna que oculta está.
Mas de pronto en una ventana
ve a un niño mirándolo:
la nariz pegadita al vidrio
y los ojos llenos de amor.
Encantado por el encuentro,
si en él creía le preguntó.
Siempre estuve esperando un duende,
el niño le contestó.

Y después de una alegre noche
en que jugaron los dos,
vuelve el duende alegre al bosque:
¡siempre existe un soñador!

* * *

ME PIDES VERSOS

Me pides, mi niño, versos.
¡Niño vestido de grande!
y mis ojos que vivieron
a la altura de tus ojos,
 han subido para verte
 cara a cara,
 frente a frente.
Y mis brazos que se abrieron
a medida de tu cuerpo
ya no pueden retenerte
porque eres pájaro en vuelo.

* * *

DE CUENTOS

Atento escucha mi niño
y sus ojos se van lejos
con este libro de cuentos.
 Siguiendo las narraciones
 por extensas tierras viaja:
como un pintor con pinceles,
pone nieve en las montañas
y en las arenas ¡camellos!

* * *

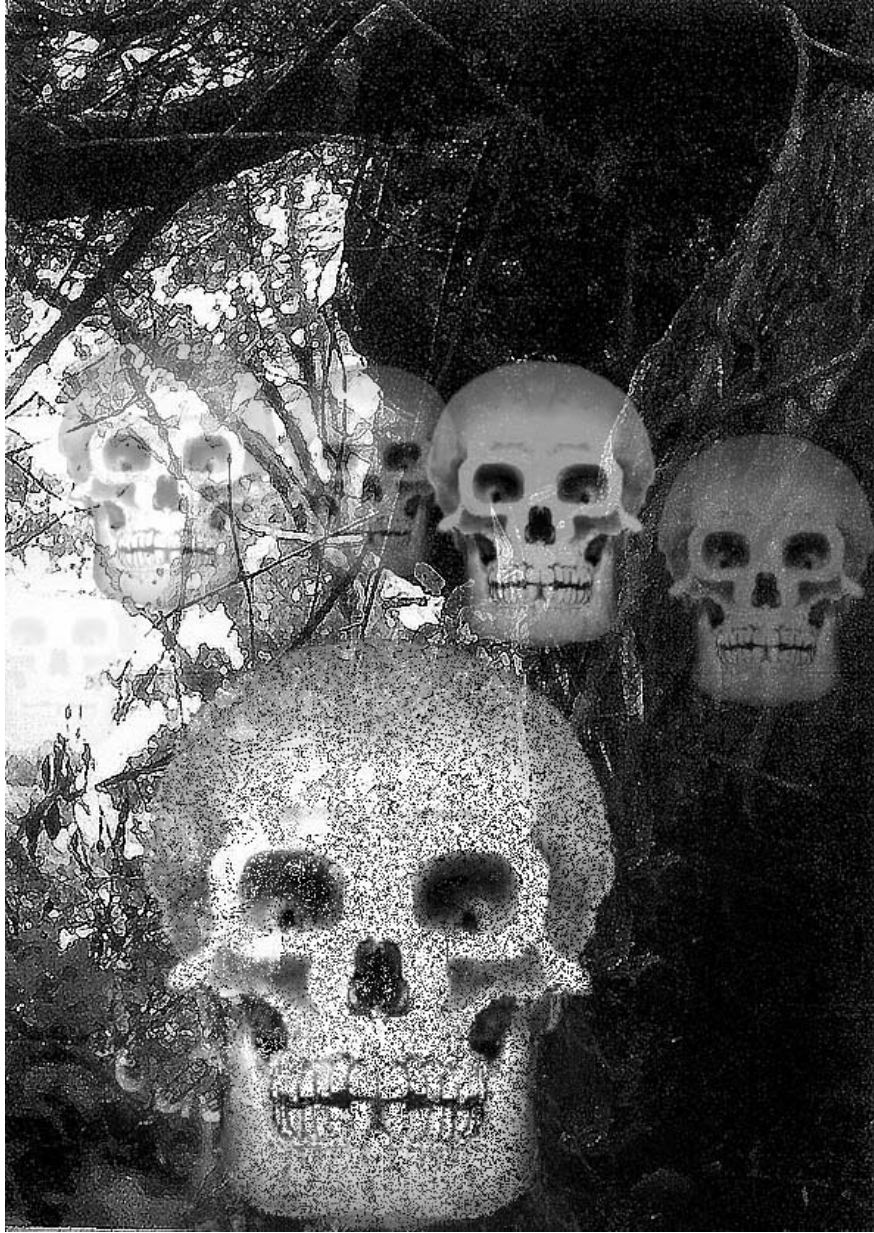
HORARIOS

Por las mañanas,
cuando uno desayuna
a las siete,
a las diez
tiene hambre.
Comería cualquier cosa
menos alambre.

Por las noches,
satisfecho de panes
y mermeladas
con mi libro de cuentos
voy a la cama.
Y por si me despierto,
tengo mis galletitas
bajo la almohada.

DE: *Fra-Fra y otros poemas* (Asunción: Editorial Servilibro, 2004)





“Espectros”, Arte digital. 2011.
Obra de Chester Swann.

CHESTER SWANN
(Departamento del Guairá, 1942)

Narrador, periodista, ilustrador gráfico, compositor y artista. Iconoclasta e irreverente en lo relacionado con sus creaciones literarias y artísticas, Chester Swann (seudónimo literario de **Celso Aurelio Brizuela**) es autor de más de veinte obras, mayoritariamente narrativas, de las cuales sólo una novela, *Razones de Estado* (2005), ha sido publicada como libro tradicional, impreso en papel. El resto de su producción incluye, hasta la fecha, cinco volúmenes de cuentos, catorce novelas, un ensayo y un poemario, todos inéditos aunque siete de ellos publicados virtualmente (online). Son esas obras: *Cuentos para no dormir* (2004; incluye dos cuentos premiados como Primer Premio del Club Centenario: “De cómo un alma bienaventurada huyó del Paraíso Celestial”, en el año 2000; y “La tumba del angelito”, en 2003), *Seis relatos fantásticos* (2006), *Los dioses pueden morir* (2006; novela), *El andariego alucinado* (2007; novela), *Sobrantes anónimos* (2007), *Cuentos del fogón dormido* (2007) y *Verso averso* (2008; poemas y canciones). En 2006 ganó el Primer Premio del concurso “Premio Juan S. Netto de Literatura” con el cuento “Sobrevivientes anónimos”. Sobre el porqué de no publicar sus obras de forma tradicional, explica el autor que está “a favor del libro virtual o e-book porque es una manera de no degradar el medio ambiente planetario con la vaina del papel...” y agrega que “Dentro de muy poco, el papel ocupará el lugar del papiro, pergaminos y palimpsestos en algunos museos de por ahí. La Nueva Era está llegando y hay que adaptarse a ella”.

LOS ESPECTROS DE LA FLORESTA

Anochece entre los cerros del azul Amambay, como quien no quiere la cosa. El horizonte menstrúa un rojo sucio de sol agonizante y polvareada, apenas disimulado por el follaje. El astro rey lanza sus postreros y mortecinos rayos –ya casi fríos tras la caliginosamente brumosa tarde–, antes de ir a acostarse allende las anfractuosas serranías. El frescor del aire invita a la lumbre y a la frugal reflexión de unos sorbos de caliente infusión de mateína. Pensé en lo lejanas que quedaron en el tiempo las tropicales florestas devastadas por algunos inescrupulosos terratenientes de la

región, confabulados con empresarios fronterizos y capitalinos de las altas escuelas delictivas de la política y el capital salvaje.

Esa tierra misteriosa que conocí en mi juventud estaba preñada de verdes multicolores, de horizonte a horizonte; y engalanada de leyendas con su histórica raigambre de heroicas memorias.

No. ¡Ustedes no han visto lo que yo! Incluso llegué a penetrar –cual violador furtivo de sílfides cachondas– en sus entrañas, sin sol pero bulliciosas de vida. ¿Podrían imaginar tanto verde? Los otrora gigantescos urunde’yimi o perobas, como dicen los rapaces rapiñeros rapais, cubrían de doseles umbríos a los de mediano porte, los que a su vez recubrían solícitos duplicando la lobreguez, a los arbustos. Y éstos finalmente, al suelo feraz y húmedo, donde a pleno meridiano apenas veías las puntas de tus zapatos. Y si llevaba algún sombrero ¡ahí sí que ni siquiera podría ver la hora en un reloj de pulsera! ¡A eso llamo yo floresta, y no a esa barata imitación de bosque tropical que nos «prestó» el Banco Mundial para cuando ya no existamos como país, sino anexado por alguna sub potencia tercermundista limítrofe y lejana a la vez!

Bueno. Esa tarde, a la hora de la triste sepultura del sol veraniego, el viento norte azotaba los árboles con polvillo bermejo de óxido ferroso haciéndolos gemir, si no de dolor, de epicúreo placer. Consideré justo y preciso hacer un alto. Me desprendí de la pesada pero indispensable mochila, pues debía juntar las suficientes ramas secas para la hoguera. Quedaba poca luz, y el fuego no debía estar ausente de mi compañía. Mi hachuela y mi cuchillo fueron conmigo a por ellas. Cuando hube reunido las suficientes, armé mi tienda de mochilero, y puse agua en la calderilla para unos mates amargos.

Los seres que pueblan la nocturnidad selvática comenzaban a hacer oír sus reclamos crepusculares. Aves, reptiles, quirópteros e insectos lanzaban sus endechas, sus himnos cacofónicos y sus llamados al éter, quizá intentando comunicarse con sus congéneres o reafirmando su territorio vital.

Aspirando profundamente el aroma a vida bullente, desenfundé mi guitarra y acompañé con su tañido metálico al hirviente coro nocturnal.

Los trémolos, acordes y arpeggios no lograron dominar al vocinglerío, pero aliviaron la fatiga de la larga marcha que me trajera hasta el sitio, desde la frontera Pedro Juan Caballero (el verdadero apellido del militar epónimo es Cavallero, pero por razones que ignoro, quedó en la grafía actual). El objeto de mi presencia en la selva era, sin duda, registrar y documentar fotográficamente la densa flora, y de ser posible, algo de su variadísima fauna.

La noche se me hizo larga y fría como beso de cadáver. La cercanía de probables fieras me hizo avivar constantemente la fogata hasta agotar los leños reunidos. Ya casi al alba pude dormir algo, hasta que cesó repentinamente el fresco percibiendo los cálidos dedos del sol penetrar en la tienda para despertarme, junto con los diurnos sonidos de bestias y vegetales susurros. Tras otro mate y un frugal rompeayunos de huevos duros y galletitas de avena, enfundé carpa y guitarra y me dispuse a proseguir mi periplo por los vericuetos de la floresta aún virgen.

Algunos fronterizos me habían hablado con respetuoso temor acerca del mítico “tesoro de López”, que el déspota acorralado —en las postrimerías de su muerte, en el lugar conocido como Cerro Corá—, mandara enterrar, dizque para evitar que cayese en manos de la rapiña aliada. Recordé haber leído algo al respecto en “Una amazona” de William Barrett, y algunas referencias de Arsenio López Decoud, en uno de sus libelos contra la irlandesa Elisa Lynch. Esta, supuestamente fue encargada por su amante, con la misión de hacer humo al tesoro del Estado paraguayo, y tras el enterramiento a orillas de un riacho cuyo nombre no se consigna, separó uno de cada diez hombres del destacamento de cien que la acompañó, y los mandó fusilar. De los restantes, separó uno de cada nueve, repitiendo la orden hasta que no quedaron más que dos, a los que ella ejecutó personalmente con pistola.

Ya sola (según Barrett, la acompañaba el coronel Franz Wisner von Morgenstern, ingeniero austrohúngaro al servicio de López y de la confianza de éste, por ser homosexual confeso), volvió junto a su amante hasta Cerro Corá, donde se libró la última batalla de la guerra grande.

Luego, ya prisionera, fue confinada en un barco extranjero y llevada a Buenos Aires bajo protección británica. Posteriormente, el tesoro se perdió en el océano proceloso y profundo de las leyendas. Según los lugareños viejos, en ciertas noches tormentosas, aún se oyen los estampidos de los fusiles y cañones aliados y los gemidos de heridos y moribundos en las cercanías del sitio mencionado. Pero el “tesoro” de marras nunca fue hallado y el secreto de su mítico sitio de emplazamiento murió con la Lynch, quien miserablemente fue inhumada en el cementerio de indigentes de París, Père Lachaise, en una fosa común quizá.

Meditaba acerca de estos relatos lindantes con lo mítico, mientras caminaba al albur en los senderos abiertos por los tapires y los indígenas Ka'yngwã o Pãï' tavytërã, que habitan aún la región. Consulté mi reloj y comprobé que la mañana estaba muy avanzada. Según mi brújula, estaría en las inmediaciones de un asentamiento indígena, conocido como Yvypyte cerca del legendario Cerro Guazú o Jasuká-Vendá, el omphalos guaraní u ombligo del mundo. La densidad de la espesura me impedía orientarme o divisar el horizonte, y apenas disponía de agua, por lo que recurrí a mi olfato para llegar hasta el río Ypané, a cuya vera estaría el poblado.

El rugido de un jaguar me puso los pelos de punta. Rogué in mente a los dioses, que estuviese satisfecho y ahíto. Nada hay más peligroso que un jaguar hambriento. Supe que los genios de la floresta oyeron mis preces, pues el animal se alejó con un ágil salto, elástico y esbelto, tras ser retratado por mí. Por las dudas, empuñé mi cámara, conectando el flash que lo encandilara. Su resplandor me serviría para ahuyentar otros bichos que se interpusiesen en mi sendero.

Más tarde, mi reserva de agua acabó, y ni trazas de arroyo, y menos aún de río alguno. De pronto, un claro en medio de la selva me llamó la atención. Con los sentidos en alerta me aproximé sigilosamente. No observé humano alguno.

A poco, la carencia de agua potable, sumada al calor sofocante del vientre de la selva me indujeron a detener mis pasos y tomar un resuello, continuando mi ya desorientada caminata por la jungla.

A la hora, la mochila duplicó su peso sobre mis exhaustas espaldas, y la sequedad de mi lengua no hallaba paliativo en el jugo vegetal. Mi estado de conciencia estaba tomando otro cariz, y los colores de la selva se acentuaban llamativamente. Y más aún para un inveterado observador de los grises urbanos, donde un lapacho amarillo es todo un precioso acontecimiento.

La deshidratación, más debida al cáñamo que a la carencia del líquido elemento, me hizo trastabillar de tal forma que, casi golpeé mi guitarra contra un tronco. Me detuve en dicho lugar bruscamente. Las lianas se me antojaban casi burlonas serpientes, y las gigantescas perobas monstruos no del todo malignos. Con mis últimos atisbos de normalidad consulté la hora y me enteré de que apenas era mediodía. Se me antojaban lustros desde que comencé a mascar los capullos del cáñamo psicotrópico.

¿La ilusión me devoraba, o era real lo que veía? No lo sé con certeza. Siete individuos de torva catadura y uniforme raído de olvidadas remembranzas decimonónicas me miraban silenciosos y fijos como mal labrados troncos de quebracho. Los siete tenían sangrantes cicatrices en el pecho, como...como si...

Cerré los ojos, que a esta altura casi no me servían para maldita cosa, pues mi imaginación parecía prescindir de tales órganos. Los reabrí y los siete proseguían mudos y helados en su sitio. Reconocí sus uniformes, por haberlos visto en el museo del Ministerio de Defensa Nacional como efectivos del aniquilado “Batallón 40” de la guerra grande, masacrados en su totalidad antes de la última batalla. ¿Cuánto tiempo antes? más de cien años, creo.

Mi mente se aceleró intentando comunicarse con los fantasmales restos perdidos en el espacio-tiempo de algún espectral limbo. – Mba'éichapa lo'mitãkuéra¹ –intenté balbucear en mi mal hilado guaraní, a manera de saludo. ¿Serían estos espectros quienes cultivaban el ahora clandestino cáñamo? La locura, que intentaba tomar la fortaleza de mi conciencia, retrocedió momentáneamente. Por fin, los fríos despojos de tiempos pretéritos decidieron romper su mutismo de siglo, pero para mi desconcierto, en un correcto castellano, algo demodèe y decimonónico .

—¡Estamos firmes en nuestro puesto de custodios de la nación, su merced!—díjome el más apuesto y compuesto (lo que es decir mucho) de los siete. Los otros asintieron con un torvo ademán y ceños en actitud de alerta desconfiada, ante la intrusión de un sapo de otro pozo, como yo me figuraba a mí mismo.

—Nuestro querido caudillo, el mariscal presidente, nos ha confiado la misión de custodiar los bienes de la república desde el más allá. Y lo seguiremos haciendo por los siglos de los siglos, aún renunciando a nuestra efímera vida terrenal. Y sepa vuestra merced, que nadie profanará el tesoro de la república, sino cuando desaparezca el último deshonesto y traidor de los límites de nuestra patria.

—¡Mucho aún van a esperar entonces! —respondí sin sorpresa—. Pues de ellos, está lleno el país... (era el vigésimo año de la tiranía, lo recuerdo bien, toda una bidécada de infamia.), y por la cuenta aumentan sin cesar.

—¡No tenemos apuro, vuestra merced! Para nosotros, el tiempo no camina casi. Pero vendrá el día en que deberemos entregar el tesoro de la patria a quienes lo merezcan, para ayudar a contruir el bienestar del pueblo. Hasta entonces, lo guardaremos celosamente, como nos lo ordenara nuestro karaíguazu, su Excelencia don Francisco López. Recién después de cumplir con nuestra misión, descansaremos en paz.

—¿Es cierto que tras esconderlo fueron fusilados por la...este...señora del mariscal? —pregunté a los fantasmales soldados. En esos momentos la lucidez había derrotado los vahos del cáñamo y me permitió hilar el diálogo sin titubeos ni temores.

—¡No, su merced! ¡El propio señor presidente, el mariscal, nos lo ordenó expresamente! Los más antiguos de nosotros debíamos matar a los más novatos. Luego nos matamos los que quedábamos para no caer en manos de los aliados y sus traidores cipayos nativos, los perros afrancesados de la legión, que guiaran a los enemigos contra su propia patria. El tesoro de la nación seguirá ahí, libre de la nefanda profanación de los chacales de las nuevas tríplices de las logias de siempre —respondió el jefe del grupo. Los demás, asentían mudos, con ademanes adustos de rigor.

—Estoy muriendo de sed... ¿no tendrían un poco de agua para beber?
—pregunté algo acuciado por la deshidratación galopante.

—No, su merced. No necesitamos comer ni beber, pero le indicaremos el camino al río (Ypané), No queda lejos, derecho al noreste... por esa picada.

—¿Y vino realmente la... madama con ustedes hasta el sitio ése? — volví a preguntar.

—No. El mariscal ya comenzaba a desconfiar de esa mujer. Vinimos solo los escogidos del “40”. El mariscal personalmente nos dio instrucciones de enterrar los cofres y baúles quemando luego las carretas lejos del sitio. Los últimos dos que quedamos vivos enterramos a los demás, y tras alejarnos bastante para no dejar huellas, disparamos el uno contra el otro, para cerrar la operación. Si la gringa dijo poseer el secreto, mintió.

—Entonces, está en buenas manos... —agregué, haciéndoles la venia, mano a la sien. —Idos en paz, hermanos.

A esto, los espectrales guerreros del pasado se diluyeron en la calinosa tarde de un lugar del Amambay. La sensación de sed fue desapareciendo paulatinamente, como por milagro. Los vapores de la locura y el delirio también. Tras una reparadora noche, me levanté al alba y luego de corta caminata al noreste, llegué a orillas del Ypané, donde una aldea indígena invitaba al reposo.

Años después, retorné al lugar. Todo había cambiado. Sólo matorrales y lagartos quedaban de la otrora umbría mata (se me pegó el argot portugués) atlántica del Amambay, y de su fauna. Cerros desnudos y campos erosionados testimonian hogaño cuánto se ha desperdiciado. Con ésta, van tres grandes guerras que hemos perdido. ¿Que cuáles guerras, me preguntan? Pues... la primera, contra la triple alianza... la segunda contra la cobardía, que nos hiciera ceder gran parte del territorio conquistado en la guerra del Chaco... ¿y la tercera? Pues, contra la ignorancia, la delincuencia y la corrupción. El crimen organizado ya forma parte indivisa de la estructura del poder, es decir: del Estado. Y dicha situación tiene visos de durar mucho tiempo, hasta que los paraguayos despertemos de nuestro letargo de siglos.

¿Saben muchachos? Correrá mucha sangre aún, antes que la decencia y la ética retornen a nuestra cultura cotidiana. Mientras, los espectros de la floresta seguirán firmes en sus puestos, aguardando esos días.

Bueno. Ahora les dejo, pues debo ir a casa a pasar por escrito esto que acabo de relatarles, no sea que la memoria —que por tanto tiempo he guardado en vigilante recuerdo—, se me diluya homeopáticamente hasta el olvido absoluto.

* * *

LOS PIONEROS DE CYGNUS X-1

A: Isaac Asimov, in memoriam.

Wain Zöller, comandante de la Atlantis II, comunicó al pleno de los directivos de la Empresa Space Grows Inc. la noticia: Se aprestaban a ingresar en el sistema solar de Cygnus y se sospechaba la existencia de un planeta con las condiciones de habitabilidad requeridas para colonizarlo. Deberían, empero, aguardar a la flotilla de exploración que en breve se reportaría. En tanto, aguardarían en la órbita planetaria de la estrella gigante azul Cygnus X-2, sol de dicho sistema binario (Alrededor de Cygnus, orbita velozmente una densa enana blanca neutrónica que absorbe parte de la energía gaseosa de la mayor). Los presentes en la sala de conferencias, se dispusieron a interrogar al comandante Zöller acerca de lo expuesto.

Este, explicó que los responsables de las dos astronaves que comandaba, mientras orbitaban alrededor de la estrella Cygnus, enviaron pequeños vehículos de desembarco a verificar un planeta terraforme —es decir, con agua, oxígeno y plataformas continentales—, quizá apto para la vida del ciclo carbono-oxígeno. El que llamó la atención era algo más pequeño que la extinta Tierra, cuna de sus antepasados, pero parecía estar en estado casi primitivo, como aguardando a por ellos. Mas para no correr riesgos

de ser rechazados por alguna forma de vida hostil, envió diez tripulantes a cerciorarse de la posibilidad de habitar dicho planeta, aún innominado y desconocido.

El pleno del Directorio de Space Grows Inc. se mostró satisfecho. Tras la destrucción del planeta madre, hacía ya más de dos mil años, varios contingentes basados en Marte habían salido hacia los límites de la galaxia a buscar otros mundos habitables. Las naves Atlantis II y V, gemelas ambas, llevaban en sus entrañas a doscientos mil seres humanos criogenizados en sus compartimientos. Serían despertados, recién cuando hallasen dónde desembarcarlos y la empresa se encargaría de ello. Todos habían abonado sus billetes al mundo-sin-mal y no tenían polizontes, al menos que se supiera, ya que los controles eran hartos estrictos y los colonos fueron seleccionados por su alto cociente de inteligencia y creatividad.

Las naves transportaban además, alimentos, herramientas y gran parte de todo cuanto precisarían para los primeros tiempos, hasta llegar a la autosuficiencia. Ahora, tras largo periplo por el borde de la galaxia, habrían hallado finalmente lo que buscaban. Tras el escueto informe, volvieron a las cámaras de hibernación donde aguardarían el regreso de los exploradores y esto podría llevar un par de meses terrestres aún.

Los despertaron al regresar los exploradores con las buenas nuevas. El jefe de la patrulla astrobrigadier Zoran, no sólo trajo información positiva, sino además muestras de agua, del aire del planeta y algunos especímenes indefinidos que serían analizados a fin de prever enfermedades alienígenas o preparar antídotos para ellas. No dejarían nada al azar.

Los capellanes de la expedición, celebraron misas y oficios para dar gracias al Mesías Cósmico que los había guiado, con sus bendiciones, al nuevo mundo; a la nueva Tierra sin mal; al nuevo paraíso donde reharían a la civilización.

—No aprenderemos nunca —farfulló, quedamente el contramaestre Wrenn—. Vamos a echar a perder de nuevo otro planeta virginal e inocente. Los cyber-libros de historia ya lo dijeron. Ocurrió en América preco-

lombina y en Marte. Y siempre, con las bendiciones del bendito Señor a quien no tengo el gusto de conocer y creo que éstos tampoco.

—Cállate, por Dios, Wrenn —exclamó a su lado un joven cadete de patrulla. —Si te oyesen los inquisidores de la expedición, te podría ir mal. No lo olvides. El aludido se abstuvo de responder, pero no por falta de ganas de hacerlo.

El informe era alentador. Abundante vida silvestre, árboles gigantes, rocas marmóreas de excelente calidad, vida acuática y cuanto precisarían para repoblar el mermado rebaño humano que huyera de la polución marciana. Y, sobre todo, con las bendiciones de los obispos, pastores, lamas, mullahs y rabinos en pleno, aunque los cristianos eran mayoría virtual. Tal vez hubiese ateos funcionales entre ellos, pero lo disimulaban muy bien.

En un mes más, gran parte de ellos fueron desembarcados en el nuevo planeta y en menos de tres meses terrestres (la rotación del planeta descubierta duraba cuarenta y dos horas GMT y su translación era de casi cuatrocientos veinte años (Se hallaban a más de diez unidades astronómicas de la gigantesca Cygnus X-1, unos 1.500 millones de kilómetros, pero la temperatura era casi similar a la Tierra), habían construido habitáculos provisorios para los pioneros.

En cuanto a la enana neutrónica, la bautizaron Röntgen I, ya que si bien estaba muerta, giraba velozmente emitiendo rayos X desde sus polos... afortunadamente. De lo contrario, sus veloces disparos neutrónicos podrían ser fatales para ellos.

—Esa densa bola fría rota casi a dos mil revoluciones por segundo y es tan densa, que un centímetro cúbico de su materia debería pesar cientos de toneladas —explicó el Dr. Zarkov, uno de los científicos de la expedición—. Quizá en un par de millones de años se convertirá en un agujero negro, devorando a todo el sistema circundante, incluido a Cygnus X-1. Pero para entonces habremos colonizado otros mundos más allá de Andrómeda. Mientras tanto, la tendremos bajo observación para detectar posibles anomalías.





"Cygnus X-1", Arte digital. 2011.
Obra de Chester Swann.



Tras solucionar el primer problema de hábitat, los miembros y jefes de la expedición, descubrieron un monumento monolítico con una placa que expresaba:

“En nombre de la Humanidad, ocupamos el IV planeta de Cygnus X-1, con las bendiciones de Dios omnipotente, para la gloria del Cristo Cósmico. A las veinticinco jornadas del mes de Tharad, del año del Señor cuatro mil ciento veintidós, de la Era Divina”.

Cuando la ciudad se hubo erigido en un bloque único, un grupo se dirigió a explorar la región ecuatorial del continente 3-A (aún no habían bautizado al planeta, y no por falta de agua precisamente).

Hasta el momento, no tuvieron rechazos de las formas de vida del planeta, ni actitudes hostiles de ninguna naturaleza, pese a que la fauna y flora del lugar eran algo exóticas, aunque aparentemente inofensivos, como si aún ignorasen el poder destructor de la raza terrícola. Por precaución, los colonos tenían consigo algunos animales de crianza, para alimentos o simple compañía, pero deberían multiplicarlos antes de que fuesen utilizados. Además, era preciso hacerles controles periódicos de adaptabilidad, aclimatación y sanidad.

Demás está decir, que la mayoría de los animales nativos, casi todos muy pequeños, no huían de la presencia humana, como si su amistosa curiosidad tuviese algo de inteligencia.

Simplemente, se detenían a mirar a los recién llegados como quien contempla a un viejo amigo... o a una sabrosa presa. A más de un humano le pareció verlos relamerse, como paladeándolos por anticipado, pero estaban bien armados como para temerlos.

No habían visto más que algunas especies de insectos, reptiles y aparentes mamíferos, no muy grandes, que en poco diferían a los extintos seres de la Tierra, a causa de la desnudez de la capa de ozono que sometió el planeta a un despiadado bombardeo de rayos ultravioleta y luego, las potencias beligerantes, a un despiadado y ultraviolento bombardeo termonuclear entre sí.

—Observe, doctor Zarkov, esas plantas gigantescas, qué delicado follaje y qué bellas flores. Pareciera que tuviesen vida propia y se movie-

sen por su voluntad—comentó uno de los exploradores al exobiólogo que los acompañaba para estudiar la flora y fauna del lugar. Aquél se acercó a la planta y cortó una ramita para muestra de su herbolario, pero la planta... o lo que fuese, lanzó un gemido lastimero que electrizó a los presentes, y enlazando al exobiólogo por la cintura con una de sus flexibles ramas, antes que atinasen a defenderlo, lo lanzó a buena distancia. Demás está decir, que el doctor Zarkov se desnucó contra una roca del lugar.

Los tripulantes, alarmados y temerosos, cogieron sus mortales armas y dispararon contra todo lo que alentaba vida en el lugar, hasta que no quedaron más que calcinadas cenizas en la zona.

De pronto, sintieron cierta pena por lo actuado en contra de la lógica y la razón. Después de todo, el ser sólo se defendió de una agresión y la reacción de los terrícolas era ciertamente desproporcionada al hecho. Mas como si su paranoia momentánea se exacerbase, con sus armas aún humeantes, se desató la locura entre los foráneos que, principiaron a dispararse unos contra otros desafortadamente, hasta no quedar uno solo con vida.

En el monobloque llamado provisoriamente Ciudad Uno, los jefes de la expedición se preguntaban el porqué de la ruptura brusca de comunicaciones con la avanzada ecuatorial de los cadetes espaciales y los científicos, que partieran a buscar más sitios para futuros asentamientos de los pioneros de Cygnus. Pareciera que se los hubiese tragado la tierra, literalmente hablando. Y nunca más acertada la metáfora de esta relación.

—¿Por qué nos han atacado esos seres extraños?—preguntó telepáticamente Klaar-Twen, una cactácea cubierta de largos y coloridos vellos—. No les hemos hecho nada... hasta ahora.

—No importa. Los dejamos posar en nuestro mundo, pero evidentemente no han venido en paz, sino a exterminarnos. Opino que debemos pasar a la ofensiva—respondió Numha-Laar, un conífero palmeado de raíces móviles reptantes—. Tuvimos que inducirlos a agredirse entre ellos. Ahora, podremos alimentarnos. Espero que sean nutritivos y no sepan tan mal como los anteriores invasores.

Poco a poco y con parsimoniosa lentitud, las «plantas» se movieron en dirección a los restos de los exploradores y se cebaron en ellos. Poco más tarde, la ósmosis había concluido y lentamente, muy lentamente, las “plantas” comenzaron a moverse en dirección a Ciudad-Uno.

Atrás, sólo quedaron uniformes vacíos de todo contenido y armas de rayos caloríficos desperdigadas e innecesarias.

El doctor Ulianov se mostraba preocupado. Ni señales de los expedicionarios. Mas se mostró partidario de no asustar a los civiles de la expedición colonizadora, pero opinó que todos, excepto los niños, deberían portar armas caloríficas por si las moscas. Hasta entonces, no fueron molestados ni siquiera por los insectos abundantes en la región sub tropical de New Jerushalaim, como dieron en llamar al planeta, en honor a la ciudad santa de la extinta Tierra, que curiosamente, fue la primera en sufrir el primer y último bombardeo termonuclear de parte de los árabes, chinos y mongoles.

De pronto, un cadete del cuerpo de Centinelas irrumpió en la espaciosa sala de reuniones de los gerentes de Space Grows Inc. donde los directivos analizaban la ausencia de sus adelantados.

—Permiso, señores. Debo comunicar que Ciudad-Uno, ahora nominada Christ City, amaneció rodeada de un impenetrable bosque de exóticas plantas y árboles nunca vistos por las cercanías. Tal vez hayan crecido repentinamente y la ciudad está prácticamente sitiada por ellas.

Los presentes se levantaron de un salto y corrieron hacia las elevadas terrazas de Christ City a fin de cerciorarse del fantástico informe del centinela. Poco tardaron en llegar hasta la cima del gran monobloqueciudad que se erguía a la vera de un lago de cristalinas aguas.

Efectivamente, hasta donde abarcaba la vista, una selva tropical exuberante se extendía entre la ciudad y el horizonte, incluso había vegetales que parecían moverse sobre la superficie del lago y no acabar el verde, hasta el infinito.

—Es extraño —exclamó el doctor Kohn—. Pareciera que estuviesen vivos y observándonos. ¿Alguien tiene un ocular de distancia? El cadete

se lo alcanzó y Kohn observó atentamente al conglomerado verde de miles de tonalidades que rodeaba la ciudad. Luego, enfocó el visor a mayor distancia, notando preocupado que algo parecía moverse en dirección a ellos, es decir, hacia Christ City. Era una marea verde que avanzaba lentamente, como lo haría un enjambre de marabuntas amazónicas de la extinta fauna terrestre.

–Creo que deberíamos extremar precauciones, comandante Zöller –opinó el gerente general de la empresa–. Distribuya armas a todos los civiles. Creo que algo nos está contemplando con hostilidad. Sigamos observando todo cuanto acontece en el exterior, pero si esos vegetales semovientes intentan tomar Christ City, rechacémoslos con los rayos caloríficos. No creo que puedan contra nuestras armas. No son más que plantas que, por razones que ignoro, tienen raíces superficiales móviles y pueden trasladarse a voluntad. Lo que no hemos medido es el grado de inteligencia que puedan poseer, y ello es lo que me preocupa. Tampoco los exploradores se han reportado.

El comandante Zöller se retiró para dar la orden de distribución de armas, ignorando que cuanto se dijese entre ellos, era captado por los seres que rodeaban Christ City.

–Están alertas los invasores, y poseen armas terribles. No deberíamos dejar que se nos acerquen –dijo telepáticamente Klaar-Nutt, uno de los “árboles” de hermosas flores rosáceas–. Pero si deciden atacarnos, ya saben qué hacer.

Todos asintieron con un movimiento lateral de sus penachos verdes y sus ramas multicolores recién florecidas.

–Siento que ya están preocupados por nuestra repentina presencia alrededor de su madriguera, y pronto estarán asustados, y en esas condiciones pueden ser peligrosos –exclamó telepáticamente Nukka-Laar, una especie de palmera de múltiples ramas cargadas de frutos-huevo.

–Los mantendremos en su refugio sin dejarlos salir, pero si nos atacan o intentan hacerlo, más les hubiese valido quedarse en su mundo de más allá de lo conocido –respondió otro árbol de flores color violeta llamado Kurhat-Lom.

—Creo que deberíamos pasar a la acción, señor —exclamó preocupado el comandante Zöller—. No podemos salir de Christ City a causa de la proliferación de plantas, y los víveres y el agua se están agotando. Nuestros pozos ya casi están secos y el lago está infestado de esos... no sabría cómo llamarlos. Y cada vez son más, y parecen no tener fin.

—Tiene razón, comandante—respondió el doctor Zechariah, el gerente general y verdadero comandante civil de los colonizadores—. Pueden usar sus armas desde la terraza de esta ciudad. ¡Proceda! y que el Señor Yahvéh del Universo nos ayude.

Apenas pronunciada estas palabras, el doctor Zechariah, extrajo su arma y sorpresivamente disparó contra el comandante Zöller y los presentes, hasta no dejar con vida a ninguno de sus congéneres que lo rodeaban. Luego, parsimoniosamente, se apuntó a sí mismo y oprimió el disparador.

Poco a poco, cual las míticas Sagunto, Numancia, Cartago o Masadá, se desató en Christ City una suerte de locura entre sus habitantes que, con o sin armas, iniciaron a agredirse salvajemente como poseídos de alguna furia infernal. Madres que destrozaban a sus hijos con cualquier instrumento contundente o arma, si las tenían; hijos apuñalando a sus madres; padres asesinando a sangre fría a su familia; militares contra civiles y vice-versa, hasta que por sus propias manos y en menos tiempo de lo que podríamos esperar, los pioneros de Christ City y su ciudad, quedaron reducidos a restos semi calcinados.

—Creo que no queda nadie en esa guarida de los invasores —expresó Kull-Ah telepáticamente. Éste era un rododendro gigante de graciosos penachos amarillos—. Entremos con cuidado y en orden. Hay alimento para todos.

—Esperemos que por mucho tiempo no repitan su aventura de querer invadir mundos ajenos —dijo Klaar-Null, una palmera hembra, de vistosas flores colgando en racimos en su copa—. Pero si los sentimos llegar, los recibiremos como lo merezcan. Si vienen en paz, compartiremos nuestro espacio, de lo contrario, acabarían como éstos extraños seres de allende la profundidad del espacio estrellado.

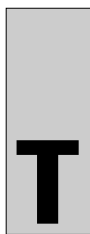
Tiempo más tarde, otra expedición llegaría en pos de los pioneros de Cygnus X-1 alarmados ante su silencio. Pero esta vez, ya los estaban esperando en el bello planeta, entre las ruinas calcinadas de lo que fuera Christ City, una magnífica y ubérrima flora de bellísimos colores, succulentos frutos, letal perfume, graciosos movimientos y poderosa inteligencia. Y éstos visitantes, tampoco regresarían jamás a su planeta, quedando sólo restos de sus naves cubiertas de vegetación inteligente.

–Estaban deliciosos estos visitantes del cielo, opinaron las flores.

DE: *20 Cuentos Escogidos para Jóvenes Lectores*, libro publicado “online”, 1999.



“Alicia en el país de las maravillas 5”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



LOURDES TALAVERA

(Asunción, 1959)

Aunque médica-pediatra de profesión, investigadora y docente universitaria, se dedica a la narrativa desde fines de los años 80. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA) y del PEN Club del Paraguay, hasta la fecha lleva publicados cuatro libros de cuentos y relatos: *Junto a la ventana* (2003), *Zoológico Urbano* (2004), *Afinidades Furtivas* (2007) y *Sabor a algarrobo* (2009). Su primer cuento publicado (“La telaraña”) data de 1989 y aparece en la revista *La Micrófona* del Centro de Documentación y Estudios (CDE). Luego forma parte del Taller de cuentos del Centro Cultural de España “Juan de Salazar”, dirigido por la escritora Renée Ferrer, y publica en forma colectiva dos relatos incluidos en *Nueva Cosecha* (2002), el libro del taller. Algunos de sus cuentos integran antologías publicadas dentro y fuera del país; otros han aparecido en suplementos culturales locales y uno de ellos, “La Revancha”, ha recibido una Mención de Honor en el VII concurso de cuentos breves “Jorge Ritter” – Coomecipar (2004). De más reciente aparición es *Sombras sin sosiego* (2009), su primera novela.

ESPEJO Y MÁSCARAS

Los niños estaban de vacaciones en la granja de la familia, en el interior del país. Javier y Eduardo, hermanos mellizos, luego del almuerzo pensaban escaparse para aprovechar la siesta y cazar mariposas, en el montecito que se hallaba detrás de la lomada de la iglesia.

La mamá había ordenado: ¡Todos a la cama, a dormir la siesta! Los niños terminaron de almorzar y fueron a su habitación, el ventilador ape-

nas disipaba el intenso calor. Apenas el silencio se apoderó de la casa, Javier y Eduardo salieron por la ventana al patio y luego ganaron la calle. El sol titilaba en los vidrios de las ventanas. Los niños llevaban en sus manos la bolsa de red para atrapar las mariposas. La meta que tenían por delante era hacer un álbum con las más variadas especies de mariposas para la clase de ciencias, al inicio de clases. Hacía mucho calor, bordearon la lomada de la iglesia y llegaron al puente que está sobre el arroyo para bañarse en sus frescas aguas o pescar. Javier buscó un árbol, se sentó en el césped y se recostó por el tronco.

Descansaré un rato, dijo a su hermano. Eduardo preparó una rústica caña de pescar con una tacuarilla y se empeñó en que picarán, algunos peces, los trozos de pan que había guardado en los bolsillos de su bermuda. Javier, se sumergió en la modorra del lugar. De pronto, sintió que alguien palmoteaba su espalda. Se revolvió en el suelo y gruñó una frase no audible. Sintió la sensación de la presencia de otro niño.

¿Hola, qué haces aquí? Preguntó al rubio niño que lo miraba con los ojos abiertos.

¿Quieres escuchar música con mi MP4? Preguntó Javier

¿Qué es un MP4? Replicó el niño.

¿De qué planeta vienes? Interrogó de nuevo al pequeño desconocido.

Vengo de los montes, me alimento de la miel silvestre y llevó a los niños que no hacen la siesta a vivir en lugares lejanos.

Bueno, dime entonces: ¿dónde queda tu planeta?

Vivo en los montes, ¡No sé como hacerte entender!

Me llamó Javier y mi hermano Eduardo ¿Cómo te llamas?

Jasy Jatere...

Ah, ya sé. Eres el hijo del Pombero, eso nos explicó la profesora de guaraní.

No, no soy hijo de ese personaje. Confundiste mi origen ¿Javier, acaso, no me temes?

No, porque le tengo mucho más miedo a los vampiros, Jasy Jatere. ¿Viste la película: “Crepúsculo”?

Te dije que no salgo de los montes, ¿Cómo crees que pueda ir al cine?

Es fácil, le dices a tu mamá que te lleve al shopping. Le explicó Javier.

No, vivo solo y prefiero correr por los montes, comer la rica miel y asustar a la gente.

Jasy Jatere, le contaré a mi profesora de guaraní que tienes miedo de irte al cine.

¿Estás seguro, Javier, que no me tienes miedo?

Mira, Jasy Jatere, podemos ser amigos. Tú nos enseñas el monte y nos ayudas a encontrar las mejores mariposas para el álbum de ciencias y yo te llevaré al cine.

Dale, Javier...

Entonces, Javier siente una sacudida. Eduardo lo zarandeaba para despertarlo como sea.

Despierta, dormilón... tenemos que cazar mariposas. He pescado cuatro mandi ì para la cena. ¿Qué te pasa?

Mi nuevo amigo, Jasy Jatere, nos ayudará a cazar las mejores mariposas para el trabajo de ciencias y nosotros lo llevaremos al cine.

Eduardo le tocó la frente y le dijo: ¡Estás delirando, tienes fiebre!

La búsqueda de mariposas fue suspendida y Eduardo llevó de regreso a su hermano a la casa. La madre primero preocupada le dio una medicina para bajar la temperatura, lo bañó y metió en la cama. ¡¡¡ Están castigados por escaparse durante la siesta, dos semanas sin salir, hasta regresar a Asunción!!! Dijo, la mamá.

Los niños quedaron muy tristes porque no lograron cazar las mariposas para el álbum de ciencias de la escuela.

Regresaron a la ciudad, y unas semanas después, la empleada de la casa entregó a los niños una caja. La revisaron y encontraron una enorme variedad de mariposas. Las más hermosas que habían visto hasta ese momento. Preguntaron quien la había traído y la mujer les respondió: Un niño rubio y pequeño.

DE: *Lengua y Literatura Castellana 8*. Página 113. Tercer Ciclo de Enseñanza Básica Escolar. EEB (Asunción: Atlas Representaciones, 2010)

* * *

LA LÁMPARA VERDE

Las luciérnagas ejercen una extraña atracción sobre Andrés. Un grillo canta y arrulla las sombras del hombre y la niña, sobre el muro del jardín, en la noche poblada de sonidos. Las luciérnagas danzan y son como diminutos puntos que titilan en el firmamento del corredor que rodea la casa.

Andrés desde su escondrijo, se esfuerza en atraparlas con sus manos y guardarlas en un frasco vacío que él había preparado para colectarlas. Tomó la precaución de agujerear la tapa y reemplazarla por un lienzo de trama porosa para impedir la huida de los insectos y permitirles sobrevivir. La mamá de Andrés permanecía en cama debido a una afección que la dejó inmobilizada e incapaz de expresarse por medio de las palabras. Cada mañana el niño la saludaba con un beso cariñoso.

En las noches, ella se agitaba en el lecho, en medio de la oscuridad. Andrés intuía que su mamá tenía miedo. El doctor les explicó que la luz la irritaba mucho y por esa razón la mantenían en penumbras para que no se alterara. También, Andrés experimentaba un fino temblor cuando el sol se perdía en el horizonte y la noche con su manto negro iba cubriendo la granja y el monte. Los viejos en la cocina dejaban pasar el tiempo, desgranando relatos sobre aparecidos y tesoros escondidos, como granos de maíz de una mazorca. Cada tanto, lanzaban algún escupitajo, a través de la puerta abierta, hacía el piso de tierra del patio.

Pedro, el papá de Andrés participaba poco de la vida familiar, porque sus frecuentes viajes lo mantenían alejado del hogar. Prudencia, una mujer cuya edad resultaba indescifrable, era la encargada de la casa. Cuidaba de Ángela, la madre de Andrés, bajo la supervisión del médico

del pueblo; vigilaba que el niño fuera diariamente a la escuela y que todo estuviera bajo control hasta la próxima llegada del patrón.

Ángela amaba el jardín, en los atardeceres de verano, al finalizar sus tareas domésticas, solía instalarse bajo una casuarina a leer un libro hasta que el cansancio la sumía en un ligero sueño. En las noches estrelladas se sentaba con el niño en el jardín y miraban juntos la danza de las luciérnagas; ella le comentaba en esos momentos anécdotas vividas con su madre en la infancia. La había perdido siendo muy niña y, cuando la tristeza intentaba desteñir aquellos recuerdos, Ángela revolvió el baúl donde los tenía atesorados y de allí emergía el destello verde de la mirada materna.

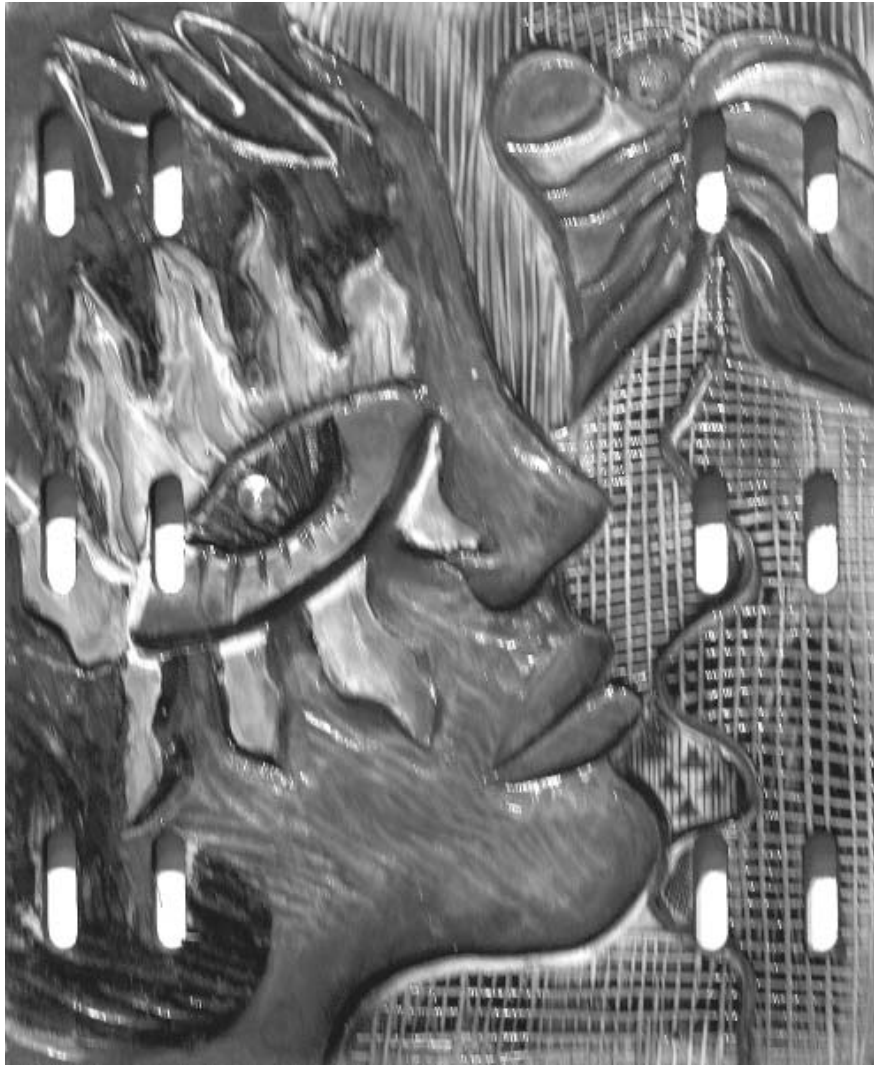
Como la mamá de Andrés desmejoraba cada día más, Prudencia se sintió obligada a pedir al patrón que adelantara su regreso. Andrés se empeñó afanosamente en coleccionar el mayor número de luciérnagas. Una noche cuando, en el cuarto a oscuras, él colocó sobre un mueble, a la vista de su madre, aquella lámpara. Ella entreabrió levemente sus párpados y se sorprendió ante la improvisada fuente de luz. La mujer sonrió dulcemente a su hijo y se durmió tranquilamente, envuelta en la tenue luminosidad que emanaba del frasco de vidrio lleno de luciérnagas.

Pasaron los años y Andrés aún experimenta una gozosa exaltación al mirar la danza de las luciérnagas que le remonta al infinito de sus afectos más entrañables. De repente, una vocecita lo sobresalta:

—Papá, las luciérnagas traen a la abuela a pasear por el jardín.

DE: *Junto a la ventana* (Asunción: Editorial Servilibro, 2003). Publicado también en *Lengua y Literatura Castellana 9*, página 30. Tercer Ciclo de Enseñanza Básica. EEB. (Asunción: Atlas Representaciones, 2010)





“Las niñas de madera 1”, Serie Hawai, esculpido en madera,
pintura acrílico, 50 x 50 cms. 2007.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



JAVIER VIVEROS

(Asunción, 1977)

Narrador y poeta. Aunque ingeniero informático de profesión, se dedica a la literatura desde muy temprana edad. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), tiene varios libros publicados hasta la fecha. En narrativa, es autor de *La luz marchita* (2005; relatos) y *Urbano, demasiado urbano* (2009; cuentos). En poesía son de su autoría los poemarios: *Dulce y doliente ayer* (2007), *En una baldosa: Haiku, senryus y otras esquirlas* (2008), *Panambi Ku'i* (2009) y *Mensajeámena: poemas a ras del saldo* (2009). También escribió un libro de cuentos, *Ingenierías del insomnio* (2008), en co-autoría con su hermana Diana. De más reciente publicación es *Ñe'ënga Jarýi* (2010), librito ilustrado donde extiende los dominios del ñe'ënga paraguayo.

SELECCIÓN DE HAIKUS DE EN UNA BALDOSA

La luna es como
un guiño melancólico
de la nostalgia.

El amor dura
en ciertas ocasiones
lo que un relámpago.

El arco iris
es una mariposa
de alas enormes.

Una corbata
convertiría en *yuppies*
a los pingüinos.

¿Qué ha motivado
tu inconsolable llanto,
hermano sauce?

Mueve la cola
el perro pues no sabe
que hay un velorio.

Las aves deben
ser versos de un poema
que alguien escribe.

Esta mañana
me miraba otro rostro
en el espejo.

¿Dónde la noche
esconde los colores
que hurtó a las cosas?

Lanzo un bostezo
y consigo discípulos
en el estadio.

Bajo los hongos
se refugian los duendes
cuando llovizna.

Hansel y Gretel:
yo les obsequiaría
un GPS.

¡Que sueño breve!
exclaman las gallinas
tras un eclipse.

Sobre el tejado
la quinta sinfonía...
sólo es la lluvia.

DE: *En una baldosa: Haiku, senryus y otras esquiras* (Asunción: Editorial Jakembo, 2008)

* * *

MESTER DE TELEFONÍA **(a guisa de prólogo)**

Se denomina SMS (*Short Message Service*) al servicio utilizado para el intercambio de mensajes dentro de una red celular; el SMS nació como parte de la tecnología GSM. Permite a los teléfonos móviles enviar mensajes de texto con una longitud máxima de 160 caracteres. En el

prólogo de uno de sus libros, Ricardo Piglia decía *mutatis mutandis* que Stravinsky defendía lo de la composición por encargo, pues así tenía unos límites dentro de los cuales moverse, de lo contrario la música lo enfrentaba a un mundo de infinitas posibilidades y tan falto de fronteras que lo abrumaba. El mensaje de texto con su limitación de 160 caracteres exige una máxima economía de recursos.

Es consabido que no hay lenguas químicamente puras, que la aleación es la regla. En este ajetreto mundo de la automatización, paradójicamente, tenemos cada vez menos tiempo, lo que nos lleva a postergar todo lo postergable (*Borges dixit*). Por ello, la literatura portátil que representan los haiku y poemas en mensajes de texto son ideales, pueden ser escritos y leídos en cualquier parte: en el bus, en un ascensor, en el entretiempo de un juego de fútbol, mientras se halla encendida la imperiosa luz roja de un semáforo o durante la tediosa espera de un vuelo de conexión.

Marshall McLuhan, el gran visionario, decía que el medio es el mensaje. El lenguaje de los mensajes de texto (en rigor: una codificación adicional al idioma español) entraña el uso intensivo de las abreviaturas y relaciones fonéticas, la sustitución de sílabas por números, la supresión de letras (usualmente vocales) y el empleo de *emoticons* para expresar emociones, entre otras características. El objetivo no es otro que maximizar el uso del escaso espacio que representa ese universo de 160 caracteres.

De tanto en tanto veo que, de alguna parte del mundo, un académico miope saca un artículo despotricando contra el lenguaje de los mensajes de texto, porque “mutila la ortografía, mata la lengua escrita”, etc. No estoy de acuerdo con ello. Gracias a los mensajes de texto mucha gente ha vuelto a coquetear con la palabra escrita luego de finalizar [la escuela/el colegio]. No creo que destruya la lengua. Es, más bien, una adaptación del idioma a un nuevo medio. Parfraseando a Lord Byron, la poesía hallará su camino aunque sea a través de senderos por donde ni los lobos se atreverían a seguir su presa.

J.V

Kinshasa, setiembre de 2008

* * *

**SELECCIÓN POÉTICA DE
MENSAJEÁMENA**

1 msj d txt
a la ciudd d Atnas
y no moria Filipids tan jovn

Como 1 profeta
nviaste tu msj
y dsd ntoncs t sigo.

Un mensaje de texto
a la ciudad de Atenas
y no moría Filípides tan joven.

Como un profeta
enviaste tu mensaje
y desde entonces te sigo.

— — — —

— — — — —

Iba pnsando n vos
y pac x 6 qadras
l sitio dnd tnia q bajarm

C q a1 sin saldo
si l poema s pa vos l compania
lo va a nviar =
L tngo f

Iba pensando en vos
y pasé por seis cuadradas
el sitio donde tenía que bajarme.

Se que aun sin saldo
si el poema es para vos la compa-
ñía
lo va a enviar igual.
Le tengo fe.

— — — — —

Acompasa2
mis d2 y lati2
labran tu haiku

— — — — —

Acompasados:
mis dedos y latidos
labran tu haiku.

M pdis saldo
y yo pido sabr
si m kerspa.

Me pedís saldo
y yo pido saber
si me querespa.

— — — — —

Dntro dl bus
soy tan fliz
l clular q suena s l mio

Dentro del bus
soy tan feliz:
el celular que suena es el mío.

Mnsajeamna.
Tragatna mi orguyo
y mnsajeam

Mensajeámena.
Tragátena mi orgullo
y mensajeame.

— — — — —

St crpusculo
asi msm l vieron
Colon y Sofocls

Este crepúsculo
así mismo lo vieron
Colón y Sófocles.

DE: *Mensajeámena: poemas a ras del saldo* (Asunción: Arandurã Editorial, 2009)

* * *

CINTURÓN COHETE

Odio los hospitales. Pero estoy yendo nuevamente a uno, voy a visitar a Eric. Hay algo altamente incompatible entre los hospitales y yo. Somos polos opuestos. Entro al edificio y veo unas pocas personas sentadas en las sillas y, un número mayor de ellas, paradas. Todas aguardando ser atendidas. Cada una esperando que su nombre sea el siguiente que pronuncie una enfermera que entreabre, con evidente desgano, una puerta

de madera. Durante la espera pocos hablan y si lo hacen el volumen es bajo, casi susurros. Hay gente pensando en la enfermedad de los suyos o en la propia. Se ve la vida reflejada a duras penas en algunos ojos, unos ojos que muestran ese aferrarse a la vida cuando la vida es lo único que resta. Y la espera. La infinita espera. Siempre la espera.

Subo hasta el cuarto piso a través de unas viejas escaleras y entro a la habitación donde lo tienen. Nadie custodia la pieza. En la cama, Eric duerme y es una momia, está envuelto en yeso y conectado a varios aparatos. Veo desparramadas en la mesita de luz algunas revistas de aviación. De las que siempre leía, revistas que traen historias del combate aéreo, los nuevos modelos de cazabombarderos, avances en la tecnología aeroespacial, entrevistas a pilotos y constructores. Evoqué la imagen de un jovencísimo Eric paladeando esas revistas de tapa gris-azulada. En la cabecera de su cama, una bandera de Cerro Porteño, su otra pasión.

El paciente está dormido y es mejor no despertarlo, señor. La enfermera es poco agraciada físicamente, pero una sonrisa final la redime por entero. Asiento con la cabeza, coloco el regalo que traje en la mesita de luz y, lentamente, abandono la pieza. Volveré otro día, digo antes de cerrar la puerta. Y es allí cuando decido dejar de jugar al fútbol con los amigos del barrio, repentinamente tomo esa determinación, pienso en mis huesos y ruego que el calcio sea suficiente, decido no volver a arriesgar el físico en los partidos carniceros de fin de semana. Al salir veo otra vez a las personas en la sala de espera, atravieso la puerta y me siento feliz. Es egoísta pero es así, siento una burbujeante felicidad de que mi visita al hospital no sea como inquilino, siento alegría por estar vivo, por estar sano. Es la felicidad por contraste. La alegría por contexto.

Eric y yo fuimos compañeros en el Colegio Don Bosco del Km. 16, en Minga Guazú. Amigos, lo que se dice amigos, nunca lo fuimos. Compartíamos aula pero estábamos en grupos diferentes. Cosas así suelen suceder. Él tenía una beca de la Presidencia de la República, sus calificaciones eran muy buenas. Pero eso no parecía esforzarle ni importarle demasiado. Lo suyo era el vuelo. Desde que lo conocí lo tuve asociado

con todo lo que guardara relación con el aire. Era un fanático del aire, hacía volar pandorgas, su cuaderno estaba repleto de dibujos a mano de aviones cazas MiG-29 y F-16, cuando no estaba la profesora tiraba aviones de papel en la clase, los clásicos aviones de papel pero con minúsculas innovaciones en su diseño para prolongar el tiempo de permanencia en el aire. En su grupo le decían Eric Pájaro, o simplemente Pájaro. Yo lo llamaba Eric, como para guardar distancia, nunca Pájaro. Para el trabajo final de Taller, en el primer año, Eric presentó un helicóptero hecho con palitos de helados *picolé*, unidos con pegamento. Le había agregado un pequeño motor, una gran hélice y el portapilas (construido también de palitos) estaba colocado en la parte posterior. Era un diseño muy original.

Por más que éramos de grupos distintos, yo sabía muchas cosas de él. Sabía que su familia era de clase media-baja, que venía a ese colegio privado porque sus calificaciones escolares verdaderamente ameritaban la beca, sabía que su sueño era convertirse en piloto y que algo en sus genes lo predisponía a desafiar la gravedad. Terminado el colegio le perdí por completo el rastro. Yo terminé la Licenciatura en Letras en una universidad del Barrio Sajonia donde la sola asistencia era el camino al título y la mediocridad en el cuerpo de profesores era el factor común con escasísimas excepciones. Mediocridad en metástasis, motivada en gran medida por el carácter prácticamente vitalicio de los cargos, obtenidos éstos usualmente por amistad o parentesco cuando no por favores sexuales sin camuflaje.

El sueño de Eric era convertirse en piloto, así que imaginé que al acabar la secundaria se había metido a la Academia Militar. Durante mucho tiempo no supe nada de él. En una reunión de ex compañeros de colegio alguien soltó que Eric andaba por España, había ido a trabajar como tantos otros. El efecto retardado de la conquista de América, según algunos retóricos incurables. Colón vuelto *kue*, según el Diario Popular. La noticia fue cobrando veracidad cuando en lugar de su vieja casita la madre de Eric empezó a levantar una imponente mansión. Era notorio que llegaban los euros desde la madre patria. La mansión contrastaba terriblemente con las edificaciones vecinas.

Rendido por la nostalgia, Eric volvió a Minga Guazú. Regresó, luego de siete años de estancia en el Viejo Continente. Se expresaba ahora con un acento peninsular. Su habla estaba repleta de préstamos léxicos y calcos sintácticos. En medio de su discurso podía de repente introducir términos como mogollón, coño, chaval. Hablaba de tú pero en ocasiones conjugaba el verbo como en el voseo. El suyo era un boxeo lingüístico. Se había deslomado en Barcelona, había ejercido diversos oficios, desde la albañilería hasta el lavado de copas, pasando por la jardinería, el cuidado de ancianos y la gerencia de un local de comida rápida. Ahora venía con dinero ahorrado y traía una idea de negocio. De estas cosas me enteré por él mismo, directamente de la fuente, en una tarde que nos encontró, por casualidad, en el sector de Preferencias del estadio del Club 3 de Febrero, durante el entretiempo.

Eric había visto en Europa un cinturón cohete, lo vio y fue un caso de amor a primera vista. El equipo estaba compuesto de un traje especial, casco, anteojos y en la espalda se portaban los tanques de combustible. En la parte delantera dos botones permitían controlar con las manos la operación. Con el cinturón cohete podía uno volar, elevarse hasta cincuenta metros y desplazarse en el aire durante un corto tiempo. Era algo que habíamos visto en *Minority Report* y en varios dibujos animados de nuestra infancia. De Europa, Eric se había traído uno de esos trajes movidos a peróxido de hidrógeno e hizo una demostración durante la celebración folklórica de junio.

No fue algo que se haya concertado con el colegio donde se celebraba la fiesta de San Juan, simplemente a la hora del palo encebado, mientras los *kambas* trepaban el *yvyra syí*, Eric salió de uno de los baños vestido como un hombre-rana, gritó “ignición”, presionó un botón, se elevó hasta la cima del palo y agarró los premios que aguardaban ser rescatados. Luego bajó y todos quedaron extrañados y en silencio. No faltó después la lluvia de aplausos pensando que era parte del show. A continuación, Eric tuvo un altercado con los *kambás*, quienes con gritos y aspavientos lo acusaban de tramposo. Lo rodearon, estaban a punto de

golpearlo cuando Eric presionó otra vez el botón de su cinturón cohete y la nube de humo formada por la combustión hizo correr a los *kambas*. Yo no fui a ese San Juan, pero me lo contaron. Las noticias de esta naturaleza siempre vuelan.

Ese fue su bautismo de fuego. El traje volador de Eric fue la sensación de Minga Guazú. Las familias más acaudaladas lo contrataban para que volara en los cumpleaños infantiles. La noticia se fue expandiendo a otras localidades. Todos recordamos todavía el reportaje que pasaron en el noticiero del Canal 9. Empezaron a llegar los pedidos de vuelo desde San Ignacio Guazú, Paraguari, Coronel Oviedo, Santaní. Eric fue ganando mucho dinero con sus exhibiciones aéreas. Fue así que un día decidió contratar a Apepú, un verdadero experto en la jineteada. En todo lugar siempre hay una o dos personas que son diestras en colocar apodos. A Apepú le decían así porque su rostro estaba sembrado de diminutos cráteres y protuberancias, como una naranja agria. Apepú fue entrenado por Eric en el uso del cinturón cohete, demostró ser un buen alumno y aprendió, literalmente, al vuelo. Eric se convirtió en empresario. Recibía los pedidos, cobraba y era Apepú el que vestía el cinturón cohete para elevarse por los aires. Su idea era reunir suficiente dinero para comprar más trajes y alquilarlos a los enemigos de la gravedad (que a esa altura ya eran legión). El club de vuelo que pretendía fundar se llamaría, por supuesto, Pájaro.

El primer pedido verdaderamente grande que recibió Eric venía de la capital del país, del ámbito futbolístico. El Club Olimpia había ganado una vez más la Copa Libertadores y tenía un enfrentamiento en el torneo casero con Cerro Porteño, su eterno rival. Pidieron a Eric que hiciera un vuelo por sobre el sector norte del Estadio Defensores del Chaco, donde se ubicaba la barrabrava cerrista, y que, luego de cruzar de largo el campo de juego, aterrizara entre la hinchada olimpista con una imitación de la copa recientemente obtenida. Era parte de la celebración pero era también puro delirio exhibicionista. Luego de dudar un rato, el trabajo fue aceptado. Esta vez era algo más allá de los colores, era trabajo y Eric cobraría una suma verdaderamente fuerte por su realización.

En las primeras horas de ese domingo, junto a su fiel escudero Apepú, Eric condujo su Toyota *Land Cruiser* hasta Asunción. Llegaron a la capital cuando rayaba el mediodía. El trabajo no entrañaba demasiada dificultad. Apepú partiría desde la calle asfaltada que está detrás del Sector Norte del estadio, volaría por sobre la hinchada cerrista, a una altura prudente para no ser alcanzado por alguna naranja o bolsa de orina, cruzaría por sobre el mediocampo y aterrizaría como un héroe en un sector claro que la hinchada olimpista –previamente amaestrada para ello– dejaría. El asunto estaba bien planificado.

La gente se preguntaba a qué se debía ese claro cuadrado que se trazaba en medio de la barrabrava de Olimpia. Con un aerosol fosforescente estaba señalado un cuadro que nadie debía pisar. Esa era la orden de la dirigencia, orden transmitida al resto de la hinchada por el jefe. El inicio del partido estaba previsto para las tres de la tarde. A eso de las dos, Eric y Apepú abandonaron las inmediaciones del estadio y fueron a almorzar. Por los nuevos gustos de Eric lo que se imponía era comida española. Fueron a un restaurante internacional que quedaba sobre la avenida Perú. Apepú saboreó por vez primera una paella de mariscos de magnitudes palaciegas. Su boca albergó por primera vez los frutos de mar, el camarón, las almejas. Todo ello mojado por una moderada cantidad de sangría. Al terminar, Eric pagó la cuenta y fueron a prepararse para el trabajo.

Volvieron al Barrio Sajonia, se instalaron en un bar ubicado detrás del Sector Norte del Estadio. Apepú tenía que hacer el trabajo al terminar el primer tiempo del superclásico. Eran recién las tres y veinticinco minutos. Todavía faltaban veinte minutos más el descuento cuando Apepú empezó a ponerse amarillo y a mostrar síntomas de malestar estomacal. Mediterráneo y plebeyo, su estómago no estaba acostumbrado a los manjares marinos. Mediterráneo y aislado, el país tampoco podía tener mariscos demasiado frescos. A gran velocidad, Apepú fue al baño del bar y se vació los intestinos en el inodoro. Al regresar, seguía pálido y le dijo a Eric que era necesario suspender el vuelo porque no se encontraba en condiciones, se sentía pésimo.

Los ánimos estaban encendidos. El árbitro había pasado por alto un claro penal a favor de Cerro y con dos expulsados por bando no era necesario agregar mucho más para ilustrar lo que se estaba viviendo en el terreno de juego. Solo restaban tres minutos para acabar la primera mitad, Apepú estaba definitivamente fuera de combate y Eric no paraba de cavilar. El juez del partido indicó dos minutos de tiempo extra. Y allí nomás Eric se decidió, tomó el traje y fue al baño del bar, se vistió, agarró la imitación de la Copa Libertadores y se dispuso a tomar vuelo. Él había sido el pionero, así que todo debía marchar bien, no podía permitirse perder el dineral que le pagaría Olimpia, no podía arruinar la fiesta de consecución de la copa con ese regalo que la dirigencia franjeada había preparado para sus fanáticos (éstos sólo sabían que debían dejar ese espacio, ignoraban para qué).

En la radio del bar, Eric oyó que el árbitro marcaba el final del primer tiempo. Salió entonces a la calle, los vendedores de asaditos y DVDs piratas lo miraron como a un extraterrestre. Eric presionó el botón y se elevó por los aires llenando de sorpresa los rostros de los mercachifles. Se elevó y alcanzó la altura necesaria para pasar encima de la gradería donde los cerristas habían cesado en sus cantos y estaban entregados a comprar rocosas chipas, pororós insulsos, hamburguesas patógenas y lácteos espirituosos. Se elevó Eric y ya sea porque se había levantado con el pie izquierdo, ya sea porque con el tiempo de inactividad había perdido práctica, por Ley de Murphy u otra combinación de factores adversos, pareció caracolear un buen rato en el aire, colear como una pandorga, parecía que había perdido el control del cinturón cohete, pero luego pudo estabilizarlo. Yo miraba atónito las imágenes en el televisor, porque el clásico lo transmitían en directo para el interior del país. Aunque Eric pudo estabilizar el cinturón cohete, éste tenía poca autonomía, el combustible se acababa rápido y se había consumido bastante en las maniobras de estabilización, así que quiso su mala fortuna que mientras todavía volaba por sobre la gradería norte vestido con la camiseta de Olimpia, se le acabara el combustible en pleno vuelo y aterrizara con violencia sobre unos cuan-

tos aficionados cerristas. Éstos sintieron repentinamente el aire caliente sobre sus cabezas y el brotar de gritos de algunas mujeres que estaban en el mismo sector.

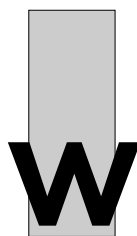
La escena era muy llamativa. Gracias al *zoom* de las cámaras, en el televisor se vio de repente una camiseta de Olimpia en medio de un mar de camisetas azulgranas. El susto inicial de los cerristas cesó, y entonces empezaron a arrinconar al intruso. En realidad no veían a Eric, no les llamaba demasiado la atención el traje de hombre-rana ni los tanques de combustible en la espalda, ellos sólo veían esa camiseta olimpista que había aterrizado en sus dominios y atacaron. Eric empezó a recibir puñetazos, latas de cerveza, puntapiés y todo linaje de golpes hasta perder la conciencia. Los Cascos Azules tuvieron que intervenir para frenar la barrabasada de la barrabrava. La Copa Libertadores de madera y los restos del cinturón cohete quedaron desparramados en el Sector Norte del estadio. Los detalles de lo ocurrido me los narró Apepú, quien volvió a Mínga esa misma noche en un ómnibus de Nuestra Señora de la Asunción. Eric, en cambio, fue llevado a Emergencias Médicas donde le aguardaba una larga estadía. Se habló después de politraumatismo y fracturas de nombres altamente retóricos.

El superclásico terminó cero a cero.

DE: *Urbano, demasiado urbano* (Asunción: Editorial Arandurã, 2010)



“Andresito y Marciana”, Ilustración de tapa de
Este es mi pueblo, Asunción, 2006.
Obra de Lourdes Espínola.



ELSA WIEZELL

(Asunción, 1926)

Poeta, pintora y docente universitaria. Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Asunción (1950) y catedrática de la Universidad de Columbia, desde hace muchos años se dedica también a la pintura y ha expuesto en galerías de arte y centros culturales diversos. Prolífica poeta y participante activa del mundo artístico-cultural asunceno, Elsa Wiezell ha recibido numerosas distinciones de importancia, entre las que se cuentan el “Premio García Lorca” otorgado por “Amigos del Arte” en 1967, una “Mención de honor” de la Asociación de Escritores Guaraníes por su libro *Puente sobre el Tapé Cué* (1968) y el “Premio Integración Regional” en 1992. Entre sus más de 40 poemarios publicados, están: *Poemas de un mundo en brumas* (1950), su primer libro de poemas, *Orbita de visiones* (1962), *Mensajes para hombres nuevos* (1966), *Palabras para otro planeta* (1967), *Virazón* (1972), *La cosecha del viento norte* (1974), *Antología Poética* (1982), *Poemas del aire profundo* (1992), *La tierra de los maizales* (1993), *Los dos y el mar* (1994), *Rumbo al arco iris* (1995) y *El hombre de la nube* (2004), para dar sólo una docena de títulos representativos de su más de medio siglo de labor creativa ininterrumpida. De aparición más reciente son *Tren del agua* (2006), *Lirondela* (2006), *Este es mi pueblo* (narrativa infantil, 2006), *La calesita* (poesía infantil, 2006) y *Puente de mariposas* (2007).

EL PERRO TOM

En mi casa hay un perrito
Cariñoso y juguetón
Y le llaman mis hermanos
El amigo perro Tom.

Tiene blanca las orejas
Y nos cuida sin cesar;
Es jugador con los niños
Y obediente por demás.

En mi casa hay un silencio
Si nos falta el perro Tom.
Por ser bueno y cariñoso
Es el dueño de mi amor.

* * *

EL JUEGO

Brinca pelota en el aire,
Salta el niño sin parar;
Las niñas hacen castillos
Junto a la orilla del mar.

Danzan los más chiquititos
Y hasta el cielo brilla más
En la mañana de Agosto
Con perfumes de azahar.

¡Qué lindo vivir es este
Viendo a los niños jugar
Con Dios mirando en el cielo
Frente a la orilla del mar!

* * *

DON GRILLO

–Yo soy Don Grillo
Al atardecer canto con melancolía
En la verde alfombra del pasto
Y el claro cristal del rocío.

–Yo soy Muá
Amigo del picaflor y los gorriones

–Yo soy Don Grillo, director de las sinfonías
Cargando con luces y estrellitas.
Me gustan los animales pequeñitos
Y los niños mendigos.
Alegro la vida
Con mi corazón sonoro.

–Yo soy Muá
La ternura de los montes,
La poesía del río
Y el hermano menor
De la mariposa.

* * *

LA PAZ

Enterrad los fusiles
Hombres del mundo.
Olvidad todo el odio
Sobre la tierra.

Y que un Canto
Camine sobre los labios
Y dirija los niños
De las escuelas.

En su nombre
Alcemos nuestra bandera
Con su amor en la frente
¡muera la guerra!

* * *

PATRIA

La sangre y el esfuerzo
Debe ser de la Patria
Porque así lo explica
Nuestra bandera.

El blanco de la paz
Debe ser de los hombres
Porque solo en la paz
La fe se encuentra.

El azul es del cielo
Y a Dios acerca
Porque hacia Él mirando
Muere la guerra.

Dios, Patria y Amor
Hacen bandera
Y debemos llevarla
Por las escuelas.

* * *

SOMBRERO PIRÍ

El poncho calienta el hombro
Y en el cinto mi facón
Pero más alto que todo
Este sombrero pirí.

Al corazón la guitarra
Sobre el sueño del ñandutí
Sobre la frente y el canto
Este sombrero pirí.

Camino de los lapachos
Se va el río Paraná
Y en el pelo del hachero
Baila el sombrero pirí.

Liviano como la nube
Parece juego de sol
Por eso mi paraguay
Tiene sombrero pirí.

* * *

14 DE MAYO

Que los niños de esta tierra
Recuerden que en su bandera
Hay sangre de Cavallero,
De Iturbe y Antequera.

Que Mayo nos dio una patria
De libertades y estrellas
Y sus hijos saludamos
Horas de paz y horas nuevas.

Que junto con la maestra
Que es la madre de la escuela
Roguemos a Jesucristo
Que los hermanos se quieran
Formando con este abrazo
La más hermosa Bandera.

* * *

UN LIBRO TUYO

Allí en tu libro
Un hombre gasto su vida
Haciendo un mundo
Para que soñaras.
Piso para ti
Un cielo de banderas
Y un tronco para el techo de tu casa.

Puso también lo que aprendió
En las horas de sus días
Y entrego, para que tu vieras
El abrazo del hermano.
Allí en tu libro esta su corazón
Ponle tu parte de la vida.

* * *

EL TRABAJO

Mira como se viene la semilla
Y se hace el árbol.
Harina que se hace pan
Con el trabajo.
La paz viene con su milagro.
Elevemos la frente
Con la semilla.
De su milagro
Vendrá el pan del mañana
Para el hermano.
Aleluya en las manos
Porque la paz del mundo
Viene con su milagro.

* * *

AMERICA

América para todos,
Una patria de justicia
Hagamos con su bandera.

Que no dividan las razas,
Que no existan las fronteras,
Que pueda mirar el mar
Y el cielo desde mi tierra.

¡El mar para el Paraguay!
O no podrá respirar
El vuelo de mi bandera.

DE: *La Calesita* (Asunción: Edición de autor, 2006)

* * *

ESTE ES MI PUEBLO

Este es mi pueblo:
Un azadón y una guitarra.
Un poncho para una siesta
Y un cántaro para el agua.
Este es mi pueblo.
Bajo su luna
Cantan guaraníes los arrieros
Y las mujeres tejen el sueño
Como las arpas ñandutíes.
Este es mi pueblo,
Lo que más quiero.
Un amor grande
Cubre mi pecho cuando lo nombro
Y mi bandera tiene una estrella
Que es más alta
Para mi sueño.

* * *

ANDRECITO VISITA LA CIUDAD

Andrecito salió de su pueblo a la madrugada para visitar a su primo Jacinto que vive en la ciudad.

A ratos se dormía en el ómnibus que venía a gran velocidad pero otras veces se ponía a contemplar la madrugada y el rocío que cubría el campo.

¡... Qué linda era su patria!

El corazón de Andrecito se regocijaba con tanta belleza de los árboles y la serranía.

A lo lejos se divisaban unas vacas que pastaban en las praderas verdes.

De repente Andrecito se acordó de su vaca Floripona y tuvo deseos de tomar un jarro de leche fresca como en su casa.

–¡Qué rica sería! –dice Andrecito con nostalgia.

Mientras, el ómnibus a gran velocidad llegaba a un pueblo donde se vendía chipa.

Andrecito compró una y después de comerla quedó dormido hasta que empezó a oír extraños ruidos de autos.

Se despertó de golpe y se encontró frente al mercado donde se exponían frutas y verduras.

Andrecito pensó en su padre que decía que la cosecha tenía que ser transportada a la capital y que necesitaba dinero para traerla. Andrecito se puso contento de golpe con tanto movimiento y se pegó a la ventanilla para verlo todo.

Pasando por las calles no se cansaba de mirar los letreros que había. El niño leía con ansia hasta que se encontró con uno grande que decía “El Litoral”. Allí paró el ómnibus y Andrecito divisó a su primo Jacinto muy bien vestido esperando.

Se abrazaron los dos primos y Andrecito no se cansaba de repetir ¡Qué lindo! ¡Qué lindo!

* * *

EN CASA DE JACINTO

Jacinto, después de esperar un rato, llevó a su casa a su primo Andrecito.

Tomaron otro ómnibus y pusieron la valija debajo del asiento. Los dos niños no se cansaban de hablar mientras Andrecito exclamaba: ¡Todo es diferente que mi pueblo!

Sin embargo, a Andrecito le vino una nostalgia del árbol del lapacho que tenía en su casa. Al momento pasaron por un gran parque y allí estaba el mismo árbol que tenía Andrecito en su casa. Andrecito no pudo dejar de exclamar bien fuerte: ¡pi... pu...!

Los pasajeros del ómnibus lo miraron sorprendidos y Jacinto pidió a Andrecito que hablara más despacio.

Los dos niños llegaron a la casa de Jacinto y Doña María salió a recibirlos. La madre de Jacinto dijo a los niños que se sentaran a desayunar. Andrecito tenía mucho apetito. Mientras desayunaban, Andrecito le regaló un hermoso sombrero pirí que había traído de su pueblo. A Jacinto le gustó mucho el sombrero y se lo puso para mirarse en el espejo.

Le llamó la atención a Andrecito la canilla de agua. Preguntó a su amigo cómo funcionaba.

Cuando aprendió el niño la maravilla, Andrecito pensó en su madre que sacaba agua del pozo y soñó que algún día en su pueblo habría también muchas canillas de donde brotara el agua como un manantial.

Jacinto prometió a Andrecito llevarlo de paseo a la tarde, a recorrer la ciudad.

Andrecito se puso muy contento. Le gustaba mucho recorrer las calles de Asunción y conocerlo todo.

* * *

ANDRECITO SE DESPIDE DE LA CIUDAD

Llegó el día que Andrecito debía regresar a su pueblo. Jacinto y su amigo habían decidido dar esa mañana el último paseo por la ciudad, pues el ómnibus debía partir a las cuatro de la tarde.

–Vístete pronto –repetía incansablemente Jacinto, mientras Andrecito preparaba su valija para dejarla ya lista.

Salieron de la casa de Jacinto a las nueve de la mañana. Hacia un día fresco y hermoso.

–¡Qué linda es la ciudad! – decía Andrecito a su amigo.

Los dos amigos llegaron a la plaza, pero estaban un poco tristes porque tenían que separarse dentro de pocas horas.

Andrecito quiso saber por qué había debajo de la plaza otro pueblo formado por ranchos o casas muy pequeñas.

Vamos a explicar a Andrecito cómo los niños juegan bajo un mismo sol con la pandorga.

Alegremos el corazón de los amigos contándoles “Una pandorga bajo el sol”...

Hay un lugar sobre el río. Cerca vive una ciudad alta, pero ambos lugares están bajo el mismo sol.

Hay un pueblo cerca del río que a veces sube hasta la ciudad alta.

A veces en el pueblo que vive abajo y en tiempo de tormenta el techo se desploma y los habitantes tienen que construir de nuevo con paja o ladrillos.

A veces la mujer abandona el rancho para entregar frutas, verduras y otras mercancías...

Hay un pueblo abajo y una ciudad alta. Un murallón de piedras no puede dividirlos porque en la plaza juegan todos los niños. A veces, principalmente de siesta, suben al asfalto con cuatro pequeñas ruedas fabricadas ¡Pi... pu...!

Andrés, Pablo, Marciano, Aurelio, Ignacio, el lustrabotas, el más pequeño de los hijos de Doña Carmela... todos juegan frente a la plaza.

Hay una escalera casi invisible donde pasan las mujeres con sus cántaros...

El viento norte llega de forma terrible y cuando viene el invierno y las lluvias, el agua sube al cuarto de los niños.

Las grietas de los ranchos están cerca de las bocinas y el asfalto.

* * *

EL PONCHO, LA GUITARRA Y EL MATE

Esta mañana, Andrecito y Jacinto se levantaron temprano y recorrieron llenos de alegría el pueblo.

Jacinto estaba maravillado de los árboles y la sencillez de la gente. ¡Todos se saludaban! Como si se hubieran conocido desde mucho tiempo.

Cruzó cerca de ellos un hombre rudo y moreno, cubierto de un gran poncho a rayas y entonces Andrecito le explicó muchas cosas.

El poncho sirve para cubrir el pecho de los hombres que viven en el campo. Muchas veces está hilado a mano y por eso constituye un símbolo. Hermosos dibujos y el color hacen del poncho amado por los campesinos y también por los que viven en la ciudad.

Jacinto explicó a su amigo Andrecito que también el mate es amado por los hombres del campo. El mate donde se sueña con sabor a yerba. Es el tereré en verano.

Desde la vieja tradición, el poncho y el mate son compañeros del hombre.

En la calma del que espera el brote de la semilla existe otro motivo de alegría: la guitarra.

En la guitarra duermen los mejores sueños del hombre paraguayo. La polka y la guarania cantan en sus cuerdas.

El poeta que duerme en el pueblo paraguayo aflora rápidamente con la ayuda de la guitarra.

La guitarra es el elemento esencial de y para la vida del hombre que sueña siempre...

La vida en el campo hace de la guitarra una compañera fiel para la soledad.

El mate, el poncho y la guitarra para el que sueña, hacen más llevadera la vida del que trabaja la tierra sin descanso...

Por eso, la guitarra es, con el arpa, el signo más entrañable del Paraguay.

* * *

CÓMO ES MI PUEBLO EN PRIMAVERA

El ómnibus que traía a Jacinto de la casa de Andrecito, entraba a la ciudad.

Parecía que el campo estuviera cerca del camino asfaltado. Es que era el mes de septiembre.

La maestra de Jacinto le habló muchas veces de la alegría del mes florido.

—¡Le llevaré unas hermosas flores a mi maestra! —pensó Jacinto con una sonrisa.

Septiembre, mes de alegría y calor. La ciudad cubierta de azahares.

Perfume de naranjos por las calles.

Cerca de los balcones los pájaros cantan.

El árbol de lapacho, orgulloso de su forma violeta, entrega su capullo momentáneo.

El colibrí flota sobre jazmineros en flor llevando en su fino pico la embriaguez del néctar primaveral.

Entre toda la exposición de flores se destaca el árbol morado, amarillo o blanco.

—No solamente en la tierra campesina florecen los arboles —piensa Jacinto.

En la ciudad, sobre el asfalto, caen flores formando una alfombra blanca.

El paisaje se torna verde con mil tonalidades hasta el gris brumoso. Pareciera que el sol se derramara con mayor claridad en esta primavera.

El corazón de Jacinto estaba contento porque volvía a su casa y porque era el mes de septiembre, en primavera.

* * *

UN PASEO A CAACUPÉ

Mi tío Manuel tiene un ómnibus y nos invita con frecuencia a salir de paseo.

Resolvimos aceptar la invitación este fin de semana en un paseo hasta Caacupé.

El domingo nos levantamos muy temprano.

Fuimos mis dos tíos, mis primitos y mi hermano Juan...

Después de algunos kilómetros llegamos a Itaguá. Allí teníamos al amigo de mi tío, el padre Pedrozo, que es el párroco de la iglesia. Mi tío lo quiere mucho y hace tiempo son amigos.

Mi tío explicó que su amigo era también poeta y que él había asistido a su primera misa folklórica en su iglesia.

Al salir de Itaguá fuimos a ver los trabajos de ñandutí que se exponen a la vera del camino; a mi tía le gustó mucho un mantel celeste y lo compró.

En Itaguá comimos algunas chipas y seguimos viaje a Ypacaraí. Cruzamos hermosos paisajes con colinas. A lo lejos se veían las plantas de coco.

Un lago azul estaba en el paisaje lejano.

Mi tío nos dio naranjas y algunos los comimos porque teníamos mucha sed. Mi hermanito comió mandarinas.

Después de pasar los cincuenta kilómetros desde Asunción, llegamos a Caacupé.

Vimos a la entrada una linda plaza donde bajamos y jugamos un poco.

Mi tía me dijo que quería visitar a la Virgen de los Milagros. Nos fuimos al templo todos y rezamos un rato.

Al salir del templo, todos estábamos muy contentos. Recorrimos las calles para ver los recuerdos típicos de Caacupé.

Después de mirar, mi primo decidió comprar un hermoso sombrero pirí con flores lilas, verde y azul. A mí el tío me regaló una alcancía hermosa.

Después de comprar estos recuerdos, fuimos a almorzar bajo unos árboles, cerca del arroyo.

Habíamos llevado la comida y algún refresco.

Los niños jugábamos mientras los tíos se sentaban tranquilamente a conversar; cuando llegó las cuatro de la tarde, mi tía dijo que podíamos regresar.

¡Qué lindo era el paisaje!

Antes de llegar a Asunción, nos pusimos a cantar “Qué linda es nuestra tierra”.

DE: *Este es mi pueblo* (Asunción: Edición de autor, 2006)



ÍNDICE DE TEXTOS
Tomo II

<i>14 de Mayo</i>	762
<i>Abuelita</i>	679
<i>Alejandro</i>	697
<i>América</i>	763
<i>Amigo</i>	681
<i>Andrecito visita la ciudad</i>	765
<i>Andrecito se despide de la ciudad</i>	767
<i>Año nuevo</i>	680
<i>Arasy</i>	529
<i>Astolfo, el romántico</i>	587
<i>Bienvenido a la esperanza</i>	611
<i>Carolina y Gaspar</i>	620
<i>Cinturón cohete</i>	747
<i>Cómo es mi pueblo en primavera</i>	769
<i>Corazón de niño</i>	497
<i>Cuentos de hadas y princesas</i>	522
<i>Cuentos, mitos y leyendas</i>	525
<i>De cacería</i>	505
<i>De cuentos</i>	710
<i>Desprecio</i>	701
<i>Don Aguará y Alonsito</i>	572
<i>Don Grillo</i>	759
<i>Doña Lagartija</i>	484
<i>El bosque sagrado</i>	470
<i>El cardenal</i>	481

<i>El día que los niños dejaron de jugar</i>	601
<i>El duende</i>	709
<i>El fútbol mueve el mundo y los bolsillos</i>	468
<i>El hipopótamo estudioso</i>	445
<i>El juego</i>	758
<i>El loro Loreto</i>	477
<i>El mapa del BAAPA</i>	575
<i>El niño y el fuego</i>	708
<i>El niño y su lectura</i>	615
<i>El país donde los niños no querían nacer</i>	626
<i>El pavo real Narciso</i>	478
<i>El perro Tom</i>	758
<i>El pingüino Tolentino</i>	485
<i>El poncho, la guitarra y el mate</i>	768
<i>El primer ramillete (Cuadro escénico patrio)</i>	673
<i>El puente</i>	687
<i>El tigre que quiso volar</i>	516
<i>El trabajo</i>	763
<i>El venerable, lento, eterno y largo Consejo de Ancianos</i>	592
<i>El viaje del gato Canuto</i>	542
<i>El viento norte y la llovizna</i>	543
<i>En casa de Jacinto</i>	766
<i>Andrecito se despide de la ciudad</i>	767
<i>Cómo es mi pueblo en primavera</i>	769
<i>Encuentro con la brisa</i>	457
<i>Encuentro en el bosque</i>	577
<i>Esa muñeca</i>	672
<i>Espantajo del negro</i>	613
<i>Espejos y máscaras</i>	735
<i>Este es mi pueblo</i>	764
<i>Etapas de la vida de la mujer perfecta</i>	522
<i>Floriana y las tejedoras</i>	479

<i>Historia de la lombriz</i>	539
<i>Horarios</i>	711
<i>Huellas de botas</i>	503
<i>Incendio en el BAAPA</i>	576
<i>Indio</i>	680
<i>Invitación para una fiesta en el BAAPA</i>	573
<i>Jasy jatere</i>	527
<i>Juncu'clai y Jiveclá</i>	509
<i>Kamba ra'ãnga</i>	614
<i>Keraná y Taú</i>	535
<i>La batalla semántica</i>	607
<i>La criatura</i>	583
<i>La energía cinética</i>	463
<i>La golondrina subió al cielo</i>	671
<i>La hormiguita entretenida</i>	483
<i>La imagen</i>	504
<i>La lámpara verde</i>	738
<i>La muñeca de malo</i>	434
<i>La paz</i>	760
<i>La princesa india</i>	451
<i>La tortuga Perpetua</i>	480
<i>La vaca del Chaco</i>	482
<i>Las gorduras de Villaflacos</i>	554
<i>Las joyas de doña Natí</i>	490
<i>Las pesadillas</i>	466
<i>Las pesadillas de Ciudad sueños</i>	557
<i>Libertad</i>	683
<i>Lincoln Salvador</i>	545
<i>Los espectros de la floresta</i>	715
<i>Los niños en la Nochebuena</i>	708
<i>Los niños héroes</i>	612
<i>Los olvidos de Villaolvidos</i>	561

<i>Los perros de Castelcanes</i>	563
<i>Los pioneros de Cygnus X-1</i>	722
<i>Mayo</i>	682
<i>Mboi tu'í</i>	533
<i>Me pides versos</i>	710
<i>Mester de telefonía (a guisa de prólogo)</i>	744
<i>Mi libro</i>	678
<i>Mi primer día de escuela</i>	707
<i>Miedo en la noche</i>	502
<i>Mischa'achei</i>	512
<i>Navidades blancas</i>	703
<i>Ñakurutú y Apere'á</i>	571
<i>Para cuando preguntes todo</i>	609
<i>Patria</i>	760
<i>Pincho adolescente</i>	505
<i>Pincho y Canela</i>	501
<i>Rebelión en el jardín</i>	541
<i>Rupave y Sypave</i>	525
<i>Selección de haikus de En una baldosa</i>	743
<i>Selección poética de Mensajeámena</i>	746
<i>Sol de enero</i>	485
<i>Sombrero pirí</i>	761
<i>Sueños concéntricos</i>	521
<i>Tacalaguana, el Príncipe del Pilcomayo</i>	639
<i>Tempestad en el barrio Bella Vista</i>	493
<i>Tiempos de paz</i>	496
<i>Tupá</i>	531
<i>Un libro tuyo</i>	762
<i>Un paseo a Caacupé</i>	770
<i>Un tren especial</i>	665
<i>Una rabona televisada</i>	661

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES
Tomo II

- “Cuando mis hijos eran chicos 2”, Óleo, 61 x 61 cms. 1999.
Colección privada (Paraguay).
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri. 431

- “Ojalá juegue en la selección”, Óleo sobre lienzo,
160 x 120 cms. 2005. Colección privada (Francia).
Obra de Enrique Collar. 455

- “Pingüino Tolentino”, Ilustración incluida en *Bichomundo*
(Asunción: Criterio Ediciones, 2007).
Obra de Andrea Piccardo. 475

- “Guiso para dos”, Óleo sobre lienzo, 80 x 80 cms. 1993.
Colección privada (Paraguay). Obra de Enrique Collar 487

- “La ronda roja”, Óleo, 121 x 91 cms. 2000. Colección
privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri 499

- “El adiós 2”, Óleo, 91 x 121 cms. 2008. Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri 507

- “Porasy”, Técnica mixta, 80 x 60 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 519

- “Rupave y Sypave”, Técnica mixta, 85 x 105 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 525
- “Jasy Jateré”, Técnica mixta, 100 x 120 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 527
- “Arasy”, Técnica mixta, 100 x 80 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 529
- “Tupá”, Técnica mixta, 100 x 80 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 531
- “Mboi tu’í”, Técnica mixta, 80 x 60 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 533
- “Keraná y Taú”, Técnica mixta, 100 x 120 cms. 1999.
Obra de Graciela Nery Huerta 535
- “Alicia en el país de las maravillas 1”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia)
Zelaya El-Masri 537
- “Lincoln Salvador”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith 547
- “El silbido de la siesta”, Óleo sobre lienzo, 160 x 120 cms.
1994. Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar 551
- “Castelcanes”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith 565

- “El último adiós”, Óleo, 76 x 191 cms. 2008.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri 569
- “El adiós”, Óleo sobre lienzo, 100 x 120 cms. 1992.
Colección Martha Mancini. Obra de Enrique Collar 581
- “Dante internauta”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith 589
- “Omokambú”, Óleo sobre lienzo, 120 x 100 cms. 1991.
Colección del artista. Obra de Enrique Collar 599
- “Carolina y Gaspar”, Ilustración de tapa de *Carolina y Gaspar*
(Asunción: Editorial Servilibro, 2007).
Obra de Miriam Cabrera 617
- “Tacalaguana...”, Ilustración de tapa de *Tacalaguana,*
el Príncipe del Pilcomayo (Asunción: Criterio Ediciones,
2009). Obra de Andrea Piccardo 637
- “Alicia en el país de las maravillas 8”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri 659
- “La porción de sopa”, Óleo sobre lienzo, 100 x 100 cms.
1992. Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar 685
- “Alejandro”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith 699

– “Leyendo con mi Mami”, Arte digital. 2011. Obra de Edward P. Faith	705
– “Espectros”, Arte digital. 2011. Obra de Chester Swann	713
– “Cygnus X-1”, Arte digital. 2011. Obra de Chester Swann	725
– “Alicia en el país de las maravillas 5”, Acrílico mix media, 61 x 91 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	733
– “Las niñas de madera 1”, Serie Hawai, esculpido en madera, pintura acrílico, 50 x 50 cms. 2007. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	741
– “Andresito y Marciana”, Ilustración de tapa de <i>Este es mi pueblo</i> , Asunción, 2006. Obra de Lourdes Espínola	755

ÍNDICE GENERAL
Tomo II

K

Sara Karlik	
<i>La muñeca de Malo</i>	434
<i>El hipopótamo estudioso</i>	445
<i>La princesa india</i>	450
Nila López	
<i>Encuentro con la brisa</i>	457
<i>La energía cinética</i>	463
<i>Las pesadillas</i>	466
<i>El fútbol mueve el mundo y los bolsillos</i>	468
<i>El bosque sagrado</i>	470
Gladys Gloria Luna	
<i>El loro Loreto</i>	477
<i>El pavo real Narciso</i>	478
<i>Floriana y las tejedoras</i>	479
<i>La tortuga Perpetua</i>	480
<i>El Cardenal</i>	481
<i>La vaca del Chaco</i>	482
<i>La hormiguita entretenida</i>	483
<i>Doña Lagartija</i>	484
<i>Sol de enero</i>	485
<i>El pingüino Tolentino</i>	485

Elly Mercado de Vera	
<i>Las joyas de doña Natí</i>	490
<i>Tempestad en el barrio Bella Vista</i>	493
<i>Tiempos de paz</i>	496
<i>Corazón de niño</i>	497
Luisa Moreno Sartorio	
<i>Pincho y Canela</i>	501
<i>Miedo en la noche</i>	502
<i>Huellas de botas</i>	503
<i>La imagen</i>	504
<i>De cacería</i>	505
<i>Pincho adolescente</i>	505
Leni Pane de Pérez-Maricevich	
<i>Juncu'clai y Jiveclá</i>	509
<i>Mischa'achei</i>	512
<i>El tigre que quiso volar</i>	516
Dirma Pardo Carugati	
<i>Sueños concéntricos</i>	521
<i>Etapas de la vida de la mujer perfecta</i>	522
<i>Cuentos de hadas y princesas</i>	522
<i>Cuentos, mitos y leyendas</i>	525
<i>Rupave y Sypave</i>	525
<i>Jasy Jatere</i>	527
<i>Arasy</i>	529
<i>Tupá</i>	531
<i>Mboi tu'í</i>	533
<i>Keraná y Taú</i>	535

Lita Pérez Cáceres	
<i>Historia de la lombriz</i>	539
<i>Rebelión en el jardín</i>	541
<i>El viaje del gato Canuto</i>	542
<i>El viento norte y la llovizna</i>	543
<i>Lincoln Salvador</i>	545
Josefina Plá	
<i>Las gorduras de Villaflacos</i>	554
<i>Las pesadillas de Ciudad Sueños</i>	557
<i>Los olvidos de Villaolvidos</i>	560
<i>Los perros de Castelcanes</i>	563
Margarita María Prieto Yegros	
<i>Ñakurutú y Apere'á</i>	571
<i>Don Aguará y Alonsito</i>	572
<i>Invitación para una fiesta en el BAAPA</i>	573
<i>El mapa del BAAPA</i>	575
<i>Incendio en el BAAPA</i>	576
<i>Encuentro en el bosque</i>	577
Irina Ráfols	
<i>La criatura</i>	583
<i>Astolfo, el romántico</i>	587
<i>El venerable, lento, eterno y largo Consejo de Ancianos</i>	592
Gilberto Ramírez Santacruz	
<i>El día que los niños dejaron de jugar</i>	601
<i>La batalla semántica</i>	607
<i>Para cuando preguntes todo</i>	609
<i>Bienvenido a la esperanza</i>	610
<i>Los niños héroes</i>	612

<i>Espantajo del negro</i>	613
<i>Kamba ra'ãnga</i>	614
<i>El niño y su lectura</i>	615
Augusto Roa Bastos	
<i>Carolina y Gaspar</i>	620
<i>El país donde los niños no querían nacer</i>	626
Pilar Ruiz Nestosa	
<i>Tacalaguana, el Príncipe del Pilcomayo</i>	639
Nidia Sanabria de Romero	
<i>Una rabona televisada</i>	661
<i>Un tren especial</i>	665
<i>La golondrina subió al cielo</i>	671
<i>Esa muñeca</i>	672
<i>El primer ramillete (Cuadro escénico patrio)</i>	673
<i>Mi libro</i>	678
<i>Abuelita</i>	679
<i>Año nuevo</i>	680
<i>Indio</i>	680
<i>Amigo</i>	681
<i>Mayo</i>	682
<i>Libertad</i>	683
Raúl Silva Alonso	
<i>El puente</i>	687
<i>Alejandro</i>	697
<i>Desprecio</i>	701
<i>Navidades blancas</i>	703

Lilian Stratta	
<i>Mi primer día de escuela</i>	707
<i>El niño y el fuego</i>	708
<i>Los niños en la Nochebuena</i>	708
<i>El duende</i>	709
<i>Me pides versos</i>	710
<i>De cuentos</i>	710
<i>Horarios</i>	711
Chester Swann	
<i>Los espectros de la floresta</i>	715
<i>Los pioneros de Cygnus X-1</i>	722
Lourdes Talavera	
<i>Espejo y máscaras</i>	735
<i>La lámpara verde</i>	738
Javier Viveros	
<i>Selección de haikus de En una baldosa</i>	743
<i>Mester de telefonía (a guisa de prólogo)</i>	744
<i>Selección poética de Mensajeámena</i>	746
<i>Cinturón cohete</i>	747
Elsa Wiezell	
<i>El perro Tom</i>	758
<i>El juego</i>	758
<i>Don Grillo</i>	759
<i>La paz</i>	760
<i>Patria</i>	760
<i>Sombrero pirí</i>	761
<i>14 de Mayo</i>	762
<i>Un libro tuyo</i>	762
	785

<i>El trabajo</i>	763
<i>América</i>	763
<i>Este es mi pueblo</i>	764
<i>Andrecito visita la ciudad</i>	765
<i>En casa de Jacinto</i>	766
<i>Andrecito se despide de la ciudad</i>	767
<i>El poncho, la guitarra y el mate</i>	768
<i>Cómo es mi pueblo en primavera</i>	769
<i>Un paseo a Caacupé</i>	770